

CULTURA

49

... REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION ...

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

1968



CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION

MINISTRO
LICENCIADO WALTER BENEKE

SUB-SECRETARIA
LICENCIADA ANTONIA PORTILLO DE GALINDO

DIRECTORA DE LA REVISTA
CLAUDIA LARS

Nº 49

JULIO - AGOSTO - SEPTIEMBRE

1968

MINISTERIO DE EDUCACION. DIRECCION GENERAL DE CULTURA.
DIRECCION DE PUBLICACIONES. SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 6 8

INDICE

	PAGINA
Datos biobibliográficos sobre los escritores que aparecen en este número	7
Nota editorial	17
La Provincia de San Salvador. Reyno de Guatemala, Año 1807	19
Antonio Gutiérrez y Ulloa, Corregidor Intendente de la Provincia	
La población de El Salvador	23
Rodolfo Barón Castro	
Ascensión al volcán de Izalco	28
Jorge Lardé	
Fundación de San Salvador	33
Jorge Lardé y Larín	
José Matías Delgado y de León. Su personalidad, su obra y su destino	44
Ramón López Jiménez	
Indiofilia tragicómica	51
José María Peralta Lagoa	
Mi primo Basilio	56
Alberto Rivas Bonilla	
El mundo de mi jardín.	
Julio Enrique Avila	
El girasol	62
La aldea de los gorriones	63

	PAGINA
La eterna inquietud	63
Poemas de Alfredo Espino (Jícaras Tristes).	
El nido	64
El estero	64
La chiltota	65
Los pericos pasan... ..	65
Como cantan allá...	
Miguel Angel Espino	
El llanto de las carretas	67
Tierra mojada	68
Sonetos de Carlos Bustamante.	
Tu pie desnudo	70
Rondó	71
Fuérame dulce... ..	71
Poemas de Juan Cotto (Cantos de la Tierra Prometida).	
Verano	72
La manzana	72
Tercetos de Cuscatlán	73
Bruno	75
Arturo Ambrogi	
Cuentos de Salarrué.	
Semos malos	84
La repunta	86
El beso	88
La piedra	91
Francisco Herrera Velado	
La isla de los pájaros	96
Napoleón Rodríguez Ruiz	
Poemas de Vicente Rosales y Rosales.	
Sapo feliz	102
El pijuyo	103
Colores	104
Poemas de Alberto Guerra Trigueros.	
Prosa	105
Tal vez... ..	106
Seudo-romance del poeta menos	106
Sonetos de Raúl Contreras.	
Lluvia	111
Burbuja	112
Reflejo del color	112

	PAGINA
Lydia Nogales (Fragmento)	113
Juan Antonio Ayala	
Claudia Lars y Lydia Nogales	115
Sonetos de Lydia Nogales.	
Aleluya	116
La dama gris	118
Poemas de Serafín Quiteño.	
Corasón con S	119
Sonetos de octubre	122
¿Por qué has de ser, oh amor?...	123
Sonetos de Trigueros de León.	
Agonía de la rosa	124
Elegía	125
Poemas de Pedro Geoffroy Rivas.	
Yulcuicat	126
Coro de las víctimas en el templo de Tlaloc	126
Danza ritual en honor de Chiconcoatl	128
Poemas de Hugo Lindo.	
Sólo la voz	130
De la poesía	132
El hombre que se hizo palo	133
Manuel Aguilar Chávez	
Memorias de un espectador	137
Manuel Barba Salinas	
El primer libro de Masferrer	140
Luis Gallegos Valdés	
Panchimalco	148
Alejandro Dagoberto Marroquín	
Notas sobre liberalismo	155
Julio Fausto Fernández	
Alberto Masferrer, Francisco Gavidia y Juan Cotto	161
José Salvador Guandique	
Sin brújulas y sin mapas	169
J. Ricardo Dueñas Van Severén	
Disparatario	173
José María Méndez	
El asilo diplomático como derecho esencial del hombre americano	180
Mauricio Guzmán	
Vida Cultural	189
Tinta Fresca	195

Datos Biobibliográficos sobre los Escritores que aparecen en este Número

DON ANTONIO GUTIERREZ Y ULLOA.—Corregidor Intendente de la Provincia de San Salvador, Reino de Guatemala, pocos años antes de la Independencia de Centroamérica. Su libro, *Estado general de la Provincia de San Salvador*, es un informe que el mismo Intendente dirigió al Gobernador y Capitán General del Reino, Don Antonio González Saravia. En dicho informe, Gutiérrez y Ulloa muestra la división topográfica de la Provincia, el carácter y las costumbres de sus habitantes, los edificios públicos que existían entonces, la agricultura y el comercio del país, los productos manufacturados en el territorio bajo su vigilancia, etc., etc. Presenta, además, un Plano General, político y económico, y Tablas de Aproximación, en decimales. El informe comprende un período que termina en el año 1807.

RODOLFO BARON CASTRO.—Nació en San Salvador en 1910. Desde 1925 vive en Europa (especialmente en España). Ha regresado en varias ocasiones a su tierra natal. Periodista, diplomático, profesor de historia hispanoamericana en el famoso Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”, su formación cultural es europea. Especializado en estudios e investigaciones de la historia americana, su vasto trabajo de historiador es conocido y celebrado en todos los países de habla española. Obras más leídas: *La población de El Salvador*, prólogo de Carlos Peyer, Madrid, 1942; *Don Pedro de Alvarado*, Madrid, 1945, Edics. “Ahas”, Colec. “Vidas”; *Reseña histórica de la Villa de San Salvador “desde su fundación, 1525, hasta que recibe el título de ciudad en 1546”*, Ediciones Cultura Hispánica, 1950; *Españolismo y antiespañolismo en la América hispana*, a partir de la Independencia; *Selección de prosistas modernos hispanoamericanos* (antología literaria); un opúsculo sobre Hernán Cortés y su correspondencia; José

Matías Delgado y el Movimiento Insurgente de 1811. Actualmente, Barón Castro desempeña el siguiente cargo: Secretario General de la Oficina de Educación Iberoamericana (OEI), con sede en Madrid. Fue miembro del Consejo de UNESCO.

JORGE LARDE.—Historiador salvadoreño (1891-1928). Sobre su personalidad y su obra dice Juan Felipe Toruño, en *Desarrollo literario de El Salvador* (Ensayo cronológico de generaciones y etapas de las letras salvadoreñas), 1957: “En historia y geología El Salvador le debe mucho y las generaciones de su época (que arranca de por 1912), y las que le seguían, recibieron sabias lecciones de este superior hombre de letras, profesor, investigador, incansable escudriñador del tiempo y de lo que éste plasmó en el hombre”. “Ya dijimos que Barberena, Lardé y después Barón Castro, forman trípode sobre la que descansa, *fundamentalmente*, el proceso de la historia antigua y moderna de El Salvador”. Obras principales: *El terremoto del 6 de septiembre de 1915 y los demás terremotos de El Salvador*, 1916; *La población de El Salvador*, 1921; *El Volcán de Izalco*, 1923; *Orígenes de San Salvador Cuzcatlán, hoy capital de El Salvador*, 1925; *Geología general de Centro América y especial de El Salvador*, 1924; *Arqueología cuzcatleca*, 1924; *El Salvador antiguo*, Biblioteca del Pueblo, Ediciones del Ministerio de Cultura, 1950. *Obras Completas*, tomo I, Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, San Salvador, 1960.

JORGE LARDE Y LARIN.—Hijo de Jorge Lardé y también historiador salvadoreño. Nació en la ciudad de Santa Ana, en 1920. Se ha distinguido en el campo del periodismo. Estudió lenguas indígenas de los pueblos que habitaron el área de la actual República de El Salvador, antes de la conquista española. Algunas de sus obras: *Arce en el proceso de la Independencia*; *Génesis del volcán de Izalco*; *Orígenes de la Villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate*; *Orígenes del convento de Santo Domingo de San Salvador*; *Recopilación de leyes relativas a la historia de los Municipios de El Salvador*; *Guía histórica de El Salvador*; *Monografías históricas del Departamento de Santa Ana*; *José Simeón Cañas, viroleño ilustre*; *El Salvador: historia de sus pueblos, villas y ciudades*.

RAMON LOPEZ JIMENEZ.—Nació en la ciudad de Zacatecoluca, El Salvador, en 1898. Abogado y catedrático de Derecho Internacional de la Facultad de Derecho, Universidad Nacional. Doctor Honoris Causa de la Universidad de Santiago Abad, Cuzco, Perú. Miembro de Honor de la Academia Brasileña de Derecho Internacional. Miembro Consejero del Instituto Hispano-Luso-Americano de Derecho Internacional. Miembro Adherente de la Academia Diplomática Internacional de París. Miembro del Ateneo de El Salvador y de la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente de la Española. Obras: *Por qué reconoció El Salvador al Estado de Manchukuo*, traducida al japonés; *Belice, tierra irredenta*; *El principio de no intervención en América*; *José Matías Delgado y de León, su personalidad, su obra y su destino*; *Mitras salvadoreñas*; *José Simeón Cañas, su obra, su verdadera personalidad y su destino*. Folletos: *Esbozo biográfico del Prócer don Juan Vicente Villacorta*; *La leyenda de Sor Margarita*; *Esbozo biográfico de José María Cáceres, el mayor educacionista de la América Central*; *José Gustavo Guerrero, Ex-Presidente de la Corte de Justicia Internacional de La Haya*; *La doctrina de Monroe y la Conferencia de Consolidación de la Paz, celebrada en Buenos Aires*, y otros.

JOSE MARIA PERALTA.—(1873-1944). Periodista, novelista y cuentista. Nació en

San Salvador. General e ingeniero, estudió en la Academia Militar de Guadalajara, España. Fue representante diplomático de nuestro país en la Madre Patria. Se distinguió en el campo de las letras, por su prosa festiva, ágil y bien trabajada. El seudónimo *T. P. Mechín*, que usó con frecuencia, se volvió muy popular. “Su figura señala —dice Luis Gallegos Valdés en *Panorama de la literatura salvadoreña*— el predominio del realismo y una persistencia del género costumbrista”. Principales obras: *Burla burlando*, *Brochazos*, *La muerte de la Tórtola*, *Doctor Gonorreitigorrea* (novela), *Candidato* (comedia y sátira política). *En defensa del idioma*; *Masferrer humorista* y *El Sabio Valle*, opúsculos.

ALBERTO RIVAS BONILLA.—(1891). Médico, catedrático de varias materias en la Universidad de El Salvador. Fue Decano de la Facultad de Humanidades de la misma Universidad, pero su más excelente profesión hay que buscarla en el mundo de las letras. Inició su carrera literaria escribiendo versos, y con su poema *A Lempira* obtuvo sonado triunfo. Más tarde, se dedicó por completo al cuento y al teatro. Como prosista alcanzó puesto de primera clase. “Risueño, diseñador del ambiente visto por el lado picaresco —dice de él Juan Felipe Toruño en *Desarrollo Literario de El Salvador*— maneja el idioma con maestría y limpidez”. Obras más conocidas: *Versos*; *Andanzas y malandanzas*, noveleta sobre “un destino humano hecho perro”; *Me monto en un potro*; *Una chica moderna* y *Celia en vacaciones*, teatro.

JULIO ENRIQUE AVILA.—Fino poeta y prosista. Nació en San Salvador en 1892. A pesar de que se le presenta como a uno de los introductores del modernismo en El Salvador, “la influencia de Rubén Darío fue sólo momentánea en él”, dice Gallegos Valdés. En verdad, Avila más bien nos parece un innovador, dentro de la poesía salvadoreña de su tiempo. Juan Ramón Uriarte, al referirse a su obra afirma que no puede colocarse al autor de ella en un *ismo literario*. Y añade lo siguiente: “subordina siempre la rima a su ritmo introspectivo, a su pensamiento y a la agitabilidad de su corazón”. Su primer libro lleva este título: *Fuentes del alma*, 1917. Después publicó *El poeta egoísta*, *El vigía sin luz*, *El mundo de mi jardín* y *El himno sin patria*.

ALFREDO ESPINO.—(1900-1928). Es el poeta más conocido por el pueblo salvadoreño y quizás el más amado también. Cantor de las cosas y las criaturas de nuestra tierra, su naturalidad expresiva lo acerca cada día más a quienes gustan la ternura y la sencillez. Sólo nos dejó un libro de versos, pues murió joven: *Jicaras Tristes*. “Es un poeta popular —dice Gallegos Valdés— a veces tierno acuarelista y siempre espontáneo y dulce. Dice lo que ve y siente como un niño que a cada paso descubre motivos de admiración.”

MIGUEL ANGEL ESPINO.—(1902-1967). Hermano de Alfredo, el poeta. Nació en la ciudad de Santa Ana, El Salvador. Cuando era muy joven publicó encantadora recreación, escrita en prosa poética, sobre leyendas y antiguos mitos *pipiles*: *Mitología de Cuzcatlán*. La editorial Ercilla, de Santiago de Chile, dio a conocer su novela *Trenes*, en 1940. En 1947 editó en México otra novela, *Hombres contra la muerte*, que tiene por tema la tierra de Belice y “la violencia y explotación económica de los cortadores de la selva”. Esta novela mereció honroso galardón, que le otorgó el Gobierno de El Salvador. Además nos dejó una fina obra de su juventud, *Como cantán allá...* y *Vida de José Simeón Cañas, padre de los esclavos*.

CARLOS BUSTAMANTE.—(1890-1952). Escribió crónicas y cuentos, pero en el campo lírico se destacó como poeta de altos vuelos. Según Toruño, es en nuestro medio “el primer poeta del modernismo en actividad”. Laureado varias veces en Juegos Florales y otros Certámenes Literarios, su estilo es brillante y lleno de color y vigor. Penetró sin vacilar en nuevas formas poéticas —de verdadera vanguardia en su tiempo— y no se extravió en ellas. Los versos brotaban de su pluma como agua de un manantial. “Supo aplicar su poesía a conocimientos diversos y muy bien asimilados”.

JUAN COTTO.—(1900-1936). Salvadoreño. Otro excelente poeta. Cuando era muy joven abandonó su tierra natal, y después de vivir durante algún tiempo en Guatemala se radicó en México. Sólo nos dejó un libro, *Cantos de la tierra prometida*, México 1940, prólogo de José Vasconcelos, San Salvador, 1950, 1955. El poeta guatemalteco Manuel José Arce y Valladares nos dice, refiriéndose a Cotto: “Todo él rezumaba pulcritud. Conversador amenísimo, embelesaba a sus oyentes con no escaso caudal de cultura. Hecho a alternar con lo más selecto de la aristocracia social, del pensamiento y del arte, nada tenía ya del provinciano de estas provincias”. Hablaba varias lenguas y le apasionaba la buena música.

ARTURO AMBROGI.—(1875-1936). Nació en San Salvador. Cuando era joven el modernismo lo conquistó profundamente. Pudo librarse de él, gracias a su intuición y su talento. Periodista por necesidad, cultivó la crónica con gran acierto. Nunca escribió versos, pero sus cuentos (más bien sus descripciones) son admirables. Gallegos Valdés afirma que no es un cuentista, “sino un magnífico narrador”. Viajó por América, Europa y Asia. En algunos de sus primeros libros se siente vivir “al benjamín del modernismo”, como lo llamó Max Henríquez Ureña. Luego, su estilo literario y su visión de artista cambiaron por completo. Empezó “a pintar nuestra tierra, a animar la esquivez de nuestro campesino al toque de su pluma”, y a sentir el paisaje tropical como si hubiera sido su propio cuerpo. Entonces pudo regalarnos lo más vital y maduro de su arte. Obras: *Bibelots*, 189...; *Cuentos y fantasías*, 1895; *Agua fuerte*, 1901; *Manchas, máscaras y sensaciones*, 1901; *El libro del trópico*, 1907; *Marginales de la vida*, 1912; *El tiempo que pasa*, 1913; *Sensaciones del Japón y de la China*, 1915; *El libro del trópico*, 1915; *Crónicas Marchitas*, 1916; *El segundo libro del trópico*, 1916; *El libro del trópico*, 1918; *El Jetón*, 1ª edición 1936, 2ª edición, Departamento Editorial del Ministerio de Educación, 1961; *Muestrario* (crónicas) 1955; *El libro del trópico* (ilustraciones de Luis Angel Salinas) Ministerio de Cultura, 1955.

SALARRUE. (Salvador Salazar Arrué).—Nació en la ciudad de Sonsonate, El Salvador, en 1899. Se ha distinguido como extraordinario cuentista. También escribe novelas y es excelente pintor. El libro *Cuentos de Barro* lo volvió famoso en América Latina. Estudió pintura en la Academia Concoran, de Washington, D.C., Estados Unidos de América. Ha expuesto obras pictóricas en El Salvador, Costa Rica, Guatemala. Nueva York y Nueva Orleans. Sus obras literarias son: *El Cristo Negro*, leyenda; *O'Yarkandal*, cuentos fantásticos; *Cuentos de barro*; *Eso y más*; *Remotando el Uluán*; *Trasmallo*; *La espada y otras narraciones*; *El señor de la burbuja*, novela; *Cuentos de cipotes*.

FRANCISCO HERRERA VELADO.—(1876-1967). Nació en Izalco, ciudad salvadoreña del Occidente de la República. Inició su carrera literaria como periodista, sien-

do colaborador de *La Quincena*. Escribió versos, que se publicaron en periódicos y revistas del país, especialmente en *Repertorio del Diario del Salvador*. En dos pequeños libros recogió sus poesías: *Fugitivas* (1909) y *La torre del recuerdo* (1926). Reunió tradiciones escritas en verso en *Mentiras y verdades* (1923). Su obra más notable es *Agua de Coco*, en la que presenta, con ironía y gracia fuera de lo común, estampas vivas de su región natal.

NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ.—(1910). Novelista y cuentista de indiscutibles méritos. Nació en la ciudad de Santa Ana, El Salvador. Sigue la línea vernacular trazada por Ambrogi, pero es más actual en su expresión literaria y más rápido en las presentaciones de sus temas. Muy de la tierra nuestra, sabe extraerle sus secretos y comprender a sus criaturas humildes (bestias y campesinos). Obras principales: *El Janiche y otros cuentos* (1960); *Jaraguá*, magnífica novela, publicada en 1960 por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, y reeditada en 1968 por la Dirección de Publicaciones, Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación.

VICENTE ROSALES Y ROSALES.—(1894). Poeta salvadoreño. Nació en la ciudad de Jucuapa. En 1910 llegó a San Salvador y entró en el periodismo. Colaboró en el *Diario del Salvador*. Después viajó por Centro América, Cuba y México. En 1924 publicó una colección de poemas bajo este título: *El bosque de Apolo*, que fue recibida por críticos literarios y lectores de buenos libros con verdadero entusiasmo. Volvió al periodismo y fue Jefe de Redacción de *El Día*. En 1928 apareció su *Euterpología politonal*; en 1942 publicó *Transiciones* (bocetos y juicios); nos regaló después *Pascuas de oro* (1947) y en 1960 una Antología que recoge lo mejor de sus versos, editada por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura. “Cierta paganía se aviene en él con el panteísmo franciscano confesado en uno de sus poemas, dice Gallegos Valdés. Es platónico a ratos. El arpegio se le vuelve a veces onomatopeya”.

ALBERTO GUERRA TRIGUEROS.—(1898-1950). Poeta y prosista. Hijo de padre nicaragüense y madre salvadoreña, nació en Rivas, Nicaragua, y murió en San Salvador. Vivió en Europa desde que era muy niño y fue educado por sacerdotes de la Compañía de Jesús, en importantes colegios de Suiza, Francia e Inglaterra. Dueño de excepcional cultura, su personalidad de hombre íntegro y de poeta verdadero, fue incomparable ejemplo para muchos escritores y artistas de nuestro país. Cuando murió don Alberto Masferrer, Guerra Trigueros compró el diario *Patria* y continuó la labor del gran maestro salvadoreño con igual pureza y valentía. “Cristiano abrazado a la enseñanza de Pablo de Tarso, forjó su dialéctica en el yunque del corazón, que todo lo incendia y apasiona, aunque a veces se equivoque”, dice uno de sus críticos. Nos dejó las siguientes obras: *Silencio*, 1920; *Surtidor de estrellas*, 1929; *Minuto de silencio*, 1951; y dos extraordinarios ensayos titulados: *Poesía versus Arte* y *El libro, el hombre y la cultura*.

RAUL CONTRERAS.—(1896). Poeta y diplomático salvadoreño. Nació en la ciudad de Cojutepeque y ha vivido largos años en España. En 1925 publicó en Madrid, *La princesa está triste* (teatro poético) con prólogo de Julio Cejador. Guarda sin publicarse una obra de teatro: *Cagliostro*. En 1919 publicó *Armonías íntimas* y en 1956 *Presencia de humo*. Su dominio del idioma y del verso es notable. Según opiniones de la mayor parte de los salvadoreños, fue creador de la *poetisa-duende*, *Lydia Nogales*, y autor de los hermosísimos poemas de la desconocida mu-

chacha. Dichos poemas, si en verdad son de él, lo colocan en primer puesto en el campo de la lírica nacional.

LYDIA NOGALES.—“Un suceso en la historia literaria de El Salvador”, dijo refiriéndose a ella el profesor y escritor español Juan Antonio Ayala. Apareció de repente, en 1947, y sobre su figura desconocida, así como sobre sus mágicos poemas, hablaron apasionadamente escritores, artistas, maestros y personas curiosas de todas partes de El Salvador. Gallegos Valdés la llamó, “poetisa-duende”. La verdad es que se alzó con toda su belleza, real e irreal, de una travesura de poetas, pero que los singulares méritos de su poesía le conquistaron puesto definitivo en nuestras letras. “En voz alta, en voz baja, se señaló después al autor de los poemas”, explica Ayala. No lo nombra, pero los que se acercaron un poco a la orilla del secreto, están de acuerdo en asegurar que Raúl Contreras fue el principal creador de tan esquiva y delicada criatura. La obra entera de esta misteriosa joven, primeramente publicada en un periódico local, fue recogida por el Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, año 1956, en un libro que lleva este título: *Lydia Nogales*. El volumen tiene un Prólogo y una extensa Aclaración Inicial, firmados por Juan Antonio Ayala.

SERAFIN QUITENO.—1906. Poeta y periodista salvadoreño. Nació en la ciudad de Santa Ana. “Sinceridad, ternura, hombría, son los rasgos de tan vigorosa personalidad”, dice un crítico de su obra lírica. En *Corazón con S*, Quiteño nos entrega la tierra de Cuzcatlán, húmeda y verde, y con ella a la mujer-madre, a la mujer-esposa, a la mujer-amante y hermana y amiga... Su provincialismo tiene la fresca gracia de lo auténtico. López Velarde anda cerca de él como compañero de experiencias, pero sin que tome a su lado puesto de maestro, porque Quiteño es en extremo *personal*. En los hermosos *Sonetos de la Palabra*, sostiene que el lenguaje no debe vestir las ideas, sino que ha de servir para desnudarlas. En colaboración con el poeta nicaragüense Alberto Ordóñez Argüello publicó *Tórrido Sueño*, colección de versos que huelen a cerros y valles, a playas, ríos, lagos y mares del trópico. Olor y color están allí, vivos y exactos. Desde hace varios años el poeta nos regala, todas las mañanas, una interesantísima columna en El Diario de Hoy. La firma con este seudónimo: *Pedro C. Maravilla*. Colmada de humor limpio, ágil y pródigo, a veces se convierte en un bello poema en prosa, que todos leemos con placer y agradecimiento.

TRIGUEROS DE LEON.—(1917-1965). Poeta, periodista, crítico literario, profesor y editor salvadoreño. Nació en la ciudad de Ahuachapán. Viajó por Centro América y otros países de la América Latina; también por los Estados Unidos y Europa. Fue uno de los principales fundadores de la Casa de la Cultura de San Salvador y tuvo a su cargo, durante doce años, la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación. *Tribuna Libre*, diario de esta capital, dijo al conmemorar el primer aniversario de su muerte: “El prestigio alcanzado por todas y cada una de las colecciones de libros que él, amorosamente, iba acrecentando, constituyeron la más eficiente propaganda en favor de la cultura de nuestro país. Escritores, poetas, críticos, comentaristas, editores, sin regateos alabaron su importante labor”. Dejó las siguientes obras: *Campanario*, 1941, libro de lo pequeño primoroso, con algo de Tagore y Francis Jammes; *Nardo y Estrella*, 1943; *Presencia de la rosa*, 1945, plaquette que recoge una colección de finos sonetos; *Labrando en madera*, 1947 (“cabezas, poesía y muerte”), “páginas escritas al amor de lecturas realizadas con lentitud”; *Perfil en el aire*, 1955, críti-

cas y entrevistas; *Pueblo*, 1960, cuadros de la provincia. Trigueros de León, estudió Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad de El Salvador y obtuvo título de abogado en Madrid, España.

PEDRO GEOFFROY RIVAS.—(1908). Poeta y periodista salvadoreño. Nació en la ciudad de Santa Ana. Cursó estudios de Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad de El Salvador y en la Universidad Autónoma de México. Perteneció al Foro de nuestro país. Además es antropólogo y lingüista de notables méritos. Su vida puede llamarse “la aventura de un hombre que lucha para que la belleza, la libertad y la justicia se establezcan en el mundo, recordando siempre que el individuo forma parte de la colectividad humana, y que la humanidad debe respetar y proteger el reino íntimo de cada individuo”. Obras: *Rumbo*, poesías; *Para cantar mañana*, panfleto poético; *Vida, pasión y muerte del anti-hombre*, poema autobiográfico; *Geografía esperanzada del dolor*, canto a Centro América; *Sólo Amor*, poemas juveniles; *Yulcuicat*, magnífica recreación lírica de temas indígenas; *El Nawat de Cuscatlán*. “Es uno de los poetas de más fuerte acento en Centro América”, dice un crítico literario. “Pasión arrebatadora y verbo candente.”

HUGO LINDO.—(1917). Poeta y prosista salvadoreño. Nació en la ciudad de La Unión. Se doctoró en Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad de El Salvador. Ha desempeñado altos cargos diplomáticos y fue Ministro de Educación de la República en 1961. Su obra lírica reúne, en forma limpia, hermosa y bien trabajada, “la preocupación filosófica y el tema metafísico”. “Uno de los motivos de mayor reiteración en su poesía es la luz”. Obras publicadas: *Poema eucarístico y otros*; *Guaro y Champaña*, relatos; *El divorcio en la legislación salvadoreña*; *Libro de horas*, poesía; *Antología del cuento centroamericano*; *Sinfonía del límite*, poesía; *Varia poesía*; *Tres instantes*; *El anzuelo de Dios*, novela; *Justicia, Señor Gobernador*, novela; *Movimiento unionista centroamericano*, conferencias publicadas por la Editorial Universitaria de Santiago de Chile; *Navegante Río*, poemas; *Cada día tiene su afán*, novela; *Maneras de llorar*, poesía, ediciones de Cultura Hispánica; *Sólo la voz*, poesía.

MANUEL AGUILAR CHAVEZ.—(1913-1957). Periodista, poeta y cuentista salvadoreño. Aunque empezó su carrera literaria escribiendo versos, los olvidó para dedicarse con verdadero acierto a la crónica periodística. Pronto se le consideró un excelente escritor, en este campo de la literatura. Después de amargas experiencias políticas nos regaló un libro titulado: *Un viaje al infierno pasando por Pespines*. Al regresar de ese viaje comenzó a escribir cuentos, en los que un realismo trágico y desnudo da cabida a momentos de ternura verdadera. Murió cuando todavía era joven. Obra principal: *Puros Cuentos*, Departamento Editorial del Ministerio de Educación, 1959.

MANUEL BARBA SALINAS.—(1900-1956). Nació en la ciudad de Santa Tecla, El Salvador. Estudió en este país y en los Estados Unidos de Norte América. (Universidad de Notre Dame, Indiana). Redactor de “El Diario de Hoy”; traductor del inglés al español de los mensajes de Mr. Roosevelt, durante la última guerra mundial; auxiliar de la Sección de Organismos y Conferencias Internacionales, Tratados y Publicaciones. Fue miembro del Ateneo de El Salvador y de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Además de numerosos artículos,

publicados en periódicos y revistas, nos dejó la siguiente obra: *Memorias de un espectador*, 1957, Departamento Editorial del Ministerio de Educación.

LUIS GALLEGOS VALDES.—(1917). Prosista salvadoreño. Nació en San Salvador y vivió en Francia durante su niñez. Se dedica, especialmente, a la crítica literaria. Ha sido profesor de literatura francesa, española y centroamericana en la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador. Ha viajado por varios países de nuestro Continente; también por los Estados Unidos y Europa. Su libro *Tiro al blanco* reúne juicios sobre personalidades y obras de varios escritores; *Plaza mayor* es fino relato de tiempos pasados; *Panorama de la literatura salvadoreña* aparece como importante obra informativa.

ALEJANDRO DAGOBERTO MARROQUIN.— Nació en San Salvador, en 1911. Primeros estudios en nuestro país. Estudios universitarios en Montevideo, Uruguay, y en la Universidad de El Salvador. Ha desarrollado meritoria carrera docente en México, Estados Unidos, nuestro país y Honduras, C. A. Desempeñó el siguiente cargo: Decano de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional. Actualmente es catedrático de Sociología, Facultad de Derecho de la misma Universidad; Presidente de la Asociación Salvadoreña de Sociología; Vicepresidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología; Miembro del Instituto Internacional de Sociología; Miembro del Comité Mundial de Sociología Rural; Miembro de la Directiva de la FLACSO. Ha publicado numerosos escritos científicos sobre temas jurídicos, sociológicos y políticos. Obras publicadas: *La ciudad mercado* (Tlaxiaco), Universidad Autónoma de México, 1957; *Panchimalco: una investigación sociológica*, Universidad de El Salvador, 1958; *La irretroactividad de las leyes*, Id. Id. 1958; *San Pedro Nonualco*, Universidad de El Salvador, 1962; *Teoría de la historia*, Id. Id. 1962. *Apreciación sociológica de la Independencia*, Facultad de Economía, Universidad Nacional, 1964.

JULIO FAUSTO FERNANDEZ.—(1913). Prosista salvadoreño. Doctor en Derecho. Nació en una población del Departamento de Usulután. Estudió en San Salvador, México y España. Ha desempeñado cargos diplomáticos y fue Subsecretario del Ministerio de Justicia, de 1957 a 1960. Actualmente es Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Obras: *A propósito de la reforma universitaria*; *El existencialismo, ideología de un mundo en crisis*; *Del materialismo marxista al realismo cristiano*; *Patria y juventud en el mundo de hoy*; *El libre albedrío*; *Una conciencia frente al mundo*; *Bolívar, figura ecuménica*; *Charlas sobre el sentido de la historia*; *Radiografía del dolor*.

JOSE SALVADOR GUANDIQUE.—(1918). Periodista y ensayista salvadoreño. Nació en San Salvador. Licenciado en Derecho, Universidad Autónoma de México; Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales, Universidad de El Salvador. Ha desarrollado trabajo docente en escuelas y universidades de México y de este país. Obras: *Datos de Sociología*; *Itinerario filosófico*; *Proyecciones*; *En la ruta del Estado*; *Gavidia, el amigo de Darío*.

RICARDO DUEÑAS VAN SEVEREN.—(1913). “Abogado, periodista notable e investigador acucioso”, dice Gallegos Valdés, al referirse a este escritor salvadoreño. Obras más conocidas: *Biografía del General Francisco Morazán*, 1956, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura; *La invasión filibustera de Nicaragua y la guerra nacional*, ODECA, 1959.

MAURICIO GUZMAN.—Abogado, escritor, diplomático y catedrático en la Universidad Nacional. Fue Ministro de Cultura de El Salvador. Obras más leídas; *Federación colegiada de la República de Centroamérica*, con Comentarios del doctor Salvador Mendieta, 1957, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura; *La acción de divorcio en la Ley salvadoreña*, 1956, Departamento Editorial, Ministerio de Cultura.

NOTA EDITORIAL

“Cultura” rinde homenaje, en el N° 49 de la serie, a varios prosistas y poetas salvadoreños, *que no pertenecen a las más jóvenes generaciones de escritores de nuestro país*. Unos, ya están muertos; otros, viven todavía. Aunque muchos de ellos hacen falta en esta recopilación literaria, queremos asegurar a quienes nos leen que no los hemos olvidado y que en próximos números de la revista publicaremos fragmentos de sus obras.

Poetas y escritores de tiempos anteriores al presente abrieron difíciles caminos, en el campo de las letras de El Salvador. Sin el esfuerzo de esos *pioneros*, la vía por la que avanzan los jóvenes literatos de la hora actual sería más abrupta y angosta.

Nuestro pueblo se enorgullece de contar entre sus hijos a un maestro y conductor de multitudes como Alberto Masferrer, a quien rendimos especial homenaje en el N° 47 de esta misma publicación; a un humanista como Francisco Gavidia (ver Número Extraordinario); a incansables estudiosos, que llegaron a poseer sorprendente erudición; a narradores colmados de ingenio y buen humor;

a excelentes poetas, cuentistas, ensayistas, etc., etc. Gracias a esos enamorados de su oficio de escribir, hemos ido estructurando, fortaleciendo, ampliando y perfeccionando la literatura de una patria bien-amada. Presentarlos en las páginas de “Cultura” es sagrado deber.

La Provincia de San Salvador. Reyno de Guatemala Año 1807

Por Don Antonio GUTIERREZ Y ULLOA
Corregidor Intendente de la Provincia.

PRIMER PARTIDO

SAN SALVADOR

Este partido como todos los demás de la Provincia de su nombre, y que en su jurisdicción ha padecido desde el tiempo de la Conquista varias alteraciones, dirigido hasta el año 1,786 por un Alcalde Mayor que con título Real ejercía omnímoda jurisdicción, está desde aquel año Governado por un Corregidor Yntendente, un Theniente Letrado y Asesor ordinario, dos Alcaldes ordinarios, una Diputación de Consulado, Subalterna del Tribunal de la Capital del Reyno, Junta Municipal con su Mayordomo de Próprios electivo y anual, y un Ayuntamiento compuesto de tres Rexidores sencillos, Alferz Real, Alguacil Mayor, Alcalde provincial, Procurador Síndico, Juez de Policia, Fiel Ejecutor, y Escrivano, cuyo Cuerpo goza el título de Noble Ciudad desde el año 1,546, por privilegio del Señor Emperador Don Carlos 1º de España, pero no tiene *Escudo de Armas*.

Están en esta Ciudad, Cavecera de las quatro Provincias y residencia del Yntendente, establecidas asímismo las *Cajas Reales*, servidas por dos Ministros de Real Hacienda con título de Oficiales Reales, y cada uno auxiliado en su respectivo Departamento con dos Oficiales y un Escribiente. La Administración de Alcabalas y Barlovento, con el respectivo Jefe, un interventor, un vista,

un Oficial, un Escribiente dotado, un Guarda Mayor de la Renta con seis Guardas volantes, doce receptorias y catorce comisarias para la recaudación general de residentes en los Partidos.

La Dirección del Monte Pio de Cosecheros de *Añil* cuya Junta General se celebra el 1º de Noviembre con presencia de las Tazmias generales de las Provincias y asistencia de los Diputados de los Cavildos y representantes de Cosecheros, presidida por el Yntendente, que con arreglo á la Real Ordenanza de su instituto, dirige la propuesta reservada de précios á la Superintendencia General del Reyno, á cuya Superioridad corresponde la abertura de ellos: Se compone de un Director Tesorero, Contador, Secretario y Escribiente, dotados por el mismo fondo.

Un promotor del Real Fisco, Un Defensor de Obras Pias: Administración de Correos, Tres Oficios públicos de Escribano, además del de Gobierno, y Real Hacienda, y el General de Hipotecas, quatro oficios de *Procuradores*. Las Juntas de *Vacuna*, Gobierno, Real Hacienda, y *Consolidación*, y la Administración Foránea de Tavaco, Pólvora y Naipes, á cuyos respectivos cargos corre su despacho.

La Comandancia de Armas y Vandera del fisco del Reyno con respecto al mando militar.

Y al Eclesiástico, una Vicaría provincial, seis curatos, con el de la Ciudad, y dos Coajutores en ellos, tres Comisarios del Santo Oficio, cinco Eclesiásticos Presviteros, agregados y tres Conventos de las Religiones de San Francisco, Santo Domingo y Mercenarios.

Comprende este Partido *veinte y dos* Pueblos de Yndios; dos de Ladinos con veinte Parcialidades, veinte y dos Hac^{as} de Ganados y Tintas; y quarenta sitios, ó Ranchos de corta extensión y toda su Población es de 454 Españoles, 19.900 Yndios y 12.032 Ladinos.

Está situada su Ciudad Capital al E¼ S-E de la Metrópoli del Reyno á 61 leguas de distancia en los 286 grados, 20 minutos de Longitud, (segun las cartas de Lopez y Bone) y á los 13 grados y 6 minutos de Latitud setentrional, sobre terreno desigual, frondoso y llano, sin hallarse en su recinto otros edificios *públicos havilitados* que el de un *Hospital*, dos *Cárceles* para ámbos sexos, seis fuentes públicas, cuyas aguas surten al vecindario, por médio de un aqüeducto de 738 varas, niveladas sobre arqueria de fábrica mediana, conservada por el cargo de un fontanero dotado de própios; un puente de regular fábrica sobre el Acelguate, que baña la salida al S. de la Ciudad y tres Molinos de propiedad particular con siete piedras para granos y semillas.

Confina su jurisdicción por el N. con la de Chalatenango, limitada con el rio de Lempa, á 12 leguas de distancia; por el S. con el Mar pacífico; á 5 leguas; por el E. con la de Cojutepeque, á 5 leguas, y por el O. y N.O. con

la de Opico, á quatro, siendo su extensión Topográfica 9 leguas de O. á E. y 17 de N. á S.

Su temperamento aunque cálido y húmedo con algun exceso, es benignísimo; y sea que la moderación conque viven sus naturales y la actividad respectiva á la poca industria del País, ó que la buena calidad de sus frutos, carnes, legumbres y demás mantenimientos, contribuyan á la buena y constante salud que gozan, es uno de los Partidos en que se vive con la mayor comodidad, notandose, no obstante, el mucho uso de aguardientes, vinos, pescados salados, y frutas sin sazón, estar poco arraigadas las afecciones y erupciones cutáneas tan dominantes en toda la provincia; siendo la única incomodidad de consideración, la de las fluxiones, que atribuye á la fortaleza del rocío, que llaman Sereno, los Naturales, y al exceso de baños por ablución en ayre libre y agua de varios temples que el mismo terreno proporciona á poca distancia de esta Población y en varios raudales que circulan todo el Partido.

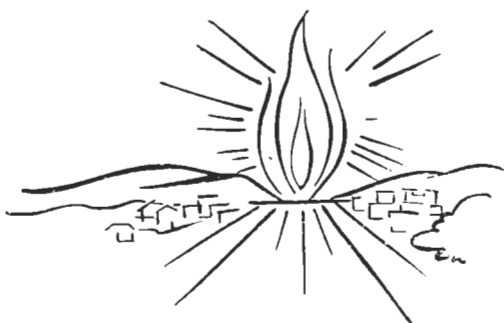
Rodean el Plano de esta Ciudad al N.E. el Volcán de su nombre, de figura irregular, causada, según tradición del País, por la explosión última anterior al año 1.770, hallandose en su Centro un cráter de una legua de circunferencia, vastante profunda, que se pierde en una pequeña Laguna, árida en sus márgenes y formada de aguas azufrosas; dista su raiz, bien caracterizada legua y média de la Ciudad: Su base (Extendida de N. á S. cerca de dos leguas) se eleva hasta su médio, disminuyendo su suabidad, desde cuya altura, tomando el punto céntrico de la vase, sigue con inclinación al N.-E. fixo hta. su mayor elevación en forma cónica.

Al N.-O. la Laguna de Ylopango á dos leguas situada en la falda de los Montes Texaquangos. al S.-E. y á la salida del pueblo de Cuscatlan, la Laguna del mismo nombre. Al N. despejado. Y al S. y con proximidad, la cordillera de Montañas que continua extendiendose hacia las Costas.

El cultivo de sus *Campos*, lo regular de todas las salidas de la Ciudad, la variedad de Aves y Animales, aunque estos son pocos, que se hallan en sus bosques, contribuyen a la diversión y á entretener la falta de objetos sociales, La agitación interesante del mecanismo de su Plaza principal, única del Reyno en que los cacao representan un signo general para los ramos que se cruzan a todas horas del día y barias de la noche, la limpieza de las expendedoras, aun de las cosas mas súcias, y el cúmulo de tratantes de fuera, en granos y manufacturas del País, llama la atención á primera vista, siendo lo muy notable, que apenas versa otro giro, que el de la permuta, subiendo por cálculo prudencial, á mas de mil pesos diarios, no incluyendose las carnes, granos, caldos de España, lencerias finas, ni ropas del consumo de los Españoles y Mulatos acomodados.

Los muchos individuos de plebe, ocupados en la administración de justicia, y el demasiado número de ociosos, en nada interrumpen el de Artesanos

y Obreros en los oficios mas necesarios, particularizandose los de Herreria y Carpinteria, aunque el de Plateria y Tejedores en algodón, consiguen singular ventaja; cuyas obras, aunque carecen de invención, tienen la particularidad de estar bien concluidas y modeladas á los diseños que les presentan, para cuyo adelantamiento se está estableciendo una Escuela particular de dibujo.—HAY UNA RUBRICA. (Primeras Páginas de su libro *La Provincia de San Salvador. Reyno de Guatemala*. Año de 1807.



La Población de El Salvador

Por Rodolfo BARON CASTRO

CAPITULO II. Resumen de Geografía Natural y Económica.

I. Relieve del suelo. II. Costas, ríos y lagos. III. Clima. IV. Flora, fauna y riqueza minera.

I

El territorio salvadoreño, pese a su reducido tamaño, presenta características que hacen de él uno de los más interesantes del Nuevo Mundo.

Bordean su litoral llanuras bajas, recortadas por la *Cadena costera*, que forma el eje de su sistema orográfico. El resto, montañoso en grado sumo, lo constituye una meseta cuya altura oscila entre 200 y 1.000 metros, cortada por las depresiones del Lempa y otros ríos principales y coronada por las eminencias de sierras y volcanes.

Entre estos últimos destaca el *Lamatepeque* o de Santa Ana, que, con sus 2.386 metros de altitud, alcanza el pun-

to más elevado del país. Le siguen los de San Vicente y San Miguel, con 2.173 y 2.132 metros, respectivamente. Los volcanes de Tamagás, Naranjo, San Salvador, Izalco, Apaneca, Chingo, Jucuapa, Cacaguatique y Tecapa sobrepasan las 1.500 metros. Otros muchos como los de Usulután, Guazapa, Chinameca, Conchagua, Sociedad, etc. logran alturas superiores a los 1.000 metros.

De los volcanes citados es el Izalco, sin duda alguna, el más interesante, tanto por su perenne actividad —que le ha valido el sobrenombre de *Faro de la América Central*— como por ser uno de los pocos que se han formado en los tiempos históricos¹.

La altura que ha alcanzado en cosa de tres siglos —1.885 metros, según Barberena, y 1.869 a juicio de Lardé— habla elocuentemente de su poderosa vitalidad.

Estas fuerzas telúricas, por desgracia, no parecen haber disminuido. Sin ir

más lejos, en el año de 1880 surge en el centro del hermoso lago de Ilopango un nuevo volcán que, felizmente no hizo ulteriores progresos. Y son también ejemplo notable algunos fenómenos menores, como los *ausoles* de Ahuachapán y los llamados *infiernillos* de San Vicente.

Los efectos de tales manifestaciones geofísicas han pesado duramente desde tiempo remoto sobre la población salvadoreña, habiendo sido la capital una de las más castigadas en este sentido. Asentada, desde su traslado al sitio actual, en un terreno tradicionalmente propicio a los temblores, cada siglo ha sido destruida total o parcialmente una o más veces. No se ha escapado de la regla la centuria en que vivimos, pues en el año de 1917 se cumplió la siniestra consigna.

Sin embargo, salvo su primera y única traslación, ha sido siempre reedificada en el mismo lugar. Hubo épocas en las que se creyó que había muerto definitivamente, mudándose la capital a otras ciudades. Inútil tarea. Los salvadoreños volvían a la obra y la levantaban de nuevo. Esta lucha lleva más de cuatro siglos. Los medios modernos de construcción, por suerte, permiten augurar que la hoy bella y próspera urbe sabrá defenderse con mejores armas de su tradicional enemigo.

II

Cuenta El Salvador con unos trescientos sesenta ríos de curso regular, servidos por cerca de trescientos cincuenta afluentes. El más caudaloso de aquéllos es el Lempa, que hace en el país un recorrido de 260 kilómetros. Los ríos Paz, Grande de San Miguel, Sumpul, Torola y Goascorán son asimismo importantes pero, debido a la accidentada constitución del suelo, ninguno de ellos es prácticamente navegable².

En cambio, abundan los rápidos y saltos de agua, guardadores de grandes

reservas hidroeléctricas que habrán de utilizarse en su día.

Los lagos salvadoreños son —si no de extensión enorme— al menos de gran belleza. El de Ilopango mide 13 kilómetros de longitud de Este a Oeste y cuenta con una superficie de aproximadamente 65 kilómetros cuadrados. Cercano a la capital de la República constituye uno de los lugares de esparcimiento más frecuentado.

El de Güija, cuyas tres cuartas partes pertenecen a El Salvador y la restante a Guatemala, hállese enmarcado por un panorama de imponderable hermosura. Su extensión es de 43.5 kilómetros cuadrados. Al de Coatepeque, con 40 kilómetros cuadrados de superficie, se le tiene por uno de los más bellos de América. De origen evidentemente volcánico, cuenta con una cadena de montañas que forma círculo en torno suyo.

De extensión apreciable y singular hermosura es también el lago de Omeqa, en el Departamento de San Miguel. Siguen a éstos, pintorescas lagunas, entre las que se cuentan como más notables las del Jocotal, Zapotitán y Alegría.

El océano Pacífico bate las costas salvadoreñas en una longitud de 296 kilómetros, desde la desembocadura del río Paz hasta la del Goascorán.

Forma diversas sinuosidades, como la bahía de Jiquilisco y el estero de Jaltepeque. En el extremo oriental del país hállese el golfo de Fonseca, que debe su nombre al obispo Juan Rodríguez de Fonseca, protector de Gil González Dávila, cuyo piloto Andrés Niño, fue el primer europeo en explorar aquellas aguas, en el año de 1522³.

Este golfo baña las costas de tres repúblicas centroamericanas: El Salvador, Honduras y Nicaragua. De sus numerosas islas buena parte pertenece a la primera. La de Conchagua fue bautizada por los nautas hispanos con el nombre de Petronila, en homenaje a la sobrina del obispo burgalés.

III

El clima de El Salvador, marítimo, es por lo general cálido, aunque las variaciones de temperatura oscilan según la altura. Existen zonas calientes y zonas templadas, sin que haya lugares que lleguen a ser fríos.

En las costas y algunas llanuras bajas, la media pasa de 30° centígrados, en tanto que en los sitios elevados se mantiene alrededor de los 12°. En la capital las variaciones termométricas son notables durante el mismo día. El resultado de las observaciones practicadas en ella por el Observatorio Nacional Meteorológico durante el año de 1940, fue el siguiente: temperatura media anual, 24°00', con extremas de 36°06' como máxima y de 10°06' como mínima⁴.

La más elevada temperatura habida en el año —que fue de los calurosos—, resulta pequeña en comparación con la que alcanzan muchas ciudades europeas en el verano, y especialmente españolas, que sobrepasan frecuentemente los 40°.

En cuanto a las estaciones, no hay sino dos: una lluviosa, que comienza en el mes de mayo y termina a fines de octubre, y otra seca, que comprende los otros meses. Los españoles dieron a la primera el nombre de *invierno* y a la segunda el de *verano*, con los que todavía se designan corrientemente.

La altura de la lluvia es grande, por consecuencia, contándose El Salvador entre los países del mundo que reciben la cantidad máxima del preciado elemento (entre 1.500 y 2.000 milímetros anuales). En el referido año de 1940 hubo en la ciudad de San Salvador 116 días de lluvia y una precipitación de 1.822'6 milímetros.

IV

El suelo salvadoreño, como consecuencia de las condiciones apuntadas, es de una maravillosa fertilidad. En él

crecen todos los productos tropicales y otros llevados de lejanas regiones.

Desde la época de la Conquista admiró a los recién llegados la exuberante vegetación del país, que prometía prodigiosas probabilidades de cultivo.

Cuando en el año de 1576 recorrió buena parte suya don Diego García del Palacio, oidor que fue de la Audiencia de Guatemala⁵, pasmóse ante la belleza del espectáculo escribiendo al rey Felipe II sobre la provincia de Los Izalcos: "Que la cosa más rica i gruesa que V. M. tiene en estas partes comienza del río de Aguachapa"⁶.

Y no exageraba el sagaz oidor español. La patria de los pipiles podía contarse como una de las más lucientes joyas engarzadas en la corona de Castilla. Por algo *Cuscatlán*, en lengua de indios, significa *tierra de preseas o riquezas*⁷.

El cacao, el algodón, el bálsamo⁸ y el añil o jiquilite eran los principales productos salvadoreños explotados durante la época de la dominación española y primeros años de la vida independiente. Las exigencias de los tiempos y las necesidades del tráfico comercial modificaron los cultivos al extremo de que el café —introducido al país en 1840⁹— ha relegado a los demás a un papel secundario¹⁰.

Sin embargo, el maíz y los frijoles —base de la alimentación del elemento humano— así como la caña de azúcar y el henequén, han tenido siempre preponderante lugar en las faenas del campo, y las superficies sembradas de estos productos son proporcionalmente vastas¹¹.

En cuanto a la fauna, cuenta El Salvador con gran variedad y riqueza de animales. Desde los más pequeños y curiosos insectos, a los pumas, jaguares, grandes serpientes y cocodrilos, vive toda una gama de especies originarias del trópico o llevadas de Europa; si bien la multiplicación de los cultivos y los estragos del hombre han arrinco-

nado en lejanos montes a los animales fieros.

Los ríos y lagos contienen abundante pesca, así como las aguas costeras. En bocanas, esteros y bahías aprisionan las redes cuantioso número de habitantes del líquido elemento.

Las bestias útiles al hombre viven perfectamente aclimatadas, y las razas bovinas, equinas, lanares y porcinas se mejoran constantemente¹².

El subsuelo es, asimismo, rico, mas ha sido ahora poco explotado. Minas de oro, plata, amianto, carbón bituminoso, carbonato de cal, cinabrio y mármol existen. Algunas de ellas —especialmente las auríferas— rinden provechoso fruto, mas la mayoría de la riqueza minera permanece virgen.

En consecuencia, el medio físico en el que se ha desenvuelto la población salvadoreña ha sido y es sumamente favorable: terreno fértil y rico, abundancia de aguas, plantas productivas y bien aclimatadas, así como animales de toda especie.

En contra de este desarrollo, los fenómenos sísmicos que destruyen ciudades, cultivos y vías de comunicación; la existencia de ciertos animales dañinos y de algunos lugares insalubres.

El lector verá a través de estas páginas cómo ha ido progresando el elemento humano en el país, inclinando a su favor las ventajas que le ha ofrecido el medio físico y sobreponiéndose a, o venciendo, las desventajas que, en duro trueque, le ha proporcionado.

NOTAS

- 1 Por un tiempo se creyó que había comenzado su desarrollo en el siglo XVIII, dándose por diversos autores los años de 1740, 1770 y 1793 como de su origen; pero el que fue Director del Observatorio Sismológico de El Salvador, Don Jorge Lardé, en su notable estudio *El Volcán de Izalco* (págs. 6 y 12), hace retroceder la fecha hasta la primera década del siglo XVII. El insigne comerciante español Marcos Jiménez de la Espada visitó el volcán de Izalco el año de 1865 como miembro de la expedición científica que por aquellos años envió España a distintos países del Nuevo Continente. Véase cómo resume su visita el cronista oficial del viaje: "El 11 (de septiembre) salió la Covadonga (de Corinto, en Nicaragua) para la república de San Salvador, llegando al 15 al puerto de Acajutla; de allí fue el señor Espada a Sonsonate, dos leguas al interior, con objeto de visitar el activísimo volcán de Izalco; se detuvo en Sonsonate un día, llegando el 16 a las cercanías del volcán; el siguiente día lo empleó en visitar éste, regresando el mismo a los pueblos de Izalco y Sonsonate: el 18 volvió a Acajutla, desde donde embarcó para el puerto de la Unión, perteneciente también a la república de San Salvador". (ALMAGRO, MANUEL DE, *Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión Científica enviada por el Gobierno de S. M. C. durante los años de 1862 a 1866*, p. 73).
- 2 El Lempa, en el final de su curso, previas

- algunas importantes obras, podría ser el único adaptable al tráfico fluvial.
- 3 En rigor cronológico, debe tenerse a Andrés Niño como descubridor de El Salvador, desde el momento en que fue quien primeramente avistó sus tierras. Sin embargo, su exploración no tuvo ninguna consecuencia para el país.
- 4 En los veintiocho años comprendidos entre 1913 y 1940, la más alta temperatura registrada en San Salvador ha sido de 40°6, el 19 de mayo de 1919, y la más baja, de 7°4, el 2 de enero de 1918.
- 5 Según refiere BERISTAIN (*Biblioteca Hispano Americana Septentrional*, t. II, págs. 381-382), doctoróse el licenciado GARCIA DEL PALACIO en la Universidad de Méjico, en 1581, llegando a ser rector de ella. Publicó en 1583 unos *Diálogos militares*, y en 1587, su *Instrucción náutica para el buen uso de las naos*.
- 6 Real Academia de la Historia (en lo sucesivo RAH), *Colección Muñoz*, T. XXXIX, fol. 62 v. Esta carta constituye hasta ahora el más detallado de los documentos del siglo XIV que aluden al actual territorio salvadoreño de un modo general, habiéndola usado, de HERRERA acá, numerosos historiadores. Publicóse, por vez primera, en francés, en el *Recueil de Documents et Memoires Originaux sur l'Histoire des Possessions Espagnoles dans l'Amerique*, de TERNAUX-COMPANS (París, 1840). SQUIER, que juzga muy imperfecta la versión francesa da la estampa una inglesa en Nueva York, en

- 1860, en su *Collection of rare and original Documents and Relations concerning the discovery and Conquest of America; chiefly from the spanish archives*, acompañándola de notas muy valiosas. El señor TORRES DE MENDOZA, en su Colección de documentos inéditos, la incluyó el año de 1866 (t. VI, págs. 5-40), y una versión alemana fue publicada en Berlín, con notas, por el doctor A. VON FRANTZIUS, en 1873; la cual, traducida al castellano y cotejada con el original, publicó DON LEON FERNANDEZ en San José, el año de 1881, en su Colección de documentos para la historia de Costa Rica (t. I, págs. 1-52). También figura en la Colección de documentos importantes relativos a la República de El Salvador, impresa por el gobierno salvadoreño en 1921 (págs. 13-43).
- 7 "Cuscatl: joya, piedra preciosa labrada de forma redonda, o cuenta para rezar", traduce FRAY ALONSO DE MOLINA en su *Vocabulario de la lengua mexicana*, aparecido en Méjico en 1571 (t. II, fol. 27 v.).
- 8 El *Myrosperum Salvadorensis* o *Myroxylon Pereirae*, o séase el bálsamo negro de El Salvador, es erróneamente conocido con el nombre de bálsamo del Perú, país donde no se cultiva ni se ha cultivado nunca siendo peculiar de un trozo del litoral salvadoreño, denominado, por tal motivo, *Costa del bálsamo*. Originóse este error onomástico, universalmente divulgado, en el hecho de que, durante el período colonial conducíase el bálsamo de su lugar de producción al puerto peruano del Callao, desde donde se reembarcaba con destino a Europa.
- 9 La opinión más generalmente aceptada en El Salvador tiene este año de 1840 como el de la primera plantación de café, hecha por el pedagogo brasileño don Antonio J. Coelho (1775-1844), si bien reconociendo intentos esporádicos anteriores, a base de semillas llevadas de Guatemala, donde los padres jesuitas lo cultivaban (CHOUSSY, FELIX, *El café*, t. II, págs. 135-152). Sin embargo, si no de frecuente uso, era en Centroamérica el café, a fines del siglo XVIII, algo más que una curiosidad botánica. Véase si no lo que se deduce de una correspondencia que figura en el Archivo General de Indias (en lo sucesivo AGI), entre el coronel Roberto Hodgson, de Bluefields, y el Capitán don Juan Bautista Guindos, en el año de 1788. Este, en una de las cartas dirigidas al inglés, le pide le envíe "una arroba de café, con la receta de cómo se hace, para ver si logro con esto algún alivio, pues por aquí no lo hay, y es menester traerlo de Guatemala donde está escaso, y vale a tres reales la libra quando menos..." (Audiencia de Guatemala, leg. 721).
- 10 Según informes de la Oficina Panamericana del Café, establecida en Nueva York, El Salvador ocupaba en 1939 el tercer lugar en la exportación mundial de dicho grano, inmediatamente después del Brasil y Colombia.
- 11 De conformidad con los datos hechos públicos por el ministerio correspondiente, las extensiones de los principales cultivos se distribuían en 1939 de la siguiente forma (*Gestión desarrollada en el ramo de Hacienda, Crédito Público, Industria y Comercio en 1940*, págs. 343-352):
- | | | |
|----------------------|---------|-----------|
| Café | 106.614 | hectáreas |
| Maíz | 106.254 | " |
| Maicillo | 54.596 | " |
| Frijol | 19.043 | " |
| Caña de azúcar | 9.925 | " |
| Arroz | 12.814 | " |
| Henequén | 3.916 | " |
| Algodón | 2.325 | " |
| Yuca | 631 | " |
| Añil | 240 | " |
- 12 El número de cabezas de ganado existentes en el país el año de 1939, según cómputo oficial, era el siguiente (*Gestión desarrollada en el ramo de Hacienda, etc., en 1940*, págs. 352-354):
- | | | |
|----------------|---------|---------|
| Vacuno | 696.649 | cabezas |
| Porcino | 597.800 | " |
| Caballar | 233.900 | " |
| Caprino | 36.990 | " |
| Ovino | 23.100 | " |
- (Año 1942).

Ascensión al Volcán de Izalco

Por Jorge LARDE

Al descender por la rápida pendiente que limita hacia el sur la meseta de Las Brumas, se encuentra con el *teshcal*, o sea con lava del volcán de Izalco, al pie boreal de éste.

Ese punto, por el cual abordamos al Izalco, se encuentra a 144 m. más abajo que la casa de Las Brumas y a 1.677 m. sobre el nivel del mar, según mis propias medidas. El doctor Barberena afirma que ese punto está a 1.574 m. sobre el mar y los geólogos franceses le asignan 1.541 m.

Para empezar el ascenso sobre el cono es preciso atravesar cerca de 150 ó 200 m. de lavas oscuras, basálticas, escorificadas por encima, angulosas, fuertemente fracturadas en grandes y pequeños compartimientos, con cristales feldespáticos, puntos irisados que parecen micas o peridot ferruginoso, con un poco de óxido magnético en algunos bloques, que por su acción sobre la brújula se ve que están polarizados. Esas lavas no son el producto de una sola erupción, como se ha dicho varias veces, sino una inextricable mezcla de numerosas coladas.

Tanto desde Las Brumas, como del lugar en que estamos, lo que más llama la atención en el Volcán de Izalco es un inmenso cráter que tiene casi en su cima y que está de tal modo que parece ser (aunque no es) *el cráter central del volcán*, el de la propia cima: es el que llamaré *cráter boreal de la cima o cráter de 1912*, por haberse formado en este año.

Abajo de ese cráter se ve uno menor y en la misma línea, al pie del volcán, en medio de la lava, se ven cuatro o cinco depresiones que en otro tiempo (1902) fueron centros de explosiones volcánicas. Esa línea de cráteres sigue una dirección N. o NNE.

Para distinguir esos cráteres llamaré al grande de la cima "cráter de 1912", pues se formó ese año, o "cráter boreal de la cima"; al siguiente "cráter boreal de flanco" y a los de la lava "centros eruptivos de la base boreal". De estos últimos, hacia arriba (S), se encuentra un saliente de rocas masivas, en donde en otro tiempo existió una fumarola, que ya no existe.

Siguiendo en línea casi recta hasta el "cráter de 1912" se encuentran varios puntos en que salen rocas inmuebles, en donde podíamos reposar un poco, pues casi todo el cono del volcán está formado de bloques de lava de un tamaño medio entre el de una naranja y un coco, con cantos afilados de fractura concoide, en pendiente de 32°, 37° y hasta 40°, por lo que ruedan con mucha facilidad a los abismos, golpeándonos con frecuencia y arrastrándonos a veces con gran peligro de nuestra integridad física y aun de la vida. Para disminuir esos peligros seguimos el reborde en que están los cráteres boreales, por los salientes de rocas masivas inmuebles que presenta, porque allí la pendiente del volcán es menor que en el reborde que presenta en el resto de sus faldas.

La primera fumarola a que llegamos se encuentra a 1.738 m. sobre el nivel del mar, a poco menos de un tercio de la base boreal a la base de la cima. Está formada de vapores blanquecinos; no dan reacción ácida ni básica notables, el vidrio de la brújula se cubre de gotitas de agua y el acetato de plomo no se altera.

La vida empezaba a manifestarse en ella: una muy pobre vegetación criptogámica, formada de pequeños helechos y musgos, comienza a conquistar las rocas, viviendo gracias al vapor de agua de las fumarolas.

Un poco más arriba encontramos los representantes de la fauna del Izalco: artrópodos únicamente, representados por unas arañas, con grandes telas, un coleóptero verde y algunos mosquitos arrastrados por el viento a esos lugares desiertos.

EN LA CIMA DEL VOLCAN

Más arriba llegamos al borde boreal del "gran cráter de 1912", que hasta ese momento habíamos tomado como el cráter central del volcán; pero más arriba vimos a éste separado del de 1912 únicamente por el reborde en que estábamos. Este borde austral del "cráter de 1912" o boreal del "cráter del centro", es una pared de separación entre ellos, de pocos metros de espesor, pero de mayor consistencia que el filo por el que habíamos pasado, pues ya las

cenizas han consolidado las materias muebles. El punto más elevado de esa pared está a 1.861 m. sobre el nivel del mar.

El cráter central de la cima tiene una forma casi circular, ligeramente alargada de NE. a SW. Su borde presenta varios puntos eminentes, entre ellos los siguientes: el realzamiento N^o 1, o sea el más elevado de todos, el punto más elevado del volcán, situado en el reborde occidental del cráter central y a 1.869 m. sobre el nivel del mar; el realzamiento N^o 2, que es el punto más elevado de la pared boreal del cráter, al N. 42^o E. y a 40 m. del pico N^o 1 y, como se dijo, a 1.861 m. sobre dicho nivel; el pico N^o 3, situado en el borde oriental del cráter, al S. 83^o E., a 90 m. del pico N^o 1 y a 1.857 m. sobre el nivel del mar; y el pico N^o 4 en el borde austral del cráter, al S. 43^o E., a 80 m. del pico N^o 1 y a 1.854 m. sobre dicho nivel.

El fondo del cráter central está a 1.845 m. sobre el nivel del mar y presenta tres puntos orientados de NE. a SW. que parecen haber sido centros de erupciones en otros tiempos, pues actualmente están absolutamente inactivos y más o menos recubiertos por los productos arrancados por las aguas fluviales de las paredes cratéricas.

Ni en el fondo del cráter central ni en la parte interior de sus paredes existen fumarolas, pero en la cara externa de ellas el número de fumarolas es grande, especialmente en sus flancos oriental y austral y en una ligera meseta situada entre los cráteres izalqueño y armeniano; pero esas fumarolas no son muy calientes, pues se soporta muy bien colocar la mano para recibir sus productos. En la pared que separa el cráter boreal de la cima y el cráter central, también existen algunas fumarolas.

Hacia el S. 21^o W. del pico N^o 1 y a 75 m. de distancia, se encuentra el cráter izalqueño, a 1.833 m. sobre el nivel del mar; y hacia el S. 78^o W., a 90 m. del mismo pico, está el cráter nahuizalqueño, a 1.825 m. sobre dicho nivel. El cráter izalqueño es una ligera depresión irregular formado de lava basáltica muy porosa; de él salen por las grietas unas nubecillas blanquecinas, inodoras, que dejan gotitas de agua sobre el vidrio de la brújula; de ese cráter parte hacia abajo un resaltamiento de lavas en gran parte fragmentarias y que presenta algunos puntos en que parecen haber sido centros de explosiones volcánicas. El cráter nahuizalqueño es del todo semejante, y de él parte igualmente un resaltamiento hasta el pie del cono.

Hacia el E. del cráter central y más bajo que él, se encuentra a 1.828 m. sobre el nivel del mar el cráter oriental de la cima o cráter armeniano, semejante a los que acabo de describir, aunque un poco mayor, de forma elíptica alargada de N. a S. y que presenta dos depresiones focales, que parecen corresponder a dos centros explosivos. De ese cráter parte hacia la base un realzamiento de lavas y productos piroclásticos, que desciende hasta la propia base, en donde existen los cráteres orientales de la base, entre ellos, el nuevo cono (cráter de 1920).

Es interesante observar que por los cuatro realzamientos que presenta en los flancos de su cono, siguiendo sus generatrices, los productos eruptivos han buscado casi exclusivamente su salida por varios puntos de ellos; es decir, *esos cuatro realzamientos constituyen las líneas de menor resistencia del volcán* y en vano he buscado cráteres o fisuras de emisión de lava fuera de esas cuatro líneas.

También es interesante observar que, aunque se encuentran coladas desde los cráteres coronales de la cima, la lava en esa forma es poco abundante hacia arriba, sucediendo abajo lo contrario, siendo notable que hacia arriba predominan los centros explosivos y hacia abajo los emisivos. En la erupción de 1912 se vio que el cráter boreal de la cima sólo arrojaba productos fragmentarios, mientras que abajo se abrieron las fisuras por las que salió la coarrentada de lava. Lo mismo observé en la erupción de 1920 (cráter nuevo) e igual cosa observé en el volcán de San Salvador en 1917.

MAS OBSERVACIONES

Debo agregar que en las cercanías del cráter de 1912 (el boreal de la cima), encontré fragmentos de cantos rodados y uno entero, iguales a los que constituyen el conglomerado porfídico antes citado, lo que pone de manifiesto que con esa erupción (1912) fue ensanchada la chimenea que atraviesa a esos conglomerados.

Hay otra cosa interesante que notar, y es que ni en las cercanías del cono, ni en el cono mismo, no he podido encontrar ninguna bomba, es decir, ninguna materia que hubiera sido lanzada en estado pastoso y después solidificada. En el volcán de San Salvador pude observar que de los cráteres boreales de la cima (Boqueroncitos de Pinar), salieron bombas más o menos fusiformes unas, otras en forma de raíces, con una corteza agrietada, y otras en forma de excremento de ganado vacuno (además de los fragmentos de piedra solidificados y triturados antes de ser lanzados); pero en el Izalco no he podido encontrar ninguna de esas clases de bombas.

Respecto a la composición de las rocas eruptivas del Izalco —las cuales todas son básicas— no puedo menos que remitir al lector a lo dicho por los geólogos franceses Dollfus y de Mont-Serrat (*Voyage géologique dans les Républiques de Guatemala et du Salvador*), pues la descripción de ellos corresponde perfectamente a las rocas que allí hay, y no me encuentro capacitado para hacer un estudio detenido de ellas.

Y en cuanto a los detalles topográficos, debo agregar una observación: que la descripción que hicieron esos geólogos de la cima del volcán no corresponde del todo al estado en que hoy se encuentra, lo que indica que ha sufrido importantes cambios desde 1866 en que ellos pasaron, hasta nuestros días, de tal modo que ya no sólo hay más cráteres que los que ellos observa-

ron, sino que los dos pequeños cráteres que indicaron a los lados del cráter central, situados los tres en una línea dirigida de E. 35° N. a W. 35° S., sólo con un poco de atrevimiento se pueden identificar con los cráteres armeniano e izalqueño, siendo de notarse, no obstante, que el cráter central ha sufrido poca alteración, pues la posición de los picos o realzamientos del borde, es semejante a la que ellos indican, y es probable que esa semejanza sería completa si la destrucción o modificación profunda de los pequeños cráteres no se hubiera operado. Otra diferencia entre el estado del volcán en 1866 y el de ahora, es que antes, en el fondo del cráter del centro, había una chimenea completamente abierta y ahora esa chimenea está completamente cerrada y ni siquiera hay fumarolas en el interior de ese cráter y sólo se ven tres cicatrices de centros eruptivos, formados posteriormente a 1866, que por un momento estuve tentado a considerarlas como restos de los tres cráteres descritos por dichos geólogos.

A nuestro regreso nos detuvimos a observar una grieta orientada de E. a W., y situada cerca y al N. del cráter boreal de la cima, grieta que en parte tenía siete centímetros de ancho con una dislocación de los labios, indicando un ligero hundimiento del labio boreal, porción boreal que con ese movimiento tiende a tomar una posición menos inclinada. El caso es semejante al movimiento verificado alrededor del cráter de 1920, lo que tal vez indique un principio o preparación para una nueva erupción por el flanco boreal.

Cuando llegamos a la ciudad de Izalco, fui a casa de las señoritas Barrientos, propietarias de la hacienda de "Las Lajas", cuyos títulos de propiedad tenía necesidad de conocer para resolver un problema histórico referente al Izalco; y debo aquí manifestar a ellas mis agradecimientos por haberme mostrado dichos títulos y haberme dado datos acerca de la actividad del Izalco en los últimos tiempos.

(Tomado de "Obras Completas" del mismo autor).



Fundación de San Salvador*

Por Jorge LARDE Y LARIN

La campaña militar contra los pipiles de los Izalcos y Cuzcatlán, en junio y julio de 1524, había hecho comprender al Adelantado don Pedro de Alvarado, uno de los capitanes más ilustres de su siglo, que la única forma factible de domeñar el acendrado patriotismo y la indiscutible belicosidad de los cuzcatlecos, que en aquella memorable jornada dejada invictos, era la de fundar una colonia de españoles en el riñón de sus dominios.

Con tal fin, el Adelantado organizó en Xepaú u Olinztepeque —asiento provisional de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala—, una segunda campaña contra Cuzcatlán.

Confió la suerte de esta importante empresa a su hermano el capitán Gonzalo de Alvarado, quien en compañía de Diego de Holguín, Francisco Díaz, Alonso de Oliveros y otros, salió del improvisado emplazamiento colonial

de Guatemala rumbo a la provincia de Cuzcatlán, en los albores de marzo de 1525.

A fines del citado mes los expedicionarios llegaron al valle de Zalcuatitán y en las inmediaciones de la ciudad de Cuzcatlán fundaron, alrededor del 1º de abril de 1525, la *villa de San Salvador*, que colocaron bajo la advocación del Divino Salvador del Mundo, cuya gloriosa Transfiguración en el Monte Tabor celebra la Iglesia Católica Apostólica Romana el 6 de agosto de cada año.

El capitán Diego de Holguín, conforme a instrucciones dadas por don Pedro de Alvarado a su hermano Gonzalo, fue nombrado primer alcalde de la villa de San Salvador.

Un año más tarde, por el mes de junio, los cuzcatlecos se sublevaron contra la dominación hispánica y de manera asaz sorpresiva atacaron e incendiaron la naciente villa, cuyos moradores, atemorizados y numéricamente insuficien-

* "El Salvador, Historia de sus Pueblos, Villas y Ciudades".

tes para hacer frente con éxito a la épica conmoción, optaron por emigrar de su primitivo asiento, bien para trasladarse hacia el Norte, por las vegas del Lempa; bien para retornar al emplazamiento provisorio de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala.

Lo cierto es que, desde mediados de 1526 hasta principios de 1528, nada se sabe de la existencia histórica de la primitiva villa de San Salvador.

REFUNDACION DE LA VILLA

En el mes de marzo de 1528 Jorge de Alvarado, que en ausencia de su hermano el Adelantado ejercía la autoridad suprema con los títulos de teniente capitán y gobernador general, envió a su primo don Diego de Alvarado, con "muchos y muy nobles" soldados españoles, para que refundaran o reorganizaran la villa de San Salvador, dándole asiento fijo y permanente en un lugar apropiado, lejos de los belicosos e indomeñables cuzcatlecos.

Don Diego de Alvarado cumplió a satisfacción su cometido, pues el primero de abril de 1528 dio asiento a la villa de San Salvador en el valle de La Bermuda, cerca y al Suroeste del poderoso núcleo indiano de Suchitoto.

"Tardaron quince días —dice el cronista fray Antonio de Remesal— para trazar las calles, plaza e Iglesia en que morar".

La nueva colonia, la segunda San Salvador, fue colocada bajo la advocación de la Santísima Trinidad.

En el año de 1530 San Salvador resistió, victoriosamente, la invasión del capitán Martín Estete, feroz emisario de Pedrarias Dávila, gobernador de Tierra-Firme.

Pretendía Estete, quien venía con un ejército de 90 soldados españoles de a caballo, 110 de infantería y más de 4,000 indios auxiliares nicaragüenses, anexar a la Gobernación de Tierra-Firme toda la región ultra-lempina oriental del actual territorio salvadore-

ño y si posible fuera la propia villa fundada por los Alvarado en Cuzcatlán.

Ocupada militarmente San Salvador por los soldados de Pedrarias Dávila, el capitán Estete pidió a sus vecinos que lo reconocieran como la suprema autoridad de la colonia, ofreciéndoles, que si así lo efectuaban, no les tomaría los indios de sus encomiendas.

Como los ediles y moradores de San Salvador rehusaron enérgicamente semejante pretensión, el sanguinario agente de Pedrarias Dávila evacuó la villa y se trasladó al pueblo indígena de San Martín Perulapán o Pululapán, donde fundó una colonia con el título y nombre de *Ciudad de los Caballeros*.

En tan difíciles circunstancias, los sansalvadoreños pidieron auxilio a las autoridades centrales de Guatemala, quienes enviaron al capitán Francisco de Orduña al frente de un pequeño ejército de 60 soldados.

Pocos días después, temeroso Estete de los resultados de una acción de armas despobló la Ciudad de los Caballeros y en precipitada fuga, sin ser acompañado por sus soldados, abandonó los dominios de los Alvarado y se dirigió a León de Nicaragua, cometiendo en el tránsito toda clase de fechorías.

En los años de 1532 y 1539 los vecinos de San Salvador prestaron importantes servicios al Adelantado don Pedro de Alvarado.

En el primero de esos años, ayudándole a construir en el puerto de Iztapa (Guatemala) una poderosa armada, con la que fue a disputar a los Pizarros y Almagros el fabuloso imperio de los Incas.

Y en el segundo, ayudándole a construir en los puertos de Acajutla y Xiriualtique (El Salvador) otra no menos poderosa armada, con la que se proponía llevar a cabo la conquista de las Islas Molucas o de las Especiarías y obtener así, por propios merecimientos y servicios, el título de Marqués del Sur, que a cambio de tal

empresa le había ofrecido el gran César Carlos V de Alemania y I de España.

MUTACION DE LA VILLA

A partir de 1539 los españoles, después de quince años de sangrienta guerra contra los cuzcatlecos, lograron pacificar la provincia de Cuzcatlán y atraer al real servicio a sus indómitas colectividades.

Esta fue la causa por la cual muchos colonos de la villa de La Bermuda comenzaron a trasladarse al espacioso valle de Zalcuatitán o de las Hamacas, estableciéndose en las vegas del río Acelhuate.

Así se formó, entre esa corriente fluvial y la llamada cuesta del Palo Verde, en el actual barrio de Candelaria, un villorrio insignificante, que fue conocido con el nombre de *La Aldea*, y que ha sido considerado con justicia como el casco prístino de la nueva población.

A medida que el tiempo transcurría, La Aldea iba aumentando de vecindario, mientras la villa de San Salvador —ubicada en un terreno árido, lejos de los ricos pueblos de encomienda y frecuentemente azotado por tempestades eléctricas (La Bermuda)— iba mermando de población e importancia.

En el año de 1545 la permanencia de la colonia de San Salvador en el valle de La Bermuda era insostenible, pues prácticamente en ella sólo moraban las autoridades locales y unos cuantos vecinos.

Esta fue la razón por la que se pidió autorización a la Real Audiencia de los Confines, que funcionaba en la ciudad de Gracias a Dios (Honduras), para mudar la villa del valle de La Bermuda al valle de Zalcuatitán o de las Hamacas.

Concedido lo solicitado, antes de julio de 1545 la villa de San Salvador se comenzó a reedificar en el llano inmediato a La Aldea.

La plaza pública (hoy Parque Libertad), la iglesia parroquial (hoy Iglesia

del Rosario) y el Cabildo (donde ha funcionado la autoridad municipal en los últimos años) constituyeron el centro de la nueva población, que volvió a ser colocada bajo la advocación del Divino Salvador del Mundo.

Así reapareció la tercera San Salvador.

TITULO DE CIUDAD

A mediados de 1546 partieron rumbo a España el procurador de Guatemala don Hernán Méndez de Sotomayor y el procurador de San Salvador don Alonso de Oliveros, quienes llevaban instrucciones del cabildo de la villa para que gestionaran en la Corte el título de *ciudad* para esta colonia.

La misión de los procuradores fue coronada con todo éxito, pues el anhelado ascenso de jerarquía fue acordado por el Emperador Carlos V de Alemania y I de España en cédula real fechada en el Alcázar de Guadalajara, a 27 de septiembre de 1546.

“Por cuanto somos informados —dice ese documento— que en la provincia de Custlaclan, hay un pueblo que llaman Villa de San Salvador, el cual diz que está en sitio y tierra fértil y abundosa, y donde acude mucha gente españoles e indios comarcanos, y acatando esto tenemos voluntad que dicho pueblo se ennoblezca, y otros pobladores se animen a ir a vivir a él, porque así nos lo suplicaron por su parte Alonso de Oliveros y Hernán Méndez de Sotomayor, es nuestra merced que agora, y de aquí adelante se llame e intitule Cibdad, . . . y que goce de las preeminencias, y prerrogativas e inmunidades que puede y debe gozar por ser Cibdad.”

SUCESOS DEL SIGLO XVI

A mediados del siglo XVI San Salvador “se había edificado y extendido —dice el historiador don Jorge Lardé— hasta constituir una ciudad de buenos edificios de cal y canto, ladrillo y madera, y enriquecido con árboles fruta-

les traídos de Europa”. Poseía la ciudad un molino de trigo y un espléndido templo parroquial en construcción, y constituía su vecindario unas 60 familias españolas (alrededor de 300 individuos), cuyos miembros eran muy activos, bondadosos y hospitalarios.

En 1551 llegaron a la joven ciudad los frailes Tomás de la Torre, Vicente Ferrer y Matías de Paz, con el objeto de fundar un monasterio y edificar una iglesia de la Orden de Santo Domingo.

No fueron muy bien recibidos estos Predicadores de los Santos Evangelios, pues cuenta el cronista fray Antonio de Remesal, que tan pronto como declararon su intento, “se alborotó la tierra, como si hubiera entrado en la villa (ciudad) todo el infierno junto”.

Sin embargo, una carta del obispo licenciado Francisco Marroquín y la inesperada llegada del oidor de la Real Audiencia de los Confines doctor Tomás López, allanaron el camino, y a fines de julio de 1551 tomaron posesión del paraje donde iban a edificar monasterio y convento, que lo fue en la hondonada situada entre la cuesta del Palo Verde y el río Acelhuate (actual barrio de Candelaria), habiéndose cercado la huerta con tapias y llevado hasta ella un brazo del mencionado río.

En 1553 llegó una delegación de frailes franciscanos y trataron de edificar monasterio e iglesia, en el paraje donde más tarde existió la Iglesia de la Presentación (hoy de San José), pero ese intento fue infructuoso, pues la casa se despobló casi en seguida.

Mientras tanto, “los seglares se aficionaron tanto a los religiosos (dominicos) —dice fray Antonio de Remesal—, que fue exceso el amor que les tenían, y la liberalidad con que acudieron a todo lo que fue necesario en el convento, así de alhajas comunes como de ropa el Resitorio y Sacristía. Y lo que fue menester para compostura de camas y celdas”. Y agrega que, “dentro de un año, tuvo la Casa más plata para el servicio y más ornamento para el

culto divino, que Guatemala y Ciudad Real juntos en cuatro años siguientes.”

En 1566 se acordó mudar el convento de Santo Domingo, de su primitivo asiento, al lugar donde más tarde se construyó el parque Barrios.

Según el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco, en 1571-1574, la ciudad de San Salvador tenía una población de unos 750 habitantes.

“Tendrá —dice el referido cronista— hasta ciento cincuenta vecinos; los sesenta o setenta encomenderos, y los demás pobladores y oficiales, y en su jurisdicción ochenta o más pueblos de indios, y en ellos como diez mil indios tributarios (alrededor de 50,000 aborígenes) repartidos en sesenta repartimientos; no hay corregidor en esta ciudad, sino alcaldes ordinarios, y en lo espiritual es del obispado de Guatemala; hay en ella un monasterio de Dominicos que tiene la doctrina de los indios. La tierra de la comarca es llana, más caliente que fría; fértil de maíz que se coge dos veces al año, trigo hay poco, y mucho algodón, y bálsamo más que en otra parte, y liquidámbar, y abundancia de los frutos de la provincia y de España; hay muchas encinas, aunque de bellotas amargas que son buenas para los ganados; hay nogales y no viñas; hay cedros muy grandes y ceibos para canoas. Los edificios de esta ciudad son buenos, por la abundancia que hay de materiales de madera, piedra, cal, teja y ladrillo. Media legua de este pueblo nace un río, entero desde su nacimiento, de agua tan caliente que no se puede sufrir, y sirve de baños para diversas enfermedades (La Chacra); no hay huertas en esta ciudad porque no hay río cerca, aunque en el que hay (río Acelhuate), hay molienas buenas.”

En 1574 llegó a San Salvador el padre provincial de la Orden de San Francisco fray Bernardino Pérez, con poderes suficientes para establecer una Casa de monjes seráficos en esta población.

Recibido espléndidamente en esta ciudad por el licenciado García Jufre de Loaisa, oidor más antiguo de la Real Audiencia de Guatemala, que con los títulos de teniente de gobernador y capitán general visitaba en aquella época la provincia de Cuzcatlán, obtuvo de éste cuatro solares para iglesia y convento, y dejó en San Salvador para que edificaran la Casa a fray Juan Vico y en compañía de éste a fray Manuel Morato.

“A contemplación del provincial —dice el cronista fray Francisco Vásquez—, se le dió por titular a San Bernardino de Sena, el año de 1574, a 20 de septiembre, que debió ser el día en que se comenzó la obra”. Después se le llamó convento de San Antonio.

El 23 de mayo de 1575, la ciudad de San Salvador sufrió el primero de los numerosos macrosismos que la han destruido totalmente.

Este terremoto, dice el oidor licenciado don Diego García de Palacio, “les derrocó y molió todas sus casas, que aunque muchas eran fuertes y buenas se cayeron y abrieron.”

“La casa donde yo estaba (la mejor de la ciudad) —continúa diciendo—, arfaba como un navío; parecía que las domas (techos) llegaban con los tejados al suelo; y quiso N(uestro). S(eñor). que no peligraran sino tres personas que fué espanto y misericordia suya; según las casas cayeron y la gente andaba turbada, espantada en los arrabales de la ciudad.”

Muchas hendiduras o grietas se pudieron observar en la Sierra de los Texacuangos, donde “ninguna casa de los indios quedó en pie; todas cayeron. Contóme un español que caminaba por allí a la sazón que tembló —agrega García de Palacio— que las sierras parecía que se juntaban unas con otras y que a él fué forzado apearse y tenderse en el suelo, porque no se pudo tener en pie.”

En 1580 era alcalde mayor de San Salvador don Juan Cisneros de Reino-

sa, quien estaba afanado en la construcción de la destruida ciudad.

En 1581, un nuevo terremoto destruyó parcialmente a San Salvador.

En la mañana del 11 de mayo de 1586 el padre comisario de la Orden de San Francisco fray Alonso Ponce, después de pasar por Apopa, “llegó a decir misa a nuestro convento de la misma ciudad de San Salvador —dice la “Relación Breve y Verdadera”—, que está antes de entrar en el pueblo junto a las primeras casas; salióle a recibir nuestro síndico, que era regidor de aquella ciudad, después acudió el alcalde mayor y regimiento a verle, diciendo que no pensaban que llegara tan de mañana, y que por eso estaban descuidados.”

Ese mismo día, por la tarde, partió el padre comisario rumbo a Nicaragua, y en viaje de regreso a Guatemala, volvió a pasar por San Salvador, a donde llegó por la mañana del domingo 29 de junio del mismo año de 1586.

“Llegó —dice la citada “Relación Breve y Verdadera”— a decir misa muy temprano a la ciudad de San Salvador; salióle a recibir los alcaldes y otros españoles, los cuales le acompañaron hasta nuestro convento, donde se detuvo aquel día y el siguiente. Es la ciudad de San Salvador de ciento cincuenta vecinos españoles (unos 750 habitantes), las casas son de tapias cubiertas de teja; hay en ella una iglesia en que residen dos clérigos, y hay un convento de la orden de Santo Domingo que tenía siete u ocho frailes, y también hay un convento de nuestra orden (San Francisco) acabado, de aposentos bajos, con su iglesia y claustro, todo asimismo de tapias y cubierto de teja, en que moraban tres religiosos; la vocación de aquel convento es de San Antonio.”

El 21 de abril de 1594 se produjo un violentísimo terremoto, que derribó de una sola sacudida y redujo a escombros a los hermosos edificios de cal y canto, ladrillo, adobe y tejas de la ciudad de

San Salvador, dejando como trágico saldo trece personas muertas (entre ellas el cura párroco presbítero Francisco Ramos, que quedó aprisionado entre las ruinas de la iglesia parroquial) y otras muchas lisiadas y golpeadas.

En la "Descripción de la Provincia de Guatemala", año de 1594, por Juan de Pineda, aparece San Salvador con una población de 60 vecinos españoles (unas 300 personas).

SUCESOS DEL SIGLO XVII

En 1623 se fundó el convento de Nuestra Señora de La Merced, Redención de Cautivos.

En 1625 un nuevo y violento terremoto redujo a escombros a la ciudad de San Salvador.

El cura irlandés Tomás Gage, en 1633, dice escuetamente que "Esta ciudad de San Salvador no es rica y no es apenas más grande que Chiapa".

En 1646, según Juan Diez de la Calle, San Salvador tenía "iglesia parroquial, cura vicario y conventos de las órdenes de Santo Domingo, San Francisco y La Merced", y en estos últimos, unos 30 religiosos.

En 1650 se inició una larga serie de movimientos telúricos, que afectaron sensiblemente a la ciudad de San Salvador y que, a principios de noviembre de 1658, culminaron con el apareamiento del volcancito del Playón, en la llanura situada al norte del Quezaltepéc o volcán de San Salvador, y con el macrosismo que echó en tierra a esta población.

En 1671 hubo otro terremoto ruinoso en San Salvador.

A fines del siglo XVII, según el cronista seráfico fray Francisco Vásquez, en su "Crónica de la Provincia del Dulcísimo Nombre de Jesús de Guatemala", San Salvador era una de las poblaciones más importantes del Reino de Guatemala, y él mismo, dice, que fue guardián del convento de San Antonio en 1693.

"Tiene su asiento la ciudad de San Salvador, en la Gobernación de Guatemala, a sesenta leguas de la Muy Noble y Muy Leal ciudad de Santiago de los Caballeros... El temperamento de la ciudad, toca en caliente, pero sin molestia de los que la habitan; es húmedo en proporción, sus horizontes son claros y desabochornados, y su clima, generoso y benigno. Los aires puros, aunque a veces soplan con vehemencia, que han observado curiosos, que lo fuerte de los vendavales no pasa al cuarto día, y que el indicio de haberle dentro de pocas horas, es el coronarse el volcán de unas doradas nubecillas a modo de celajes."

"El terruño es arenisco, a cuya causa y de estar algo cuesta abajo las calles, aunque llanas, por mucho que llueve, quedan pocos lodos. Su panino es fértil para los frutales que le son proporcionados; tiene un río (el Acelhuate), no muy distante de la ciudad, en tal disposición, que sin ser penosa la bajada a él, va tan hondo, que parece materia imposible, el que por él en algún tiempo se pueda inundar la ciudad. Esta es de muy buena traza de calles, Norte, Sur, Este y Oeste, anchas y de muy buen paseo en los días que le hay. Casería por la mayor parte de teja, y muy bien labradas viviendas; tiene barrios y andurriales de recreo, y algunas huertas, y razonables salidas por todas partes. El río que corre como de la parte del Sur, hacia el Oriente (aunque desemboca en el mar del Sur) corre por la circunvalación oriental de la ciudad, a raíz de unas sierras (cerro de San Jacinto o Amatepec), de donde brollan a trechos algunos manantiales de agua caliente (El Coro, La Chacra, Agua Caliente, etc.) que incorporada con la del río (Acelhuate), que es frío, hace una temperatura muy suave para baños, más o menos tibia, según la elección y gusto de los que los usan."

La principal fiesta religiosa de San Salvador, según el referido cronista fray Francisco Vásquez, era la del 5 y

6 de agosto de cada año, en que “sacándose el pendón real, la víspera y día de la Transfiguración, desde la iglesia parroquial, por las calles públicas, con muy lucido acompañamiento de caballería; que, de verdad, no le hace ventajas en el aparato, pompa, galas y nobleza de concurso, otras ciudades más numerosas. Cúpome algunas veces el predicar, honrándome aquella esclarecida ciudad.”

“Gran piedad y aplicación al divino culto reconocí y contemplé en aquella ilustre ciudad. Celébrase con grandeza la solemnidad del Santísimo Sacramento; hácese invenciones de fuego, cuélganse decentemente las calles, fabrican vistosos arcos de flores, en disposición de tres naves, o calles, la de enmedio, mayor que las laterales, con tanta igualdad, que desde lejos, por la proximidad de los unos arcos a los otros, parecen cañones bien formados, y todos de primavera. Idéanse suntuosos altares, y el de la parroquia con tanto primor y aseo, que no hace falta el esmero del monasterio de monjas más devotas y boyantes. Enciéndese mucha cera, toda de Castilla, sin mezcla, y en el octavo día a todo empeño, se echa el resto en la grandeza. Hay sermón en esta octava, que sólo pudo deslucirla, el ser yo alguna vez el orador. Las religiones (órdenes monásticas) celebran sus patriarcas con santa emulación y magnificencia, sin que se eche menos en concursos y solemnidad la mucha religión, nobleza y gravedad de Guatemala.”

Según Vásquez, el convento de Santo Domingo tenía 10 religiosos; el de San Francisco, 8; y el de la Merced, 4.

“Tiene dos curas la ciudad, que alternándose en los meses, el uno asiste en ella, y el otro anda por los pueblos de la comarca en la administración. Tiene sacerdotes clérigos, la ciudad más de seis, que a veces son coadjutores, y es asistida la iglesia, con culto y veneración, hallándose muchas veces hasta veinte sacerdotes en la ciudad.”

Sin embargo, no había una tan sola escuela de primeras letras.

“Es la gente en lo general —agrega— muy aplicada a lo bueno. Celébrase el misterio de la Presentación al templo de N(uestra). Señora, en una ermita de su advocación (hoy Iglesia de San José), donde se venera una imagen de singular hermosura, cuya disposición es como de estar sentada, teniendo al Niño Dios en los brazos; su altura es menos de vara, sus maravillas muchas, su devoción grande. No pude rastrear cuándo ni de dónde vino a aquella ciudad, tan soberana patrona, a cuya protección en confugio ocurren las plegarias de todos. En los contagios es la estrella del cielo, cuyo influjo es de salud; en los incendios con que el volcán ha amenazado, ha sido su intercesión la que ha hecho volver la boca a vomitar sus abrasadoras sulfúreas piedras a lugares donde no hagan daño a las gentes; y es finalmente el asilo, amparo y protección de la ciudad. Hácese anual octavario en la ermita, donde se dispone muy aseado el altar, y arde cantidad de cera los ocho días, hay misas cantadas y sermones, y muy devotos ejercicios a la mañana y la tarde. El primer día, que es a 21 de noviembre, hace la fiesta un caballero vecino, como vínculo hereditario de su nobleza. Tuve dicha de servirle una y otra vez en publicar la glorias del misterio (que no es vanagloria al referir lo que debo confesar y agradecer). El último día, es de gran solemnidad, porque corre a cuidado de nobles matronas que han fundado femenina cofradía, el desempeño.”

“Acuden con propensión devota a lo piadoso. Si se predicán en algún convento sermones vespertinos la cuaresma, son los concursos numerosos. Las procesiones de sangre y ejercicio de la Vía Sacra en los viernes de cuaresma a la estación del Calvario, y todos los del año en la iglesia de S(an). Francisco se frecuenta; y para decirlo todo, es una ciudad la de S(an). Salvador pequeña sin lo grosero de lugar corto;

política, sin los embarazos de grande; donde se dan en apacible unión los brazos, la quietud y la urbanidad, la llaneza y la discreción, el pundonor y la bondad, la familiaridad y la estimación.”

SUCESOS DEL SIGLO XVIII

En 1707 la ciudad de San Salvador volvió a ser destruida por un violento terremoto.

Doce años más tarde, a la una de la madrugada del lunes 6 de marzo de 1717, estando la luna en eclipse, se produjo un espantoso terremoto que echó en tierra a la ciudad de San Salvador y que causó la muerte de siete personas, habiéndose agrietado la tierra por todas partes.

En 1730 hubo otro violentísimo maremoto en San Salvador.

En 1740, el alcalde mayor de San Salvador don Manuel de Gálvez Corral, hizo la siguiente descripción de esta ciudad:

“Tiene por capital esta jurisdicción la Ciudad que nombran de San Salvador, distante de la de Guatemala sesenta y siete leguas a el rumbo del Oriente, la que tiene título dado por el Señor Carlos Quinto. . . , en la cual se halla una Iglesia Parroquial con dos curas clérigos seculares, la que es dedicada al Salvador; y asimismo tiene tres conventos de religiosos, uno de Señor Santo Domingo, otro de Señor San Francisco y otro de Nuestra Señora de la Merced Redención de Cautivos; y tres ermitas, la una dedicada a San Francisco de Paula que sirve de Calvario; otra a San Esteban, otra a Nuestra Señora en su Presentación.”

“Tiene cincuenta y ocho vecinos españoles (unas 290 personas) que son los que cargan el pondur de los oficios concejiles de dicha ciudad, que se compone de dos Alcaldes Ordinarios, dos de la Hermandad, seis Regidores, y un síndico, y estos mismos vecinos son los poseedores de las haciendas que hay en

su distrito, de fabricar la tinta añil y criar ganados mayores, y los que comercian con géneros de mercaderías, la cual ciudad se halla al pie de un volcán conocido por de S(a)n. Salvador, y tiene extramuros un ingenio de fierro y tres molinos de harineros, y la mayor parte de la Provincia es de temperamento caliente y húmedo, y en la circunferencia de la ciudad habitan tres mil y cuatrocientos mulatos (mestizos), que estos se emplean en el servicio de las haciendas y son soldados para la guarda de aquellas costas por distar el mar del Sur diez leguas de dicha ciudad, y toda la Provincia es abundante en maíces con que en general se mantienen sus habitantes, y es perseguida de temblores que continuamente arruinan sus edificios, de rayos y de langosta, por lo que regularmente están en pobreza los habitantes de dicha Provincia.”

En 1770, época de la visita pastoral del arzobispo don Pedro Cortés y Larraz, la parroquia de San Salvador comprendía, a la ciudad de este nombre como cabecera, y como anejos a los pueblos de Cuzcatancingo, Paleca (hoy barrio de Villa Delgado), Apopa, Nejapa, Quezaltepeque y Guazapa.

La parroquia se encontraba administrada por dos curas: el presbítero don Isidro Sicilia, que estaba “en gran crédito de sabio y virtuoso”, y el presbítero Juan José Ancheta, de quien se tenía también “buen concepto”. Sus respectivos coadjutores eran los presbíteros Antonio Castellanos y Nicolás J. Aguilar, y los párrocos se alternaban “en la ciudad y pueblos, de modo, que un mes están en la ciudad —dice Cortés y Larraz— y otro en los pueblos.”

En el curato vivían además los siguientes eclesiásticos: Esteban B. Pérez, J. Antonio Landes, Cayetano de Lara, Tomás Valcácer y Francisco Arce.

Había, además, tres conventos de religiosos: el de Santo Domingo, con 8 religiosos; el de San Francisco, con 4; y

el de La Merced, con 3, “y aunque haya algunas observancias de sus reglas —dice monseñor—, faltan a otros, y entre ellas una tan recomendada, como es la clausura, pues entran las mujeres a su arbitrio o a la asistencia de los religiosos.”

“La ciudad de San Salvador está situada en llanura, a la falda de un volcán muy empinado llamado por su nombre, el volcán de San Salvador. Está la ciudad en hermosa disposición, con calles bien formadas, buenas casas y plazas, no obstante que se ven varios edificios arruinados, o por causa de los temblores, o porque hay mucha gente pobre y ociosa, pues se compone (menos de indios) de toda especie de españoles, ladinos y mulatos, entre los que hay muchos vagos y haraganes.”

“El alcalde mayor hace su residencia en esta ciudad y el territorio de su alcaldía pudiera ser un Reino, pues comprende 5 provincias.”

“La gente es muy pobre, muy litigadora, muy viciada, muy propensa al juego, nada inclinada al trabajo; no dejando de causar admiración, que en una ciudad que se dice de españoles, demasiado numerosa, no haya escuela alguna para enseñar gramática, ni aun a leer, escribir y la doctrina cristiana a los niños, con que cesa el motivo de admirar, que tengan los indios tanta repugnancia a las escuelas, cuando lo mismo sucede en los españoles.”

“Las funciones de obras pías se hallaron en el mayor desarreglo; el cura (Isidro Sicilia) no tenía noticia de muchas de ellas, faltando a una obligación tan precisa con el título de desinterés; las cuentas ningún año se pasaban y con eso los mayordomos manejaban sus caudales arbitrariamente; y todo esto se pondera como desinterés del cura.” “También haría muchos años, que un vecino de la ciudad dejó seis mil pesos para fundación de un hospital, que es bien preciso y hay sitio ya para recoger a los pobres enfermos, y habiendo tomado esta cantidad (el cura Sicilia) la

empleó en hacer una fuente en la plaza mayor.”

“En orden a embriagueces, juegos y deshonestidades nada dice (el cura Sicilia en sus respuestas) —apunta monseñor—, cuando es notorio que se juega con exceso y que el juego en esta ciudad es la perdición de muchos seculares y eclesiásticos; la deshonestidad se halla tan dominante, que se dice y se ha predicado públicamente, que es esta ciudad la Sodoma de estas provincias, aun dominando en todas ellas las impurezas con exceso escandaloso.”

El año de 1774 fue calamitoso para San Salvador, pues en el mes de julio llovió tanto y tan recio, que muchas viviendas se vinieron al suelo.

El 30 de mayo de 1776 ocurrió una nueva ruina sísmica en San Salvador.

En 1777, el terciario franciscano maestro Silvestre García, esculpió en esta ciudad la imagen antigua del Divino Salvador del Mundo, Patrono de la Ciudad, que aún se conserva.

La alcaldía mayor de San Salvador, formada por las provincias de San Salvador, San Vicente y San Miguel, se erigió en Intendencia el año de 1786, teniendo como capital a la ciudad de San Salvador.

La expresada intendencia quedó dividida en cuatro provincias: Santa Ana, San Salvador, San Vicente y San Miguel, con un total de quince partidos o distritos.

En 1807, según el corregidor intendente don Antonio Gutiérrez y Ulloa, en el recinto de San Salvador no había “otros edificios públicos habilitados que el de un Hospital, dos cárceles para ambos sexos, seis fuentes públicas, cuyas aguas surten al vecindario por medio de un acueducto de 738 varas, niveladas sobre arquería de fábrica mediana, conservada por el cargo de un fontanero dotado de propios; un puente de regular fábrica sobre el Acelhuate y tres molinos de propiedad particular con siete piedras para granos y semillas.”

Por esa época, la población de San Salvador oscilaba alrededor de 11,500 almas.

El presbítero Domingo Juarros, en su "Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala" (1810) da los siguientes guarismos estadísticos: 614 españoles, 10,860 pardos o mulatos y 585 indios. "Sus calles son rectas, las casas cómodas, la plaza bien abastecida." Desde 1781, dice el mismo cronista, había en San Salvador "2 batallones de milicias arregladas que consta de 1,534 plazas."

PROCESO DE LA INDEPENDENCIA

El 5 de noviembre de 1811 el prócer de próceres presbítero y doctor José Matías Delgado, cura vicario de San Salvador, lanzó el primer Grito de Independencia en el antiguo Reino de Guatemala.

En esta épica empresa lo acompañaron los presbíteros Nicolás, Vicente y Manuel Aguilar, Bernardo y Manuel José Arce, Juan Manuel Rodríguez y otros egregios varones de San Salvador.

En la madrugada de ese día, las campanas de la Iglesia de La Merced anunciaron a los sansalvadoreños el bautismo de la libertad de la Patria, y a las 10 de la mañana, en el cabildo o ayuntamiento, se proclamaba la independencia: "No hay Rey, ni Capitán General, ni Corregidor Intendente —dijeron los próceres—; sólo debemos obediencia a nuestros alcaldes."

Fue depuesto el corregidor intendente don Antonio Gutiérrez y Ulloa y el comandante general de las armas don José Rossi, y luego se integró el primer gobierno autónomo que funcionó en Centro América.

La ciudad se gobernó por sí sola, con absoluta independencia del gobierno español, por el término de un mes. Fracasado el movimiento revolucionario por falta de cooperación de varios de los partidos de la intendencia, los san-

salvadoreños decidieron recibir de paz a los pacificadores coronel José de Aycinena y regidor José María Peinado, enviados con tal fin desde Guatemala por el capitán general del Reino don José de Bustamante y Guerra.

El 24 de enero de 1814, los alcaldes constitucionales Juan Manuel Rodríguez y Pedro Pablo Castillo provocaron una segunda revolución contra el gobierno español. Este nuevo intento fracasó como el anterior y los próceres fueron capturados, procesados y condenados a sufrir largas penas de presidio. José Santiago Celis murió loco y ahorcado en una de las celdas del Cuartel del Fixo y Pedro Pablo Castillo, héroe de esa jornada, fue a morir a la lejana isla de Jamaica.

El 10 de agosto de 1815, un violento terremoto sacudió a la ciudad de San Salvador, causando la ruina parcial de la iglesia de la Presentación (hoy de San José). Los próceres, que guardaban prisión en las cárceles públicas, estuvieron a punto de perecer entre los escombros.

El 15 de septiembre de 1821 se proclamó la independencia de Centro América. El 21 llegó la noticia a San Salvador y fue jurada con demostraciones de intenso júbilo. ¡La causa de sus hijos había triunfado! La obra, sin embargo, no estaba terminada: la República y la Democracia había que asentarlas sobre sólidas bases.

LUCHA CONTRA EL IMPERIO

El 5 de enero de 1822 el gobierno nacional centroamericano, que presidía el brigadier Gabino Gainza, excediéndose a las facultades que le confería el Acta de 15 de Septiembre anterior, anexó de hecho a los pueblos del antiguo Reino de Guatemala al nuevo imperio mexicano de Agustín Iturbide.

San Salvador se opuso a ello. El 11 de enero proclamó libre, soberano e independiente, y se aprestó a repeler con las armas cualquier intento de con-

quista imperial. Nombró jefe de su gobierno al doctor José Matías Delgado y comandante general de las armas al general Manuel José Arce.

El 3 de junio de 1822 la Columna Imperial, compuesta de 2,000 combatientes guatemaltecos y a las órdenes del brigadier Manuel de Arzú, atacó a San Salvador por los barrios del Calvario y Santa Lucía. Se luchó desde antes de las 7 de la mañana hasta como a las tres de la tarde. Los invasores incendiaron 29 casas, pero finalmente fueron repelidos por los heroicos defensores de la ciudad inmortal.

En ese mismo año, el brigadier Vicente Filísola, que había sido enviado a Centro América por el emperador Agustín Iturbide, puso sitio a San Salvador. Se luchó denodadamente. El 7 de febrero de 1823 los salvadoreños fueron derrotados en las acciones de Ayutuxtepeque y Mejicanos. Filísola entró a la ciudad el 9 y enarboló allí la bandera tricolor del Imperio.

En noviembre anterior se había reunido en esta ciudad un Congreso General de la Provincia. Este había acordado que la provincia de San Salvador se incorporaba, como un nuevo estado, a la Unión Americana, Arce, Rodríguez y otros próceres fueron comisionados para hacer las gestiones pertinentes ante el gobierno de Washington.

Cayó la República aquí. Pero surgió en México. El aventurero Emperador fue derrocado. En un solo día, México y Centro América se vieron libres de la "flor marchita de la monarquía". San Salvador había operado el milagro, con el denuedo de su resistencia a las testas coronadas.

CAPITAL DEL ESTADO

El 12 de junio de 1824 el primer Congreso Constituyente salvadoreño decretó que el nombre de la antigua Intendencia de San Salvador, a la que se unió el territorio de la antigua alcaldía mayor de Sonsonate, sería Esta-

do de El Salvador. San Salvador fue designada capital de ese Estado y del departamento de igual nombre.

El 31 de julio de 1824 apareció en esta ciudad el primer periódico salvadoreño: "El Semanario Político-Mercantil".

CAPITAL FEDERAL

El 28 de enero de 1835 fue declarada la ciudad de San Salvador capital de la República Federal de Centro América.

Allí residieron las autoridades federales hasta su completa disolución el 30 de julio de 1839.

ULTIMOS SUCESOS

De 1840 a 1854 San Salvador fue capital de El Salvador; de 1854 a 1858 la capital estuvo interinamente en Cojutepeque y desde este año, hasta la fecha, San Salvador ha sido ininterrumpidamente la capital de la República.

Ha sufrido esta ciudad los pavorosos terremotos de 16 de abril de 1854, 19 de marzo de 1873, 7 de junio de 1917 y otros.

En 1890, según el geógrafo don Guillermo Dawson, San Salvador tenía 28,000 habitantes.

La Universidad se fundó en 1841, la Biblioteca en 1870, el Museo en 1883, el Ateneo en 1912, las Academias de la Historia y de la Lengua en 1925.

La estampilla se comenzó a usar en la correspondencia en 1869, el servicio telegráfico se inauguró en 1871 y el telefónico en 1888. En 1890 llegó el alumbrado eléctrico.

No es hiperbólico afirmar, que la historia de la República de El Salvador, desde la independencia hasta nuestros días, es en gran parte la historia de la ciudad de San Salvador.

Esto nos ha obligado a consignar aquí los datos más importantes, a vuelo de pájaro, pues la monografía de la ciudad de San Salvador amerita por sí sola un volumen.

José Matías Delgado y de León

Su Personalidad, su Obra y su Destino

Por Ramón LOPEZ JIMENEZ

(Primeras Páginas de un Ensayo Histórico)

Todos, o casi todos los historiadores centroamericanos, estiman que los movimientos revolucionarios en Centro América, tuvieron por causa motriz dos acontecimientos trascendentales: la Revolución Francesa y la emancipación de las colonias inglesas en América. Esta afirmación aparece en la mayor parte de los estudios analíticos del proceso de nuestra independencia.

Sin duda esta interpretación del fenómeno político de subversión del gobierno de la corona, es correcta, pero sólo hasta cierto límite, porque había más causas, remotas unas y próximas otras, que coadyuvaron en forma decisiva.

Descontento contra las autoridades españolas de la colonia hubo desde el inicio del Coloniaje, aunque más de una vez los desafectos a las órdenes de aquel gobierno carecieron de razón y justicia.

El profesor español Doctor Laudelino Moreno refiere el caso de "La su-

blevación de los Contreras". A la muerte de Pedro Arias de Avila gobernaba la Provincia de Nicaragua, su yerno el segoviano Rodrigo de Contreras, de noble linaje según aparece en las "Cartas de Indias", poseedor de indios esclavos con cuyo trabajo se había enriquecido. A instancias del Benemérito Padre Bartolomé de Las Casas la Audiencia de los Confines separó del cargo a Contreras y le privó a él y a su familia de los esclavos que tenían. Indignado Contreras, partió a España a quejarse contra aquella disposición de la Audiencia, pero el Consejo de Indias confirmó la actuación de la Audiencia, atribuyendo Contreras su fracaso al Padre Antonio de Valdivieso que había informado el mal trato que Contreras daba a los indios. Enfurecida toda la familia Contreras concibió el proyecto de rebelarse contra la Corona de España. Y comenzó su trabajo. Don Antonio Batres Jáuregui en sus "Memorias de antaño", re-

fiere que el belicoso Hernando de Contreras invitó a algunos amigos a una fiesta y de pronto haciendo un silencio general, les dijo: "Compañeros ya no se puede soportar tanta ignominia. Vivimos pobres en la tierra ganada por nuestros padres. A la cabeza de los bravos que quieran secundarme, me pongo para destruir la tiranía. Moriremos si es necesario para llegar a ser libres. ¡Viva el Príncipe Contreras! gritaron los amigos; y comenta Batres Jáuregui", eso fue a mediados del siglo XVI cuando en Granada, de Nicaragua, se pronunció en son de revuelta, la palabra ¡Libertad!

Algunos críticos españoles como el citado Laudelino Moreno, estiman que actos sediciosos, precursores de los movimientos revolucionarios del año 11 en San Salvador, venían apareciendo en las provincias del Reino de Guatemala desde 1766, con motivo de la recaudación de los impuestos de alcabala y barlovento y el estanco de muchos artículos que se cultivaban en el Reino de Guatemala; actos sediciosos que coincidieron con el movimiento emancipador de los colonos ingleses, que revela una sincronización de acontecimientos en el hemisferio americano. Apreciados así los sucesos, hemos de convenir que no fue únicamente la influencia de la actitud de las colonias inglesas la que determinó las protestas de rebelión en las Provincias Centroamericanas. Por otra parte, la verdad histórica es que cuando ocurrieron aquellos acontecimientos en los Estados Unidos de 1774 a 1776, el Padre José Matías Delgado tenía siete o nueve años de edad y Manuel José Arce, no había nacido. Los sucesos de emancipación norteamericana, acaso pudieron impresionar a otros próceres como los hermanos Aguilar, toda vez que el Padre don Nicolás, ya contaba 32 años, don Vicente 28 y don Manuel 24. El primero de ellos el Padre Nicolás, había ingresado al Colegio religioso de San Francisco de Borja en 1755 o sea

unos diez años antes de los movimientos independentistas de las colonias inglesas y los otros dos llegaron a ese Colegio precisamente en 1775 cuando se agitaban aquellas colonias.

En contra de la opinión general nosotros opinamos, que resulta muy problemático atribuir una influencia inmediata de la emancipación americana, en personajes que no habían nacido o eran todavía adolescentes como el Padre Delgado. Posiblemente después de muchos años, aquellos acontecimientos si hayan influido en los espíritus de los próceres. Ya en 1811 el Cura Delgado tenía cuarenta y dos años, en pleno vigor de desarrollo de sus ideas libertarias. En cambio el Presbítero don Nicolás Aguilar contaba entonces setenta años.

A la par del influjo de estas tendencias libertarias, existían otros motivos que los auscultadores de nuestra historia, señalaban como causas primordiales. Marure, Manuel Montúfar y Coronado, Batres Jáuregui, Lorenzo Montúfar, León Fernández, Francisco Gavidia, Gámez, Antonio Villacorta y muchos más investigadores de nuestro pasado e interpretadores del fenómeno histórico centroamericano, están de acuerdo en afirmar, que en gran parte, la odiosidad entre los españoles y criollos del Reino de Guatemala fue factor decisivo de la idea emancipadora; pero todavía, quedan otras causales de carácter socio-económico.

El historiador guatemalteco don Antonio Batres Jáuregui ha enfocado los acontecimientos que efectivamente, fueron la causa de la revolución independentista, no solamente en Centro América sino en todo el hemisferio. Observa que el Nuevo Mundo disfrutaba, por su naturaleza misma, de una autonomía geográfica, surgida de sus montañas, de sus llanuras, de sus ríos y de sus océanos. Era materialmente absurdo pretender subyugar, por la península española, el destino del Continente. Montesquieu lo había proclamado, en

los comienzos de aquella centuria, al consignar, en "El Espíritu de las Leyes", este apotegma histórico: "Las Indias son lo principal, la España no es más que lo accesorio. En vano la política quiere sujetar lo principal a lo accesorio". He ahí la primera causa intrínseca de la Independencia Americana. La segunda nació, a raíz de la conquista misma. Apenas organizado el régimen colonial, hubo de brotar un odio implacable entre españoles peninsulares y españoles criollos, que tenían intereses diversos y rangos distintos, como que los primeros venían con autoridad y jurisdicción, viendo de menos a los segundos, con quienes no les era lícito entrar en relaciones. Los chapetones traían las ínfulas de conquistadores, los oropeles y la arrogancia de aquella tierra legendaria, de atavismos encumbrados, dominadora del orbe y defensora de la fe cristiana, a sangre y fuego, con procedimientos musulmanes.

Esa inquina persistente, esa querrela de muerte, durante trescientos años, constituyó el germen, cada vez más intenso, infiltrado en la vida soporosa de la Colonia, que al fin debía producir, tras la lucha sangrienta y redentora, la independencia indo-hispana, el más trascendental de los acontecimientos iniciales del siglo XIX. Aquel odio perenne diríase el fuego sagrado que, bajo la ceniza, hizo estallar la chispa revolucionaria. No fue, por cierto, la independencia de las provincias españolas ultramarinas, fruto de la reacción de los vencidos contra los vencedores, sino ineludible y lógico final de la tremenda guerra entre dos porciones de la raza conquistadora, criollos unos, y peninsulares otros. Los dueños primitivos de estas bellísimas comarcas no se alzaron en armas, clamando libertad del rey de España. El glorioso estandarte de la rebelión no fue tremolado ni por aztecas, ni por muiscas, ni por araucanos, ni por quichés o cakchiqueles. Los aborígenes eran espectadores, o a las

veces instrumentos de los españoles nacidos en americano suelo, que desde Chile hasta México lucharon heroicamente por la emancipación de las colonias, a las órdenes de Bolívar, Miranda, San Martín, Sucre, Páez, Hidalgo y Morelos, quienes no pudieron invocar los manes de Atahualpa, Lautaro, Cuahtémoc, Tecum-Umán o Lempira, pues al fin corría por las venas de aquellos próceres la sangre que diera vida a Hernán Cortés, Pizarro, Valdivia y Alvarado. No fueron las razas autóctonas quienes reivindicaron su imperio; fue la Colonia la que luchó por su libertad. Las legiones trasatlánticas de la Antigua Iberia fueron vencidas por los caudillos y ejércitos improvisados de otra Iberia Joven, que abjurando del nombre y del sistema de su antecesora, conservaba su aliento indomable y su arrogancia característica.

Los regalistas hispanos hubieron de ser científicamente, en la Península y en sus dependencias, los adalides de la tremenda lucha contra los pontífices, hasta que sobrevino la reforma protestante. La independencia religiosa y la soberanía popular, hicieron que estallara la más grande de las revoluciones, en los postreros años del siglo XVIII. Aquella conflagración que sustituyó el pensamiento a la fe; los ciudadanos a los súbditos; el examen al dogma; la voz nacional al prestigio divino de los reyes, produjo la libertad de conciencia, la libertad política, la libertad religiosa y la libertad civil. Cundieron de tal suerte las ideas redentoras, que hasta en España se odió el absolutismo, rompiéndose las tradiciones, y apareciendo las famosas Cortes de Cádiz, cual aurora de una época completamente nueva. Fue el sentimiento, no el raciocinio; fue el contagio, no la propaganda; fue el ambiente mundial, que al través del océano, llegó a América, recogiendo en la inmensa llanura del mar, tal vitalidad y tan grandioso vigor, que produjo en el Mundo Nuevo, la guerra de Inde-

pendencia. Aquella clarinada ascendió a despertar, sobre la cumbre de los Andes, a las águilas dormidas, que vencieron a los leones de Castilla, anegando de sangre heroica el suelo americano. El indómito quetzal pudo extender sus alas de esmeralda en la heroica tierra de Tecum-Umán.

El Reino de Guatemala, lo mismo que todas las provincias españolas, había venido pasando por el régimen absurdo que le impusieron las leyes coloniales; por el sistema empobrecedor de una política antieconómica; por una centralización que esquivaba todo aliento; por una diferencia de castas, que excluía los criollos ilustrados de los altos destinos, despreciando a los mestizos, manteniendo en servidumbre a los negros y en pupilaje expoliador a las manadas de indios, exprimidos por el diezmo, los mandamientos, las encomiendas y tributos.

Entre tanto, Carlos IV escandalizaba a España, y al mundo entero. La reina prostituía el trono, y surgían desavenencias con Fernando, que dieron pábulo al cesarismo francés. Condición menguada de la Península, que vino determinando la independencia de las colonias americanas. El ejemplo de los Estados Unidos, al separarse de Inglaterra, contribuyó también, en gran manera, a levantar los espíritus saturados de las teorías de la Revolución Francesa. Una ola de solidaridad humana acerca a los pueblos a fundar nuevas naciones. La clase media y los labriegos seguirían a los españoles americanos, dueños de las haciendas, o estancias, amos de los trabajadores y patrones de los artesanos. Los indios sumisos siempre, se levantarían al grito del Cura, a quien estaban sujetos, más aún si se trataba de sublevarse contra los alcaldes, corregidores y demás autoridades que habían vejado su raza por años.

En aquella precaria situación en que se encontraba, España no podía autogobernarse! Mucho menos administrar y gobernar su inmenso imperio. El tro-

no español estaba vacante; los reyes presos en Bayona, la Regencia había sido nombrada por las famosas Cortes de Cádiz. Prácticamente no había quién mandara en España. Por eso Gavidia formula las interrogaciones: Quién era el soberano? Quién ejercía la soberanía? Como lógica, natural y espontánea consecuencia, las colonias españolas, resolvieron independizarse de un gobierno que realmente no existía. Y al comenzar en la América del Sur los movimientos revolucionarios, su ejemplo se propagó a todo el continente como un incendio.

Lo que acontecía en España no fue conocido por el Padre Delgado sino después de 1808, aunque el investigador de Historia patria, profesor don Carlos Orellana en su libro "Sonsonate Histórico", asienta como cierto, el hecho de que José Matías Delgado en 1809, en una casa pajiza cerca de la Ceiba Hueca que estaba a la entrada de Juayúa se reunió con otros ciudadanos, para tratar por primera vez del movimiento de Independencia, acto histórico que no aparece confirmado en ninguna forma.

Gavidia en su "Historia Moderna de El Salvador", hace hincapié en que los hechos que abren la Historia Moderna de nuestro país, comienzan en 1808, aunque debido a la rigurosa censura de las autoridades españolas, se hace difícil creer que las noticias del estado anárquico de la madre patria hayan llegado en esa época hasta nosotros. Un hecho, sí es incontrovertible, que la anulación de los Borbones ese año de 1808 prácticamente dejó desligadas a las colonias del Gobierno de España.

Gavidia formula cuatro interrogaciones que seguramente las concibieron los Padres Aguilar, José Matías Delgado, Manuel José Arce y demás revolucionarios comprometidos el año de 1811.

España tenía Gobierno? Lo era el Consejo que dejó Fernando VII al partir para Bayona?

Era "Gobierno" José Bonaparte, Rey impuesto por su hermano Napoleón?

Era Rey el propio Fernando VII preso en Valencey?

Podría apreciarse como Gobierno, la junta de patriotas de Sevilla que dirigía la resistencia de España contra la invasión francesa? Las autoridades coloniales como los virreyes de Nueva España y de Lima, lo mismo que los Capitanes Generales, no sabían a qué atenerse ante aquella confusa y caótica situación política de la madre patria.

En México una junta de patriotas opinó que para resolver aquel "impasse" constitucional, debía aceptarse *el principio de la soberanía popular*, al cual manifestó adhesión el Virrey Iturrigaray, actitud que le ocasionó la pérdida del cargo.

El manifiesto del Virrey de México fue remitido al Capitán General de Guatemala, Mollinedo y Saravia; y éste, a su vez, lo hizo llegar al Intendente de San Salvador. Fue así que las propias autoridades españolas en esta capital tomaron conocimiento de los problemas de la Corona y sus colonias.

Intendente de la Provincia de San Salvador era don Antonio Gutiérrez Ulloa.

CAUSAS DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

Cuáles fueron las causas verdaderas de los movimientos revolucionarios que afloraron en 1811?

El humanista salvadoreño don Francisco Gavidia, reconoce causas políticas, religiosas, económicas y regionales.

Estudiaremos cada una de ellas.

Las causas políticas fueron el estado anárquico de la Corona de España; sin autoridades, con el Rey Fernando VII preso en Bayona, aquella anómala situación jurídica en España tenía que repercutir, como efectivamente repercutió en todas las colonias españolas. Esta causal era genérica para todo

el mundo hispánico descubierto por Colón.

Las causas del orden económico contribuyeron decididamente a preparar el ambiente revolucionario. Desde el último tercio del siglo XVIII hubo manifestaciones de descontento y de protesta, por la desastrosa administración de España en sus colonias, pero específicamente en el Reino de Guatemala, las excesivas cargas y tributaciones llegaron hasta desesperar al pueblo, lo mismo que las constantes restricciones impuestas por el Rey a la agricultura, minería, comercio, pesquería y manufacturas. A todas estas medidas de carácter fiscal se sumaban otras no menos irritantes: el desprecio de los merecimientos de los criollos para el desempeño de cargos públicos. Desprecio y discriminación que fue general en toda América: de 170 Virreyes sólo 4 habían nacido en nuestro continente; sobre 602 Capitanes Generales únicamente 14 eran nacionales y de 982 Arzobispos 219 eran criollos.

El profesor español Doctor Laudelino Moreno que ya hemos citado, expone el problema de las tributaciones en un estudio aparecido en los Anales de la Sociedad de Geografía e Historia, bajo el título "La independencia de la Capitanía General de Guatemala". Moreno cita estos dos documentos existentes en el Archivo de Indias de Sevilla. "El real derecho de alcabala y barlovento, que la ciudad y diputación venían recaudando en arrendamiento, considerable número de años, se dispuso por una providencia pasara a ser recaudado por administración real, determinación mal recibida por los comerciantes, que creían se les exigiría mayor tributación; pero en un principio "todo se redujo a murmuraciones inventivas y sátiras, y no se conoció tuviesen trascendencia alguna en la plebe". Poco después, con motivo de haber ordenado el Visitador del Reino de México, "haciendo extensivas sus fa-

cultades a esta Provincia, que se gobiernan separadamente y con total independencia”, el establecimiento del estanco de tabaco, el disgusto tomó carácter popular, aumentando al establecerse otros dos estancos, los de la pólvora y naipes, “pues aunque no se perjudicaban con ello, o se alteraba el mecánico comercio de la plebe, y las negociaciones de los menestrales, y demás gente de esta clase, lo cierto es que al incauto vulgo fácilmente se llena de impresiones y se le inclina a dejarse persuadir, según se pretende, porque no premedita en discernir los asuntos, ni conocen sus efectos, graduándola únicamente por lo que comúnmente oyen, o tal vez con equivocación percibe de órganos menos fieles y despreciables”.

“El malestar creció al estancarse un nuevo artículo, el aguardiente de caña, arreciando las censuras, “ponderando agravios y vexaciones que podría padecer el público, poniéndose y continuando la administración de cuenta de S. M.”, y circulando anónimos por los meses de octubre y noviembre de 1766, entre ellos uno entregado el 12 de noviembre por veintitantos hombres, al Alférez Real don Manuel Batres, que dice: “Nosotros, los pobres, ante Vmd. en la mexor forma decimos: que pedimos la justicia de darle a cada uno lo que es suyo como lo manda Dios en el Séptimo Mandamiento de no tomar ni tener ni querer lo ajeno contra la voluntad de su Dueño, como están haciendo lo contrario con términos hábiles quitándole a cada uno lo que es suyo con Estancos, Duanas y Alcabalas; por cuya causa no tienen los compradores y estamos Nosotros pereciendo no hallando medio para vender nuestras obras que es de onde comemos y bebemos y sufragamos casa onde vivir, y quando hallamos a onde vender no sale ya el trabajo; por cuya causa pedimos el remedio de todo lo que tenemos expuesto y si este no valiere, que venga el fuego del cielo que es lo me-

xor, para que lo consuma todo, ya que Vmd. no lo pueda componer”.

“La Audiencia el 19 de noviembre, para “apagar las primeras pavesas del incendio, sin esperar tomase cuerpo la llama de una sedición que lo reduxese todo a cenizas”, consideró “era oportuno medio ceder en parte por no perderlo todo”, y a ese efecto, dispuso la rebaja del tabaco; pero como esto no calmara los ánimos, en junta general de la Real Hacienda de 26 de noviembre, se consideró conveniente el aumento de fuerzas militares para el mantenimiento del orden y que dos o tres rondas, compuestas cada una de dos soldados dragones y un cabo, vigilaran la población durante la noche”.

La propiedad territorial estaba estancada en manos de las municipalidades, del gobierno o de la Iglesia¹, no existían los pequeños propietarios y los indios carecían de terrenos propios para sus cultivos.

La provincia salvadoreña poseía productos propios, como el añil que en aquella época era de gran valor comercial, pues no se habían descubierto los tintes modernos. El bálsamo salvadoreño que como todo el mundo sabe, se llama impropriamente “Bálsamo del Perú”, porque del puerto peruano del Callao, era reembarcado nuestro producto y llegaba a España procedente del Perú. El Salvador producía cacao, azúcar y algodón, rubros positivos de riqueza. Sus ferias eran famosas y concurridas. Venían comerciantes de México, Panamá y hasta de Ecuador, especialmente a la Feria de noviembre en San Miguel instituida en honor de la Virgen de la Paz. Parte de estas riquezas eran remitidas por los Capitanes Generales de Guatemala a los Reyes de España y otra parte de la riqueza producida por la provincia salvadoreña era consumida en Guatemala, por los señores de la pseudo nobleza, por las autoridades de

1 *Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala*, por Ramón A. Salazar.

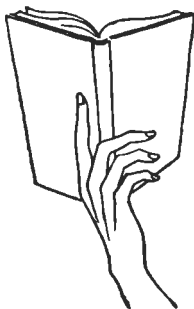
la Metrópoli y por los altos dignatarios de la Iglesia. Por muchos años no se pudo reedificar el templo de San Salvador destruido por los terremotos y en cambio, se levantaba bella y esbelta la Catedral de Guatemala, consumiendo rentas de la provincia salvadoreña. Rentas, que al decir de don Francisco Gavidía, no cesaron de enviarse sino ya muy entrado el período republicano.

No se proveía a la provincia salvadoreña de planteles o institutos de cultura, a pesar de que existían en Guatemala y en León de Nicaragua.

Esta situación de inferioridad en que las autoridades metropolitanas mantenían a la Provincia de San Salvador,

era motivo de queja, de molestia, de protesta.

El sentimiento religioso fue otra causal de descontento que coadyuvó al movimiento revolucionario. El pueblo —con conciencia o en forma inconsciente— quería tener un Obispo. Se formaron dos partidos que en el fondo eran de estructura política: uno de ideas monárquicas y el otro de inspiración y tendencia republicana. El triunfo de cualquiera de ellos representaba el triunfo de una concepción política. Unido a este sentimiento religioso estaba otro sentimiento “regional”, de apego o amor a la provincia salvadoreña; sentimiento que influyó poderosamente en sus destinos.



Indiofilia Tragicómica

Por José María PERALTA LAGOS

Mi tío Mengano, acaso por haber nacido el año de la Independencia, aborrecía cordialmente a España y todo lo español, con excepción del Pajarete, un vinillo perfumado que a él le parecía delicioso, y de las novelas de Pérez Escrich, que eran su encanto. ¡Algo bueno había de haber en aquella tierra!

Por las venas de mi tío circulaban unos tres cuartos de sangre pipil —si es que no eran siete octavos— que a una lo denunciaban la color cetrina, los cabellos lacios y la barba rala, a cuyo cultivo dedicaba el buen señor largas horas de las muchas que tenía desocupadas. Aquella barba era su orgullo, porque —¡oh incongruencia de la vida!— a mi tío le molestaba que le creyeran *indio*; no admitía tampoco ser *ladino*, y en cambio se derretía de gusto cuando algún conocedor de su debilidad le llamaba “chapelón”.

*“No me la siente en el suelo,
Que no es hija de indezuelo;
Siéntemela en el balcón,
Que es hija de chapelón”.*

Mi tía, su única hija, sin duda por esto se pasaba todo el tiempo

en la ventana, esperando al “pulido portugués”, que por cierto no apareció nunca . . .

—¿Y qué tal te trataron aquellos *patones*? —me preguntó mi tío en la visita que le hice a mi regreso de las Castillas.

—Qué ocurrencia la de tu padre —añadió momentos después:— ¿Cómo no te mandó a Francia o a Inglaterra? Allí habrías aprendido *siquiera* lenguas . . .

Porque a mi tío nadie le quitaba de la cabeza que en España lo único que podía aprenderse era el toreo, y que sólo había un hombre de valer: Pérez Escrich.

Le referí que este señor había muerto pobre, siendo portero del Hospicio de Madrid. Las cosas que hube de oír de la salvaje España . . . ! ¡Qué andanada, Dios!

—¿Y no se te ocurrió buscar a los parientes? —me preguntó la tía *volviendo* la hoja.

—¿Qué parientes? —pregunté a mi vez—. ¿En dónde viven?

—En Granada, hijo! De Granada vino el abuelo de papá. ¿Verdad, papá?

—Sí —respondió mi tío, acariciándose las crines del mentón—. Mi madre contaba que mi abuelo era natural de la Alpurraja o . . . Alpujarra, y que vino aquí de secretario o de no sé qué, de un Oidor o Visitador . . . No estoy muy seguro . . . Lo que no cabe duda es que tenía sangre mora . . . Era moreno, alto, de tipo árabe, con una barba así . . . —Y al decir esto ponía una mano extendida a la altura del ombligo, mientras su espíritu vagaba por las riscosas laderas de Sierra Nevada.

Era entusiasta admirador de Atlacatl y de Lempira, pero declaraba que no tenía con ellos parentesco alguno. Testigo irrecusable era para él aquella barba, que a las claras proclamaba su abolengo moro, y para darle más fuerza a su pueril jactancia, hacía en casa el papel de tirano inofensivo, y entretenía con grandes apuros tres o cuatro queridas para el uso de . . . algunos estudiantes y sobrinos.

—Tú nos has contado —insistió mi tía dirigiéndose a su padre— que el origen de los Mechines es muy antiguo . . .

—Por lo menos —dije yo— ha de datar de la invención de . . . los mechinales: los romanos los usaron ya . . .

—Y que tenían entronques con grandes familias —agregó la tía, una de cuyas debilidades era la “aristocracia”.

—Sí . . . : ño Mechitas asegura que es nuestro pariente —añadí yo.

Mi tío no se aguantó. Se levantó furioso, y desde el umbral de la puerta me soltó esta nueva andanada. “Ya . . . ya me lo figuraba! A eso fuiste a España: a aprender a burlarte de lo divino y de lo humano; de lo

más sagrado: ¡hasta de la sangre!” —Y se fue apoyándose en la pared y meneando la cabeza, como el viejo de “La Tempestad”.

Han de saber ustedes, si no son de mi tiempo, que ño Mechitas era el más fco de los ocho o diez serenos municipales, de aquellos que hace cuarenta años alababan al Santísimo Sacramento, atemorizaban a los chicos y encendían los faroles.

Este ño Mechitas pretendía ser hijo natural —*cosa muy natural*— de uno de mis bisabuelos. ¿Qué de extraño podía haber en ello, cuando cien años después nos salen los hermanos, los primos y los sobrinos de entre las hendeduras de las piedras?

—Has hecho muy mal en enojar así a papá —dijo mi tía.

—Pero aborreciendo tanto a los españoles —reliqué yo— ¿a qué ese empeño de ir a buscar los tatarabuelos en Granada o en... Marruecos?

—Pues hijo, ¡peor sería tener que ir a buscarlos a Panchimalco! Dijo, y me dejó plantado.

* * *

Como mi tío son casi todos los hispanófbos.

Los más graciosos son los indiófilos a ultranza. Me refiero a los que heredaron o pretenden participar de la dulce manía del seráfico Padre Las Casas: la protección al pobre indio.

Conocí a uno que no perdía ocasión de ejercer su apostolado, predicando siempre en favor de los indios, y, ¡naturalmente!, hablando horrores de España por haberlos diezmado, ora en las minas y en otros durísimos trabajos, ora a palo limpio, como era uso entre aquellos bárbaros y lo es todavía en ciertos países libérrimos que yo me sé.

Era rico por su casa. Su familia se había enriquecido con la industria de la fabricación de aguardiente, oficio productivo y nobilísimo en la América feliz. El, hombre de empresa, había ensanchado y multiplicado sus fábricas, e importado aparatos modernos y enormes, porque era muy *progresista*, y por ello y las crueldades de marras abominaba de la atrasada España. Refería, para escandalizar a sus oyentes, que en uno de sus viajes no había podido conseguir una *triste* botella de whisky en cierta población andaluza. ¿Han visto ustedes *atraso* semejante?

Los consumidores de aquellos torrentes de alcohol *rectificado* eran, ¡claro!, los pobrecitos indios, quienes dejaban así la mitad de su mísera soldada a beneficio de la ilustre familia cuya caridad llegaba al grado de enjugar por nada las lágrimas, ahogando en *guaro* las penas de los despojados descendientes de Atlacatl.

—¡Pobrecitos! —decía conmovido— ¡es el único gusto que les queda...!

(En cambio no conozco todavía a ningún hispanófono ni indiófilo a quien se le haya ocurrido devolverles sus tierras a *los legítimos dueños*, como dicen con la boca llena al condenar los horrores de la Conquista).

¡Y cómo se indignaba nuestro altruista caballero al hablar de la despoblación de Centro América! —“¡Fuéramos ahora lo menos diez millones!”— gritaba enardecido. Y le sobraba razón. ¡Imagínense cuánto produciría su negocio, si en vez de un millón fueran cinco millones de indios *a beber*, usando con permiso suyo uno de sus frecuentes galicismos!

Si le recordaban que los yanquis hace apenas cincuenta años pagaban cinco pesos por cada cabeza de indio, replicaba que los Pieles Rojas eran unos bandoleros, o en fin... que eran *otros*. Como se ve, nuestro hombre era un verdadero *altruista*.

* * *

Tuve un compañero de colegio, gran detractor de España y *apasionato*¹ de Tecum-Umán. Decía que Lempira era su abuelo, tal vez porque había nacido allá por Estanzuelas. (Mi amigo; no Lempira).

Una ocasión que desapareció un reloj del colegio, le acusaron a él. No quedó más que la duda, pues ya en aquel tiempo era piadosa costumbre nacional la de no descubrir nunca a los ladrones. Además, por ser el reloj de níquel, el pecado era venial... Lo que sí recuerdo es que uno de los *grandes*, muchacho malicioso, decía que nuestro pobre compañero probablemente andaba errado, y que no era nieto de Lempira sino del Cacique Urraca.

Pues bien, este buen amigo, campechano y sencillote, era muy sufrido y tolerante: lo aguantaba todo, menos que le dijeran “indio Aquino”.

Vino a San Salvador cuando lo de la exposición de don Pepe. Me lo encontré en la “Finca Modelo”, luciendo una estupenda *leva viroleña*. Recostado en la baranda del puente, escuchaba extasiado el vals Tecum-Umán, que tocaba la marimba.

Sus dos amores: ¡la marimba y Tecum-Umán! Tenía los ojos húmedos...

Francamente me alegré de verlo, y me dirigí a él con los brazos abiertos.

—Y de hay, Mechinón? ¡Cómo te has hecho...! —exclamó al verme, al tiempo que me aporreaba fuertemente.

—Pues y tú? ¿Qué has hecho de esa vida, querido indio?

Se desasíó bruscamente; dio dos pasos atrás, y me dijo en tono

¹ Lo pongo en italiano porque según cuenta Dumas, en Nápoles abundan los admiradores de los héroes caballerescos, y se les llama así.

despectivo: “Creí que habías cambiado, pero veo que eres el estúpido de siempre!”

—Chico —le repliqué— genio y figura...

Obtuve su perdón gracias a unos tragos que le obsequié *chez* Mr. Willis.

Refrescada la confianza y alegrito ya, me contó que era alcalde de su pueblo —una villa que pronto sería ciudad— y que lo primero que hizo fue bautizar la calle principal con el nombre del Padre Las Casas, “ya sabes, el gran defensor...”

—Ya lo sé. . . : de los IN-DIOS —le dije subrayando.

Se ruborizó y noté en él un conato de revuelta; mas sin duda para ahogarlo se echó a la boca todo el hielo que quedaba en el fondo de su vaso...

Luego me refirió que había prosperado algo. Boticario primero, vendiendo porquerías a los indios, había reunido *un su pistillo*. Compró después unos terrenos *lindos*, muy baratos, en una subasta, y “como aquí el jornal *es regalado*, viejito, porque *los indios no tienen necesidades*”, pronto las incultas tierras fueron magníficos cafetales y espléndidos potreros. “¡Vieras qué zacatales! Te cubren, montado a caballo, antes de *florear!*”

Por último, a la hora de las confidencias, de sobremesa en el “Nuevo Mundo”, saboreando una copa de *líquida esmeralda* —así llamaba él al pippermint— me contó que no lo ahorcarían por trescientos mil morlacos.

Me pidió un favor, y fue que lo llevara al día siguiente adonde un escultor amigo mío, porque quería encargarle una estatua del Padre Las Casas.

—Pero oye: ¿por qué no gastas ese dinero en quinina para aquellos panzones desgraciados?

—¡Vaya, hombre! Si son unos perfectos animales; unos desagradecidos! Cuesta que trabajen, y en cuanto tienen un real, se lo beben! No se puede: te digo que no se puede hacer nada por ellos...

Y se puso triste...

Julio 6 de 1921.
De “Brochazos”.

MI PRIMO BASILIO

Por Alberto RIVAS BONILLA

Hace un momento se ha despedido de mí... digo mal: se ha largado hecho una fiera, sin despedirse, mi primo Basilio.

Va echando lumbre solamente porque me he negado a aceptar su invitación de acompañarlo en su temporada de baños en La Libertad.

Tal berrinche por parte de Basilio me ha causado una impresión penosísima; mas, si me he atrevido a desairarlo, es porque creo tener para ello razones muy atendibles.

El haber aceptado por una vez su amable invitación hace un año, a raíz de la pérdida de su empleo, puede pasar. Repetir ahora el lance, siendo que lo sigue abrumando la cesantía, no hubiera tenido perdón de Dios.

Apelo al juicio imparcial de amigos y enemigos, sin complacencias que me estarían flojas ni severidades que vendrían más flojas todavía. Y para ese fin, quiero hacer una exposición, bien que resumida, de los hechos. Hela aquí:

El año pasado, por esta misma época, se presentó en mi casa mi primo Basilio, campechano y alegre según su modo habitual.

—Vengo a convidarte —me dijo sin preámbulo— para que nos acompañes al Puerto una semana.

Es costumbre inveterada de Basilio ir a darse unos baños de mar por Semana Santa. Y era ésta la primera vez que se le antojaba llevarme consigo.

—¡Hombre! —balbucí— no sé si deba...



JOSE MARIA PERALTA LAGOS
(T. P. Mechin)



ALBERTO RIVAS BONILLA

—¡No me vayas a desairar! —me previno.

—Pero...

—Dime una cosa —me interrumpió—. En tus sesenta y cinco años de vida...

—Sesenta y cuatro —apunté yo.

—Es lo mismo. En esos sesenta y cuatro años ¿cuántas veces te has tomado unas vacaciones?

Abrí la boca como para decir algo. En realidad, no tenía nada qué decir.

—¡Ya ves! —concluyó él—. ¿No es justo que, por lo menos una vez, te resuelvas a echar una cana al aire? ¡Nada! Mañana cierras la casa y te vienes con nosotros.

Como puede notarse, el asunto, para Basilio, no podía ser más llano. Para mí, empero, tenía sus bemoles. Mi primo, he de repetirlo, acababa de perder su empleo. Y si bien de su actitud podía deducirse que debía tener algunos ahorrillos de qué echar mano, a mí se me hacía descabellado que se dispusiera a dilapidarlos en aquella forma, incluso tomándose una nueva obligación sin necesidad al cargar con mi persona.

Además, recelaba de su familia integrada por la señora y cuatro retoños, todos éstos del género masculino y todos cuatro de la mismísima piel de Barrabás, ya se les considerará en conjunto o por individuo. Tenía plena evidencia de que iba a ser de lo más incómodo meterse con toda la tribu dentro de una sola habitación que haría a la vez, según costumbre, de dormitorio, sala de recibo, comedor, fumadero y despensa. Y eso, por toda una semana.

Por vía de compensación, convengamos en que el cariño, la solicitud, las atenciones de los parientes, son cosas enternecedoras para un solterón a los sesenta y cuatro. Sobre que la idea de los baños en el mar y los paseos por la playa a la luz de la luna...

Total, que después de una débil resistencia de puro camuflaje, me dejé convencer.

—¡Magnífico! —terminó Basilio al despedirse—. Procura estar listo mañana a las cuatro de la tarde. Pasaremos por ti en el automóvil.

Salí al día siguiente muy temprano a comprar lo imprescindible para el viaje: el vestido y la bata de baño, un par de chinelas, un sombrero de alas anchas. Y, sintiéndome obligado a corresponder siquiera en parte a la amabilidad de mi primo, me proveí de gran cantidad de vinos y conservas alimenticias en forma que, aun cuando nos hartáramos allá, todavía sobrarán en buen número que Basilio se pudiera traer al regreso.

Y ya próxima la hora señalada hice cerrar las puertas que había que cerrar, di a la servidumbre mis últimas instrucciones y me senté en el corredor al lado de mis valijas leyendo una revista atrasada.

Mi invitante fue exacto como un inglés. Sonando las cuatro en el reloj del comedor, se oyó un confuso rumor de voces y un tropel de gente que in-

vacía la casa por el zaguán y vi aparecer a la familia entera, todos ellos cargados con utensilios diversos y numerosos líos de todas formas y tamaños.

—¡Mira qué contrariedad! —gritó Basilio depositando su impedimenta en el suelo para poder accionar—. El automóvil que había contratado para el viaje chocó anoche y ahora está en reparación.

Agregó la mujer, ya desembarazada como él, de su carga:

—Y a *éste* le ha sido imposible conseguir otro.

—De todo punto imposible —corroboró Basilio—. Como es la época de baños, todos los de alquiler andan afuera.

—Pues sí, que es una contrariedad —convine—. Y ahora ¿qué hacemos?

—¡Hombre! —dijo Basilio—. No veo más que una solución: que nos proporciones tú el auto.

Y yo:

—Por mí no hay inconveniente; pero creo que no vamos a caber con tanto equipaje.

—Claro que en el *Ford* no cabríamos; mas si lleváramos el *Lincoln*...

Eché en mi fuero interno un taco bastante indecente. ¿Cómo diablos había averiguado Basilio que, desde la víspera, tenía en el garage un *Lincoln* sin estrenar? Lo había adquirido para uso urbano exclusivamente, relegando el *Ford* para las carreteras.

—Es que el *Lincoln* —tartamudeé— no está ensayado todavía. Sería aventurado ocuparlo sin estar seguros de...

—¡Quita allá! —arguyó él—. ¿Qué nos puede pasar con un auto nuevecito?

No quise insistir por no parecer tacaño. Hubo que sacar el *Lincoln*.

Ya acomodados en él, resultó que había que pasar por los almacenes a comprar los trajes de baño, cosa que se había olvidado hasta entonces.

Fuimos allá. Se compró para toda la familia trusas de baño, y además, batas, chanclos de hule y un gorro de lo mismo para la señora. El todo, ya empaquetado, formó un nuevo lío bastante grandecito.

Desde el primer momento había comprendido que todo aquello tenía que pesar sobre mí. Y ya que el sacrificio era ineludible, quise, al menos, que pareciera como espontáneo y no obligado por las maquinaciones de Basilio. Así, cuando éste hizo como que iba a sacar la cartera, ya estaba yo contando los billetes sobre el mostrador, sin atender al coro de protestas que en toda la familia provocó mi munificencia.

Una hora después llegábamos a nuestro destino; mas no a un cuarto estrecho como me temía. Estaba a nuestra disposición una casa entera con cuatro habitaciones, corredores amplios, servicios sanitarios a la última y una calzadilla de cemento que llegaba hasta la playa misma.

Nada de objetable podía verse en todo aquello en el supuesto de que fueran una realidad los ahorros que sospechaba en Basilio; mas si el muy fresco pro-

yectaba sacar de mi bolsillo los alquileres de semejante palacete, estaba sufriendo una lamentable equivocación. ¡Todo era de permitirse menos una nueva dentellada a mi hacienda!

Más aún me afirmé en tal propósito a la vista de la primera cena que nos llevaron —como siguió sucediendo con el cónquibus hasta el último día— de un hotel vecino. Los platos eran de una calidad muy aceptable y venían en tanta profusión, que ni una sola vez hubo de acudirse a las provisiones en lata o en botella que había aportado yo.

Lo dicho: ¡no más atracos! No vacilaría ante la misma fuga para librarme de aquella ventosa que pretendía dejarme seco. Estaría ojo avizor en todo momento y, al menor indicio alarmante, a la más sutil indirecta de mi primo, saldría de la casa con descuidada indiferencia, sin sombrero y con las manos en los bolsillos, como quien va a matar la pereza ahí nomás a la próxima esquina... y no me volverían a ver el pelo.

Viví con la barba sobre el hombro durante aquellos siete días y confieso que no ocurrió nada que pudiera reavivar mis temores. Absolutamente nada. Y acabé por reprocharme mi ofensiva suspicacia tildándola de enfermiza. ¿Habría estado viendo visiones?

Es verdad que algunos gastos menudos no los pude evitar. Por ejemplo, cuando íbamos de paseo y se nos ocurría tomar unos helados o atiborrarnos de fruta, indefectiblemente Basilio había olvidado el portamonedas y yo tenía que sacar el mío; pero esas son minucias que ni siquiera deben mencionarse.

Y así se llegó el día del regreso. En el interior del ancho zaguán que hacía el papel de garage, cargamos nuestros efectos en el auto. Ya respiraba yo ampliamente, libre al fin de toda sombra de inquietud. Ya nos disponíamos todos a ocupar nuestros asientos, cuando se presentó a la puerta de entrada, como cortándonos el paso, un individuo gigantesco, feo de cara, rojo de cutis, ralo de barba, cargando en el hombro un garrote más grande que el de Pepe el Tranquilo.

—¡Cómo es eso, don Basilio! —exclamó torciendo el gesto—. ¿Ya de regreso?

—Sí, don César, nos vamos —respondió el interpelado.

—¡Y sin despedirse de mí! —reprochó con sorna el de la cara fea.

—¡Cómo va a creer don César! Ibamos a pasar en el auto a decirle adiós. Además, en cuanto lleguemos a casa le voy a escribir.

—Eso es lo que usted cree. ¡Falta que ver lo que dispongo yo! —dijo el don César.

Y me asestó ¡a mí! una mirada fulmínea.

—¡Pero, don César! —imploró Basilio.

—¡Qué don César, ni qué don César! —vociferó el muy bestia—. ¿Sabe usted lo que hay? ¡Que de esta casa no sale una rata mientras no se me pague lo que se me debe!

Y dejó caer sobre las baldosas la punta del trinquete que andaba cargando, que sonó a culata de máuser.

—¡Pero esto es un verdadero secuestro! —observó Basilio con voz débil.

—¡Puede usted llamarle como quiera! —bramó el caníbal lanzando en mi dirección un escupitazo nauseabundo, lo cual, como es bien sabido, equivale a arrojar un guante para los entes de su calaña.

—¡El muy bruto! Yo hice como que no había visto nada.

—¿Y ahora qué hacemos? —me preguntó mi primo encaramando los hombros hasta las orejas y extendiendo lateralmente las manos abiertas con las palmas hacia arriba.

Le contesté por señas que no tenía la menor idea.

En tanto, el energúmeno había vuelto a izar su mástil y se estaba paseando de largo a largo sobre el umbral repitiendo a cada paso:

—¡Ni una rata! ¿Me han entendido? ¡Ni una rata!

No me cabe la menor duda de que lo de rata lo decía por mí, pues es a mí a quien dirigía la mirada proterva cada vez que mencionaba al animalito.

Muchas veces después me he preguntado si todo aquello no sería más que una comedia urdida por Basilio en complicidad con don César. Me hace pensar así un detalle observado entonces, al parecer insignificante: que detrás del de la cara fea y casi pisándole los talones, apareció el mayor de mis sobrinitos, cuya ausencia no había advertido; y que permanecía ahí afuera contemplando la dramática escena con envidiable tranquilidad. Con la misma tranquilidad con que la contemplaban los de adentro.

Estas apreciaciones, empero, no me fueron posibles sino después, contemplando los hechos a distancia y con todo sosiego; que por el momento no estaba mi espíritu para filigranas. Por el momento lo que privaba en mí era un miedo cerval. Estaba sudando helado y sentía que los huesos de la cabeza se me habían puesto frágiles como cascarones de huevo.

Los buenos propósitos de velar por mi hacienda, abrigados, alimentados y acariciados por una semana entera ¿qué se hicieron?

¡Sólo Dios lo sabe! Yo, lo único que sé es que, haciendo de tripas corazón, le pedí a don César el monto de la deuda, y que él accedió a dármelo: *tanto* por alquiler de la casa; *tanto* por alimentación. Total, una suma exorbitante.

Saqué mi libreta de cheques y pagué sin chistar.

—Tan pronto como llegemos allá te reembolso —me ofrecía mi primo a media voz.

¿Habré de consignar aquí que mintió como un bellaco?

Pues bien, sí. Así andan las cosas. Un año entero ha transcurrido ya, y hasta la fecha se ha olvidado de hacer honor a su palabra.

De tal modo lo ha olvidado, que viene ahora a invitarme por segunda vez

y tengo para mí que tan grande ha sido su disgusto por mi negativa que este año no hará su temporada de costumbre.

¡Allá él!

Por mí, si en mí ha de consistir, no volverá a hacer otra por los siglos de los siglos. Amén.

(De “Me Monto en un Potro”)



!

EL MUNDO DE MI JARDIN

Por Julio Enrique AVILA

El Girasol

Este es un don Juan, un tenorio loco de vanidad que ha soñado ser astro. Madruga para ver al Sol y aprenderle, y tras él corre toda su existencia, como un satélite pigmeo.

Como el astro es de oro en la mañana y en la tarde —las horas del arrullo y del ensueño— él se ha pintado de oro para ser astro... Pero... ¿y la luz?

Ni Júpiter, ni Venus poseen luz, y sin embargo el Sol, generoso, les cede un gajo de la suya, ¡un racimo de su viña inagotable!...

Es así que mi don Juan pretende que, como Júpiter y Venus, también sabe alumbrar.

Pero el Sol castiga la soberbia; y pone más luz en la luciérnaga que en la flor y no lo sabe, y ésta, con su orgullo, es mezquina como un perro cuando ladra a la Luna!

¡Ah, don Juan, que pasas por el mundo loco de vanidad, tú también pretendes ser un astro... ¡y eres un girasol!

La Aldea de los Gorriones

En el limonero los gorriones han levantado un caserío. Muy temprano, como un ramillete de flores lanzado al viento, como un beso arrojado con las yemas de los dedos, se desbandan por los arriates... Y hay que ver en los rosales las rosas emplumadas y los amarillos picos húmedos de rocío y de polen.

Aquel que soñó y escribió el librito encantador: "Para los gorriones", ha hecho vivir en mí todas sus tiernas ingenuidades.

Para los gorriones... Para ellos el poeta dio sus latidos y labró sus piedras preciosas. Para ellos cultivo yo, que no tengo nada que dar, un refugio en mi jardín.

Y mis ojos se ilusionan bajo el limonero armonioso y perfumado, aldea de los gorriones, de las florecillas aladas y sonoras.

Mimad los gorriones. Ellos son los pastores cándidos y alegres que desenlazan su vida al ritmo de una copla ingenua. Son los simples, los puros de corazón, los que saben reír... Y así, poniendo una sonrisa en un dolor, hacen la vida más amable, menos mala... Mimad los gorriones...

¡Mimad los gorriones!... Ellos, en los crepúsculos, ponen música al sueño de las rosas!

La Eterna Inquietud

Todos los días hago la misma jornada. Paso por una calle estrecha y silenciosa, frente a unas casas monótonas e iguales. Veo el mismo sastre, encorvado, que no se cansa de atravesar telas al compás de una canción silbada, fina e interminable como un hilo. Parece que su boca es un carrete y que las telas van cosidas con música. Cada día pienso lo mismo: esos trajes han de cantar!

Escucho en una esquina a la misma anciana lisiada, que con una invariable precisión de victrola pide una limosna...

Y yo pienso cada día: ¿Cómo en tanto tiempo no se ha rayado el disco?

Nada ha cambiado desde hace muchos años, y sin embargo, cada día me sorprende la emoción de que aquellas casas y aquella calle y aquellos seres de una sola línea me son desconocidos. Desconocidos, y eso que los veo y los escucho diariamente, desde una época anterior al recuerdo!

¿Cuántos años pasaré todavía por esa calle, frente a esas casas, junto al sastre que cose con música y a la pordiosera que no cambia el disco? ¿Muchos? ¿Pocos?... No quiero pensar en que me tomará la muerte sin haber comprendido, siquiera conocido, seres y cosas tan simples, tan sencillos!

Poemas de Alfredo Espino

(“JICARAS TRISTES”)

El Nido

Es porque un pajarito de la montaña ha hecho
en el hueco de un árbol su nido matinal,
que el árbol amanece con música en el pecho,
como que si tuviera corazón musical. . .

Si el dulce pajarito por entre el hueco asoma,
para beber rocío, para beber aroma,
el árbol de la sierra me da la sensación
de que se le ha salido, cantando, el corazón.

El Estero

Agua tan quieta. ¡En cada amanecida,
despierta dormida!
Tán azul, que las garzas en sus vuelos
parecen alejarse entre dos cielos!



VICENTE ROSALES Y ROSALES



ALFREDO ESPINO

La dulce mañanita del estero...
Un arrebol detrás de un cocotero.
Una barca, dos remos. La atarraya,

una garza que viene y en la playa
pasa el blancor callado de sus plumas,
simulando una espuma sobre espumas...

La Chiltota *

Siempre habrá un corazón para que escuche
el trémolo de amor que el pico exhala,
el pico agudo que goloso cala
de las naranjas el dorado estuche.

La perla del cantar, de entre el peluche
de la garganta mórbida resbala;
tiene vivo el mirar y ardiente el ala,
cuando la luz le tornasola el buche.

Emperatriz de los canoros rangos,
el escondido jugo de los mangos
le dio el azúcar para el ritornelo.

Y tal se ve cruzar, ebria de espacio,
buscando el árbol, su imperial palacio,
bajo la gloria matinal del cielo...

* Brillante avecilla del trópico.

Los Pericos Pasan...

La tarde despierta de su sueño, cuando
la aligera nube despunta cantando...

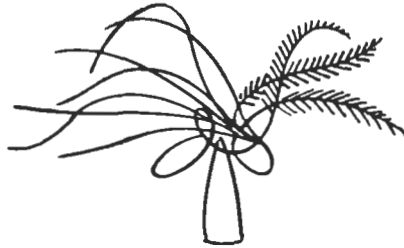
Una nube de alas... una alegre nube
que baja, que sube...

Son ellos. Se alejan entre llano y cielo.
Son las esmeraldas de un collar en vuelo...

Bulliciosamente
trazan una verde curva en el ambiente.
¿Van a los palmares de ondeante abanico?
Ellos van a donde les apunta el pico.

Se alejan, se alejan... pero van tan juntos,
que más bien parecen renglones de puntos...

Y en un llano caen, así como cuando...
como cuando un árbol se está deshojando...



Como Cantan Allá...

Por Miguel Angel ESPINO

El Llanto de las Carretas

Ya vienen las carretas. Más allá del sendero lleno de polvo y luna se va acercando como una queja el llanto interminable de las carretas.

El llanto de la carreta es una *i* dulce y larga. Una *i* llorada con amor. Una *i*.

Son las ruedas que rechinan en los ejes. Son caracoles del mar que soplan con tristura los carreteros mientras miran las estrellas.

Pero de lejos, los caracoles y las ruedas fingen el llanto prolongado de las carretas que vienen.

Y se acercan. Y pasan. Una rubia carreta de flamante huatera. Otra que pasa bamboleándose. Ya ebria. Va llorando quién sabe qué pesares. Ayer, bajo la sombra piadosa de un conacaste, soñaba descansar. Las ruedas con moho que no giran. Ser nido apacible de gallinas y palomas.

Y otra pasa ligero. Carretilla loca que rebota en las piedras, tú soplas un caracol más dulce. Carretilla llorona corredora y ágil, y qué idilios bajo el toldo de lona.

Van pasando. Lloran con muchas íes, ííí... ííí... ííí... íes alargadas y con acento.

Van pasando. Carretas de la finca, carretas con agua, carretas entoldadas

que esconden un amor. Gimen por los dolores de los bueyes, por las cosas del carretero que no puede llorar por los ojos y llorar en el caracol.

Van pasando. Carretillas rechinantes, por la curva blanca se van alejando. Todavía se oyen sus llantos. El caracol tiene forma de corazón. Es el corazón de la carreta. El sabe dolores, desvelos, cansancios, desdenes. Toda el alma taciturna de las carretas. Todas las lágrimas silenciosas de los bueyes. Todas las cosas amargas del carretero. Por eso llora. Por eso va perdiéndose, más allá de la cuesta, toda llena de quejas, como si entre las ruedas y el eje fueran deshaciendo, fueran moliendo una í.

Han pasado. Muy allá, más lejos de los árboles que borra la noche, dulce, suave, triste, aún se oye apagada la queja lejana de las carretas que van llorando su í.

Tierra Mojada

En el fondo de la tarde, la casita se hacía gris. El viento pasaba golpeando los tejados blancos. Lloraba con un son ronco. Y la buena viejecita, la señora Josefa, sacaba en un tiesto la ceniza más blanca de la lumbre. Decía que era un conjuro milagroso eso de hacer una cruz de ceniza en el patio. Trazaba los brazos, grandes, trágicos; casi llegaban hasta la puerta de la cocina, olorosa de humo. Como el cielo era triste, la cruz tenía aspecto imponente. Ya por los tejados sonaban las gotas presurosas. Nosotros saltábamos. El aire rudo que reventaba la cara sólo nos daba ganas de gritar, y nos ponía un cantar en la boca.

—“Ya viene el agua por la lomita, — que se me moja mi chamarrita. — Ya viene el agua por la barranca, — que se me moja mi ropa blanca”. La señora Josefa era otro huracán, corriendo tras la ropa tendida, que se quería volar.

Y luego a poner los cántaros. La abuelita gustaba de tomar agua así, con sabor a tierra, a terrón, a campiña, a mañana fresca en la finca. ¡Tierra mojada, qué grato olor! Y el chorro de la esquina caía musical, ronco, fuerte, acompasado.

Yo recuerdo la alegría nuestra bajo la lluvia. El temporal llenaba el patio, rebalsaban las tinas, en las calles corría bullanguera el agua. Nada de sol. Un frío húmedo. ¡Nada de sol! En la casa, las palabras de la abuelita iluminaban la penumbra, cuando se ponía a rezar trisagios, y sacaba la Palma Bendita del Domingo de Ramos. Sin zapatos, descalzos, la delicia era chapotear en el agua. Barcos de papel tan ligeros no habrá otros. Los hacíamos con las hojas de los libros de versos que leía el tío. Los míos nunca se hundían. Daban vueltas, corrían, se detenían, vacilaban. Pero después surgían entre dos piedras, más airoso que antes, mojados, temblorosos. Yo me moría de gusto.



MIGUEL ANGEL ESPINO



MANUEL AGUILAR CHAVEZ

Después, en la casa, tras el temporal opaco, todo quedaba triste. La abuelita, encantada, tomaba su agua llovida con sonrisa de miel: agua del cielo para su boca apagada. El vaso turbio, zarco, era frasco de paz en aquellas manos benditas, hechas para contar cuentas en los rosarios de las iglesias, propias para adormecer mis locuras y derramar luz en mis ilusiones de entonces.

Abuelita, soy el mismo que se ponía a cantar en el patio cuando venía el aguacero. La cruz de ceniza que tú mandabas hacer... ¡quién sabe!... Sin tu presencia perdió el milagro... y ya no creo en el consuelo de sus brazos blancos. Muchas veces, en días amargos, en las tierras lejanas que me decías, he ensayado tu conjuro. Y ha llovido amargura sobre mi corazón. Y el viento ha soplado inclemente deshojando ensueños... a pesar de tu recuerdo y a pesar de la cruz.

Aún, aquellas tardes me llenan de amor. Tu ternura es mi bien, a través del tiempo. Y siempre que se nubla mi cielo, siempre que viene el chaparrón, corro al patio que antes fue florido y fresco y dulce. Y te veo, en la silla crepuscular, santa, buena, con tu vaso opaco y tu sonrisa clara, envuelta en un aire que olía a pascua, a flor, a tierra mojada...

Yo soy aquel que al rededor de la cruz de ceniza, cantaba sus locuras. Debes acordarte que la tormenta no me vencía. Después de cada rayo, entonaba un grito y lanzaba una risa. Te debes acordar que la tormenta no me vencía, porque corría a poner los cántaros bajo los chorros de las esquinas para que bebieras tu agüita del cielo.

El paisaje para mí es sagrado. El patio. La tarde. El cielo y tú. De lo que yo me acuerdo es de la cruz que trazaba la señora Josefa con la ceniza más blanca que quizás arrancaba de su corazón.



Sonetos de Carlos Bustamante

Tu Pie Desnudo

Emula de tu pie descalzo y frío,
ya la luna menguante —pez de nieve—
su dorso de marfil, arqueado y breve,
hunde en las linfas de celeste río.

También tu pie, en idéntico desvío,
mútilo de las alas, blanco y leve,
con escorzo de pájaro se atreve
a bañarse en un lago de rocío.

Refractando un relámpago nervioso
riela sobre la escarcha, cauteloso,
tu pie de jaspe inmaterial. No eludo

decir que, como el pez que se constela
de luna y concha nácar, su alba estela
deja en mi corazón tu pie desnudo.

Rondó

Doncella azul de nórdico relieve,
fluye en tu nieve azul río dorado,
la luz azul que tu cabello llueve,
el azul manantial de un sol helado.

En ti el alba boreal se ha reflejado
y su luz de amapola te conmueve,
porque el astro polar ha cincelado
de tu escultura la animada nieve.

Bajo el diluvio de la luna leve
abres los ojos como dos asombros,
dos asombros azules en la nieve;

mientras en haz de bólidos se atreve
a caer en la nieve de tus hombros,
la luz azul que tu cabello llueve.

Fuérame Dulce...

Fuérame dulce navegar un sueño
sobre la mansedumbre desatada
de tu cabello undívago y sedeño,
o en el río de luz de tu mirada.

Tu ojera —costa azul, remanso isleño—,
se aleja de mi boca fatigada . . .
¡Oh la ruta imposible! Vano empeño
de arribar, aunque náufrago, a esa rada.

Largo invierno en tus lágrimas declinas,
mas sueña el corazón aventurero
amanecer un día en tus retinas . . .

Cuando tus quietas dársenas me llamen,
anclaré con el último lucero,
sin brújula, sin mástil, sin velamen.

Poemas de Juan Cotto

(“CANTOS DE LA TIERRA PROMETIDA”)

Verano

A Mariano Brull.

Se está comiendo a sí mismo
aquel niño en el jardín...
Tiene un durazno en la boca,
rosado y rubio como él.

Cézanne no quiere que rompa
el milagro del pincel...
El niño robó esa fruta
a un verano del pintor.

La Manzana

A Salvador Ordóñez Ochoa.

Dios no me lo ha prohibido.
Ni siquiera
la serpiente del circo me ha mirado...
¡Esta manzana me la como!

Peligra el paraíso
del nuevo Adán que viva entre nosotros
y guarde en el temor de esta manzana
el oculto sentido de su vida.
Dios, que amparó mi gula a mis diez años
—en un edén que el trópico escondía—
¡me ha dicho que me coma las manzanas!

Tercetos de Cuscatlán

A Sir Esmond Ovey,
Embajador de Inglaterra en Rusia, que
me pidió un dibujo de mi pueblecito
natal.

A mi pueblo, este tierno pensamiento de Shakespeare:

“Oh, never say that I was false of heart,
Though absence seem’d my flame to qualify”*

En una suavidad en que se ha roto
el encendido trópico, levanta
su gracia de paloma Suchitoto.

De dos cosas eternas la osadía
de este pueblo feliz toma divisa:
del mar azul y el manto de María . . . !

Si una rosa se cansa de ser rosa
rompe el breve columpio de su vida,
y en mi pueblo se vuelve mariposa.

Partes —si hueles— el color que esconde
en espeso botón la pomarosa . . .
(En esto hay una voz que no responde).

Peina luceros con la luna nueva
en fácil canto la amorosa lira,
y en todo afán a casto amor te lleva.

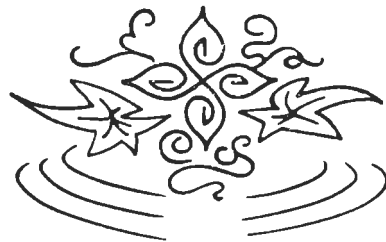
* ¡Oh, no digáis nunca que fue infiel mi corazón, aunque la ausencia pareciese apagar mi llama!

Dora octubre la miel en sus panales
y fatiga con nísperos mi gula
de exaltadas fragancias tropicales.

En las noches de luna, en el tejado,
se oye un grillo cantar. Grillo que espanta
un elástico gato enamorado.

La torre de la iglesia, en las mañanas
de la Pascua Florida, llega al cielo. . .
¡Cualquier ángel repica las campanas!

¡Universo menor! Claro horizonte
que me enseñas en paz, sencillamente,
que todos los caminos van al monte.



B R U N O

Por Arturo AMBROGI

—En *denantes* te lo dije: que dejaras en paz a la Ursula; y *veyo* que *vos seguís* siempre en tus trece.

—Pero señor Conse!

—No hay señor Conse que te valga. Ya estoy *agilado* de mirarte siempre pegado a la muchacha como una garrapata. O la *dejás* en sosiego, o te las *tenés* que haber conmigo: hay *vé vos; escogél!*

—Pero señor Conse! *Veya* . . .

—Quéeee? —gritó con voz colérica, y aproximando a la de Bruno su cara tinta de furia— ¿Qué es lo que tengo que mirar? Ya te lo dije dos veces. Y a la tercera es la vencida. *Andá* con cuidado. Como *güeno* se me *caye* la baba; pero a *amolado* no me gana *naide*.

Y el señor Conse, sin agregar una palabra más a las ya pronunciadas, dio bruscamente la vuelta, y se alejó, camino del río, esgrimiendo, por pasatiempo, la daga inglesana, cuyo lustroso filo iba desmochando, despiadado, las puntas del matorral que a una y otra

banda del camino cundía feraz y aromoso.

Bruno se quedó plantificado, contemplando con ojos inmóviles cómo el *tata* de la Ursula íbase alejando. Durante largo tiempo siguió la silueta que se achicaba, que se iba aplanando, hasta borrarse por fin, completamente, cual si fuese absorbida por la tierra. Hasta entonces Bruno abandonó su actitud; restregóse los ojos con el dorso de la mano apuñascada a medias, y con cansina voz refunfuñó para sí:

—*Seya* por el amor de Dios! Hay gente torcida . . .

Y tras este solo, breve comentario al amargo coloquio que de manera tan despiadada había desgarrado su pobre alma rústica, comentario que chorreaba todo un secreto venero de lágrimas pobrecillas, Bruno se alejó, con tardo paso y actitud doliente, en dirección contraria a la seguida por el señor Conse. Caminó hasta la entrada de la calle de viejos árboles de mango, que

conduce al caserío de la hacienda. Por sobre las copas de los árboles, asomaba la chimenea de cemento del Beneficio. La chimenea era gris, y la densa sierpe de humo que sobre el fondo cobrizo del cielo del atardecer se desarrollaba, era de un profundo color violeta fileteado de ardiente carmín. Bruno, después de caminar por la umbrosa calle como unos veinte metros, se detuvo un instante, y torciendo a la derecha, se internó en el cafetal sombreado por los *madrecacaos* y los *quijinicuales*. Bruno vivía en la hacienda: en ella había nacido, en ella crecido, y en ella, Dios mediante, pensaba morir. Su padre había sido caporal toda su vida, y al morir, se le había dado cristiana sepultura en el cementerio de la hacienda, entre la hierba mullida y las macollas de zacate de una loma. Allí, su progenitor no era más que un mojón de tierra y una cruz de madera, pintada de negro. El clamor de alguna tonada alcanzaba, en eco apagado, sus oídos. Era que alguna cortadora entretenía su tarea, ya en sus postrimerías. En aquella tonada había cierto resabio doloroso, algo de intensa melancolía que contagiaba el alma de quien, a esa hora vespéral y en tal estado de ánimo, la escuchaba al paso, entre los arbustos de café, despojados a medias de su purpurina cosecha. Bruno caminó hasta el límite del cafetal, que cae a la circunscripción de las dependencias de la hacienda, y apoyando la espalda en el resquebrajado y roñoso tronco de un *pepenance*, el cual servía de poste al alambrado, quedóse allí aguaitando el rancherío que, ya blanco, ya pardusco, ya bernejo, agrupándose en torno de la casona de los patrones, y a las edificaciones de cemento y zinc del Beneficio y de las bodegas. Desde su atalaya, Bruno fue recorriendo con la vista uno a uno los corredorcitos de los ranchos. En los poyos de adobe, ardían los leños, y en las tiznosas hornillas se caldeaban los comales de barro y en los trébedes de cinchos las ollazas panzudas en las

cuales el caldo de frijoles borbollaba, mientras que en las piedras de moler crujía, quebrantado, el *nistamal*. Sus ojos se detuvieron, preferentemente, en uno de esos corredorcitos. El rancho era de techumbre de paja, reciamente horconado, y las paredes emblanquecidas con cal. En el poyo de esa cocina, como en todos los demás de los ranchos, un comal se caldeaba y una ollaza despedía densos hervores, y en la piedra de moler, también el *nistamal* crujía magullado por la tosca *mano*. Las pupilas de Bruno se ensombrecieron aún más. Los labios, esbozaron un gesto de amargura. La Ursula no andaba por allí. En la piedra, lugar habitual de la muchacha a esas horas, estaba ahora la *pelona*, la *Máusima*. ¿Dónde andaría la Ursula? ¿Estaría enferma? Tal vez. Estas meras suposiciones intensaron su tristeza. La herida, reciente, restañada apenas, abrióse de nuevo, y la sangre, tibia, manó. En el corredorcito los tizones se reavivaban. Las llamas surgían de los carbones rojizos, largas y angostas, e iban envolviendo el redonde del comal, la panza de la ollaza, como en nudos de víboras ígneas. Súbita, una forma de mujer apareció, bajo las matas de plátano de la huerta. La muchacha caminaba, bajo el agobio del cántaro que portaba apoyado a un *yagual*, sobre la cabeza descubierta. Bruno sintió correr por sus espaldas un vivo escalofrío. Sus pupilas, inmóviles, se humedecieron. En los labios, la mueca de amargura se disipó. La Ursula, al traspasar la puerta de la huerta, caminó hacia el rancho. Ya en el corredorcito, la *pelona*, abandonando la piedra de moler, acudió a ella, para ayudarla a bajar el cántaro.

—Caramba! No sé por qué me he cansado *ahora* tanto... ¡Ah! *Adiviná* a quién *vide* en la quebrada, aguando las vacas?

La *pelona* abrió tamaños ojos, y en la expresión de su tez tostada y enjuta, se retrató la curiosidad que la devo-

raba. Ursula agregó, apicarando la sonrisa:

—Al *Manco*.

La expresión de curiosidad, cedió su lugar a un resplandecimiento de júbilo. Bajo el barro del aguileño rostro, fue brotando un suave rosicler que casi embelleció las toscas facciones de la *pelona*. Los ojos brillaron con reflejos cristalinos. La boca se distendió en una sonrisa de intenso gozo.

—¿Y qué te dijo? —preguntó, impaciente.

—Pues, nada. Ah! sí. ¿Que si íbamos al *air* a Tonacatepeque *pasomañana*?

—*Pasomañana*? —arguyó, dudosa, la *pelona*— ¿Y a qué *diantres*?

—¡*Hacéte la sonsal*! ¿No te acordás que *pasomañana* es el día de San Nicolás Obispo?

—*Deveritas vos!* Ya no me acordaba. Pues si *vos querés* y el señor Conse nos da licencia, vamos.

—*Güeno*. Voy a hablar con la *Tomasa* y con *Chicho* a ver qué dicen. Si ellos van, *los vamos* con ellos.

Y la Ursula, como queriendo cortar en aquel punto el diálogo, se aproximó al poyo, atizó el fuego, cuyas llamas se habían extinguido, y las brasas recubiérase de una capa de ceniza. Unas cuantas chispas saltaron. El rojo candente apareció en la madera carbonizada. Y poco a poco el hervor de la ollaza comenzó a entrar de nuevo en actividad.

—*Date aprieta, Moista*, que ya los mozos van a venir.

Y la *pelona*, a quien Ursula y los demás del rancho, y con ellos todos del caserío la caracterizaban con el remoquete de *Moista* por razón de su cabello enmarañado y prieto, de un color de endrina aceitosa, fuese a la piedra, y empuñando la *mano*, prosiguió moliendo. De vez en vez la masa adelantaba hasta llegar al borde de la piedra y parecía que iba a rodar al tarro que, encajado en una horqueta, yacía al propio pie de la piedra. Entonces la

Moista empuñando la masa de un modo ambidextro, la atraía hacia sí y continuaba ablandándola hasta dejarla bien *cueshtecita*. Arrancaba un pegote, lo apeloaba, y comenzaba a palmarlo, ensanchándolo, hasta darle la forma de una rodela. En tal guisa, dirigiase al comal de barro ya caldeado, y colocaba la tortilla, que íbase cociendo lentamente hasta que cobraba un color ambarino de puro tostadita. Poco a poco fue echando más tortillas, sin afanarse demasiado, y buen cuidado tenía de no desatender a las que en el comal estaban. Conforme iban resultando cocidas, íbalas sacando, y colocábalas en pila en un canasto, perfectamente envueltas en una servilleta de guardas. Ursula tapó la boca de la ollaza con un traste desportillado, y se encaminó en seguida al cuarto. En el corredorcito no se oyó entonces más que el sonoro palmar de las manos de la *Moista*, el crepitar de los leños ardientes y el rezongar gangoso de los frijoles saltando en el lóbrego caldo.

Bruno, desde su escondrijo, siguió todos estos movimientos. Vio a la Ursula atizar el fuego, espiar la ollaza, tocar, con la remojada yema del índice, las tortillas del comal y luego retirarse a su cuarto. En los ojos del codicioso fulgió una chispa de intensa ternura, a la vista de la muchacha. Su reconcomio hacia el señor Conse se disipó, como niebla reacia al resplandor del sol mañanero, y casi sonrió al recordar la reciente escena. “*O la dejás en sosiego, o te las tenés que haber conmigo.*” “*hay vé vos: escogé*”. Las frases crueles, resonaban de nuevo en sus oídos. Bruno quería con locura a la Ursula; la Ursula quería, con idéntica fuerza a Bruno; pero en medio de ese paréntesis rosado, se dibujaba un punto negro, intenso, una latente interrogación: el señor Conse. “*Ya te lo dije dos veces. A la tercera es la vencida. Andá con cuidado*”. Bruno, ahora, sonreía ante la cólera del señor Conse, no embargante saber mejor que nadie, y de constarle por hechos feha-

cientes, que el *tata* de la Ursula era hombre de perfectas malas pulgas, competente en esgrimir el garrote, y a su debido tiempo, en desenvainar, con éxito, su inseparable daga inglesa. ¿Pero qué mala acción, digna de tan cruel tormento, cometía él, queriendo como quería a Ursula, con tan buenas intenciones y con tan honrado fin? Dábele muchísimo que cavilar al pobre de Bruno la persistente actitud del señor Conse; y de ella sacaba la deducción de que todo era obra del *tuerce*, de su mala estrella y su ruin pobreza. Si él tuviera algo, como tenía *Ugenio*, el hijo de la señora *Usebia*, que también le andaba arrastrando el ala a la Ursula, entonces otra cosa sería. El señor Conse se conduciría de distinta manera. Pero como él era un pelado, un *cualisquier* cosa, un *naide*, un *velón*, le pasaba lo que le pasaba. A las claras mostrábase que el señor Conse era ambicioso. ¿No había de serlo cuando una vez, conversando con *ño Tin*, el *demandadero* de San Jerónimo, aventuró la especie de que el *Ugenio* se casaba con la Ursula (y eso cuando ya la Ursula *jalaba* con él), nada más que porque la muchacha, por “correrle un venado”, habíale puesto ojitos dulces al bobo del hijo de la señora *Usebia*? El *Ugenio*, era un muchacho muy bueno; eso nadie lo ponía en duda; pero pachorrudo, y muy bruto, más bruto todavía que Bruno, que no era ningún Barberena. Trabajaba de seis a seis, *entanataba* sus economías, sembraba en *Mapilapa* todos los años, sus tareitas de milpa y sus medios de frijoles, y por Nejapa, tenía un terrenito, para donde algún día, no lejano, proyectaba liar sus parvos bártulos. Pero en lo tocante a trabajador, no le iba en zaga a Bruno, si bien es verdad que en lo de economías no podía soportar parangón, pues de lo que Bruno ganaba no alcanzaba a guardar nada, teniendo como tenía que mantener a la madre ahilada y achacosa, y a dos sobrinitos, huérfanos de una hermana muerta de mala manera. Todos

tres vivían amontonados en un rancho que su padre, antiguo colono de la hacienda, y caporal durante toda su vida, les había legado, allá, casi en el linde de la montaña, en la que más de una vez, por la noche, había sentido maullar al *tigrillo* y aullar al *coyote*. Desde muy niño, su padre le había puesto una *cuma* en la mano, y bien rememoraba Bruno los días pasados bajo el sol, entrenándose en los *chapodos*, guiando la yunta del arado, o regando la semilla en el surco; o bien, al despuntar entre los terrones la simiente en tupido canuterío verdegay, hacer de *sanatero* disparando pedruscos con su honda de pita sobre los voraces asaltantes. Conforme crecía, la faena íbase volviendo cada vez más ruda. En el *chapodo*, que había dejado de ser para él un campo de ensayo, se le marcaba ahora la tarea, que tenía que rematar a hora fija; y por aprovechar el tiempo, allí se quedaba, sesteando bajo la sombra de algún árbol, tirado en la grama, esperando al *comidero* que le llevara en un canastillo, envuelto en una servilleta mantecosa, los avíos del exiguo *conqué*: las dos reverendas *chengas*, la escudilla de barro colmada de frijoles *parados*, el *tuco* de cuajada en una tusa, y el puño de sal. Bruno, adiestrado desde niño, fue con el tiempo un gran trabajador, infatigable, resistente como un cable de acero, recio como un tronco de *quebracho*. Bajo la mantadril de su camiseta, el robusto torso se hinchaba, pletórico de salud, y los músculos se dibujaban en vigorosa tramazón. Requemado el gañote; la crencha, hispida, cerdosa; prominente el belfo, un belfo procazmente salaz, brutalmente carnívero; el ojo hurraño, bajo las cejas enmarañadas como matorrales; respingona la nariz, vibrátiles las aletas, como hociquillo de rata, cual si andase venteando de continuo, para sorber en ruidosas y glotonas aspiraciones, las capitosas emanaciones de la Naturaleza. Tipificaba, neto, a nuestros antepasados indígenas. Al caminar, pisaba fuerte,

clavando los zancajos en la tierra y dejando impresa en ella el tosco molde. La pierna velluda, cordonuda, rojeada por el ardor solar, llevaba el calzoncillo arremangado hasta arriba de la rodilla, dejando al aire libre las fibrosas pantorrillas. Cuando su padre murió, a consecuencia de unas *tercianas* que pescó en las riberas del Río Sucio, a donde había llevado a repastar un poco de ganado, toda la carga de la familia apesadumbró a Bruno. Y era por ello que el pobrecillo iba arrastrando esa vida azarosa, y por ello, también, que el señor Conse le justipreciaba en muy poco para que pudiese desposar a su hija. Cuando osó clavar en ella sus ojos, las amorosas ansias que le embargaron, antojáronsele a él mismo osadía sin igual. —¡La hija del señor Conse, el caporal! Era algo de “mírame, pero no me toques”. Algo inasequible. Era, la tal muchacha, morena, llenita de carnes; los hombros y el cuello de una provocante turgencia; la boca pulposa; los dientes de lobezno, blancos, nítidos, bien sembrados en las jugosas encías purpurinas: en las frescas mejillas, junto a las comisuras de los labios, se formaban, al reír, dos *camanchones* deliciosos; los ojos grandes, de dilatadas pupilas oscuras daban a toda la cuenca un reflejo sombrío, intensado aún más por las pobladas pestañas y las cejas casi anudadas, por sobre el arranque de la nariz. Las caderas, al caminar, se flexionaban; era una manera de caminar elástica, un arrastre casi felino; bajo la enagua liviana, que ella acostumbraba llevar un tantico sofaldada en virtud de prender un pliegue a la pretina, el cuerpo todo parecía ir desnudo, ofreciéndose a las miradas encendidas de los hombres y a la envidia y el rencor de las mujeres. Dos o tres veces por día, cruzaba, al sesgo, la huerta trasera para ir a la quebrada a llenar su cántaro; y siempre, al ir y venir, Bruno, atisbaba el paso de la opulenta canéfora. Otras veces, muy de mañana, la Ursula, se alejaba de los

ranchos. En vez del cántaro, llevaba esta vez una batea con ropa. Iba a lavar. Y a la sombra de la arboleda que circundaba el cristalino regato prestándole grato abrigo, se pasaba parte del día. La Ursula, al llegar, dejaba la batea a un lado, el *huacal*, con la bola de jabón de *cuche*, y el *pascón* dentro, sobre una piedra, y desvisténdose, prestamente, se refajaba con una manta encajuelada. El torso, un tanto socarrado, quedaba al descubierto, mostrando, en una ingenua impudicia, todo el milagro de sus contornos. Los senos henchidos, con los pezoncitos como teñidos en el sangriento jugo de la *pitahaya*, parecía que iban a rajarse y manar de ellos miel, hasta quedar vacíos, enjutos, como pellejos de uva. Antes de comenzar a lavar, se bañaba. En la poza, que la corriente había formado represándose entre las piedras, el agua le llegaba un poquitín más arriba de las rodillas; y ella se sumergía, removiéndose, ágil, como un pez; perneaba, agitaba los brazos como aletas; sacaba un poco la cabeza, sacudía la cabellera húmeda, y por la boca, como una ondina, arrojaba buchadas de agua; luego, volvía a sumirse, para, momentos después, aparecer de pie, en medio de la poza, la piel encarnada por la frialdad del agua, y matizada por el reflejo del sol, que, por entre la tupida hojarasca de los árboles, filtrábase en vaporosa red de hilillos fulgentes. A continuación íbase a la orilla, y sobre una de las lajas, tersa y lustrosa, comenzaba su faena. Remojaba una a una todas las piezas en la linfa pura y transparente, y haciéndolas pelotas iba amontonándolas a un lado. Una vez remojadas, comenzaba a jabonarlas, y después de restregarlas con el *pascón*, y de sumergirlas en el agua, las sacudía con ímpetu, y saliendo de la poza, dirigíase a tenderlas sobre unos chaparros. Bruno, esos días, esperaba, oculto en las vecindades del rancho, a que la muchacha saliese. Entonces, seguía de lejos, y ya en la quebrada, oculto

entre la espesura de los matorrales, con templaba el desvestir de la muchacha. El corazón le repiqueteaba con reciedumbre dentro de la caja del pecho; y sus ojos, deslumbrados, seguían como en arrobo, el raudo emerger de los ocultos encantos, cuya exclusiva posesión llevábale desalado. La veía entrar en el agua; la contemplaba jugar, sin que la muchacha sospechara por un instante que humana mirada la manchase con su inmunda maca; seguía sus pasos al salir, chorreante la piel, pegada la lengua cabellera a la espalda, y el refajo calcándole despiadado la rotundidad de las caderas y las secretas sinuosidades del vientre, para ir a tender alguno de los trapos. Cuando la tarde comenzaba a caer, la muchacha salía del agua, presto se vestía e iba recogiendo la ropa, y amontonándola de nuevo en la batea. Y como viniera, se marchaba, por el mismo sendero, sin que jamás le ocurriese nada de extraordinario. Respetuoso era Bruno. Jamás, si ella no se lo consentía, atrevióse a tomarle una mano, y retenerla entre las suyas, feliz, feliz. Una tarde, regresando la Ursula del rancho de uno de los colonos, allá por el barrancón del *Ujushte*, Bruno que la acechaba, saliólala al paso. La muchacha, a pesar de la absoluta confianza que tenía en la probidad de Bruno, receló un tanto. ¡Había en los ojos del enamorado mozarrón una expresión inacostumbrada! La pupila habíase dilatado, y despedía un fluido como de luciérnaga en noche tenebrosa. Bruno no habló. Tomó, osadamente, la mano de la muchacha, y así encadenados siguieron andando. Comenzó a oírse el fragor de la maquinaria del Beneficio. Una sirena lanzó un silbo estridente, que se fue rodando, rodando hasta perderse en la oquedad de la montaña. Un *mandador* cruzó, al trote de su yegua tordilla. Iban a principiar a subir la cuestecita sabulosa que conduce a la empalizada trasera de la huerta, cuando de pronto Bruno se detuvo, y apretándole la mano, la tiró a sí,

murmurando con voz que más que voz era atribulado balbuceo:

—Ursula?

La muchacha sintió una aguda desazón. Su rostro encendióse, de pronto, en la viva grana del rubor, para después, sin transición, empalidecer mortalmente. Sus pupilas, desorbitadas por el asombro, se clavaron en él, interrogantes. Profirió con la misma expresión quebrada del mozo:

—Qué?

Bruno parecía atragantado. La palabra no emergía. Notábase perfectamente la congoja que le constreñía. Por fin soltó arras:

—Me *querés* siempre, Ursula?

La muchacha involuntariamente, soltó a reír. Era un reír menudo, picadito, como el gorgoriteo de una *chiltota de cajeta* que estuviese picoteando un zapote maduro y se escoriase en ello. Bruno abandonando la mano, dejó caer los brazos, abatido. Acongojado, preguntó:

—Por qué te *rís*?

La muchacha, contuvo su disgusto con una corriente broma:

—La pregunta te *merco*, Bruno.

—*Antonces*...

—Te quiero, bruto; te quiero, animal. A *naiide* más que a *vos*. Por este chiquerito (y apiñando los dedos de ambas manos, formó las cruces, y llevándose las a los labios, las besó en un chasquido).

Bruno pareció reflexionar, y luego apremió:

—Y si me *querés asina* como *decís*, ¿por qué no te *casás* de una vez conmigo *enque* tu *tata* no quiera?

La muchacha, espantada ante tal ex abrupto, exclamó:

—No, eso nunca. Si mi señor padre no quiere, me quedo para vestir santos; pero yo no le salgo con una *jangada*. Palabrita!...

En la actitud de la muchacha había tal expresión de sinceridad, que Bruno sintió tribulación. Abatió la cabeza ante la decisión de la muchacha, y sin de-



ARTURO AMBROGI

cirila nada, sin despedirse siquiera, se fue alejando. La Ursula se quedó como clavada en tierra; y no fue sino hasta que Bruno se perdió entre el arbolado, que ella, tomando la punta del delantal, se la llevó a los ojos y enjugóse con ella una lágrima traicionera. A seguidas, salvando de un salto el portillo de la empalizada, se adentró en la huerta hasta alcanzar el rancho. En las matas de plátano las hojizas crujían al viento del atardecer como velamen de balandro presto a zarpar.

* *
*

Cuando Bruno vio que la muchacha desaparecía del corredorcito, y penetraba en el cuarto, y seguro, como estaba (¡vaya si lo estaba!) de que el señor Conse no andaba por esas latitudes, fue rodeando el rancho. Agarrándose de unas ramas de *tihuilote*, saltó por sobre la empalizada de brotones de *tempate*. A la huerta daba la única ventanuca del rancho del Caporal, y a ella fue que se aproximó Bruno. ¡De qué misterioso raigambre le nacía, de pronto, aquella audacia, más extraordinaria aún estando viva, latente, la disputa con el viejo? Bruno se llegó hasta la ventanuca, y golpeó con los nudillos en la madera, a la cual estaba pegada una hoja impresa con un Cristo, más unas letrillas al pie. Acudió la muchacha al reclamo, y al conocer a Bruno, el livor cundió en su rostro:

—Por Dios, Bruno qué *andás* haciendo?

—Buscándote.

—Buscándome? Comprometiéndome *quedrás* decir. Bien *sabés* lo que pasa, que aquí *nenguno* te puede *mirar* y a pesar *deso*, *venís*. *Andátel Ahistá* la *Moista*; vé si te mira, y me *chismeya* con mi señor padre.

—Pero *mialma*. Si no mira. *Oime* un ratito *nomás*.

—*Hablá, pué*. Y que *seya apriesa*.

La muchacha, temerosa, tornó la ca-

ra, y retrocedió, entrecerrando la ventana. Luego volvió a abrirla:

—Oí un ruido, Y *créiba* que *fuera* la *Moista*. Vos no *sabés* todo lo *fregada* *ques* la *puerca cipota*.

—*Asina* como es de *feróstica*.

La Ursula no paró mientes en la amarga dicacidad de su atribulado novio, la que en otra ocasión habríale hecho desternillarse como loca.

—*Hablá apriesa* —insistió— ¿Qué es lo que *querés*?

—De querer, nada. Sólo que acabo *agora mesmito* de toparme con el señor Conse...

—Y qué? —preguntó, inquieta, la muchacha.

—La *mesma carambada de endenantes* y de siempre: de que si no te dejo en sosiego, me las *voá* a tener que mirar con él. Que ya está *agilado*. Que como *güeno* se le *caye la baba*; pero *quia amolado* no le gana *naide*. Lo *mesmito* de todos los días. Y en eso se *jué*, *zarrandeando* la *inglesana*, y yo me quedé como bobo mirándole *airse*, caminito del río.

—Ya lo ves, *pué!* Y así *entodavía* le *andás* buscando tres pies al gato teniendo cuatro. Hay *vé vos*.

—Y *quiago agora*?

Iba ella a contestarle; pero en aquel punto oyóse la voz de la *Moista*, la cual, desde la cocina, clamaba:

—Ursuláaa, Ursuláaa... Aquí te busca la comadre *Eduviges!*

La Ursula cerró, de golpe, la ventanuca. Bruno soltó una tremenda blasfemia.

* *
*

La temporada tocaba a su término. Los cortadores iban, por vez postrera, repasando las matas, entre cuya entreverada ramazón algunos granos tintos habíanse escapado a las primeras cortas; al mismo tiempo, recogían del suelo, de entre la hojarasca marchita, los que, caídos, se recubrían de tamo al

contacto del humus. El señor Conse andaba muerto de fatiga. No descansaba un instante. Por la noche, apenas dormía, recorriendo los patios, vigilando el café que se secaba. Envuelto en su *chiva chapina*, revólver al cinto y rotunda *magalla* humeante en la boca, iba de un rumbo a otro. De largo en largo las llamas rojizas de unos cuantos faroles escalonados, rasgaban la densa negrura de la noche. En la tupidez de la atmósfera, desproporcionábase, sonoro, el trémolo ríspido y estridente de los *chiquirines*.

En esos días, ocurrió algo que varió de rumbo, por completo, la vida del infeliz Bruno.

Una mañana, la Ursula, al encontrarse en la vereda de la quebrada con Bruno, no le sonrió, espontánea, como solía hacerlo; y cuando el muchacho se le apareó e intentó tomarle la mano, con ánimo de guardarla entre la suya mientras caminaban hasta la empalizada de la huerta, la muchacha la retiró, levantándola, con pretexto de que le hiciera compañía a la otra que iba sosteniendo por la una asa el cántaro. Bruno sintió que el corazón se le despedazaba, y con acento acuitado y trémulo, interrogó:

—Qué *tenés*, Ursula? ¿Por qué *sos* así?

La muchacha, apenas contestó, apretando el paso. Bruno la siguió en silencio. Cuando hubieron llegado a la empalizada, la Ursula se detuvo cerca del portillo, y díjole a Bruno:

—*Mirá! Andáte poráy*; no vaya ser el diablo que nos *veyan* juntos.

Bruno, con lágrimas en la voz, quiso implorar alguna explicación; pero la muchacha no le dio tiempo. Traspasó el portillo, y se alejó, rauda, sin volver una vez tan siquiera la cabeza. Bruno quedóse ahí largo espacio, y a seguidas, dirigióse a su rancho, en donde, seguramente, la madrecita achacosa y encanecida, le esperaba al amor de las brasas del poyo, que prestaban calor a sus huesos ateridos, a la vez que

sus dedos sarmentosos desgranaban, temblones, las cuentas del amarillento rosario, y sus labios exangües, bisbiseaban, torpes, sus acostumbradas oraciones.

• •
•

Y la vida de Bruno comenzó a arrastrarse, mísera y angustiada. No podía explicarse el pobre diablo el porqué del brusco cambio de la Ursula; pero eso sí, no dejaban sus sospechas de señalar al señor Conse como principal causante. La indiferencia de la muchacha acrecentábase cada día más. Ya no era sólo el que le prohibiese acompañarla por las veredas; era también que las veces que la encontraba, ella hacía se la que no le veía, y era necesario que llamara su atención de algún modo para que reparase en él, y eso todavía fingiéndose siempre espantadiza. La fiebre de las cavilaciones íbale dejando en los huesos. No comía, ni dormía. El alba le sorprendía en vela, reseco el paladar, apretado el glotis. Cuando el gallo clangoreaba por primera vez, abandonaba el *tapexco*, y salía a vagar, hasta que el día apuntaba por completo, y tomaba, sin desayunarse, camino de su trabajo. Con la *cuma* en la mano, o empuñando el estevón del arado, su atormentada imaginación y su lacerado espíritu, encontraban reposo y tal vez, tal vez, un cierto alivio. El trabajo lo puede todo. Y con una incierta esperanza, a él se consagraba con toda su pujanza y todo su ánimo.

Cierto día, el misterio se descorrió bruscamente. No fue necesario que nadie fuese cauteloso y artero, a soplarle al oído su infortunio. Con sus mismos ojos lo contempló una tarde, en la cual, como de costumbre, rondaba el rancho del señor Conse. Como en alguna tarde pretérita, recostóse en el roñoso tronco del *pepenance*, y buscó, con la mirada, el corredorcito, en cuyo poyo de adobes humeaba la ollaza y se caldeaba el co-

mal. A la sazón, la Ursula molía en la piedra. Y cerca de ella, a su vera, sentado en un cajón vacío, el *Ugenio* parecía decirle algo que la muchacha escuchaba sonrojándose, de la misma manera de cuando él, antes, murmurábale ingenuas ternezas. Los ojos del *Ugenio* devoraban a la muchacha. Pero otro detalle fue el que le asestó el golpe mortal, lo que anonadóle el alma. La Ursula, había abandonado la *mano de piedra* en la masa para poder recoger la hombrera de la camisa que se le deslizaba muy bajo, y acompañaba esa maniobra de una profunda mirada acariciadora. En esos precisos instantes, el señor Conse salía del cuarto, y deteniéndose frente al *Ugenio* le golpeó, afectuosamente, en el hombro con la manaza y pareció decirle alguna *chucanada*, pues los tres soltaron a reír. A seguidas se escurrió, dirigiéndose al Beneficio. ¡El señor Conse se había salido con la suya! El *Ugenio*, para su hijo! No había remedio! Le habían vencido!
—Y se iba, se iba el viejo zorro, para dejarles solos, a sus anchas; para que el muchacho pudiera decirle y hacerla, tal vez, lo que quisiera. Bruno sintió que el alma se le subía y atravesándosele en la garganta, le sofocaba. Sintió irrefrenables deseos de correr, de gritar, de revolcarse por los suelos, de estrellar la cabeza, que le zumbaba, contra los troncos de los árboles. ¡Pobrecillo Bruno! Escapó, escapó cruzando el cafetal, y llegó hasta su rancho, maquinalmente. La viejecita al verle entrar, desencajado, lívido, desorbitadas las sangrientas pupilas, crispada la boca,

suspendió el bisbiseo de sus acostumbradas oraciones, y guardóse dentro de la camisa su rancioso rosario. Levantándose, atribulada, de su taburete de creas, corrió a él:

—Qué te pasa, *mijo*. Qué *tenés*?

Bruno no contestó: no quiso contestar. Caminó, vacilante, hasta el rincón donde se encontraba su *tapexco*, y desplomándose en él, rompió a llorar. No podía más. Y lloraba, lloraba, aplastada la cara contra la almohada de dura paja. La madrecita se aproximó al lecho, y sobando a redropelo la hispida greña del hijo desolado, conminábale, tierna y cariciosa, a que le dijese la cuita que así martirizábale:

—Qué *tenés*? Qué *tian* hecho? *Destímelo* a mí, a tu *nanita*.

Bruno no contestaba. Seguía llorando. Parecía que iba a licuefacerse. Los sollozos le ahogaban; los hipos sacudían rudamente, todo su robusto cuerpo. La madrecita seguía preguntando, con plañidero acento:

—Qué *tenés*, *mijito*? Qué *tenés*? Qué *tian* hecho?

Bruno no contestaba. La madrecita, pareció resignarse, y esperar a que la crisis pasara. Sentóse en la barra del *tapexco*, con los pies colgantes, y sacando de entre los enjutos senos, su rancioso rosario, comenzó, de nuevo, a orar. En el silencio y la tranquilidad del rancho no se oyó entonces más que los ahogados sollozos del muchacho, el bisbisear de la viejecita que rezaba y el ronco gargarizar de la ollona que hervía en el poyo de la cocina.

“El Libro del Trópico”.

CUENTOS DE SALARRUE

Semos Malos

Goyo Cuestas y su *cipote* hicieron un *arresto*, y se *jueron* para Honduras con el fonógrafo. El viejo cargaba la caja en bandolera; el muchacho, la bolsa de los discos y la trompa achaflanada, que tenía la forma de una gran campánula; flor de *lata* monstruosa que *perjumaba* con música.

—Dicen quen Honduras abunda la plata.

—Sí tata, y por ái no conocen el fonógrafo, dicen...

—Apuré el paso, vos; ende que salimos de Metapán trés choya.

—¡Ah!, es quel cincho me viene jodiendo el lomo.

—Apechálo, no siás bruto.

Apiaban para sestear bajo los pinos chiflantes y odoríferos. Calentaban café con ocote. En el bosque de *zunzas*, las *taltuzas* comían sentaditas, en un silencio nervioso. Iban llegando al Chamelecón salvaje. Por dos veces *bían* visto el rastro de la culebra *carretía*, angostito como *fuella* de *pial*. Al *sesteyo*, mientras masticaban las tortillas y el queso de Santa Rosa, ponían un *fostró*. Tres días estuvieron andando en lodo, atascados hasta la rodilla. El chico lloraba, el *tata* maldecía y se *reiba* sus ratos.

El cura de Santa Rosa había aconsejado a Goyo no dormir en las galeras, porque las pandillas de ladrones rondaban siempre en busca de *pasantes*. Por eso, al crepúsculo, Goyo y su hijo se internaban en la montaña; limpiaban un

puestecito al pie *diún palo* y pasaban allí la noche, oyendo cantar los *chiquirines*, oyendo zumbar los zancudos *culuazul*, enormes como arañas, y sin atreverse a resollar, temblando de frío y de miedo.

—¡Tata: brán tamagases?...

—Nóijo, yo ixaminé el tronco cuando anochecía y no tiene cuevas.

—Si juma, jume bajo el sombrero, tata. Si miran la brasa, nos hallan.

—Sí, hombre, tate tranquilo. Dormite.

—Es que currucado no me puedo dormir luego.

—Estiráte, pué...

—No puedo, tata, mucho yelo...

—¡A la puerca, con vos! Cuchuyate contra yo, pué...

Y Goyo Cuestas, que nunca en su vida había hecho una caricia al hijo, lo recibía contra su pestífero pecho, duro como un *tapexco*; y, rodeándolo con ambos brazos, lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él, con la cara *añudada* de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano.

Los primeros *clareyos* los hallaban allí, medio congelados, adoloridos, amodorrados de cansancio; con las feas bocas abiertas y babosas, semi-arremangados en la *manga* rota, sucia y rayada como una cebra.

Pero Honduras es honda en el Chamelecón. Honduras es honda en el silencio de su montaña bárbara y cruel; Honduras es honda en el misterio de sus terribles serpientes, jaguares, insectos, hombres... Hasta el Chamelecón no llega su ley; hasta allí no llega su justicia. En la región se deja —como en los tiempos primitivos— tener buen o mal corazón a los hombres y a las otras bestias; ser crueles o magnánimos, matar o salvar al libre albedrío. El derecho es claramente del más fuerte.

Los cuatro bandidos entraron por la palizada y se sentaron luego en la plazoleta del rancho, aquel rancho náufrago en el cañaveral cimarrón. Pusieron la caja enmedio y probaron a conectar la bocina. La luna llena hacía saltar *chingastes* de plata sobre el artefacto. En la mediagua y de una viga pendía un pedazo de venado *olisco*.

—Te digo ques fológrafo.

—¿Vos bis visto cómo lo tocan?

—¡Ajú!... En los bananales los ei visto...

—¡Yastuvo!...

La trompa trabó. El bandolero le dio cuerda, y después, abriendo la bolsa de los discos, los hizo salir a la luz de la luna como otras tantas lunas negras.

Los bandidos rieron, como niños de un planeta extraño. Tenían los *blanquiyos* manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca

cercana, Goyo y su *cipote* huían a pedazos en los picos de los *zopes*; los armadillos habíanles ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban abonadas tal vez para un sauce, tal vez para un pino...

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada. Los cicales pararon a lo lejos sus palmas y escucharon. El lucero grande parecía crecer y decrecer, como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y bajándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra.

Tenía dejos llorones, hipos de amor y de grandeza. Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo; y desesperada, la *prima* lamentaba una injusticia.

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron...

Uno de ellos se echó llorando en la *manga*. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo *barrioso*, donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

—Semos malos.

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño.

De "Cuentos de Barro".

La Repunta

—¡Máma, máma, el poyo me quitó la tortiya e la mano!...

—¡Istúpida!

La *istúpida* tenía siete años. Era gordita y *ñatía*; su cara amarilla moqueaba y su boca despintada, siempre *abrida* y triste, mostraba dos dientes anchos e inexpresivos. Lamiéndole la frente le bajaba el *montarrascal* del pelo, *canche* y marchito. Vestía mugre larga y *vueluda*, tornasolada de manteca. Se llamaba *Santíos*.

La *nana* recogió del suelo un *olote* y se lo tiró al *poyo*, con todas sus *juerzas* de molendera.

—¡Poyo baboso!... ¡Encaramáte al bául, jepuerca! ¡Si tiartan la tortiya, no te doy más!

La *Santíos* se encaramó en el *bául*. Venía lloviendo *tieso* por los potreros. El cerro *pelón*, parado en medio de los llanos, gordo y cobarde, no halló dónde meterse y se quedó. Llovió sin *pringar*, de golpe, a torrentes; con un viento encontrado, que corría atropelladamente en todos los rumbos, como si llevara un tigre agarrado a la espalda.

El *hojarasquín* mísero, de paredes de palma, se tambaleaba *chiflante*, desplumado, entregado a la *voluntá* de Dios.

—¡Istúpida, tapá ligero el hoyo con el costal!

La *Santíos* puso el pedazo de *tortiya* en el saliente del horcón y *jué* a *zocoliarle* el costal al *juraco*. La piel del cielo tembló ligeramente de terror, y el rayo, con un alarido salvaje, le estampó su *jierro* caliente que tenía la forma de un *palo seco*. Un berrido de dolor llenó los ámbitos oscuros. La *istúpida* no tapaba bien el hoyo, y la *nana* la *arronjó* del pelo y lo tapó.

—¡Quitá, endezuela emierda, bís nacido para muerta!

La *Santíos* se *jué* a sentar en la *cuca* y se quedó mirando, con los ojos y con la boca, por la puerta. El viento *bía* menguado, aplastado por *lagua*. En el patio, y al ras de la corriente, iban saltando *pa* la calle un *montonal* de *inanitos* de *huishte*, a *toda virazón*, unos detrás *díotros*. De los alambres del cerco *cáiban*, *desguindándose*, unos miquitos *platiados*. La *Santíos* se despa-biló con la escupida de una gotera.

—Máma, aquíés onde chingasteya lagua, mire...

Iba, gota a gota, llenando su manita acucharada, cuando le rebalsó, *diun* manotazo se la metió en la boca.

—¡Istúpida, bien bís óido que tenés catarro! ¿No sabés que lagua yovisa es mala? Te puede quer al pecho, animala...

Pasado el aguacero, la Santos salió para el río con la *tinaja*.

—Güelva luego, carajada, si no quiere que la tundeye como ayer.

La Santos *voltió* a ver y siguió su camino. Iba, humilde y *shuca* en la frescura dorada de la tarde, dejando pintada en el barro la flor de su patita. El río venía hediondo y colorado y su *ruidal* llenaba la barranca, haciéndola más oscura. Humilde y *shuca*, bajó de piedra en piedra, sujetando con mano temblorosa la *tinaja*, sobre la cabeza *canche*.

Llegó al *ojo diagua* encuevado, límpido y lloviznoso, y con el *guacalito* fue llenando, llenando, la *tinaja*, de aquel amor.

Un trueno lejano venía arrastrando la noche por la barranca. Era como el rugido de una montaña herida de muerte. Desde una altura, un indio de *manta* agitaba los brazos, gritando desesperado:

—¡Istúpida, babosa, la repunta, ái viene la repunta! ¡Corra, istúpida, corral!

La niña, sin oír, seguía llenando tranquila la *tinaja*.

En el momento en que la repunta *voltió* en el recodo del río, espumosa y furibunda, arrasando a su paso los troncos y las piedras, la altísima muralla que estaba a espaldas de la niña, en la margen opuesta, altísima y solemne como un ángel de barro, abrió sus alas y se arrojó al paso.

Su derrumbe, acallando todos los ecos borrachos, había sonado a un NO profundo y rotundo. La repunta se detuvo. Y no fue sino cuando la Santos había entrado ya en el patio de su rancho, pintando en el barro la flor de su patita, que el río abrió de un puñetazo su paso hacia la noche.

De "Cuentos de Barro".

El Beso

El Padre Alirio era triste. Cuando la melancolía encarnó, el cuerpo pálido, alargado y endeble del curita, le estaba a la medida como ningún otro. Con sus cáusticos misteriosos, la tristeza le puso las carnes pálidas, la cara seráfica y lampiña. Los ojos negros empujaron mucho, conquistando espacio. Las lágrimas, de tanto correr por las ojeras, dejaron en ellas el azul del éxtasis. La boca, pequeñita, estaba cárdena por la herrumbre que el silencio le dejaba; cada emoción la encojía y la alargaba con la tortura de los mariscos de concha, cuando reciben jugo de limón. El Padre Alirio parecía más ángel que aquellos esmaltados de los camarines. En vez de Alirio, debió llamarse Padre Lirio. Cuando pasaba iba cabizbajo, y con las manos una en la otra como alas en descanso. Cuando hablaba parecía como si dijera versos; y cuando suspiraba, parecía como una cosa que se va a deshacer. Se paseaba, leyendo siempre, tal si en una bandeja extraña fuera llevando su propia alma, de un lado a otro. Era un misterio.

El pueblo, en la cumbre, era blanco, pobre, callado. Como estaba en la cima, el azul hacía tope en la ronda. Más que un pueblo de la montaña, parecía un puerto del cielo. Las nubes llegaban, lentas y silenciosas, atracando en la barriada. Los “maquilishuas” hacían espuma; y en las noches de verano, las estrellas flotaban a nivel, como medusas de fuego. Hacía frío.

Frente a la iglesia tosca, pesada y mapeada de musgos, vivía, en una casita de esquina, la niña Jesús. La enrejaban sus padres tras la ventana; era alegre y coquetona como un tiesto con flores; y los hombres callejeros la regaban de piropos. Cantaba. A veces entreabría, con misterio, y espiaba. La luz, en los vidrios de la ventana, solía temblar de celos.

Por la tarde, el cura se dignaba mirarla desde enfrente y saludaba, con la cabeza y la sonrisa cobarde. Ella volteaba en el aire su mano, como un pájaro. El, entonces, seguía el vuelo hasta las nubes y se quedaba, temblando de miedo, en el espacio. Luego ella dio en entornar las hojas de cristal y espiaba al curita, quizá admirando su santidad.

El amor se le fue subiendo por la timidez como una enredadera, hasta llegar al alma. Pecados en botón brotaban, pugnando por reventar y perfumar. La cruz, colgada de la cadena, se había hecho un puñalito. El corazón apajado se quería volar, aleteando. Sobre la almohada, olorosa a ropero, el insomnio dejaba húmedas huellas y los dientes, ligeros rasguños. Se había apagado la luz sobre el aceite. Visiones sacrílegas flotaban, torturantes, en la alcoba; y un poco de piedad para el Demonio se había introducido, matando con rosas y violetas el perfume del incienso.

* * *



SALARRUE



SALARRUE

La niña Jesús entró en el templo, quebrando credos con los tacones de sus botas altas. Sin duda alguna, el estuche le iba mal. El traje negro, derrotado, reventaba en carnes rosadas por todos lados. Las líneas impetuosas, rebeldes, saltaban obligando al traje sus desnudeces pomposas. Se arrodilló, con espu-marajos negros, cerca del confesionario; y se persignó, como afinándose en su belleza.

Mientras los finos dedos tragaban una a una las píldoras de fe del rosario, el cura, guardado en el armario de las confesiones, leía, esperando. Ella, como sombra que se arrincona, se acercó y pegó su cara enlutada al junco en rejilla, tras la cual esperaba el confidente oculto.

—Di tus pecados...

—¡Ay, no me atrevo!...

—Pues...

La voz y el aroma la habían delatado. El cura sabía ya con quién hablaba. Le tembló la pregunta:

—Tan grandes son?...

—¡Mucho!

—Ten valor.

—Me acuso, Padre Alirio, de un amor loco por un ser prohibido.

El cura se agarró, crispado, a las manillas del asiento. Le castañeteaban los dientes y la respiración le ahogaba.

—No, no... alcanzo a entender... qué...

—Le amo locamente... ¡Perdón!

—A... ¡A mí!

La niña Jesús descargó un suspiro, como una prueba. El Cura sobaba, con su mano abierta, la rejilla de junco, como quien limpia un vidrio. El aliento cálido, diabólico, pasaba por entre sus dedos temblones.

—¡Jesús!...

—¡Padre!...

—¡¡No, no: el otro Jesús!!

—¡Ah, perdón!

—Sí... Y tú, Jesús... yo... también... te amo.

—Lo sabía.

Lo dijo fresca, renovada, convencida. La voz le sonreía como con sarcasmo. El prisionero respiraba afanosamente. Ella añadió:

—Si me amas, ¿por qué no arrancas esa cortina?

El la arrancó de golpe. Allí, detrás de los agujeros del enjuncado, estaba el rostro de la amada, como la miel en los alvéolos de los panales. Para verla con toda su pasión, el cura cerró los ojos. En las pestañas le temblaban lágrimas de pecado. Puso ella sus labios apretados contra el junco, y él se agachó para tomar el beso. Sobre aquella tela, no se podía decir quién hacía de araña.

Los labios se buscaron, temblando de ardiente frío; y un leve chasquido selló las confesiones.

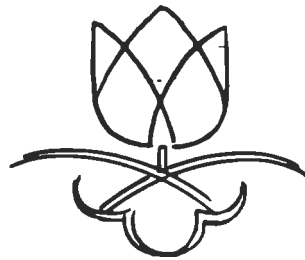
Tres beatas esperaban su turno: esperaban, esperaban, esperaban...

—Gran pecadora será esa niña, cuando tanto tiene que decir —dijo una, y se fue.

Las otras se durmieron. Cuando se retiró la enlutada, era ya de noche. Las beatas se aproximaron y esperaron a que el cura las invitara con el signo de la mano, como acostumbraba; pero él permaneció inmóvil; tan sólo de vez en cuando, su voz de arcángel se oía murmurar, emocionada:

—¡Jesús, Jesús!...

De "Eso y Más".



LA PIEDRA

Por Francisco HERRERA VELADO

Es creencia muy arraigada entre los indios de Izalco que las culebras llamadas zumbadoras poseen “la piedra”, un talismán que da suerte y valor.

Cuando alguien quiere ser afortunado e invencible, ya sabe lo que ha de hacer: conseguir “la piedra”. Para apoderarse de ella, desafía a la zumbadora; que si ésta resulta vencida en la lucha, inmediatamente vomitará el trofeo disputado a los pies del vencedor.

Es sabido cómo ataca la zumbadora. Agárrase con los dientes a cualquier raíz, y convertida así en látigo, embiste a colazos, tan rápidos y potentes que zumban en el aire. De ahí le viene su nombre.

El indio que está resuelto a poseer aquel talismán, busca el sitio donde se guarece la culebra. Cuando la ve entrar, corre y tapa la madriguera con un tarugo. Tal es la provocación para el desafío. La zumbadora ya lo sabe. Pasados tres días, llega el rival, sin arma ninguna, solamente provisto de un costal o de una manga chapina, a guisa de capa torera, para defenderse de los latigazos. Destapa el agujero, y espera. Ese es el momento terrible. Sale la culebra, y veloz como el rayo se lanza contra el provocador. Si éste tiene sangre fría y valor, y logra con destreza escapar a los primeros choques, la culebra está perdida. No tarda en rendirse a causa de los golpes que ella misma se ha dado contra los árboles o el suelo. Llega el final. La zumbadora arrástrase humillada, y vomita la piedra a los pies del que la ganó. Este la recoge,

métela en su bolsillo, y... —“¡Aquí está el indio más arrecho y más templado, hijos de la guayaba!”

Las siguamontas tienen talismanes también. La siguamonta es un pájaro nocturno que canta siempre en los caminos solitarios. Ahí van a buscarla los enamorados sin esperanza o aquellos que quieren convertirse en afortunados tenorios. Para conseguir ese talismán no se necesita valor sino paciencia. A la siguamonta hay que “miguelearla”. En efecto, los indios la enamoran como si fuese una mujer. —“¡Ay, chulita, yo doy la vida por vos! Asina como me ves aquí, lo mismo estoy siempre: pensando y repensando en tu querer. Tópame vos también, por vida tuya. Decime que sí convenís”...

El indio busca las palabras más líricas, las más persuasivas de su repertorio. Pero cuentan que la siguamonta se hace la desentendida como si fuera sorda, y sigue cantando. —“Ven negra, ingrata, que me muero por vos”.

Y nada. Así pasan las noches de varias semanas. —“Ve vos, ricura, que mi corazón ya no aguanta más tu desprecio...” Nada. No quiere. Pasan muchos meses, muchos. Tampoco. Parece que la siguamonta es honrada de veras. Pero, como con paciencia se alcanza todo, al fin dice que sí, enternecida por aquel constante migueleo. Deja de cantar y baja del árbol. Entonces el pretendiente está listo a tender inmediatamente en el suelo un “pañño” nuevo. En ese pañuelo es donde la siguamonta vomita la piedra. Recógela el indio, y... —“¡A ver quién es la orguyosa que agora me desprecia!”

Muchos animales hay también que poseen preciosos amuletos. Los venados tienen unas piedras que acaso sean las mejores. Son difíciles de conseguir, puesto que el desafío se hace a la carrera, hasta alcanzar al prófugo.

En verdad os digo que la piedra del venado es singularmente útil, muy necesaria... porque, llevándola en el bolsillo, no hay pareja ninguna de la guardia nacional que sea capaz de alcanzarlo a uno...

Todas esas consejas las sabía yo desde hace mucho tiempo. Lo que no sabía es que hay también algunas personas que nacen con “la piedra de la dicha”.

Ahora me explico la buena suerte de muchos a quienes les llega el dinero con tanta facilidad, sin buscarlo siquiera...

¡Así, quién no!

* * *

Mi vecina, la señora Carlos, tiene piedra. Sus mozos lo aseguran. Todos saben el porqué de tanto pisto.

Es propietaria de la valiosa hacienda “Piedras Pachas”. (Fijaos en el nombre, y decidme si no tienen razón los indios en afirmar lo que os digo).

La señora Carlos, a pesar de ser tan rica, tiene un genio peor que el de una zumbadora. Yo he conocido gente de malas pulgas: maestros de escuela, curas párrocos, directores de policía —y hasta presidentes de la República—

con unos genios tan endiablados, que daban ganas de echar a correr. Pero nunca he visto a nadie que pudiera compararse con la señora Carlos.

Es de estatura pequeña, como todas las mujeres bravas. Todo es chiquito en ella, aunque bien proporcionado. Manitas, piecitos, cabecita, orejitas, ojitos, boquita... Pero de esa boquita chiquitita salen unas palabrotas tan grandotas... como todo cuanto le gusta. El revólver que casi le cuelga en medio de las piernas es un Colt de calibre cuarenta y cuatro. Los puros que fuma son de a jeme. Los tragos de guaro que bebe, dobles. Así debe ser todo: de tamaño grande: hasta los mayordomos que la sirven. Si no, no sirven.

Quizás los culpables del mal carácter de la señora Carlos son sus mozos. Porque la molestan demasiado. Creen que toreándola, como dicen ellos, la llegarán a poner cualquier día en un paroxismo de furor tan grande, que acabará por “echar la piedra”. Y como cada cual desea ser el dichoso, se ingenian todos la manera de hacerla rabiar más, por cuenta propia cada uno.

—¡Sebastián!

—Qué manda...

—¿Fuiste a darles agua a las vacas?

—¿Qué vacas?

—¡Las mías, bruto! Ya empezás.

—Sí, pues.

—Te pregunto que si fuiste.

—¿A ónde?

—A darles agua a las vacas.

—¿Para qué?

—¡Ah, no, sinvergüenza! Ya sé que lo hacés así por amolarme. Andáte de aquí a que te aguante tu...

—Sí, pues.

—...a que te aguante tu...

—Sí, pues.

—...tu madre; que yo...

—Sí, pues.

—...que yo me cansé ya...

—Sí, pues.

—¡Sho! hijo de...

—Sí, pues.

Y aquí continúa la señora Carlos diciendo las palabras más gordas de su léxico; va encendiéndose en cólera a medida que habla; hasta quedar sin aliento, ahogándose en su propia rabia. No pudiendo más, entra en su casa, con grandes resoplidos de locomotora.

Así que se ha ido, llegan corriendo los mozos que han presenciado la trifulca; rodean a Sebastián y le hacen la pregunta de siempre:

—¿Echó la piedra?

—¡Qué la va a echar, la maldita!
—Vaya, paciencia; otra vez la echará.

Hay días en que tales escenas se repiten a cada hora, con una precisión cronométrica. Todos hablan en voz baja.

—Hoy te toca a vos. Andá, hacele chinga.

—Voy pué: ¡quién quita!

En esas temporadas la señora Carlos aseméjase a una chinchintora; y es sabido que a esta culebra nadie ha pretendido todavía quitarle la piedra. Pero cuando la vieja está así, los mozos satisfechos creen que ha llegado la ocasión. Y se dicen, frotándose las manos contentísimos:

—Hoy sí echará la piedra.

Pero no la echa. Acaso sea más fácil quitársela a una zumbadora.

* * *

Os decía que los culpables del mal carácter de mi vecina son los indios que trabajan en su hacienda. Y ya veis que no miento. La molestan demasiado. Pero también sabe reír.

Conmigo es amabilísima; y cuando platicamos, ríe estrepitosamente. Siempre que voy a verla descorcha una botella de whisky, aunque ella tiene verdadera devoción por el guaro nacional.

He observado que sus mozos se enojan cuando llego a visitarla. Ya averigüé la causa. Solamente cuando platica conmigo —dicen— se la oye reír a grandes carcajadas. Y es que, como sé cuánto le gustan los cuentos verdes, siempre le llevo algunos nuevos, vivitos y coleando. ¡Ah, las carcajadas de la señora Carlos!

—¿Cómo diablos va a echar la piedra así? ¡Lo contenta que está agora! Después nos va a costar mucho volverla a calentar.

—¡Eh! quizás de goma sí la eche. Mirálos, pues; ya los dos están bien socados...

* * *

—¡A su salud, don Federico! Ah, no, señor, no sea tan cuculmeco. Tómelo todo. Así se hace: no me gusta que queden culitos en las copas. —Y luego, amablemente:

—¿Quiere una boquita de jocote?

—Sí, vecina.

—¿Con sal?

—Con sal.

—Es cosa rica un trago con boca de jocote. Pero créame lo que le digo: sólo hay que tomar guarito, porque es fresco. Ese “güisquil” hace daño: es caliente.

—Seguiré su consejo.

—Pues se lo digo por experiencia. Antes yo no tomaba más que “güísquil”; pero tuve que cambiarlo por el guaro cuando me dio el cólico “firtico”.

—¿Nefrítico?

—Sí, eso. Un doctor de Sonsonate estuvo curándome: y después de examinarme los orines dijo que la enfermedad que yo tenía era... No me acuerdo. En fin, que yo tenía piedras.

—¿Qué?...

—Piedras. No se ponga así. No se ría, que es cosa seria. ¡Supiera usted qué dolores! ¿Pero por qué se ríe con tanta gana?

—Es... eso... la... la... piedra.

—¿Cree que es mentira? pues eché una. No se ría. Estuve tomando unas medicinas, y la eché. ¿Le hace gracia, no? ¿Pero qué le sucede? Dirán que le estoy haciendo cosquillas. Ah, ¡ya sé! Es que se le ha trepado el “güísquil” a la cabeza. ¿No le digo? el “güísquil” es caliente, no hay que fiarse de él. ¡Cuidado con el mal de piedra!

¡Ah, *vox populi*...!

Desde que me hizo la confidencia de su enfermedad la señora Carlos, no puedo acordarme de ella sin pensar que un médico de Sonsonate confirmó el diagnóstico de los indios.

Del libro “Agua de Coco”.



La Isla de los Pájaros

Por Napoleón RODRIGUEZ RUIZ

Está de vaciante el estero. El lecho que hace unas horas el agua cubría con su móvil cortina verdiazul, no es más que lodo negro, fungoso, punteado de hoyuelos múltiples que lo hacen semejarse a un encaje negro. Los mangles enseñan sus raíces que, desnudas, sin el vestido del agua, forman una maraña, repugnante, ingrata a los ojos.

Por la angosta cinta de agua que corre en la parte central del canal, se desliza penosamente, encallando a ratos, una canoa en la cual van dos viajeros únicamente: el picador y un forastero. Hay desagrado en la cara de éste. Y sus ojos descuidan el paisaje que es, sin embargo, muy bello. El sol de las cuatro de la tarde, tibio aún, se hace astillas en el agua, formando estrías luminosas. Del zanjón angosto en que ahora bogan pueden divisarse a no muy larga distancia, el horizonte abierto confluyendo con el cielo y el mar. Los mangles mismos, si se avergüenzan de sus raíces desnudas, en cambio se enorgullecen con sus hojas verdeclaro que son una fiesta de espejos bajo la herida solar. El cielo baila, muy azul, en el fondo del agua que agita el picador.

A los veinte minutos de lento y penoso impulso la canoa entra al sitio desde el cual el estero se extiende como un inmenso abanico. El canal de agua se amplía, y el forastero contempla, al desnudo, el lecho del estero, agujereado por todas partes. Pareciera como si la tierra jadeara exhalando por todos aquellos agujeros su aliento vital. Miles de cangrejillos, rojos, patilargos y veloces

entran y salen de los agujeros con matemática exactitud. Insectos oscuros, pequeños y feos se mueven lentamente confundiendo con el color del fango. Racimos blancos de garzas se descuelgan de los árboles vecinos y caen como espuma sobre el lodo nauseabundo.

Mientras la canoa atraca en la orilla en las raíces de un nudoso tamarindo, el forastero descontentadizo, dice al picador:

—Con que ésta es la Barra de Santiago, que tanto me han afamado. ¡Bah!, lodo, lodo y lodo. Y este calor que me derrite como a un muñeco de cera.

El canoero, un tanto amoscado, contesta:

—Sí, señor, ésta es la Barra. ¿La ha visto usted, por si acaso al amanecer? ¿Ha ido y venido usted por los zanjones cuando el estero está de llena? ¿Ha visto usted hacia la tardecita la bocana alumbrada por el sol? Y en la noche ¿ha visto por casualidad a la luna cair redondota sobre el agua? Y en principio, ¿ha visto usted la Isla de los Pájaros?

El viajero que escucha con desgano la cantinela del picador, se vuelve hacia éste con presteza al oír mencionar la Isla de los Pájaros:

—¿Cómo? ¿qué es eso de la Isla de los Pájaros?

—Pues qué va ser, la Isla de los Pájaros pué...

—¡Bah! ¡Tonterías!, nos veremos más tarde —dijo depidiéndose.

—Cuando me necesite patrón, pregunte por Ustaquío Melgar, pa servirle.

No tuvo que esforzarse mucho el forastero para encontrar albergue. Cuando no es época de temporada abundan los ranchos vacíos en la Barra. Dentro de uno de ellos cuelga Rodrigo Vallejo su hamaca y se dispone a mecer en ella su cansancio. El rancho está casi frente a la playa. Desde él puede verse cómo se va fugando la tarde herida de muerte dejando a su paso una cortina de sangre. Puede verse cómo se transparentan las sombras atravesadas por los últimos rayos del sol.

A Rodrigo, a pesar de ser un poeta, no lo tienta el paisaje. Está aburrido de contemplar puestas de sol. Prefiere dormirse con el relente de la noche que ya se insinúa hostigado por el reflujo del mar.

Sí, Rodrigo es un poeta. Descontentadizo. Ansioso de temas nuevos para la nueva poesía. Y en su busca ha venido a la Barra de Santiago. Quiere escuchar el lenguaje del manglar. Quiere observar la vida, siempre infinita y cambiante que se esconde en el raicerío laberíntico del mangle. La vida larvada y tosca, pueril e indistinta, como en los primeros minutos de la creación. Y sobre ella quiere encender las luces de un poema. De un poema cruel. De lucha. De odio. De rencor. Donde se desaten los instintos ancestrales que combaten en el cieno. Y este picador le sale con eso de la Isla de los Pájaros que tiene sabor a romance y ensueño. Bueno, pero ¿qué puede ser esa Isla de los Pájaros...?

Es la alta noche. Rodrigo duerme y sueña. Sueña que va por un cañón

del estero en una canoa fantástica que corre sin que nadie, excepto sus ansias la empujen. La luna, viajera celeste, le sigue con boba insistencia. Las estrellas están regadas, temblando, sobre el agua. Se oye lejano, sordo y profundo el bramido del mar. Por doquiera, la soledad. ¡Qué soledad más desolada aquélla! ¡Cómo llora el viento en el manglar! ¿Llora? ¿o canta? Llora o canta como la vida. A ratos un pez que salta huyendo de otro viola la quietud del estero. La canoa sigue bogando. Larga, larga es la distancia. ¿Cuándo terminará este viaje sin sentido? ¿Cuándo? ¿Acaso cuenta aquí el tiempo? No existe hoy, ayer ni mañana. Tan sólo es el sueño.

Rodrigo va callado y expectante. De súbito descubre una montaña que parece sumergirse en el agua. La tiene ya enfrente. No hay duda, la canoa se dirige hacia allá. Va rauda. ¿Irá a estrellarse en la roca montañosa? ¡No! Para sorpresa suya atraca suavemente. La montaña está ahí. Todas las tinieblas se han metido en ella. Todos los murmullos, indecisos e irreales se han dado cita ahí esta noche.

Rodrigo echa pie a tierra. Como atraído por una fuerza irresistible se interna en el monte. Va a tientas. Ciego de instinto. Sus pasos resuenan en la hojarasca como un eco de catástrofe. Se enreda en la hojarasca. Desgarra sus ropas. A ratos siente el beso helado del vuelo torpe de las aves nocturnas y se estremece a su contacto. Sigue caminando. ¿Por qué camina? ¿Y hacia dónde? ¡Ah! ya recuerda, camina hacia la Isla de los Pájaros. Ahí donde todo debe ser canto, color y armonía. En donde no existe el veneno que se esconde en la entraña de cada minuto. Eustaquio Melgar había dicho: “y en prencipal, ¿ha visto usted la Isla de los Pájaros?” Camina. Mejor, se arrastra. De repente se da cuenta de que ha dejado muy lejos la orilla del estero. No se oye ya el sordo estampido del mar. No hay cielo, ni estrellas, ni luna. Sólo hay sombras. Y se siente perdido. El miedo, un miedo ancestral y gigante, se apodera de su espíritu. Brazos elásticos e invisibles lo apretujan. Los mil ojos de la noche le miran. Gritos, aullidos, carcajadas diabólicas lo hacen sobrecogerse de espanto. Quiere huir pero no puede. Permanece abrazado al tronco de un árbol, o tal vez al cuerpo de un fantasma. Se ha quedado inmóvil, sin aliento, cuando todo se agita a su rededor. Parece que danza la montaña. Todo vibra, se sacude, trepada. Se diría que va a desgajarse la noche.

De repente aquello cesa como por encanto. Y en cambio, el monte reventa en canción. Lluvia de trinos cae de las copas de los árboles. El poeta abre, cauteloso, los ojos. Y paralizados se le quedan de asombro ante el espectáculo que tiene delante: Era la amanecida. La luz del alba se colaba al través del ramaje. Y en los árboles miles de miles de pájaros cantaban, gritaban, estridulaban, en confusa algarabía. Había fiesta de colores y de alas. Se borraban los árboles y quedaba un bosque de pájaros. Rodrigo sólo tuvo un pensamiento: así debe haber sido el paraíso.

Desgraciadamente el sueño queda trunco. El bullicio de algunos bañistas que corren cantando hacia la playa despierta a Rodrigo. Tarda mucho rato para acomodarse a la realidad.

Sacude la cabeza para ahuyentar la duda y se queda largo tiempo pensativo. ¿Cuál era la realidad? ¿Cuál era el sueño? Tenía que averiguarlo. Iría a la Isla de los Pájaros.

Toda la mañana buscó a Eustaquio Melgar pero no logró encontrarlo. No fue sino hasta el mediodía cuando logró verlo en un comedor, y le gritó:

—¡Eustaquio!

—Ordene patroncito.

—Quiero que me lleves a la Isla de los Pájaros.

—¡Ajá! pero el viaje es larguito y ya regresaríamos noche, endemás que hay que aprovechar la llena.

—Te digo que me lleves allá, no me importa la llena.

—Si usted lo manda, pué...

Y allá va la canoa de Eustaquio deslizándose sobre el corazón del estero. Rodrigo calla. Sus ojos tratan de reconocer la ruta que siguió en su sueño. Luego piensa que eso es absurdo. Aquella fue una ruta fantástica en una canoa empujada por sus ansias. Los mangles sí ahí están, con su verdura juvenil. ¿Quién ha dicho que lloran? ¡Si siempre está cayendo su sonrisa sobre el agua!

Eustaquio es parlanchín y va molesto con el silencio del patrón. Quiere hacerlo hablar.

—Le va a gustar la Isla de los Pájaros. Nosotros le nombramos también “el colegio”. Lástima que no la va ver usted en la mañanita. Viera cómo al numás despuntar el día miles de pájaros que duermen allí empiezan a cantar. No se les ven las hojas a los árboles porque están cubiertos de pájaros de todos colores. Allí hacen sus nidos. Muchos se van en el día y revuelven al anochecer. Le va a gustar, patrón, le va a gustar.

Rodrigo se le ha quedado mirando de hito en hito. Lo que este hombre le dice es lo que él vio en el sueño. ¿Serán pues uno la realidad y el sueño?

Eustaquio sigue hablando:

—Cuando escurece todos se juntan en la Isla. Es un griterío tremendo el que arman. Pero da gusto verlos de todos los colores y portes. Las ramas se agachan bajo el pesor de tanto pájaro. A medida que la noche va entrando se van callando y desapareciendo entre las hojas. Las últimas en verse son las garzas blancas.

El patrón habla, al fin:

—Y en la noche, ¿qué ocurre allí Eustaquio?

—¿Qué va ocurrir? ¡nada!, sólo que chillan las lechuzas, canta el tecolote y dicen que rondan las almas de los que en vida mataron los pájaros. Diz que andan en pena. Yo no lo ei visto, patrón.

Rodrigo está alucinado. Quiere sentir, despierto, lo mismo que sintió, soñando. Dominado por esa obsesión, agujonea al picador para que apresure la marcha.

Al fin, al doblar un recodo del estero, Eustaquio le dice:

—Ayá está la Isla de los Pájaros, amos yegando.

Allí está; en efecto frente a ellos. No es, desde luego una montaña como Rodrigo la presintió en su sueño. Pero sí hay árboles altos, copudos, breñas por doquiera, bejucales que forman redes inextricables, cerrazón de monte, en fin.

Eustaquio atraca su canoa sin premura. Rodrigo observa el sitio. Parece ser el mismo en donde él echó pie a tierra en la alta noche. Emocionado baja de la canoa. No hay en ese momento muchos pájaros, pero se escucha el aleteo en los ramajes de los que van llegando ya al lugar de la cita. Hay un manajo de garzas en un chaparro de chupamiel. Por instantes alguna se desprende del grupo como una azucena que se desgaja. Las guaras y guacamayas que parecen estar siempre vestidas de fiesta, gritan destempladamente.

—Si va a mirar algo —dice Eustaquio—, mírelo ya patrón, porque tenemos que regresar de priesa.

Rodrigo lo ve extrañado, y contesta:

—¿Regresar? ¿Y quién te ha dicho que voy a regresar? Yo me quedo aquí hasta mañana, tú tienes que venir por mí. Ahora vete que no te necesito.

—¡Caramba!, Dios guarde patrón, ¿que está usted loco? ¿No ve que no puede quedarse? quién sabe qué le puede ocurrir. Endemás en la noche la mareya sube tanto que a veces invade la isla ¿cómo haría entonces?

—He dicho que me quedo y me quedaré —contesta Rodrigo con acritud.

—Usted lo dispone patrón, yo se lo alvierto, después no se queje.

Da impulso Eustaquio a su canoa. Y principia a alejarse bajo la manse-dumbre de la tarde. Vuelve la vista atrás varias veces para observar si el patrón se arrepiente. Pero Rodrigo permanece impasible.

Pronto desaparece la canoa en un recodo del estero. Con ella se va un trozo de realidad. Con ella se va la vida y el afán.

Largo rato se queda Rodrigo pensativo con la mirada perdida en el agua que el sol muriente está tiñendo de rojo.

Empiezan a llegar todos los pájaros. Una vez más el monte florece en canción. Rodrigo escucha y mira. Toda la armonía de la tarde está metida en la garganta de los pájaros y todos los colores del crepúsculo, en sus alas. Va huyendo la luz. Cae la noche. Los pájaros callan. Recobra su imperio la soledad. El hombre está íngrimo frente al gran misterio de un sueño. El corazón le salta alocado en el pecho. Se siente lejos del mundo. Separado por siempre de los hombres. En una isla perdida en los umbrales del Paraíso.

Va subiendo la noche. Rodrigo traza un diámetro absurdo atravesando la isla entre breñas, zarzas y sangre. De repente, principia todo a vibrar. Se

oye el eco del paso rudo de la tormenta. Silban las ramas de los árboles. El bosque todo, tiembla estremecido por el vendaval. Relámpagos súbitos iluminan la entraña de la isla. ¡Ah! es la espantosa realidad de la borrasca. Son los brazos gigantes del huracán que sacuden la raíz de los siglos.

Rodrigo está abrazado a algo. ¿Es un árbol o un fantasma? No cabe duda. Es un fantasma. Lo siente en los dedos que se crispan y en el aliento de muerte que le echa en la cara. Lo nota en que a veces sus brazos se quedan abrazando al vacío. Es un fantasma. Pero también es la esperanza en aquel caos de tinieblas. Y se ase a él con fuerza sobrehumana.

* * *

Envuelta en la niebla pañalosa que se tiende sobre el agua del estero, se desliza la canoa de Eustaquio Melgar. El llanto de la mañana está cayendo aún sobre los árboles por encima de los cuales se insinúa un pestañazo de sol. El picador, medio diluido en la bruma, va impulsando vigorosamente su canoa ansioso de llegar cuanto antes a la Isla. Ya escucha el canto jubiloso de los pájaros. Ya divisa la riente arboleda. Y cuando el sol principia a sonrojar el agua, atraca silencioso y pensativo. Al no ver a Rodrigo en la orilla, lo invade una gran inquietud. Baja y se interna un poco en el monte. Al no encontrar rastros del hombre, empieza a llamar:

—¡Don Rodrigóóó... don Rodrigóóó... soy yo Eustaquióóó...!

Su voz suena extraña entre la sinfonía matinal de los pájaros. Algunos vuelan asustados interrumpiendo su canción.

—¡Don Rodrigóóó...! ¡soy yo Eustaquióóó...!

La voz topetando de rama en rama se pierde en el bosque espeso. Continúa gritando sin ningún resultado. Decide entonces darle la vuelta a la Isla. Su grito desesperado y nervioso se escucha por todos los rumbos. ¡Nadie le responde!

Cansado de buscar, ya alto el sol, Eustaquio emprende el regreso. Una gran angustia le oprime el pecho. Le simpatizaba aquel hombre, extraño y valiente que se atrevió a desafiar a las almas en pena de la Isla.

Y allá va la canoa de Eustaquio Melgar. Con ella va la vida y el afán. Atrás queda la ilusión y el cadáver de un sueño.

“El Janiche y Otros Cuentos”.

Poemas de Vicente Rosales y Rosales

Sapo Feliz

Sapo tristón del corazón vehemente
y loco de la charca, sapo, sapa,
sapo trampolinista de Jucuapa:
la ciudad del batracio y de la papa.

Esta ciudad es rica, es tan ardiente
que, el volcán la estremece noche y día,
en una actividad sin melodía
que da miedo al revés; sapo de oriente;
el de San Salvador es sapo fluente.

El porvenir del sapo se remonta
a mil años después de que fenezca
la última vieja de esta sede incruenta.

Esta no es la ciudad oropelesca
ni brutal que, en un gesto malhadado,
echa raíces feas lado a lado;
es la ciudad del sapo, tosca, lenta . . .

Por más que se repita y se sonría
y, se sienta vivir en la poesía
en los días mejores de la lava,
cuando la inmensidad la disemina
en flores y pericos habladores
que saben el idioma de la ruina,
no se levantará de sus amores.

Porque el cielo es fatal, fatal el suelo
y fatales los hombres del mañana;
el mañana de ayer que no da flores
sino para los cerdos ¡margaritas!
margaritas no son sino consuelo
e ilusiones de amor, tristeza vana.

El Pijuyo *

Pijuyo charralero, selvantino
inferior del paisaje y bajo vuelo,
que teniendo un azul huyes del cielo
y mendigas las frondas del camino.

Te logras levantar, mas con recelo
te posas en las ramas de un espino
y, píando con dejo peregrino,
subrayas tu pausado ritornelo.

Píar con que de pronto te atempera
el ambiente por fin, de que te escapas
como del corazón de la pradera.

Y ruedas por la tierra cantarina,
como rueda una gota cristalina
en las dulces llanuras de los mapas.

* Pajarillo de alas tímidas.

Colores

A mi amiga de la infancia
señorita Dolores Varela.

Tu cutis de aceituna, negro y fino,
que el aire puro transparenta apenas
con un tono menor y cristalino,
tiene también oscuras azucenas.

Abril en un hechizo peregrino
halló, para ligar nuevas cadenas,
un poco más de cielo entre tus venas
y azul propicio en tu jardín cetrino.

Ya ves como sin ser un jardinero
ni un pintor que las ha por la paleta
facultades medí con el primero.

Pues para los que esgrimen los pinceles,
azucenas no son sino con Z
las que el iris descubre entre vergeles.



Poemas de Alberto Guerra Trigueros

Prosa

Dulce prosa de mi vida diaria,
hecha verso por tu diaria vida:
frasco pobre, al que una esencia ida
nimba con un aura legendaria.

Lo que importa es Dios, no la plegaria;
es el sacrificio, no la herida.
Y, contigo, mi mediocre vida
ha sido una vida extraordinaria.

No es la vida lo que al fin importa,
policroma o gris, o larga o corta,
sino quién la vive, en qué la invierte.

No hay vida vulgar. Y toda vida
queda iluminada, ennoblecida
por la perspectiva de la muerte.

San Salvador, 1934.

“Poema Póstumo”.

Tal Vez...

Tal vez no seas tú la más hermosa,
ni yo el hombre mejor; pero te quiero.
Yo no soy santo ni bandido, pero
yo te quiero mujer, no “lis” ni “rosa”.

Una mujer completa, un hombre entero.
Ni sílfide, ni ángel: una esposa.
Si antes te quise alada y nebulosa,
he aprendido a querer mi amor rastrero.

Un compasivo amor; un cotidiano
amor de carne y hueso, amor humano
de cama y de cocina, hogar y alero.

Ah, cuánto dice esta sencilla cosa:
sin duda no eres tú la más hermosa,
ni yo el hombre mejor: pero te quiero.

San Salvador, en junio 26 de 1937.

“Poema Póstumo”.

Seudo-Romance del Poeta Menos

. . . Yo soy un Gran Poeta menos
que iba a ser un poeta más.
Un sueño más entre los sueños
que nunca se realizarán:
huella borrosa en el desierto,
fugaz estela sobre el mar.

Yo soy un burgués que hizo versos
para engañar su soledad
(y un burgués no tiene derecho
a pensar, sentir ni llorar):
la soledad de un hombre bueno
que era un *buen hombre* y nada más;
solo con su sed, con su anhelo,

y solo con su soledad,
soledad de cada momento
y soledad de eternidad.

...No. No soy siquiera un Perverso
de alma trágica como el mar:
no soy más que un poeta menos
que iba a ser un poeta más.
Un hombre soy, un hombre inquieto
en busca de serenidad;
un enfermo, un pobre hombre enfermo
en busca de salud y paz:
un hombre, mucho más que un perro;
un hombre, apenas más que un can.

Sí, yo soy un poeta menos
entre los poetas de más:
un “genio” que paró en un necio
de perfecta inutilidad;
uno que se quedó en proyecto
—como toda la humanidad—,
que no pasó de ser boceto
amasado en niebla fugaz,
y se quedó en su propio espectro
sonámbulo en el vendaval.

...Pero saber siquiera, al menos,
que de mi paso, iba a quedar
el eco de un llanto, el recuerdo
del que sufrió y no sufre ya...

¡Quién pudiera dejar un verso
verdaderamente inmortal!
Un verso vivo, un verso lleno
hasta el borde, como un cristal,
de agua y sangre, de luz y cieno,
de la esencia del bien y el mal;
y que como el costado abierto
de Cristo en cruz, fuese capaz
de sanar al Longinos ciego
con su trágico manantial;

que su inagotable venero
colmase de un vital raudal,
a través de todos los tiempos,
los cauces de la Eternidad!

¡Mas no soy un Gran Hombre menos:
soy tan sólo un pobre hombre más!
Pero no haber vivido y muerto
—como toda la humanidad—,
sin dejar siquiera un destello
de este mi lívido fanal:
fuego fatuo de cementerio,
fuego tétrico y fantasmal,
para iluminar el sendero
de algún pobre hombre que vendrá...

¡Ah, Dios! . . . No haber vivido y muerto
—sombra en la sombra, y nada más—,
como estoy viviendo y muriendo,
sin haber podido expresar
en un hondo y triunfal lamento
desgarrador y pertinaz,
en un largo aullido de perro
quejumbroso en la inmensidad,
toda la angustia y el tormento
de los hombres que vivirán;
la conciencia del sufrimiento
y la conciencia de ignorar:
todo el dolor de Prometeo
bajo el duro pico voraz.

Vida o Muerte, ese Buitre eterno
que nos empieza a devorar
desde el instante en que nacemos
—vida mortal, muerte vivaz—,
misterio para el gran Misterio,
dolor para el Dolor final.
Tristes atletas que debemos,
muriendo cada día más,
adiestrarnos para el postrero
morir, seguros de acertar!

Pobres hombres . . . Niños enfermos
que no saben decir su mal:
tristes, mudos niñitos tiernos
que no saben más que llorar;
pero que saben —¡ah, sabemos!—
que algún día habrán de sanar,
¡sí, que algún día “curaremos”
con la última enfermedad!

¡Ah, no haber *sido* un hombre menos,
sino *ser* un gran hombre más! . . .
Haber dejado un grito enhiesto
frente a los siglos que vendrán,
un alto Grito en el silencio
como un faro encima del mar.
Un largo alarido tremendo
que parta en dos la eternidad,
y aullando en el aullar del viento,
llore por los que llorarán.
Alarido que hienda el cielo,
y que para siempre jamás,
agote de una vez el duelo
que nació con la humanidad:
¡agote *para siempre* el duelo,
y no vuelva *nadie* a llorar!

¡Ah, Dios! ¡No haber vivido y muerto
sin saber si soy inmortal!
No quedar para siempre quieto
dentro de la Quietud Total:
no quedar para siempre quieto,
sin haber logrado expresar
esta llama viva, este anhelo,
fuego tenaz, fuego voraz
que me abrasa el alma y el cuerpo,
y ha podido hacerme dudar
si no estaré ya en el infierno
y no seré yo Satanás.

Pobre romanticismo ingenuo
al estilo de un siglo atrás . . .
—No, señor. No es éste el Infierno.

No, señor. No soy Satanás.
No. Ni soy un Gran Hombre menos,
ni tampoco un buen hombre más.

¡Quién pudiera dejar un verso . . .
verdaderamente inmortal!
¡Quién pudiera dejar un verso
como un faro encima del mar!
Quién pudiera dejar un verso . . .
Pero yo nada espero ya.
Sólo pido —la vida es sueño—
dormir bien mi sueño mortal,
sin los insomnios que yo “duermo”,
en espera de un Despertar.

Y aun la Iglesia, para sus muertos,
sólo pide *tranquilidad*,
sólo pide un vasto Silencio,
pide Luz, y Descanso y Paz.

Ah dulce sueño de mis sueños
en el regazo terrenal:
un sueño más, entre los sueños
que *siempre se realizarán* . . .

Ah, dulce sueño en que yo sueño
la última felicidad:
sueño consciente entre Tus Sueños,
Padre, Soñador Inmortal;
de quien somos los hombres sueños
—o Tus pesadillas, quizá . . .?—,
confusos, nebulosos sueños
de Tu gran Sueño paternal.

Ah, dulce sueño de mis sueños
de silencio y de Eternidad.

¡Quién fuera al fin un hombre menos!
¡Quién fuera al fin un Hombre más!
¡Un efímero sueño menos,
y un infinito Sueño más!

San Salvador, 1935.

Sonetos de Raúl Contreras

Lluvia

Golondrina que huiste de mi mano
¿volverás otra vez al viejo nido?
En este otoño negro, he sentido
cerca tu vuelo cuanto más lejano.

Apenas la caricia del verano
fue brisa entre los dos. Quieto el sonido,
siguió tu rastro de ilusión vestido.
Lejos tu vuelo cuanto más cercano...

Eras del aire y como el aire fuiste
peso en la luz. Cuando mi voz se mueve
en mí tu vuelo está y en mí persiste.

Tú, mi calor, mi golondrina breve,
en este otoño, porque sé que huiste,
sé que eres tú la que en mis ojos llueve...

Burbuja

Lo que la vista frágil no percibe
lo ve la oscuridad. En el trasfondo
de mi retina, este mirar tan hondo
devuelve la luz negra que recibe.

Un cielo vertical, un mar redondo
y un ancla que se eleva en el declive.
¿La imagen de la línea sólo vive
en el espejo que curvó su fondo?

Burbuja que rompió su transparencia,
detrás de mi retina se dibuja
la trama sin final. Esta presencia

del hilo que se suelta de la aguja. . .
¿Veré, con el presagio de la ausencia,
la imagen de la línea en mi burbuja?

Reflejo del Color

Reflejo del color. . . ¿La sombra misma
alumbra mi cristal? El polvo puede
salir del polvo, aunque rodando rueda,
y el agua no ser agua en la marisma.

¿Soy acaso la altura que se abisma
o el límite que avanza y retrocede?
Mi sombra lo sabrá, cuando me quede
—presencia del color— dentro del prisma.

Onda que ondula sin hallar remanso,
soporto en mi vaivén el insalubre
polvo que pesa. ¿Y el azul descanso?

Ah terca vanidad que no descubre
la luz humilde y el reflejo manso.
¡Ni el mismo polvo sabe lo que cubre!

LYDIA NOGALES

Por Juan Antonio AYALA

(Fragmento)

En el mes de junio de 1947, surgió de manera repentina en el escenario de las letras (salvadoreñas) la figura luminosamente triste de Lydia Nogales. El suceso conmovió a muchos, agitó a bastantes y desilusionó a pocos. Han transcurrido ya nueve años. Nueve años son suficientes para analizar y sacar conclusiones; sobre todo si, como en el caso de Lydia Nogales, existe a la mano una documentación valiosa y abundante. La huella de esta poetisa-duende, como la llamó con aviesa intención Gallegos Valdés, quedó bien patente en periódicos, revistas, páginas literarias, tertulias, cartas, polémicas y todos esos hechos que registran el acaecer artístico. Su fama se extendió rápidamente hasta el extranjero. Pocas veces se ha sentido en el ambiente de El Salvador una conmoción mayor. Desde que Alberto Guerra Trigueros lanzó aquel “¡Sálvese quien pueda!” y quiso crear el concepto del “nogalismo”, los campos se dividieron, las palabras adquirieron una calidad temperamental que poco a poco fue subiendo de grado. ¿Quién no recuerda aquellos meses en que Lydia Nogales llenaba las páginas literarias y aparecía su nombre en las primeras planas de los periódicos? Hasta un grupo de optimistas románticos —creo que el mismo Rafael Heliodoro Valle vino desde México— organizó una peregrinación poética en busca de Lydia Nogales por los cafetos en flor del volcán de Santa Ana... Poco a poco se fue diluyendo la aureola de gracia que cir-

cundaba a la poetisa; finalizaron las polémicas, las cartas reveladoras, los nuevos poemas. Lydia fue —quizá fue— hacia el encuentro de la “hermana sin nombre”. Se opacó en el hablar de cada día o de cada semana o de cada mes. Esas apariciones fugaces se produjeron, principalmente de junio a diciembre de 1947. Sólo reaparece ocasionalmente para ofrendar su tributo poético a Guerra Trigueros cuando éste muere.

Sin embargo, Lydia Nogales ha dejado su huella perenne en la historia de la literatura salvadoreña...



Claudia Lars y Lydia Nogales

Claudia Lars, en la lejanía de San Francisco, California, percibió los ecos de Lydia Nogales, débiles en un principio, pero que fueron aumentando de volumen al calor de la correspondencia que manos amigas hacían llegar hasta ella. Supo, así lo creo, de todos los rumores que corrían por San Salvador, acerca del antagonismo supuesto que existía entre ella y Lydia Nogales. Claudia tarda un poco en manifestar su sentimiento hacia la nueva poetisa. Hasta que el día domingo 22 de febrero de 1948, en el diario LA TRIBUNA, página “Patria de las Artes”, aparece su testimonio:

“Lidia Nogales vive y vivirá para siempre en sus magníficos sonetos. Ya tomó, definitivamente, en nuestra poesía (y también en la poesía de América), el puesto que le corresponde por virtud de su verso. ¡Tonto es aquel que me imagina su resentida rival! . . . En el campo del arte verdadero (y yo también entré a ese campo descalza y reverente), no hay rivales ni competidores. Hay inspiración, belleza, mensaje de lo divino y de lo oculto, luz ancha o pequeña para esta terca noche del mundo . . . Así lo creo desde el fondo de mi corazón. Así quiero que lo sepan mis compañeros de letras”.

Sonetos de Lydia Nogales

Aleluya

I

Al pie del monte, que medita y sueña,
hay dos caminos blancos que se juntan.
No vienen y no van. Los dos apuntan
hacia mi triste claridad pequeña.

Las cimas donde el alba se despeña,
sabiendo sin saber, nada preguntan.
Esos caminos blancos no despuntan
los pasos, ya sin paso, de su dueña.

Por ese rumbo han de llegar los trinos . . .
Como la altura que perdió su centro
me muevo sin moverme entre los pinos.

Y al pie del monte arribaré al encuentro
viajando sin viajar . . . ¡Esos caminos
de mí salieron y los llevo dentro!

II

Yo vi la tala. Yo vi el sauce viejo
hincarse en el final de la alameda
clamando su clamor. Verde que rueda . . .
La mancha de aquel verde está en mi espejo.

Está como una cimbra. Si me alejo,
la tala entre los filos se me enreda.
El parque era mi parque. Sólo queda
en sus muñones la canción que dejo.

El verde era mi verde. Yo, la arisca
guardiana de la lluvia y la ventisca,
el charco que se orilla o que se esconde.

El sauce era mi sauce. Y yo del sauce.
La tala fue mi tala. Agua sin cauce,
el verde está en mi verde . . . pero ¿dónde?

III

Así como la nube, así mi traje
sangraba con el sol. Así en la aurora
yo era un ala de lumbre y, en la hora
del véspero, una huída de celaje.

Así como la nube, mi hospedaje
era claro y movable. Ni la espora,
ni el barro, ni la cal: esto que ahora
me oprime con su sórdido ropaje.

Baja la nube, me envolvió la yedra . . .
Así, con esta vocación de piedra,
piedra yo soy y el cautiverio arrastro

de estar en mí. Pero la esencia sube . . .
Como la nube, volveré a la nube.
¿Qué estrella ignota seguirá mi rastro?

La Dama Gris

La Dama gris, la de las manos finas
y ojos color del tiempo, me acompaña . . .
En mi sed de ascensión, qué fiebre extraña,
qué cansancio de luz en mis retinas.

Aquí, soñando al pie de la montaña,
la Dama gris me envuelve en sus neblinas.
Ayer, un vuelo azul de golondrinas . . .
Hoy, un leve temblor de telaraña.

¿Y después? . . . Sólo sé que cuando el monte
se ensanche más allá del horizonte,
mi sueño inútil rodará en pedazos.

Y entonces muda, resignada, inerte,
igual que un niño triste que se duerme,
la Dama gris me tomará en sus brazos . . .



Poemas de Serafín Quiteño

Corasón con S

He aquí, lector, mis versos provincianos
que sólo ansían amorosamente
llevaros el aliento de las manos
en que se modelaron lentamente.

Versos sin novedades y sin prisa
(fuera de la *revolución*)
y fieles a las normas de la brisa
en que viaja la mies de la canción.

No lo trascendental. No lo profundo.
No la belleza griega de la rosa.
Este sólo es el mundo
visto desde una hamaca perezosa.

Sé bien sólo una cosa:
la desgracia, la gracia de ser *dundo*.

Mi corazón con S
—haragán, soñador, volatinero—
viene de un pueblo en que la hierba crece
tranquilamente sobre cada alero.

Sus oficios han sido
de lo más simple y de lo más casero:
ver el cielo caído
en los charcos después del aguacero;
contemplar en el mundo anochecido
la maravilla del *nixtamalero* . . .

Nunca estuvo a la hora ni en el día
que el tiempo marca y el deber abrasa.
Como el viejo reloj de la Alcaldía
siempre se me adelanta o se me atrasa.

Más que una maquinaria,
su interior es un viejo palomar
al margen de la hora totalitaria,
con musgos tristes y con vista al mar.

El son de su campana
anuncia exactamente la mañana
constelada de gracia provinciana.
Marca la vuelta de las golondrinas
y de los azacuanes. En sus ratos
de ocio en la cátedra de las esquinas,
muestra que han florecido los *mulatos*.

Siempre ha sido el pasmado
un loco de temer, un admirado . . .

Le asombra el alma de las calles viejas
tocadas del encanto vespertino.
Oye como verdades las consejas.
Aún comulga con ruedas de molino.

Gato de hornilla, gato de rescoldo,
siempre pasó el invierno bajo el toldo
maternal de un refugio femenino.

Y hoy que mayo florece,
—música eterna de la fronda alada—
el húmedo paisaje me amanece
vivo en más de una imagen bienamada.

(Este mi corasón les agradece
la colaboración y la posada).

El es quien todavía
se detiene a escuchar una victrola
que derrama una tonta melodía
en el silencio de la calle sola.

El es quien dio sus lágrimas de amor,
su piadoso calor,
el vino de su sangre trasegado
al perseguido y al desamparado.

El es quien me siguió por los atajos
del mal y se sintió crucificado
cada vez que mi pie se hundió más bajo.
(Por él fui comprendido y perdonado).

Gracia de ver las cosas
iluminadas y maravillosas.
Alentar en el hoy como si fuera
la última rosa de la Primavera.

El árbol de la vida se estremece
y en él es flor mi corasón con S.

Para muchachas cursis ha nacido.
Y para niños grandes es que inflama
en romántica llama
su canción y su queja y su alarido.

Para entender su gozo matutino
hay que creer en ruedas de molino...

(Del libro "Corasón con S").

Sonetos de Octubre

I

Imagen de candor, el naranjero
en un blanco silencio florecido.
El viento —del recuerdo mensajero—
y el cielo por los ángeles barrido.

Un aroma sutil de amor primero
al azahar confía su latido.
Y el ojo de un octubre jardinero
nos ve desde su azul recién nacido.

Más allá de los pórticos del día
un loco barrilete se ha perdido:
—un niño triste llora su alegría.

Y por el mismo viento malherido,
cae mi corazón de lejanía
en la tarde lluviosa del olvido.

II

Octubre azul, Octubre, primavera
de Cuzcatlán, espejo en que se posa
la imagen de la patria y de la rosa:
—aroma, brisa, mástil y bandera.

La mañana de blusa marinera
—luz de nácar, temblor de mariposa—
con el aire de Octubre se desposa...
El ciervo espera ya su compañera.

Y ante una claridad de alto relieve
—nube de oro, catedral de espuma—
dice el jazmín su cántico de nieve,

la mar eleva su abanico de olas,
el pájaro el milagro de su pluma
y la tierra su escudo de amapolas.

¿Por qué has de ser, oh Amor?...

¿Por qué has de ser, oh amor, fuente de olvido,
tajo cruel, incurable quemadura?

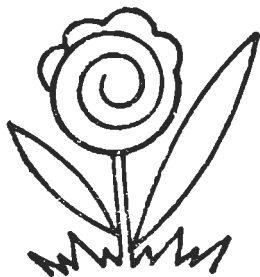
¿Por qué has de ser carcoma del sentido,
fuente de llanto, espejo de locura?

¿Por qué, amor, siendo aroma en el oído
la boca dejas llena de amargura?

¿Por qué en el cauce de lo ya vivido
se agosta el río, mas tu sed perdura?

Mi corazón ha preguntado en vano,
pero no obstante, amor, a ti me entrego:
larva de muerte, sueño de gusano.

Ceniza soy apenas de tu fuego,
signo escrito en la arena por tu mano
y lágrima en tu rostro de ángel ciego.



Sonetos de Trigueros de León

Agonía de la Rosa

Ya la rosa de ti lenta agoniza
desde el rostro de música en desvelo.
Frágil cuerpo. Palabra de ceniza.
Delgado ruiseñor. Ala sin vuelo.

Ya la nube su ser alto idealiza
y se torna desnuda flor de hielo
que no alcanzan las manos de la brisa
ni la luna en jazmín de mar y suelo.

Eres dueña del alba prisionera,
con tu mano de experta mensajera
has tomado la flor que por ti muere.

Mas la rosa perdura en su agonía.
A tu sola bondad ella confía
su lento corazón, y tú le hieres!



RICARDO TRIGUEROS DE LEÓN

Elegía

Oye la flauta del pastor lejano
besar la brisa, delicadamente;
Mírame el rostro de candor pagano,
Mírame el llanto de oración silente.

Mírame, oh rosa, de dormida mano
amortajada bajo fiel relente
en la liturgia de tu canto llano.
Oyeme, rosa, de nevada frente.

Fija en el cielo tu pupila yerta,
fija el aroma de corola muerta
en esa estrella que bajó a tu lecho.

Deja que cante la tranquila fuente,
Deja que corra su cantar doliente,
Deja agitarse mi dolido pecho.



Poemas de Pedro Geoffroy Rivas

Yulcuicat

YULCUICAT, “Canto del Corazón”, ha titulado Pedro Geoffroy Rivas a una recopilación de trece poemas en los que intenta recrear en castellano, antiguos cantos y leyendas nahuas.

Intraducibles, por su contextura y por la forma en que funciona la lengua nahuat, los himnos religiosos y los poemas líricos de nuestros antepasados pipiles nos son totalmente desconocidos.

Con estas recreaciones, Geoffroy Rivas logra reconstruir en nuestra lengua la metáfora inusitada, el giro sorprendente, la pureza de la forma, dándonos al mismo tiempo el sentido profundo de la magia y el ritmo, a veces claro y alegre, a veces trágico y sombrío, que caracteriza la creación poética de los pueblos que supieron conservar y transmitir hasta nuestros días toda la excelsitud de la cultura Tolteca.

CORO DE LAS VICTIMAS EN EL TEMPLO DE TLALOC

Con sonajas de niebla
iniciamos el canto.

Que el Jaguar de la Noche
abra la Puerta de Turquesa
y nos guíe hacia el Patio Sagrado.
Ah, envíanos al Lugar del Misterio,
Señor de los Presagios!

Es el tiempo del llanto!
Es el tiempo del llanto!

Nos alejamos para siempre.
Ve y extiéndete!
Ve y extiéndete, Hacedor de Alimentos!
Ah, tú, nuestro Caudillo!
El Primero entre Todos!
Señor de las Mazorcas!

Es el tiempo del llanto!
Es el tiempo del llanto!

Ah, envíanos al lugar del misterio!

A los cuatro días
es en nosotros el levantamiento.

Con sonajas de niebla
iremos hasta el Ara Sangrienta.
Con sonajas de niebla.
Es el tiempo del llanto!
Es el tiempo del llanto!

En la Casa de los Descarnados,
en la Casa de las Plumas Preciosas,
se hace la transformación.

Oh, Acrecentador de los Hombres!
Ve y extiéndete!
Ve y extiéndete!
En lecho de esmeralda ve y extiéndete!
Ve y extiéndete!

Es el tiempo del llanto!
Es el tiempo del llanto!

DANZA RITUAL EN HONOR DE CHICONCOATL

Tiembla la tierra.
Ya comienza la danza.

Que un viento de alegría hinche los caracoles.
Canten las chirimías un canto de alabanza.
Marquen los teponaztles el ritmo trepidanté.

Que todos los guerreros golpeen sus escudos
y hagan sonar los cascabeles que adornan sus tobillos.

Venid! Venid!
Ya comienza la danza.

Que los altos penachos
estremezcan el aire con delirio de plumas.
Que salgan las mujeres sagradas
y bailen sobre el ara de los sacrificios.
Que sus desnudos torsos se cubran de sudor
—oh licor deleitoso!—
y sus labios nos brinden saliva perfumada
con semillas de bálsamo.

Danzad, danzad,
Señores de la Tierra!

Saludad a la Reina que llega.
Inclinad la cabeza frente a la Montaña de los Alaridos.

Danzad, danzad en la ribera
donde el agua se pinta de amarillo!
Danzad, danzad,
oh Príncipes!
Levantad las banderas
sobre las obsidianas de las lanzas.
Que se rompan los dardos!

Que el pedernal sagrado
abra los pechos de cuatro mil doncellas.
Que los virginales corazones
como flores vivientes

caigan a los pies de Nuestra Madre,
la alta Flor Amarilla,
la del divino muslo.

Danzad, danzad!
Golpead sobre la tierra!
Rasgad los atavíos!

Se está quemando el corazón del agua,
oh Escogidos!



Poemas de Hugo Lindo

Sólo la Voz

En la quinta estación,
la del olvido,
se detiene el coloquio de las sombras.

El invierno pasó,
muerto de frío.
Nadie se acuerda ya de su blancura.

Atrás, el tiempo se ha tendido,
muerto,
a no saber, a no soñar, a nada.

Y aquí están los viajeros.
Los de siempre:

—¿Quién eres tú?
¿De dónde vienes?
¿Y a qué vienes?

Calla el viento en las copas de los árboles
y nadie quiere responder.

Primero fue el otoño,
antes que el hielo.
Y en remolinos de oro
dejó caer sus pétalos

—¿Quién eres tú, di, quién eres?

Y todavía ayer fue primavera.
Niños jugando sobre el ancho verde,
gritando contra el rostro de las flores.

—Pero dime, ¿quién eres?

Y anteayer,
el estío,
lanza y fuego.
La panoja dorada, el sol ardido,
el amor en la palma de las manos,
la brasa cenital del mediodía.

—Te pregunto tu nombre
y el origen
de tus pies, de tu frente, de tus ojos.

Tiembla en el cielo oscuro,
arriba,
lejos,
una rosa de plata.

—¿Mi nombre?
¿Tuve yo un nombre, acaso?
¿Y en qué tiempo?

En la más alta rama,
abre el buho tenaz su ojo de vidrio.

“Sólo la Voz”, 2º Premio Poesía, Certamen Nacional
de Cultura de El Salvador, 1967.

De la Poesía

I

Bien: es lo que decíamos ahora.
Encenderse de lámparas sin motivo aparente.
Alzar copas maduras
y beber los colores de la nieve
como quien bebe alas de paloma
o brinda con angélicas especies.

II

Claro: lo que decíamos ahora.
¿Para qué detener en las palabras
lo que se va por ellas, y revierte
en el propio minuto del encanto
a su silencio tenue?
¿Para qué definir lo que pudiera
relatarse jeroglíficamente?

III

Exactamente: de eso hablábamos.
De no decir el nombre de las cosas
ni aquella calidad que las aprieta,
sino sólo su sombra,
mejor dicho, el milagro
sonoro de su aroma.
Dejar que las palabras
por sí solas,
tomen hacia el prodigio
la ruta aérea de las hojas.

El Hombre que se hizo Palo...

Por Manuel AGUILAR CHAVEZ

—Jacinto Pérez...!!!

Corrió la voz del guardián sobre los corredores. Rebotaba en los altos muros. Se hacía espirales en la techumbre de lámina.

—¡Ese Jacinto Pérez...!

Avanzaba, lento, el cientopíés del grito.

Salió de la Comandancia cuando el Sargento llamó al Cabo Pérez.

—Buscan a su *tocayo*... A Jacinto Pérez...

Y *descuadrándose* a lo trompo, se fue el Cabo:

—¡Ese Jacinto Pérez...!

Iba *escando* con la verga, en un marimbeo frenético de los barrotes. Campeón del vergajazo, su manota de fierro, la manejaba sin fallas, seguro del acialazo. Igual a momia de serpiente el *chiliyo!*

Esa tira de cuero hacía sangrar a casi todas las espaldas del presidio. No la dejaba nunca el Cabo. Con ella bajo la almohada duerme. Con ella, en las rodillas, lista siempre al abanicazo, toma el rancho.

—Mi Cabito, ¿cuándo la dejará en su casa? —preguntaban algunos re-matados.

—¿Esta animalita chula?... Es la prolongación de mis brazos...

Y para demostrar su cariño, un dulzaineo de besos, ¡como a una mujer!

Es muy difícil que haya en el Penal un tan solo recluso, para quien, esa

culebra seca, *hambrienta de carne fresca*, no ha cantado su caricia hinchadora. Por cualquier motivo escribe en el aire su rúbrica de espanto y odio.

* * *

—¡Ese Jacinto Pérez...!

Por el camino encontró al *Zopenco* y le encaramó el amago. ¡Pero qué feliz el *Zopenco*!

—¡Ah! Qué mi Cabito más chucano...

* * *

Frente a la Número Cinco, *La Castigadora*, la celda del *armario*, en donde un hombre apenas cabe de pie y queda, sin movimiento, con la pared a la espalda y los barrotes haciéndole moldes de sangre en la cara.

—Portáte bien Tripita... Ya sabés que esta babosada siempre anda con filo...

Y la carcajada insultando entre las amarillentas teclas de la dentadura.

—Lo divertido ques mi cabo...

Y seguía la voz arrastrando sus piedrines:

—¡Ese Jacinto Pérez...!

Siempre hay un servil, porque no queda más remedio que titularse de siervo en este puerto del oprobio. Con los acribilladores hay que jugarse la *ñola*...

—¿Jacinto Pérez, dice? Por ahí acaba de pasar...

—Bueno, *Cartera*...

Todos son aquí cifras, casos o simplemente objetos.

Cartera es el experto en bolsillos. *Matabuey* el puñalero. *Lazo* el estrangulador. *Pared*, el sentenciado a muerte. *Seda*, el falsificador. Jacinto Pérez: *Pared*...

Otra vez el Cabo:

—¡Ese Jacinto Pérez...!

—Como le digo, mi Cabito... Jacinto debe estar allá frente al palo de gravilea...

—¡Ah, hijuelachingada...!

Apresuró el paso hasta llegar al *jardín*.

Jardín llaman al Patio Cuatro, pues allí la mano milagrosa de un *chichero* procesado sin testigos, por ser mano de labriego, logró vencer el inhóspito empedrado para que florezca una hortaliza y dos mangos filipinos regalen su redonda miel, mientras por las mañanas invernales un limonero exhibe sus albas voluntades fragantes y además los puntiagudos frutos maduros que parecen senos de muchacha escolar... Dejando caer una rama bastante cerca del muro que separa el Penal de la calle, un gravilea joven, alegre de cogollos,

hace pensar en la libertad, sobre todo que por allí se mete un ruido embriagador... El parque vecino con el orquestal repaso de la pequeña arboleda...

En cuclillas, frente al gravilea, estaba Jacinto Pérez, el *Pared*...

—Te vas a loquiar, cabrón... Un día destes vas a terminar en palo de gravilea... Vení a la Comandancia, que te buscan...

—¿Me buscan...? Chucha, usté...

Y preguntó:

—¿Será que ya sonó el volado, mi Cabo...?

—Confesate con tu abuela...

Mientras caminaba iba pensando Jacinto:

—¡Ya me oxidaron...!

Al pasar por las celdas de castigo vio manos tendidas en gesto de adhesión y simpatía. Uno de los reos, adivinando la cita, se rebeló:

—¡Cabrones...!

Este Sindicato de Miseria tiene su estatuto. Hay cultivo de recíproco sentimiento de sublevación contra la sentencia, sea la que fuere. Llegan al presidio y si han de quedarse, riegan, como a una hortaliza, la idea de que al Presidio pertenecen, igual que las bartolinas, las chimeneas, los garitones y hasta la verga del Cabo Pérez. Y cuando hay un caso —el *Pared* Jacinto Pérez— no queda más remedio que insultar a quien primero se les ponga cerca.

—¡Cabrones...!

El Cabo Pérez verguejateó sobre las rejas y se escuchó la feria de lenguas salidas:

—Berf... Buuu...

Jacinto con su palabra pálida:

—Buenos diyas... ¿Me buscan...?

—Allí está el doctor... Pasá...

* * *

Mientras duró la entrevista, el Presidio se ahogó en un voluntario silencio. Sólo una guitarra lloró al extremo del Preventivo, su despeinada melodía...

Fue de regreso Jacinto.

Desde las celdas:

—¿Qué pasó, mano...?

Y levantaba la cara. Una cara prestada. Levantada con miedo de que su dolor la ensuciara:

—Me dieron fecha...

Arena por palabra. Y hielo picado.

—¿Fecha...? ¿Para libertad...?

—No... Fecha para la pared...

Seguía la guitarra. Hoy con puñales por cuerdas...
El parque vecino se fue metiendo con la tarde anaranjada y la orquesta del viento...

* * *

Fue el mismo Cabo Pérez:
—Jacinto tiene derecho a su pacha... Ya vamos a tener capilla... ¡Ese Jacinto Pérez...!
Otra protesta:
—¡Cabrones...!
Pero esta vez con escupida.

* * *

Frente al gravilea, Jacinto Pérez. De cuclillas. —Má vos... tu pacha... Se le quedó viendo con recelo. Con daditos huesudos de poca fe.
—Es tuya... Para que tengas valor...
—En realidá que lúnico que faltes valor...
De un trago se la jaló.
—Vaya que sos jodido...
—Si soy un poco jodido, mi Cabo...
Con su verga al aire dio la espalda el Cabo. Jacinto, el *Pared* aprovechó para correr hacia el gravilea de su esperanza. Lo hizo como un volatín. Veloz, ágil... Buscó la rama que se tiende hacia la calle. Por cuatro lados sonaron los tiros. Se estremeció el penal. Enroscado, hecho regadera de tanta bala, con los ojos untados de su anhelo fallido, quedó Jacinto Pérez. De lejos era muy difícil decir si era hombre o era rama con sangre. Parecía más bien una rama a medio quebrar. Colgaban sus canillas sobre la hortaliza y la sangre caía... ¡La rama que llora sangre!
Pero sus brazos no soltaron el mástil del gravilea...
Antes de que lo bajarán para el reconocimiento, el Cabo Pérez —tropezón en ayunas—, puso espesa neblina en el atormentado espíritu del presidio:
—Sizo palo el pendejo... Sizo palo... ¡Palo de gravilea!...

Memorias de un Espectador

Por Manuel BARBA SALINAS

EL BARCO ILUMINADO

Desde mi estancia estoy viendo el barco iluminado. Bajo la noche tropical profusa de estrellas, la nave parece una fantástica arquitectura de ensueño. La brisa sopla caliente como un vaho sensual y mi fantasía aletea sobre los mástiles del barco que tiembla en la noche con la sugerencia de un amor que se ofrece o de una promesa que se va a cumplir. Allí está el barco frente a mis ojos ensoñados. Por una ilusión de óptica me parece que está tan cerca, tan próximo que podría llegar a él dando diez pasos. Pero no obstante, el barco se irá sin mí. Yo lo veré partir desde aquí, desde mi estancia veraniega, sin moverme, sin intentar ir tras él, sin siquiera tremolar un pañuelo en señal de una despedida imposible. Allá a bordo, tras aquellas ventanas que veo alumbradas desde aquí van los viajeros a Nueva York, a París, a Londres. Caminan en busca de la aventura, del en-

sueño, o del dinero. Van huyendo del hastío, del fracaso o del recuerdo.

Yo en cambio, aquí en mi estancia en esta noche de vaho sensual y bajo las estrellas que tiemblan sobre el mar, sueño con el viaje y contemplo sin moverme la promesa del barco iluminado.

Porque en realidad el barco que está frente a mí esta noche es una promesa de vida y de aventura.

Ese barco es un símbolo. Es la vida que me invita al viaje. Es la vida que está frente a mí ofreciendo amores y desengaños, peligros y alegrías, ciudades desconocidas y mujeres insospechadas.

Yo no debo quedarme aquí quietamente viendo partir el barco iluminado.

Debo tomar pasaje en él y ver por mí mismo lo que hay dentro de las ventanas iluminadas cuyas luces tiemblan sobre el mar como un guiño de ojos que me convida a vivir.

27 de Julio, 1935.

LA VENUS DE LA RAZA

Es la hora milagrera en el mar. El sol, hundiéndose, pone tonos de fuego cobrizo en las aguas azules y la espuma de las ondas brilla y tiembla con blancor de luna.

En la playa hay una feria de colores. Son los trajes de baño que simulan cubrir las suaves carnes morenas o las doradas o las blancas de las mil mujeres deleitosas que van a sumergirse en el mar. Los colores no cubren nada y sólo logran manchar a trechos la divina y temblante carne.

Avanzando sobre el mar he visto la venus morena, la venus del trópico que insinúa un nuevo patrón estético de belleza original y avasalladora. No es india ni española, no es blanca ni morena, no es alta ni baja, no es robusta ni delgada al extremo. Su esbeltez de junco hace temblar de anhelo a las almas más apacibles y al avanzar —deportista sensual, espirituosa— sobre las olas jugueteantes parece una estatua nueva, la nueva concepción de la belleza mestiza que es como el aroma de varias esencias mezcladas en un vaso de líneas perfectas.

Al verte tan bella y tan ágil, tan alegre y fresca, mujer firme y breve, venus de mi trópico ardoroso, ha vuelto a mí la fe en la raza nueva del porvenir.

Tu belleza presagia el triunfo de la raza cósmica en el devenir de los siglos.

Eres lo que el trópico llegará a ser: belleza, armonía, agilidad, juventud. . .

LEON SIGUENZA

En días dichosos, cuya distante ausencia torna más nostálgicas las horas presentes —vacías acaso de sentido—, conocí a León Sigüenza, poeta, diplomático, caballero.

Fue en su propia tierra natal, Cojutepeque, a donde me llevaron los avatares del terremoto de 1917, cuando inicié mi conocimiento de su persona.

Estaba aún en la primera juventud y ya su personalidad se perfilaba con caracteres propios. Era elegante, sofisticado, de amable figura y ya se preocupaba con amor, por las artes, las letras y la buena vida.

Luego después, en la Nueva York monumental donde el destino volvió a juntarnos, llegamos a cultivar una amistad estrecha que unió nuestra común afinidad en el gusto del arte y fuimos compañeros de charlas y paseos, bajo las luces cegadoras de la cosmópolis grandiosa.

Hubo entre nosotros a lo largo de aquellos veinte años de cordial compañerismo, larguísimo paréntesis de ausencia.

Soñaba León desde niño con el Oriente fantástico e impenetrable y un buen día se marchó al Japón investido del carácter de Cónsul General.

Al cabo de largos años vino de vacaciones a la Patria y reanudamos las charlas como si el día anterior nos hubiésemos dicho: —hasta mañana.

Era León Sigüenza un hombre alto, cuidadoso en su atavío personal, charlador grato, con maneras y cortesía de oriental. Era poeta a lo Wilde, amante de la vida y la belleza y como Wilde quiso hacer de su vida una obra de arte, sin lograr nunca matar del todo, aun en medio de las risas del festín, cierta torturante tristeza gris que no pueden borrar de su rostro los hombres de fe atormentada o vacilante que siguen un ideal de belleza sin alcanzarlo jamás.

Se enfermó del aroma de los crisantemos y en sus ideas y actitudes hubo siempre un gran amor por la sabiduría china y por el estetismo y dulzura de aquella antiquísima civilización de Confucio y Lao-Tseu.

Cuando vino definitivamente de regreso para no volver más, trajo consigo sus muebles, sus chirimbolos, sus sombrillas chinas, biombos, libros raros, tapices y figuras de marfil.

Se instaló en una casa tropical de bahareque que convirtió, por el milagro

de su gusto estético, en misteriosa residencia del Oriente.

Al entrar en ella, uno se olvidaba de la sórdida vida cotidiana de San Salvador. Los muebles del salón y el dormitorio de estilo chino antiguo, los pebeteros, los jarrones, en los que lucían las bellas flores de izote, prodigios de gracia, las que —según la maravillosa Claudia Lars— sólo pueden comerse en un pueblo hambriento desposeído del sentido de la belleza.

Todo contribuía a formar un ambiente de apacible ensueño. Y en una noche inolvidable de tertulia, en compañía de Francisco Jovel Méndez y Checho Castellanos Rivas, escuchamos a León Sigüenza, quien hablaba sin descanso de su vida y sus amores, de Oriente y de Occidente, de la verdad y el ensueño, de la muerte, que ya rondaba por su rincón de paz.

Entonces bebimos por primera vez un raro cocktail que él preparaba con licores de Occidente y aromas de Oriente y cuya fórmula quedó, según creo, en manos de Checho Castellanos.

Sigüenza escanciaba el licor de un jarro de cristal azul y nos recitaba algunas de sus fábulas.

Nunca olvido la mejor de ellas, la cual traslado aquí a los lectores:

EL TIGRE Y EL CANARIO

—Sepa usted, señor mío,
que me vanaglorío
de que a su mismo lado
me tengan enjaulado—
le dijo un Tigre al pálido Canario
que también se encontraba prisionero
soportando ese mísero calvario
ni más ni menos como el Tigre fiero.

—Yo también, señor Tigre,
y mientras no peligre,

celebro que a su lado
me hayan colocado—
le contestó el Canario un poco serio.
Y luego le pregunta: —Diga amigo,
¿por qué es que nuestro pérfido
[enemigo
lo tiene en tan penoso cautiverio?

—Porque soy sanguinario:
—le contestó al Canario
el terrible felino—
y sobre usted vecino,
¿cuál es la seria acusación que pesa
que lo tiene sumido en tal quebranto?—
Y contestó el Canario con tristeza:
—A mí me tienen preso porque canto—.

La vida, más o menos,
a todos nos da palos;
a los unos por malos
y a los otros por buenos.

Unas semanas después, León Sigüenza había muerto, como para subrayar la fugacidad de toda dicha, la quimera de toda alegría, la falacia de todas las vanidades.

Su hermano Guillermo ha reunido en un volumen lo mejor de sus fábulas para honra impercedera del autor y de la literatura de Centro América.

Según creo, queda mucho inédito de León Sigüenza. El me hablaba de cuentos y novelas de sabor oriental que estaba preparando y de un breviario de estética. Tal vez la muerte no dio tiempo a que realizara sus sueños. Todo queda trunco en esta vida breve y lo mejor de nosotros no es más que proyecto incumplido.

Esteta, artista, diplomático, León Sigüenza queda en la memoria de sus contemporáneos como lo que fue: un hombre excepcional, de inexplicable psicología, en este medio donde jamás habrá de encarnar definitivamente la belleza.

El Primer Libro de Masferrer

Por Luis GALLEGOS VALDES

El Salvador se enorgullece justamente con un tríptico de escritores que fueron intérpretes, cada uno desde su propio ángulo, del alma nacional. Gavidia, Masferrer, Ambrogi surgen en nuestras letras trayendo cada uno su propio mensaje. Los tres aparecen en el mismo momento histórico: Gavidia con su libro *Versos*, en 1884; Masferrer con *Páginas*, en 1893, y Ambrogi con *Cuentos y Fantasías*, en 1895.

Producto del medio salvadoreño, autodidactos los tres, su obra se va desenvolviendo apegada al terruño en cuanto a la mayor parte de los temas que abordan, pero sus antenas espirituales se levantan por encima de ese medio para captar las ondas universales de su tiempo. Realizan el símbolo del árbol frondoso, que cuanto más hunde sus raíces en el suelo profundo, más alza hacia el cielo su copa llena de rumores de aves, batida por todos los vientos y bendecida cada día por los rayos del sol.

Cada uno de ellos posee una fuerte personalidad literaria que los hace aparecer, en la perspectiva histórica centroamericana, con sus atributos propios. Gavidia es el poeta, el humanista, que aspiró, como no lo pretendiera ninguno de sus otros dos compatriotas, a realizar el ideal de Goethe; cultivador de todos los géneros, estudioso incansable, amante de las ciencias, conocedor de las lenguas clásicas y de las principales modernas, nunca saciado en su sed perenne de saber. Masferrer es, ante todo, el pensador de prosa clara, sencilla, tersa, que, en su madurez, ejerce una influencia directa en el pueblo salvadoreño como escritor y orador. Ambrogi es el literato puro, el modernista, el curioso de países y libros. Igual que en otros modernistas de América, llevado por el impulso de una vocación auténtica, pronto deja a un lado la brillante fórmula estética de su maestro Rubén Darío para ahondar en el conocimiento de la propia tierra

y de sus hombres, sobre todo del campesino, del cual estudia con amor costumbres y lenguaje, complaciéndose en describirlo y en pintar el paisaje en que se mueve como lo haría un pintor impresionista.

Dentro del marco del modernismo, Gavidia aparece como uno de los iniciadores, Ambrogi como el más novel seguidor: Max Henríquez Ureña le llama "el benjamín del modernismo". Masferrer como un escritor aparte. Basta leer su libro *Páginas* para convenir en que, a los veinticinco años de su edad, ya su espíritu apunta a lo social más que a lo estético. Sus preocupaciones, en esos momentos, son un anticipo de su ideario futuro: "Luchar contra todas las injusticias; declarar la guerra a la miseria y a la ignorancia; meter el hombro a las clases desheredadas sin humillar a las favorecidas; consagrar todo nuestro esfuerzo al triunfo de la verdad y de la virtud; es noble consigna que debemos cumplir cuantos deseamos el mejoramiento de la humanidad. Considerado de esta manera, el socialismo es la más santa de las doctrinas: es el cristianismo en sus más avanzadas consecuencias. En este sentido nuestra literatura debe ser socialista"¹.

Sin embargo, párrafos adelante escribe Masferrer con toda sensatez: "Toda secta hace del pensamiento un esclavo. Afiliarse a una doctrina en cuerpo y alma, es temeridad impropia del hombre, ser débil a quien la verdad se le escapa como si se desdeñara de ser poseída por ente tan pequeño"². En temprana edad ya su mente quiere emprender el camino libre de ataduras a estrechos criterios; y en cuanto a alcanzar la verdad, se muestra escéptico, aunque explícitamente no lo diga, ya que duda de llegar a ella, no porque la verdad no exista como un absoluto, sino a causa de la pequeñez del hombre, no siempre capaz de aprehenderla con el pensamiento.

Hace una declaración que, en aque-

llos años ya abiertos al positivismo, debió de parecer a algunos bastante anacrónica e ingenua: "En la realización de toda grande empresa tiene parte importantísima la fe, allanadora de imposibles. El escepticismo es la nada; la nada no crea"³.

Desde luego que no se trata, en Masferrer, de la fe del carbonero; ni su declaración implica compromiso alguno con la Iglesia Católica ni con ninguna otra Iglesia, secta o agrupación religiosa. Ni tampoco con la escuadra y el compás. "Con la masonería no tengo cuentas. No se aviene con mi carácter franco, enemigo de escondrijos, aborrecedor de todo lo que solicita el amparo de la noche. Por lo demás, yo conozco masones honrados, muy honrados"⁴. Masferrer, en medio de las dudas y vacilaciones de una juventud, que ya se siente impulsada generosamente a realizar el bien con la pluma y la conducta rectilínea, sabe que la fe mueve montañas. No es un intelectualista, sino un espiritualista. Su inspiración mejor bébela en las fuentes cristianas, pero, buen liberal y discípulo del flamígero Montalvo del Ecuador, y siendo por otra parte Masferrer sensual y austero a la vez, la nobleza y generosidad de su ánimo lo conducen a mirar a las cumbres. El catolicismo tradicional, pese a ese liberalismo, lo hace elogiar a uno de sus hombres más representativos en la España del siglo XIX: "Donoso Cortés puede muy bien pasarse sin estatuas, seguro de que su fama venga a menos, escudada como está por ese precioso adjetivo con que se enaltece el estilo de los grandes escritores"⁵.

Más adelante escribe Masferrer: "Jesús es uno que nunca se va de mi pensamiento. María, María la sin mancha, es para mí tan venerable, que jamás la he dejado entrar en el terrible laberinto de mis dudas. En mis tribulaciones, en mis desmayos de ánima, ella hace las veces de mi madre ausente: la invoco, le hablo con la confianza de un hijo, y

cuando soy víctima de los pérfidos, hallo en ella mi refugio y mi consolación. Ah! sí, María! Recuerdo que una de mis glorias cuando niño, era irme todas las tardes en el mes de mayo, a cortar las olorosas amapolas para el trono de la Virgen. Stabat Mater, villancicos de Mauri, Ave María de Gounod, yo me los sé y los canto muchas veces. Cómo no? Esos himnos armoniosos, solemnes, que infunden santo recogimiento, son música divina que se lleva al cielo en cada nota, un mundo de elevadas aspiraciones. Cuántas veces no me han arrojado del templo los gritos estridentes de un monigote, o los *chiquichiquis* con que profanan el órgano los encargados de tocarlo? Polkas, walses, contradanzas, mejores me las dan en la retreta; pero no por eso soy enemigo de la religión”⁸.

Tales son sus sentimientos respecto a un asunto que otros poetas y escritores de su época apenas tocaban o no tocaban del todo por considerarlo fuera de tono con el positivismo, con el materialismo y, sobre todo, con las tendencias estéticas y literarias imperantes entonces, y que Masferrer señala en aquellas *Páginas* primigenias: romanticismo, realismo, escuela parnasiana, sin adscribirse a ninguna.

Texto importante para conocer al crítico es aquel en el que Masferrer analiza el estado de la literatura en El Salvador hacia 1890: “Nuestra literatura no puede menos que ser imitadora; y esto, en vez de acarrearle daño, la llevará, como se acompañe de la prudencia, al más alto grado de perfección”⁹. Al leer esto parece escucharse la admonición de un Menéndez Pelayo y no la opinión de un joven escritor. “Así, lejos de rehusar las enseñanzas extrañas, busquen las Letras salvadoreñas las huellas de los hombres y de los pueblos que más saben, que sienten mejor y mejor expresan el sentimiento; que no es para ser despreciada la cosecha recogida a costa de tantos trabajos”⁹. Si nuestra cultura literaria no puede

ser modelo y fuente por carecer de las obras ejemplares necesarias, vayamos a buscarlas fuera, sin que ello sea desdorado para nuestro espíritu. Al decir imitación, Masferrer quiere decir también influencias que vengan a estimular y a abrir nuevos horizontes culturales a los escritores y poetas de El Salvador. Y, ante todo, fija sus ojos en Francia: “Ni Alemania por pensadora, ni Inglaterra por libre, tienen mano bastante fuerte para empuñar el pesado timón; y no cabe explicar tal fenómeno, si no admitiendo que Francia es esencialmente artista, y por tanto, poseedora de una gran fuerza expansiva que obliga a todos los pueblos a sentir las palpitaciones de su corazón”⁸. Sin embargo, la misma imitación considérala como un estímulo necesario a los talentos que se inician en las letras, como un punto de partida para hacerse de un estilo y llegar por esa vía —señalada por los clásicos como la única razonable—, a la propia originalidad. Pero advierte: “Vayamos con tiento al reconocer la soberanía artística de la Francia, no sea que al prestar el debido homenaje, tiremos a un lado todo discernimiento y libertad, y nos quedemos a imitadores serviles, incapaces de separar el trigo de la cizaña. Lo que debemos reconocer, es la excelencia del eclecticismo literario en ideas, apropiándonos las que puedan servir a nuestro progreso intelectual”¹⁰. “Desconfiar de nuestros alcances es el medio más seguro para no caer presos de nuestra enemiga la ignorancia; de otro modo, nos entregamos a ella atados de pies y manos por la vanidad y el orgullo”¹¹. Esta es otra declaración sincera y atinada en un medio cultural poco evolucionado donde imperaba —y aún impera en literatura— la improvisación, donde los poetas no se acercan a los grandes de la poesía de todos los tiempos temerosos de perder su don al contacto de la influencia poderosa, donde es infrecuente el estudio sistemático de la literatura.

¿Cuál es el género preferido por Masferrer en esos años de la iniciación literaria? “De la novela echo mano, porque hoy en día, es la expresión más alta de la literatura y porque nuestras aficiones se van de preferencia tras ella. Por lo demás, si hay atrevimiento en lo dicho, de Montalvo es; pero yo sospecho que olvidó lo más repugnante, o más bien que no quiso hacer agravio a su pluma con la enumeración de tantas desvergüenzas”¹².

Ha escrito versos, acaso continúe escribiéndolos como la mayoría de los jóvenes, para dar pábulo a la inquietud y tristeza de la adolescencia. Claramente previene a los aficionados a hacerlos a que se miren en su espejo de él para evitarse futuros remordimientos: “Siempre será un gran mérito mío haber librado al mundo de mis versos; tanto más, cuanto que tuve periódicos a mi cargo, en época en que verseaba de lo lindo”¹³. Ya nos ha confesado su afición al periodismo: “Yo siento no sé qué extraño placer en rodearme de montones de periódicos, deseoso de apagar en su lectura la sed insaciable de lo bello y de lo verdadero”¹⁴. Efectivamente, la universidad de Masferrer, como de otros literatos salvadoreños, será el periodismo. Este les proporcionará una visión objetiva de la vida, a despecho de que la verdad no siempre se aclara del todo en las columnas de los diarios, demasiado atiborrados de “faits divers”, noticias procedentes de todas las partes del mundo, aparte de que en ellos se reflejan poderosos intereses económicos que acaban de enturbiar las aguas donde algunos espíritus sinceros querían beber en la propia fuente de la verdad. Además, el periodismo les permite forjarse una prosa curada de amaneramientos y que les sirve de puente eficaz para llegar al público y atraer lectores a su ideario estético, político o social. El escritor, en nuestro medio, tiene que conquistar su cultura heroicamente por los procedimientos más inusitados. Si

esto ha ocurrido hasta hace poco relativamente, piénsese en lo que pasaría en aquellos años de iniciación literaria de Masferrer, cuando Arturo Ambrogi se dolía, no sé si exagerando un poco, de la escasez de librerías del San Salvador de entonces, en las que sólo se encontraban las obras de Dumas y algunas cuantas novelas españolas. También el testimonio de Gavidia corrobora lo dicho por Ambrogi. Gavidia nos manifestó, en una entrevista periodística que le hicimos en 1950, que él nunca supo cómo llegó a sus manos, siendo todavía un estudiante, el volumen de *Les Contemplations* de Víctor Hugo.

*

Páginas ofrece en embrión algunas de las aspiraciones, preocupaciones e ideas del pensador salvadoreño. Llama la atención que, no obstante estar fresca en él la huella del romanticismo, trate de superarlo al escribir:

“Todo en él es fantástico, luminoso, oscuro, horrible, sombrío, espantoso; y su ideal se pierde en un florecimiento de ilusiones, desengaños, sueños y delirios que se desvanecen en la sombra.

Es lo estrambótico en lo absoluto, becho trágico por el desconocido y petrificado en lo invisible”¹⁵.

Sin pretender ser un crítico literario, Masferrer tiene, en ese breve volumen de 126 páginas de letra apretada, artículos en los que vemos su interés por algunos escritores de la época como Zorrilla y Montalvo. Del primero se expresa:

“Siempre resultará esto: él es poeta, gran poeta. Por lo demás, el convencionalismo no hallará en Zorrilla mayores méritos: aquellas palabras desentrañadas de lo más hondo del diccionario, no son de él; aquellos conceptos oscurísimos, martirio de la cabeza, él no los conoce; aquellas dudas artificiales, siempre dichas del mismo modo, él no las tiene; aquellos atrevimientos de los artistas que encuentran ritmo en el cab-

llo, perlas en la risa, color en la voz, ajenos son a su musa humilde; aquellos metros extrañísimos en que la música llora indignada, no están en su lira; pero tampoco son suyos los versos hechos a bofetones, ni la impiedad de moda, ni la parlería insulsa, ni la intención forzada, ni las doctrinas de consigna, ni la forma que pide el santo y seña”¹⁶.

Trae el librito dos artículos intitulados “Montalvina”. En el primero reniega del abuso que se hace de llamar genio a cualquiera, y luego define al genio en unos cuantos trazos: . . . “el genio es presente del cielo. . . no pone tanto su corazón y su alma, en cincelar frases áureas, como en ahuyentar la ignorancia y la tiranía. Su musa es siempre la misma, el derecho; su misión es siempre la misma, ser paladín de los indefensos; su vida es siempre la misma, luchar, luchar a muerte contra el mal; su recompensa siempre la misma, el odio, la ingratitud de sus semejantes. El genio gasta melena leonina, no ostenta plumaje de ave del paraíso; no trina en flauta dulce y enervante, ruge en trompa estremecedora; no pone el pensamiento en placeres de la tierra, sino en triunfos de la conciencia.

Yo quiero los genios a lo Hugo, a lo Cervantes, a lo Montalvo, sobre todo a lo Montalvo”¹⁷.

Fijémonos en eso precisamente: en que el genio sólo pone el pensamiento “en triunfos de la conciencia”. Ahí tenemos al moralista, al cristiano, dentro de una concepción ingenua, popular, del genio. Montalvo es, para él, el ideal del genio. Montalvo, fulminador de tiranos, cristiano, pero enemigo de obispos como Veintemilla, que le hizo escribir su *Mercurial Eclesiástica* por haber prohibido uno de sus libros.

La otra “Montalvina” es una imprecación contra los poetas perversos. Con orgullo exclama: “Ya habría yo despedazado esta pluma, si no me sirviera para escarmentar a los viles. Ella es mi defensa, ella me asegura el respeto

de los atrevidos, ella me escuda contra la injuria de los perversos”¹⁸.

“Nada más espantoso que una de estas criaturas que con la cabeza tocan en las nubes, mientras su corazón, nido de víboras está tirando hacia el infierno”¹⁹.

“Los malvados de talento, los ruines que hacen versos, son los murciélagos del mundo moral, seres que no tienen pleno derecho a la vida, como que han nacido de una equivocación.

Poeta es quien siente, dice y hace grandes cosas; el que siempre tiene el pensamiento en Dios; el que con una mano arranca de la lira divinas armonías, y con la otra enjuga las lágrimas de los desgraciados.

Quien deja el plectro de oro para blandir el puñal homicida, no es poeta; murciélago, demonio disfrazado, cualquier cosa, pero no poeta. A éstos, hay que echarlos a latigazos del templo de la gloria; inmortalidad, si la quieren, que sea la del escarnio; corona, no de laurel, sino el birrete de los ajusticiados”²⁰.

Tragedia, cólera (“cólera, santa cólera, mi musa eres tú”), la imprenta, el genio, la poesía, la justicia, son los temas que trata Masferrer en su primera obra. Encontramos también el recuerdo de personas y cosas amables: su padre, evocado con admiración y cariño en “Niñerías”; Mr. Witt, Prof. de inglés al que la turba de muchachos hacía jugarretas endiabladas como enseñarle malas palabras en español diciéndole que “tenían buen significado”; y el maestro Hildebrando Martí: “siempre hallaba él pretexto para hablarnos de Codro, de Régulo, de Bolívar, de todos los grandes hombres. El era también grande, hasta donde puede serlo un maestro”²¹. Hace, páginas más adelante, unas consideraciones sobre la muerte de la poetisa salvadoreña Antonia Galindo.

Tras el paso de las figuras que animaron la niñez y adolescencia del es-

critor en aquella Tecapa, hoy Alegría, de tan bellos parajes, de clima tan agradable, rodeada de cafetales y en cuyos patios crecen en abundancia las flores, pudo sin duda contemplar puestas de sol magníficas sobre el valle del Lempa y dar vuelo a su fantasía para soñar en sus ideales, llenos de generosidad, de su madurez. Hace años visitamos la finca en la que Masferrer solía pasarse los días entregado a la lectura y a la meditación. Estuvimos en el mismo sitio donde gustaba de sentarse, teniendo a sus pies el inmenso panorama con el río Lempa, que serpentea majestuoso y dorado por entre la planicie. Allí fue donde seguramente nació el poeta, anheloso de ser también hombre de acción justiciera, ya que Masferrer tuvo a la justicia como el más alto valor dentro de la jerarquía de su espíritu: "Pero a menos de poseer la naturaleza semidivina del Maestro, nadie haya cuentas con los empedernidos, transgresores de la justicia. Jesús, ah! Jesús! Los esplendores de su mirada empalidecen al Sol; la dulzura de su palabra sosiega las tempestades del espíritu; la pureza infinita de su alma descubre manchas en los más limpios corazones. El, sí, tolera, perdona todas las caídas, y con su tolerancia acrisola toda impureza, fortalece toda debilidad, cura toda lлага, humilla toda soberbia, cicatriza toda herida, desvanece toda niebla, trueca, en fin, la escoria de las almas en oro finísimo, y bañadas en inmaculada blancura, las lleva a los pies del Todopoderoso. Si podéis acercaros a él, perdonad, tolerad; si no, sed austeros, sed inflexibles; que se oiga a través de vuestro silencio el fallo inexorable; que se vea en vuestros ojos el relampaguear del hacha que derriba los árboles podridos; que vuestra palabra sea la tempestad que esconde a las fieras en sus guaridas tenebrosas; que vuestra mano no estreche jamás sino las manos limpias; que vuestra casa esté prohibida a los que recorren

la ancha senda de los vicios; que vuestra amistad no se dé sino a los que permanecen fieles a la virtud o a los que de sus filas han salido arrastrados por la miseria o por la ignorancia.

Os lo digo de una vez: hay que odiar, hay que aborrecer, hay que execrar; no a los pequeños, no a los oscuros, no a los pobres de espíritu; sí a los soberbios, a los que conocen el bien y obran el mal, a los de cerebro luminoso y corazón podrido; a los que con el arte y con la ciencia y con el poder y con la gloria y con la riqueza, erigen el sombrío pedestal en que se yergue altiva, coronada de sombras, la estatua del negro rey de las tinieblas"²².

Y párrafos adelante se dirige a los escritores:

"Escritores, escritores: Por no querer servir de jueces, os va a salir, el día menos pensado, uno que os ponga en el infierno revueltos con los más dignos de castigo. Dante romperá la piedra de su sepulcro cuando vuestra injuria le haga imposible el sueño de la muerte, y con un látigo de serpientes, os azotará las espaldas. Pues qué, ¿hay modo de soportar que mientras los verdugos se glorían en su obra nefanda, os estéis ahí tejiendo guirnaldas para vuestras frentes, bordando sandalias para vuestros pies? Pide pan un hambriento; qué os importa? estáis delirando por las japonerías: grita un pueblo por que le salven de una fiera; qué os importa? estáis inventando palabras para adornar una sonora bagatela: el buitre de la usura se tira sobre los necesitados, les barrena el pecho, les bebe hasta la última gota de sangre, qué os importa? estáis fabricando porcelanas. Vosotros sois artistas; queréis el azul, el ritmo, la flor, el biombo chino, el jarrón oriental, el tapiz de gobelinos, la babucha turca. Bien está; pero en este mundo, o se vive rey o se vive esclavo: para lo primero hay que empuñar la vara de la justicia; para lo segundo, sobran medios; lo mismo se logra pulsando la lira de oro que ma-

nejando la humilde herramienta del obrero”²³.

El panfletario, el satírico que hay en el fondo de estas palabras encendidas de amor y odio, encarnan la actitud de Masferrer ante el naciente modernismo. Pareciera estar dirigiéndose en ellas al propio Arturo Ambrogi, por ese entonces extasiado ante las porcelanas y biombos chinos y enamorado de las japonerías y curioso, con curiosidad casi pueril de “benjamín del modernismo”, de cuanto bibelot encuentra en sus primeros pasos por las vitrinas literarias.

De ello podemos deducir sin mayor esfuerzo que Masferrer no fue nunca secuz del modernismo. No podía serlo porque su vocación de moralista lo encaminaba, ya en aquellos años del 90, en busca de la justicia social. Admira a Montalvo, que es un clásico, que resume en su prosa el espíritu formal y barroco del siglo XVII español; prosa que es por lo demás un espécimen de atildado buen decir, a veces demasiado académica por no decir amanerada, no obstante la pasión que la caldea y vitaliza. En momentos en que más de algún coetáneo suyo se prenda de lo francés, sobre todo de ciertos aspectos superficiales y pasajeros de la moda literaria de París, Masferrer encara con seriedad el problema de la forma adecuada para expresar las ideas con que el escritor salvadoreño ha de hacer sentir su influencia en el medio propio:

“Tenemos las ideas; réstanos ahora inquirir con qué ropaje hemos de presentarlas. Pero hay acaso quien dude de que debemos hablar y escribir en nuestra propia lengua? Si no en teoría, en la práctica habemos muchos que lejos de procurar su mejoramiento, la echamos a perder con nuestra malhadada afición a las traducciones, a los periódicos de pacotilla y con el infundado desprecio que sentimos por los clásicos españoles. De ahí que sea tan difícil, para los que vivimos en estos rincones, el conocimiento de nuestro idioma. “Yo, que vivo zarandeándolo,

no sé todavía cómo es”, dice don Eugenio Blasco. Nosotros también lo zarandeamos, pero en el arnero se nos queda la basura en vez del grano limpio”²⁴.

Masferrer, como no podía menos de ser, separa forma y fondo, siguiendo las tendencias retóricas al uso en su tiempo. Se burla de las lecturas de un periodista que le enumeraba sus autores: “Los Tres Mosqueteros, Graciella, Atala, Los Misterios de París, los de la India, los de Londres... un mundo!” Y añade a continuación: “¡El pobrete, alardeando de haber visto mucho, cuando yo que no salgo de mi modestia, conozco todo eso, con más cuarenta novelas de Dumas, cien de Montepín, todo Paul de Cock, sazonado todo ello con unas cuantas obras españolas de las más afrancesadas!

Que los que nunca han pensado en tomar la pluma hagan tan extraño aprendizaje, no tan malo; pero no sufre disculpa en los escritores o en los que aspiran a serlo, ese gloriarse de conocer la literatura extranjera, si tanto como saben de ésta, ignoran de la propia”²⁵.

Angulo Lewis, prologuista de *Páginas*, caracteriza al Masferrer juvenil:

“Alma de repúblico que tiene hermanos sólo en las edades de la antigua Roma; estilo armipotente; alas que corazón y pensamiento baten a un tiempo, ya en las profundidades horribles de la noche, ya en los espacios azules del Oriente, y allí, cumbre que se impone; este conjunto de poderío intelectual y moral forma la personalidad de Masferrer”²⁶, en quien además descubre “enternecimientos maternos” al hablar de los niños.

Ese haz de artículos que forman *Páginas* nos retratan psicológica y literariamente al Masferrer mozo. Lo vemos luchar con la ignorancia y la injusticia del medio, empuñando el zurriago del satírico, aunque más a menudo la es-

pada del justiciero. No zahiere sin embargo porque sí, inútilmente, con maniqueísmo de neófito, pues su cristianismo le viene en la sangre, a través de una tradición de siglos. Es liberal porque su espíritu es amplio, universalista; pero ya fija la mirada en su pueblo, amenazado por los endriagos de la miseria y de la pobreza. Se revela ya, antes de los veinticinco años, como un paladín de las mejores causas. Como un apóstol cuya prédica vibrante penetra por los intersticios de nuestra doliente realidad. Incluso cuando se entretiene en el artículo costumbrista, salta el moralista, como en "Ashtá" donde nos habla de la muchachita heredo-sifilítica y por antítesis nos hace un lindo elogio de la carne de los niños: "Manjar apetitoso que comemos de mil maneras: a besos, a miradas, estrechándolo, aspirándolo como una flor"²⁷. Aquí es indudable la ascendencia de su modelo Montalvo, que tiene a veces ternezas semejantes en medio de sus cóleras. Y es que, tanto Montalvo como Masferrer, son en el fondo dos sensuales, que

tratan de abroquelarse tras la adustez de unos principios que defienden con brío y pujanza, sobre todo el ecuatoriano. Pero el discípulo no le va a la zaga en su amor a la justicia y se empina en esas sus primeras páginas por alcanzar, siquiera a medias, la figura estatuaría y valiente de su maestro. Cae a veces Masferrer en el empeño, sobre todo cuando repite manidas ideas sobre el genio o como cuando, llevado por ese mismo amor a la justicia, la palabrería lo arrastra. El buen gusto y el ejercicio de la pluma lo curarán más tarde de tales vicios, cuando llegue a adquirir un estilo sobrio, límpido, eficaz para que sus ideas lleguen a todas las mentes. El frenesí de la primera hora, se volverá firmeza, serenidad, palabra suavisadora de maestro que trata de redimir a un pueblo. A las palabras arrebatadas de algunos de sus primeros escritos, sucederá la palabra cuya sinceridad fluye desde las fuentes más hondas de un gran espíritu, lleno de amor por su pueblo, al cual trató de redimir.

NOTAS

- 1 Masferrer, Alberto, *Páginas*, prólogo de Angulo Lewis, San Salvador, 1893, p. 48.
- 2 "La Literatura en El Salvador", *ob. cit.*, p. 51.
- 3 *Ob. cit.*, p. 53.
- 4 "Montalvina", *ob. cit.*, p. 85.
- 5 *Ob. cit.*, p. 80.
- 6 *Ob. cit.*, p. 84.
- 7 "La Literatura en El Salvador", *ob. cit.*, p. 45.
- 8 *Ibidem*.
- 9 *Ob. cit.*, p. 46.
- 10 *Ibidem*.
- 11 *Ob. cit.*, p. 52.
- 12 *Ob. cit.*, p. 47.
- 13 "Historia de mis versos", *ob. cit.*, p. 108.
- 14 "Periodismo", *ob. cit.*, p. 38.

- 15 "Escuelas", *ob. cit.*, p. 63.
- 16 "Zorrilla", *ob. cit.*, p. 25.
- 17 "Montalvina", *ob. cit.*, p. 61.
- 18 "Montalvina", *ob. cit.* (no citada en el índice que antecede a la obra), p. 79.
- 19 *Ob. cit.*, p. 82.
- 20 *Ob. cit.*, p. 83.
- 21 "Niñerías", *ob. cit.*, p. 37.
- 22 "Justicia", *ob. cit.*, p. 116.
- 23 *Ob. cit.*, p. 119.
- 24 "La Literatura en El Salvador", *ob. cit.*, p. 49.
- 25 *Ob. cit.*, p. 50.
- 26 Prólogo, *ob. cit.*, p. X.
- 27 "Ashtá", *ob. cit.*, p. 75.

PANCHIMALCO

Por Alejandro Dagoberto MARROQUIN

CAPITULO IX

NOTAS SOBRE EL FOLKLORE

I. El folklore es la expresión de la sabiduría popular y constituye un venero fecundo de donde se origina y brota constantemente nuestra literatura nacional, nuestro arte y nuestras valoraciones estéticas. El pueblo recibe, asimila y tamiza las diversas aportaciones culturales artísticas que le vienen más allá de sus fronteras y en el laboratorio de sus instituciones sociales, las elabora para lanzarlas después como expresión adecuada de las emociones colectivas. En el folklore nacional encontramos siempre una reserva trascendental de leyendas, de tradiciones, de cuentos, de valoraciones que ningún sociólogo puede menospreciar porque ellos encierran las características del alma nacional. Por eso conviene siempre, en todo estudio de comunidades, llevar a cabo investigaciones especiales sobre el correspondiente folklore pues,

frecuentemente, una leyenda sagazmente seleccionada puede expresar en elegante forma la idiosincrasia de los habitantes mejor que los fríos esquemas del dato sociológico.

En nuestro país carecemos todavía de amplios estudios sobre nuestro folklore nativo; únicamente la acuciosa e inteligente investigadora, María de Baratta¹ en su *Cuscatlán Típico*, ha recogido aspectos extraordinariamente importantes del folklore nacional y sus estudios serán siempre los principios básicos fundamentales sobre los cuales tendrá que desarrollarse la futura actividad de los folkloristas. Debido al carácter sumamente amplio de nuestra investigación, a la gran variedad de temas, así como también al corto tiempo disponible y a la escasez de personal auxiliar técnicamente calificado, no pudimos cubrir debidamente todos los aspectos de la vida de la comunidad. Sin

¹ María de Baratta. *Cuscatlán Típico*, Ensayo sobre etnografía de El Salvador, 1952.

embargo, una brevísima exploración en el ámbito del folklore nos hizo comprender la extraordinaria riqueza de la sabiduría popular existente en el municipio investigado. Modalidades artísticas y tradiciones prehispánicas, combinadas en aparente forma caprichosa con elementos culturales de la colonia, surgieron ante nuestros ojos, sorprendiéndonos por el entrecruce maravilloso de matices y de conceptos artísticos, que reflejaban la fuerza pujante del sentido estético de un mundo, el indígena, que al unirse con el caudaloso río cultural de los españoles, cobró vigor inusitado e irradió espléndidamente en una serie compleja y dinámica de sutiles valoraciones.

II. En Panchimalco la población indígena acostumbraba vestir en forma típica según usos tradicionales impuestos por los sacerdotes católicos, a partir de la etapa colonial. Este vestido era frecuente entre las “panchitas” hasta hace aproximadamente unos 20 años; últimamente, con la carretera y con el mejoramiento de los medios de transporte que facilitan los viajes a San Salvador, el vestido típico de los indígenas ha ido desapareciendo, para ser sustituido por amplios vestidos de color blanco y falda larga. Sin embargo, el vestido típico aún se conserva entre las personas de cierta edad en la villa y, en general, entre las mujeres que habitan en los cantones. Este vestido se caracteriza en primer lugar por su abundante colorido y requiere además el aditamento de un peinado particular el cual, especialmente en las panchitas jóvenes, da al rostro una singular gracia ingenua que es su mayor atractivo. Por eso no es de extrañar que muchos de nuestros pintores hayan buscado en los episodios vernáculos de los indígenas de Panchimalco, motivos para su inspiración. El Ing. Fonseca² en sus Monografías Departamentales de 1914, cuando describía el Municipio de Pan-

chimalco se sintió impresionado por el vestido típico de las mujeres y trató de darnos su descripción; desgraciadamente confundió los elementos típicos de Panchimalco con los elementos típicos de los vestidos indígenas de Izalco y Nahuizalco. De ahí que su descripción no pueda servirnos de base en el presente trabajo. Los vestidos y peinados que observamos en las mujeres de Panchimalco se presentan en la forma siguiente:

Peinados: Las ancianas, siempre apegadas a la tradición, usan el denominado “rollete”, que consiste en trenzas enrolladas en la cabeza a manera de un “yagual”; las nuevas generaciones especialmente las muchachas, llevan en la actualidad peinado de trenzas sueltas.

Camisas o Blusas: Las camisas o blusas típicas llevaban el nombre nahuatl de “huipil” y eran usadas por las indígenas solamente para ciertas ceremonias religiosas como por ejemplo, para asistir a la procesión del Santo Entierro; ordinariamente las mujeres indígenas no usaban ninguna ropa que les protegiera el busto, pues se cubrían con naguas que les llegaban hasta la cintura; como la exhibición de los senos era considerada por los sacerdotes como algo inmoral, éstos realizaron campañas en contra del no uso del huipil y, algunos sacerdotes acostumbraban recorrer las calles de Panchimalco con un látigo en la mano y a la india que encontraran con el busto desnudo, la castigaban a latigazos. La campaña de los sacerdotes por un lado, y los abusos deshonestos que las gentes que llegaban de San Salvador cometían sobre las indígenas púberes, culminó finalmente con el uso cotidiano de las camisas o blusas. Las blusas típicas están hechas de tela plaza, es decir, de una tela que antiguamente se llamaba de manta, coloreada. Las blusas pueden ser de distintos colores; y son de escote bastante pronunciado, alrededor del cual aparecen adornos geométricos, de

2 Pedro S. Fonseca. Monografías Departamentales, 1914.

forma predominantemente triangular hechos con listones de seda de variados colores. Los colores de estos listones son escogidos de acuerdo con el gusto de cada persona. Pegado a estos listones la blusa presenta unas lazas hechas también de listones de color. La blusa lleva además un revuelo bastante grande hecho de la misma tela. Las mangas terminan en un revuelito hecho de encaje con adornos lineales de listones de seda de cualquier color. Además en las mangas se hacen pequeñas alforzas. El conjunto es realmente gracioso y revela el sentido artístico y la paciente elaboración que las indígenas han dedicado a esta prenda de vestir.

Otro tipo de blusa es el que se hace con una tela que se llama cambray y es de color blanco; la blusa lleva en el cuello un encaje de color amarillo, luego en forma circular, tres listones de seda de variados colores; después de dichos listones hay otro encaje de color amarillo que corresponde al encaje que adorna las mangas de la blusa. En el encaje que lleva la blusa en la pechera, van unas lazas de listones de seda de color rojo. En la parte de en medio y abajo de la blusa se llevan adornos hechos de lana de los colores que se deseen. Las mangas además del encaje de color blanco o amarillo llevan un metido de listón de color, con los mismos adornos hechos de lana. Esta blusa es más llamativa que la anterior, pues el fondo blanco hace resaltar la policromía de los adornos. Aunque también tiene mucha gracia y atractivo, tal vez tenga mayor valor estético la que primeramente hemos descrito, precisamente por su mayor austeridad.

Naguas o faldas: La falda es de nagüilla cuadriculada y en la parte de abajo lleva un revuelo bastante ancho; después de ese revuelo lleva unos metidos de hilo de colores. En la parte superior de la falda está la cintura hecha de una tela gruesa distinta de la del resto de la falda; luego la falda lleva unos dibujos que reciben

el nombre de "arquillos", que son de variados colores hechos de hilo; el primer dibujo, es más grande que el segundo. El más grande es el que va pegado a la cintura. La falda lleva además dos pretinas que se amarran con unos listones de la misma tela de la falda; la falda en general es muy ancha y va unida por lienzos; tiene una anchura de cuatro a seis yardas. La tela de las faldas es hecha a mano en los malacates, por las mismas indias.

Paños: Los paños son como especie de pañuelos grandes que usan las panchas en la cabeza a manera de rebozo. Los paños son tejidos también en esta villa por personas que tejen los hilos de seda, por cuyo motivo se acostumbra designar a esta prenda como "paños de seda". Los paños presentan una extraordinaria gama de varios colores combinados en figuras cuadriculadas, con coloraciones unas veces intensas y otras veces suaves y delicadas en sus matices y constituye la prenda más cara de toda la ornamentación femenina. Las personas que saben tejerlos están desapareciendo en Panchimalco por cuyo motivo los paños se conservan con mucho cuidado en los hogares y, cuando alguien trata de comprarlos, tiene que pagar precios bastante altos. En general, las panchas usan poco el rebozo y hay una tendencia a sustituir el paño por toallas que se colocan sobre la cabeza de igual manera que los paños.

El vestido de los indígenas ha evolucionado con más rapidez que el vestido de las mujeres; puede explicarse esto por el hecho de que el hombre está en contacto directo con las estructuras económicas, las cuales han variados notablemente desde la etapa colonial hasta nuestros días, en tanto que la mujer indígena, con excepción de aquellas que van a vender productos a San Salvador, no han tenido prácticamente mayores variaciones en su vida hogareña, desde la colonia hasta la actualidad.

III. Los cantos populares se originan de tres fuentes principales: 1º Los cánticos de tipo religioso (alabados, pastorelas, etc.); 2º Los cánticos de origen popular indígena o español, entre los cuales se destacan los villancicos, romances y baladas, coplas, etc.; y 3º Los cantos populares contemporáneos en los cuales se entremezclan los tangos argentinos con los bambucos caribes y las canciones rancheras mejicanas.

Los cánticos de carácter religioso que pudimos escuchar no tenían aspecto original y eran en realidad cánticos que se entonan en todas las iglesias del país. Por vía de ejemplo copiamos la primera estrofa del cántico titulado "Vía Crucis":

*"Perdón Jesús mío,
perdona mi pecado,
con él he renovado
ingrato, tu pasión.
El hijo del Eterno
de espinas coronado
a muerte es condenado
cual pérfido traidor;
y yo con nuevas culpas,
con nefandos delitos
pedí la muerte a gritos
de Dios mi salvador".*

El Viernes Santo suelen entonar los feligreses el siguiente:

HIMNO A LA CRUZ

*"Venid pecadores al pie de la cruz
al pie de la cruz,
a adorar la sangre
de mi buen Jesús.
Ya murió Jesús
entre mil dolores,
venid a la cruz,
venid pecadores.
Tiembla ya la tierra,
el sol se oscurece,
la natura entera
sus leyes suspende;
el costado augusto
un soldado lestonó,*

*con aguda lanza,
sangre y agua dio."*

Por regla general estas canciones son de carácter sombrío y ponen en juego las valoraciones emotivas propias del catolicismo en las cuales desempeñan papel destacado, la muerte alevosa de Cristo, la infamia del pecado y la dolorosa cólera de Dios. Con dificultad encontramos entre estos cánticos sagrados alguno que tuviera mayor ternura y una incitación al amor y al optimismo; estas características la tiene la "Plegaria a María", cuyas dos últimas estrofas son las siguientes:

*Tu nombre será antorcha
cuyo fulgor ahuyente
de mi apocada mente
la lobreguez letal.
Tu nombre augusto cierre
mis labios en la muerte
y pueda luego verte
allá en la eternidad.*

Posiblemente los españoles entonaban romances y baladas en sus horas de nostalgia cuando añoraban el suelo natal. En el proceso de los tiempos, la mayor parte de estas canciones se han perdido por completo quedando vagos recuerdos en el seno de las familias ladinas. Por ejemplo, en una de estas familias, una niña de 15 años quiso cantarnos un romance que su abuelo la había enseñado "cuando ella era muy chiquita", pero no pudo pasar más allá del primer verso que decía así:

*"mal la jubistes, franceses en Rosa de
[Valles"*

que es, evidentemente una versión deformada del romance viejo citado por Cervantes en el Quijote y que dice así: "Mala la hubiste, franceses en Rosenthalles". Desgraciadamente la jovencita no pudo recordarse de los versos sucesivos y el romance quedó trunco, dejándonos maravillados al pensar cómo

pudo persistir, en el seno de una comunidad indígena, un romance que fue cantado en España hace más de seis siglos. La jovencita para consolarnos de nuestro desencanto entonó entonces una balada española del siglo pasado que empieza así:

*“Dónde vas Alfonso Doce,
Dónde vas triste de ti, etc.*

Lo característico en este caso es el hecho de que sean las familias ladinas las que conservan la tradición de los romances y baladas españoles; pero en cambio, en las familias indígenas, aunque no exclusivamente, abundan los villancicos y las coplas; los villancicos son cantados únicamente por el tiempo de Navidad y se caracterizan por su gran ternura y por falta completa de todo aspecto sombrío y pesimista. Entre estos villancicos hemos escogido los siguientes:

VAMOS, PASTORES, VAMOS

*Vamos, pastores, vamos,
vamos a Belén
a ver a aquel niño
en gloria de edén;
a ver a aquel niño
en gloria de edén,
la gloria de edén,
la gloria de edén.
Oh! qué precioso niño,
yo me muero por él;
sus ojitos me encantan,
su boquita también.
El padre lo acaricia,
la madre se ve en él
y los dos extasiados
contemplan aquel ser,
contemplan aquel ser.
Es tan lindo el chiquito
que nunca podrá ser
que su belleza copien
el lápiz ni el pincel;
pues el Eterno Padre
con inmenso poder,
hizo que el hijo fuera*

*inmenso como El,
inmenso como El.*

NOCHE DE DIOS

*Noche de Dios, noche de paz,
claro sol brilla ya
y los ángeles cantando están
gloria a Dios, gloria al rey eternal,
duérmete niño Jesús,
duérmete niño Jesús.*

*Noche de bien, noche de paz,
canta alegre el zagal,
nace Dios en un portal;
la María sonríe en su faz;
duérmete niño Jesús,
duérmete niño Jesús.*

*Noche de paz, noche de amor,
todo duerme en derredor;
sólo velan mirando la faz
de su niño en angélica paz,
José y María en Belén,
José y María en Belén.*

*Noche de paz, noche de amor,
en los campos el pastor
coros celestes proclaman salud
gracias y glorias en su plenitud
por nuestro buen Redentor,
por nuestro buen Redentor.*

*Noche de paz, noche de amor,
contemplaste cual resplandor
luce el rostro del niño Jesús,
en él percibe del mundo la luz,
astro de terno fulgor,
astro de terno fulgor.*

Existen en Panchimalco costumbres de carácter romántico; los muchachos suelen cantarles o decirles “bombas” a las muchachas cuando están de novios; el lugar preferido para estas expansiones lo constituye el río, aprovechando la oportunidad en que las muchachas van a lavar la ropa. A estas canciones se les llama en el lenguaje vernáculo local, “chuscos”, de los cuales damos algunas muestras a continuación:

PALOMITA SI TO SOPIERAS

*Palomita si to sopieras
que por ti me estoy muriendo,
ay! por Dios me estoy muriendo;
que me mata un sentimiento.*

*En la punta de tus chichitas
me posiste una avanzada.
Cuando más te estoy queriendo
me tocaste retirada.*

BOMBA CHUSCA

*Las muchachas son como las tertulias,
apenas les dicen adiós,
van parando la colita.
Las viejas hieden a zorra
y los viejos a tacuazín.*

CANCION

*Anoche soñando con to hermosura
qué penas tan doras que sufrió mi amor.
Me fui a tu casa, no te fallé;
taba to cama y me acosté,
pero más con gusto voy a morir.
Echale llave a tus puertas
y aldaba a to corazón,
si están las puertas abiertas
colpa no tiene el gurrión.
Dicen que en la mar se jontan
las aguas de todos los ríos;
cómo no se han de jontar
tus ojitos con los míos.*

CANCION

*El domingo la conocí
el lunes ya platicamos,
el martes la entré a pedr,
el miércoles nos casamos;
el jueves le di de palos;
el viernes agonizó;
el sábado se morió
y el domingo la enterramos.*

CANCION

*Sos palomita blanca de pecho adorado;
dime si me quieres o me has olvidado?
a los tres y cuatro tiros*

*cacé unas jaibas pensando
que estaba conmigo a solas
durmiendo en ricos colchones,
cara raspada, cacho cernido,
queste molino no muele trigo,
porque los dientes se le han caído;
ponele cuernos a tu querido
ya que por borro le ha sucedido.*

BOMBA

*No sos clavel, ni sos rosa
ni sos clavo de comer,
sos azucena hermosa
cortada al amanecer.*

Como puede apreciarse resalta la ingenuidad de las coplas y canciones anteriores en las cuales con pensamientos no muy originales, se expresan sentimientos propios de la comunidad, incluyendo en ellos aspectos típicos de la vida de Panchimalco. También forma parte de este interesante sector del folklore, el conjunto de "historiantes" que durante las grandes fiestas religiosas realiza sus actuaciones en el atrio de la iglesia, para rendir homenaje al santo de la comunidad. Frecuentemente son conjuntos de jóvenes campesinos provenientes de los cantones, los que llevan a la práctica los famosos bailes de los historiantes. Estos bailes pueden clasificarse en dos: los más conocidos de todos y que se designan con el nombre de "moros y cristianos" y el baile de los "chapetones". En realidad con el nombre de moros y cristianos se escenifican determinados romances españoles que recordaban las luchas del pueblo ibérico en contra del imperio de la media luna; adaptándolos desde luego al ambiente indígena y forzando a los personajes a aludir a los problemas surgidos con la conquista de América y la colonización, con notable anacronismo, toda vez que las pugnas entre moros y cristianos a que aluden los romances, tuvieron lugar varios siglos antes del descubrimiento de América. La distribución de los personajes

casi siempre es arbitraria y carece, en muchos casos, de base histórica. Son varios los argumentos que, copiados a mano, existen en poder de algunas personas especializadas en preparar historiantes. Estas personas se saben casi de memoria los libretos correspondien-

tes y su música y, mediante un pago convencional, se trasladan a los cantones con el objeto de hacer ensayar a los participantes de la danza, con uno o dos meses de anticipación, su presentación en la iglesia.



NOTAS SOBRE LIBERALISMO

Por Julio Fausto FERNANDEZ

Para desentrañar las más hondas raíces teóricas del liberalismo tendríamos que remontarnos hasta los sofistas, pues aquellos filósofos de mentalidad crematística que escandalizaron a la Grecia del siglo IV antes de Cristo enseñando el arte de la discusión a los jóvenes ricos, no por amor a la verdad ni con propósitos culturales, sino por el exclusivo afán de lucro, fueron los precursores de muchas teorías que andando el tiempo habrían de tomar cuerpo en la doctrina liberal. No me ocuparé de este aspecto del asunto porque el liberalismo, más que la expresión intelectual de una doctrina, es un sistema de creencias profundamente arraigadas en la conciencia popular: una postura a la vez intelectual y afectiva frente a la naturaleza, a la sociedad y al hombre. Dicho en otra forma: el liberalismo es, ante todo, una ideología que ha influido decisivamente durante los últimos doscientos años sobre el desarrollo moral del mundo. Además de eso, el li-

beralismo es la manifestación económica, política y social de un fenómeno histórico de alcances culturales dilatados, cual es la paulatina des cristianización y el gradual alejamiento de Dios padecido por nuestra Civilización, durante los últimos cinco siglos.

La Iglesia Católica, como afirma Toynbee, fue la crisálida dentro de la cual, durante el período comprendido entre los siglos VII y XV de nuestra era, se fue desarrollando gradualmente la que con toda justicia el citado historiador inglés llama Civilización Cristiana de Occidente. En efecto: el papado fue su institución maestra; San Benito, San Gregorio Magno y Gregorio VII fueron sus grandes constructores; las órdenes monásticas, las universidades medievales y las corporaciones, constituyeron su floración más delicada; San Agustín y Santo Tomás de Aquino, fueron sus máximos filósofos; Dante fue su más alto poeta; San Francisco de Asís, su cabal expresión

humana; el bien común de la cristianidad, su mayor anhelo, y la doctrina de Cristo su fuente de inspiración. Pero, a partir del Renacimiento, esa civilización, obra de los cristianos, comenzó a trasladar su interés del Creador a la criatura: se olvidó gradualmente de Dios y concentró todas sus energías en lograr para el ser humano un progreso técnico en el que cifró sus esperanzas de felicidad. Dicho en otras palabras, en la Epoca Moderna de su historia, nuestra civilización puso los valores materiales y terrenos por encima de los valores espirituales y eternos, sin percatarse de que al renegar de su esencia cristiana se negaba a sí misma y corría el riesgo de convertirse en algo completamente distinto: en una civilización materialista y anticristiana, en cuyos oídos el precepto de "amaos los unos a los otros" suena como una expresión absurda, totalmente extraña a sus más íntimas aspiraciones. El proceso histórico de abandono gradual del cristianismo por parte de nuestra civilización, dentro del cual surge la doctrina liberal, consta de tres grandes etapas o "momentos", según el decir de Maritain:

"En un primer momento (siglos XVI y XVII), en que la civilización prodiga sus mejores frutos, olvidándose de las raíces de donde la savia asciende, se piensa que tiene que instaurar, por la sola virtud de la razón, un cierto orden humano, que es entonces aún concebido de acuerdo con el estilo cristiano heredado de las edades precedentes; estilo que va siendo forzado y comienza a viciarse. Este es el momento *clásico* de nuestra cultura, el momento del naturalismo cristiano.

"En un segundo momento (siglos XVIII y XIX), se ve que una cultura que se mantiene separada de las supremas medidas sobrenaturales tiene que tomar, necesariamente, partido contra ellas; se le pide entonces (a la civilización) que libere al hombre de la superstición de las religiones reveladas y

que abra a su bondad natural las perspectivas de una seguridad perfecta, debida al espíritu de riqueza que ha acumulado los bienes de la tierra. Es el momento del optimismo racionalista (el momento en que surge el liberalismo), el momento *burgués* de nuestra cultura, del que apenas estamos saliendo.

"Un tercer momento (siglo XX), es el de la inversión materialista de valores, el momento *revolucionario*, en que el hombre poniendo decididamente su fin último en sí mismo y no pudiendo soportar más la máquina de este mundo, emprende una guerra desesperada para hacer surgir, de un ateísmo radical, una humanidad completamente nueva¹."

Este es el cuadro que enmarca al liberalismo. Veamos más de cerca, a continuación, cuáles son sus dogmas principales.

•

Restringiendo este estudio a los aspectos económicos, se puede afirmar que las primeras manifestaciones de la ideología liberal en el campo de la Economía Política aparecieron en Francia a finales del siglo XVIII, en las doctrinas de los FISIOCRATAS; continúa después con los grandes economistas ingleses de la escuela de David Ricardo, de Adán Smith y de Malthus, y llega hasta nuestros días con los neoliberales Robbins, Roepke, Lippmann y Mises, entre otros.

Las doctrinas económicas de los fisiócratas surgieron en medio del bullir de ideas que se conocen con el nombre genérico de ILUSTRACION, el cual fue un movimiento cultural de carácter naturalista y racionalista, pues al mismo tiempo que rinde un culto casi pantéista a la naturaleza, pretende dominar con las solas fuerzas de la razón humana el conjunto de problemas que

1 Maritain, Jacques. *Humanismo Integral*. Ed. Erejilla, Santiago de Chile. 1947. Páginas 41 y 42.

atañen al hombre. Los enciclopedistas franceses son también expresión de esa nueva actitud frente al universo y al hombre que comenzaba ya a predominar a fines del siglo XVIII, pero que alcanzó su apogeo en el siglo XIX.

El término FISIOCRACIA que acuñó Du Pont de Nemours para titular una obra suya que se hizo célebre, procede del griego PHYSIS, equivalente a naturaleza o Natura, como decían los románticos en sus arrobamientos panteístas. El libro de Du Pont fue publicado en 1767 y lleva un largo título que puede ser traducido al español, en la siguiente forma: PHYSIOCRACIA, O CONSTITUCION NATURAL DEL GOBIERNO MAS VENTAJOSO PARA EL GENERO HUMANO. Esta obra se convirtió en el evangelio de los fisiócratas y está precedida por un dístico escrito en latín por el jefe de la escuela, Francisco Quesnay, en cuyos dos versos están sintetizadas todas las ideas de los fisiócratas que, a la vuelta de medio siglo, habrían de llegar a constituir el fundamento filosófico del liberalismo. Una traducción más o menos literal del famoso dístico de Quesnay, es la siguiente:

“De la naturaleza proviene lo justo,
(el orden y la ley.

Del hombre proviene lo arbitrario,
(lo despótico y la coacción.”

Meditando sobre el contenido de estos versos, se puede descubrir con facilidad, entre otras, las siguientes ideas principales: a) La naturaleza es la causa primera de la justicia y del orden. b) El orden, todo orden, tanto el que reina en el universo físico, como el que reina en la sociedad y el que reina en el universo moral interno del hombre, proviene de la acción de las leyes de la naturaleza o leyes naturales, que son las leyes por excelencia. c) El concepto de leyes naturales es contrapuesto en forma antitética al concepto de leyes jurídicas o leyes creadas por el hombre: las primeras son justas y pro-

ducen el orden, las segundas son arbitrarias, se imponen por medio de la coacción y conducen al despotismo. d) Seguir los impulsos naturales del propio interés es obrar conforme al orden de la naturaleza, entorpecer esos impulsos por medio de preceptos jurídicos o morales significa caer en el despotismo. En consecuencia: mientras más libremente obren las leyes de la naturaleza y menos interfieran esa acción las leyes creadas por los hombres, mayor será el grado de bienestar que obtengan tanto la sociedad como los propios individuos.

Los anteriores pensamientos se deducen del dístico de Quesnay directamente y sin mayor esfuerzo analítico, pero en él están implícitas otras conclusiones que, poco tiempo después, habrían de ser enunciadas por diversos pensadores, tales como las que siguen: Las leyes, en el sentido jurídico de la palabra, constituyen una interferencia arbitraria de los hombres en el recto orden creado por la naturaleza; para que sea menor el despotismo que necesariamente lleva consigo esa interferencia arbitraria, es preciso, por una parte, que la ley jurídica sea producto de un convenio libremente pactado por los hombres y, por otra, que se limite a regular los aspectos indispensables a la buena marcha de la sociedad, dejando la mayor autonomía posible a la libre iniciativa de los particulares. En política estos postulados condujeron a la siguiente consecuencia que encierra la esencia del liberalismo: “la mayoría conviene, y esto es la ley”; en economía dieron lugar a la célebre fórmula que sintetiza la actitud del Estado liberal: “dejar hacer, dejar pasar”.

A mi juicio, el dogma fundamental del liberalismo se puede enunciar diciendo: la naturaleza, obrando por medio de las leyes naturales, conduce siempre a lo mejor, a lo mejor para el individuo y a lo mejor para la sociedad. Cabe, entonces, preguntarse: ¿cuál es, en

el terreno económico, la manera natural de obrar del hombre? A esta pregunta contesta el liberalismo diciendo que buscar su propio interés es el fin económico natural del ser humano. De aquí se deduce que la sociedad debe asegurar la máxima esfera de libertad posible al individuo, a fin de que, guiado por su propio interés, busque el mayor provecho posible. Ahora bien —sigue razonando el liberalismo—, como la sociedad es un conglomerado de individuos, el interés social es la suma de los intereses individuales, de donde se deduce que el hombre al perseguir su propio provecho persigue, a veces sin saberlo pero siempre de un modo efectivo, el provecho de la colectividad. La libertad es, por consiguiente, un medio para obtener el máximo provecho o, hablando en términos económicos, el máximo lucro.

El liberalismo económico, al proclamar como principio central que la tendencia natural del actuar humano es el propio interés, desemboca necesariamente en el individualismo político. En efecto, se afirma que todo fenómeno económico tiene por causa eficiente en las acciones que persiguen el interés del individuo y que la lucha entre los diversos intereses individuales debe ser libre, porque se supone que la libre lucha de los diferentes intereses particulares redundará necesariamente en el máximo interés común. Sin embargo, la libre lucha de los intereses individuales debe tener un árbitro que garantice la libertad de los contendientes, ese árbitro es el Estado-policía liberal.

Las anteriores premisas sirvieron de fundamento al programa económico del liberalismo, el cual, a su vez, dio nombre a todo el complejo conjunto de ideas morales, políticas, económicas y sociales que acabo de bosquejar. Ese programa se puede resumir en la siguiente forma: libertad para adquirir, aumentar y disponer de propiedad privada; libertad para producir todo aquello que pueda ser causa de lucro;

libertad de trabajo, de locomoción y de elección de profesión u oficio; libertad en la contratación de las condiciones de trabajo y en todo otro contrato; libertad de testar; libertad de circulación de mercancías y capitales; y libertad de asociación mercantil.

Durante el siglo XIX mucha gente creyó —y aún hay quienes sigan compartiendo esa creencia— que el fin del liberalismo era la libertad: libertad política, libertad de conciencia, libertad de contratación, libertad de poseer y libertad de comerciar. ¡Tremendo error! Para el liberalismo la libertad es solamente un medio para el enriquecimiento. El verdadero fin del liberalismo es la riqueza, entendida como acumulación de bienes materiales, los cuales considera indispensables para el bienestar y para la felicidad del hombre. No podía ser de otra manera, puesto que para el liberalismo la economía constituye la esencia de la vida social y en ella impera de manera absoluta el fin de lucro, el interés individual. El liberalismo afirmó que sólo por medio de la posesión de la riqueza obtiene el hombre su felicidad y, como consecuencia, la riqueza, el progreso y la felicidad del conglomerado social de que forma parte. Pero al propugnar por la libertad como medio para obtener su verdadero fin, que es la riqueza, el liberalismo impulsó el predominio de una visión del universo y de una concepción de la vida mucho más generales que su propio lema político de libertad, igualdad y fraternidad. La cosmovisión liberal, lo mismo que su concepto de la vida, se caracterizan, ambos, por considerar el fin económico como la suprema finalidad de todo pensar y de todo obrar humanos. En la tabla de valores morales del liberalismo el valor económico, la riqueza, ocupa el lugar predominante, el lugar más elevado. Se dice que un padre dio a su hijo el siguiente consejo: “Haz dinero; honradamente si puedes, si no, haz dinero”. Puede que en la vida real ningún padre haya lle-

vado su cinismo al grado de dar a su propio hijo un consejo semejante, pero es lo cierto que esa máxima expresa claramente la nueva mentalidad, la nueva ideología creada e impuesta por el liberalismo. El predominio absoluto de la finalidad económica conduce forzosamente a desligar la actuación del hombre liberal de toda ordenación a los valores éticos y espirituales que rigen la parte superior y más noble del ser humano. Hay aquí, como se ve, un crudo materialismo moral, pues las finalidades económicas, que por su misma naturaleza sólo pueden regir la parte concupiscible del alma humana, son puestos deliberadamente en la parte más alta de la escala de los valores morales. El hombre liberal, *homo oeconomicus* por excelencia, es un ser mutilado, no sólo porque olvida que además de productor es padre amoroso, hijo agradecido, patriota leal, feligrés fervoroso, amante de la verdad y presunto artista, héroe o santo, sino, principalmente, porque ignora lo mejor de sí mismo: su vocación espiritual a un destino eterno. Así nació y se apoderó del mundo moderno ese particular estado de conciencia, esa mentalidad que invariablemente obra bajo el supuesto de que la única finalidad o, por lo menos, el fin preponderante del hombre es el poseer medios económicos de vida, sin preocuparse de que tales medios puedan servir para otra cosa que para obtener una creciente comodidad material. El consejo liberal, sed libres, se ha trocado poco a poco en este otro: obtened bienes económicos, sea como sea.

A tal grado la mentalidad liberal nos ha impuesto la idea del éxito económico como suprema medida de toda actividad humana, que hoy nos resulta difícil concebir otra norma de acción: los hombres consagrados en forma desinteresada al cultivo de la ciencia; los artistas apasionados de su arte por puro afán de belleza; los filósofos enamorados de la verdad; los caballeros andantes que en todo tiempo, con o sin órde-

nes de caballería, impulsados tan sólo por la justicia han defendido a los oprimidos y a los huérfanos y a las viudas; los héroes que en total desprendimiento han ofrecido sus vidas por ideales que consideraban superiores a todo interés económico y los santos que dejaron el mundo con todas sus riquezas para entregarse a Dios en el martirio o en la práctica de la virtud, aparecen allá en el fondo de nuestras conciencias como seres absurdos, desequilibrados o, cuando menos, fuera de lugar; por eso cuando buscamos un modelo para nuestro obrar no será la figura de alguno de ellos la que nos servirá de paradigma.

El liberalismo como doctrina política y aun como teoría económica está hoy en crisis, pero la mentalidad liberal ha calado tan hondo en las conciencias modernas que, en cierto sentido, son liberales tanto el capitalista que se desvive por las ganancias, como el comunista que entona himnos a la producción: uno y otro tienen la misma confianza en la fecunda bondad intrínseca del dinero. Como es natural, este fenómeno se puede apreciar más fácilmente en el plano económico, pues allí es fácil comprobar que la economía comunista, al igual que la capitalista, tiene como finalidad suprema el postulado liberal de la acumulación de riquezas. Permítaseme ilustrar estos conceptos con una brillante página del Reverendo Padre Jean Villain, S. J., profesor del Instituto Católico de París, en la cual inclusive los paréntesis aclaratorios son del citado autor:

“La empresa moderna (soviética o capitalista) está dominada por la noción de *rentabilidad*; su primera preocupación es la de remunerar el capital invertido y de remunerarlo lo mejor posible, de donde se deduce la preocupación constante de establecer y de mantener un margen suficiente entre el precio de venta y el precio de coste; y uno de los medios residirá en la comprensión cada vez más fuerte del precio de coste.

"Este concepto presenta ventajas e inconvenientes:

"La ventaja de que entraña una búsqueda perpetua de un rendimiento mayor, es decir, de una organización mejor del trabajo y, finalmente, de una economía en el esfuerzo humano: la ventaja, económica también, porque tiende a crear el máximo de riquezas con las cantidades de trabajo y de capital de que se dispone. Por tanto, en definitiva, las ventajas de promover al máximo el bien general.

"El inconveniente de que las empresas, que están concentradas en la rentabilidad, estén en peligro de ver a los trabajadores que trabajan para ella convertidos, poco a poco, en máquinas de una naturaleza especial, de la que se busca obtener el máximo rendimiento disminuyendo todo lo posible sus gastos de entretenimiento (es decir, a conseguir el mayor trabajo posible por el salario más bajo posible). Y si el patrono no tiene preocupaciones humanas, el sistema pesará de muchas maneras sobre la vida de la empresa; la necesidad de remunerar el capital preocupará a cada instante. El trabajador no será más que un abastecedor de mano de obra. La empresa tenderá a tomar *la figura inhumana de un capital en trabajo*."

La gran presión que la mentalidad liberal ejerce todavía sobre las conciencias individuales, nos impide concebir una empresa que no tenga por objeto la *rentabilidad*, pero la historia demuestra que los talleres artesanales de la Edad Media cumplían su función económica persiguiendo un objetivo más noble, cual es, el bien común de la ciudad temporal o comunidad política. Ello era posible gracias al conjunto de reglas corporativas que tenían por fina-

lidad hacer que los talleres fuesen administrados de acuerdo con las exigencias del interés general. Este principio rector de la economía es diametralmente opuesto a los postulados del liberalismo. El gran mensaje que contenía la encíclica *Quadragesimo anno*, era precisamente ése: una exhortación a todos los cristianos a organizar las empresas dentro de un nuevo y más perfecto orden corporativo que el que imperó en la Edad Media y en el cual el propósito de rentabilidad de la empresa estuviese subordinado al supremo interés del bien común: las personas antes que las cosas; los valores espirituales antes que los materiales. Pero a la oportunidad de realizar un ideal semejante, como lo reconoció melancólicamente más tarde Pío XII, quizá hoy haya pasado ya para siempre.

Por último, quiero recordar que así como hoy, a causa de la mentalidad liberal, predomina el afán de riquezas como supremo motor de la vida social y en la Europa de la Edad Media, por causa de la mentalidad cristiana, predominó el deseo de servir al bien común, así también en otros pueblos y en otras épocas han predominado otros impulsos, como el guerrero en la Macedonia de Filipo y de Alejandro; el de la virtud personal en la Grecia de Sócrates, Platón y Aristóteles; el religioso, como en los mejores tiempos del pueblo judío; el del patriotismo, como en la primitiva república romana y el de lo jurídico en la edad de oro de su Imperio. Esto quiere decir que la concepción general del universo que nos legara el liberalismo, no es la única posición que frente a la vida podemos asumir.

San Salvador, Septiembre de 1961.

2 Villain, Jean. *La Enseñanza Social de la Iglesia*. Ed. Aguilar. Madrid. 1957. Pág. 421.

Alberto Masferrer, Francisco Gavidia y Juan Coito

Por José Salvador GUANDIQUE

ALBERTO MASFERRER

Le llamamos pensador, mas su pensamiento es multiforme. Pertenece al grupo escogido de los que se atreven a pensar desordenadamente o intesamente. El afán de horizontes magnetizó el clima de sus escritos y lo volvió desconcertante y huidizo. Espíritus críticos lo han tenido por contradictorio. No admito semejante calificativo, porque si bien estimo el principio de contradicción como evidente en muchos escritores, se me hace imposible aplicarlo a personas del tipo de Alberto Masferrer.

Según la clasificación hartmanniana pondríamos a Masferrer entre los pensadores problemáticos. Aquellos que ven al mundo no como un repertorio de soluciones sino como una intrincada maraña de preguntas. Para ellos todo —el cosmos o la hormiga— plantea un problema. Y van así lanzando interrogaciones a los hombres o a los astros.

La obra de Masferrer, puede observarse desde dos ángulos fundamentales: su Cosmogonía y su Sociología. Y sobre ambos, radical y angustioso, el misterio de Dios.

La cosmogonía masferreriana está en las Siete Cuerdas de la Lira. Alterna el pensador con el poeta. Aparecen —semiveladas— resonancias orientales, tal vez porque el Oriente, por lo que de orientales tenemos los hispanoamericanos, es patria de cosmogonías. . .

El hombre frente al mundo pretende explicarlo, arrancarle su esencia, sorprender sus arcanos. Tal fue la actitud del pensamiento cosmológico griego antes de que Sócrates al descubrir la razón, cambiara mediante su humanismo crítico, el giro de la mentalidad helénica. Masferrer se coloca ante las cosas con intento exhaustivo y, por ello, emprende la marcha hacia el principio cronológicamente inevitable: "NADA es aquella sustancia única y total que llenaba el abismo antes de que fueran

los mundos". En esa NADA —concebida en sentido metafísico y no cual simple negación del ser— nacen, al influjo del pensamiento divino, dos fuerzas antagónicas: una vital, que trata de multiplicarse, y otra unitaria, que trata de identificarse. La primera tiende a la quietud, la segunda a la movilidad. La pugna entre ellas —recordemos a Zoroastro— constituye el *caos*.

El *caos* va transformándose incesantemente hasta que aparece la luz o el ether. Esta, bajo la doble influencia de las fuerzas unitaria y vital, deviene Cosmos. Tal el paso masferreriano del caos al Cosmos. De lo heterogéneo a lo homogéneo. De lo disperso a lo continuo.

El Cosmos florece entonces en siete vibraciones fundamentales: Tierra, Agua, Aire, Fuego, Energía, Atracción y Luz. Estos Fluidos son "formas de movimiento", vibraciones del éter, "las 7 Cuerdas de la Lira Divina, en la cual un artista supremo tañe la sinfonía del Universo."

Estos elementos —combinados en distintas magnitudes— producen y existen en todos los seres. Se conocen por sus manifestaciones conexas. Al decir, por ejemplo, "fuego", evocamos colores rojos y elevadas temperaturas.

La exposición anterior rememora a los cosmólogos, cuyas doctrinas sintetizara magistralmente Empédocles, con sus 4 elementos; las fuerzas unitaria y vital, trasuntan mecanicismo antiguos. Elementismo y mecanicismo parecen ser los rasgos de la Cosmogonía masferreriana. Pero hay algo más: Siempre me he rebelado contra la tesis que limita la investigación cosmogónica en un simple esquematizar las cosas que nos rodean. El cosmogónico busca, en apariencia, el mundo. En realidad, se busca a sí mismo. Su lucha por explicar la naturaleza lo es también para su personal esencia. De allí que se pase de la Cosmogonía a la Antropología con ritmo espontáneo. Y Masferrer pasa del cosmos al Hombre. De lo que nos ro-

dea a lo que es nuestro. De lo circundante a lo circundado.

Concebimos —dice— la forma del hombre y la de todo ser viviente compuesta por el Cuerpo o substancia material, del Alma o substancia anímica y de la Mente o substancia lumínica. El cuerpo implica lo material, lo sensible, lo empírico. La animia compendia un anhelo, una voluntad, una aspiración. Tiende a crear —en forma autónoma— su propia vida. Ese impulso por vivir denota un carácter diferencial del hombre. En el proceso cósmico lo vemos afirmarse paulatinamente. Así supervive. Así deviene. En este tema nuestro autor nos hace pensar en el vitalismo de Bergson.

La antropología de Masferrer —que se acerca, por la animia, al movimiento continuo e inmanente de la escolástica— resulta una síntesis de su cosmogonía. El cuerpo corresponde a la materia, el alma a la animia y la mente al lumen, es decir, los datos del Universo.

Masferrer, en su Antropología, concluye lo iniciado. Su Antropología remata su Cosmogonía. Y, además, cumple urgente imperativo histórico, ya que existe hoy una enorme preocupación por los problemas relativos al hombre. Unamuno apoyándose en la repetida tragedia de lo vivido. Scheler desde las alturas de su posición esencialista. Kierkegaard con su problema teo-psicológico. Todos quieren explicarnos al ser humano, cristalizando en el momento nuestro, esa insondable inquietud por el hombre que une a San Agustín con Bergson y a Descartes con Santo Tomás. En los días actuales, por variados motivos, revive, multiplicándose, ese insistente bucear en torno de la "naturaleza" humana. Lúchase por reunir al hombre con su mundo, pero conservando ambos términos y no a la manera del idealismo moderno que eliminó el problema al derivar las cosas de nosotros. En ineludible cumplimien-

to de mandatos históricos entrega Masferrer su fórmula del Hombre.

Dijimos que Masferrer también es sociólogo. Y en específico sentido. La manifestación del hombre en el Universo lo lleva a lo colectivo. Leibniz partió de la matemática hasta afirmar este mundo como el mejor de los posibles, en su recuperación del ser, que evaporara el empirismo inglés, sobre todo por Hume. Y así Masferrer no se queda cosmogonizando en los espacios, sino que ataca la cuestión social, volviéndose en ello caracterizadamente auténtico. Duro, implacable. Casi profético.

Urge aclarar, adelantándonos a erróneas interpretaciones, que Masferrer nunca fue sociólogo a la manera técnica. La polémica entre enciclopedismo y formulismo ni le inquietó, ni le inquietaría. Nunca le interesaron esas fórmulas científicas. Dijo su mensaje clara y desnudamente, sin escarceos metodológicos ni alardes. Al localizar el tipo de sus ensayos tal vez podríamos agruparlos entre los que, hoy día, son tan usuales en Norteamérica bajo el rubro de manifestaciones de la vida social contemporánea.

En Sociología abandona Masferrer la cotidiana suavidad de su estilo. Tórname realista y concreto. Deja la impresión de que la trascendencia de los problemas que aborda no permite pifruetas literarias. Así la doctrina del *Mínimum Vital* constituye un llamamiento al altruismo y a la humanidad. Una proclama de deberes y derechos. Y una plataforma de principios sociales.

El *Mínimum Vital* significa: "la satisfacción constante y segura de nuestras necesidades primordiales". Este postulado se desenvuelve en dos direcciones: como un derecho del necesitado y como un deber para el poderoso. Derecho a vivir y límite para atesorar. Todo sin amarguras, sin resentimiento, sin encono.

La tesis no expone algo esencialmente original. Pero se presenta con giro

suggerentísimo: "El Estado y la Comuna tienen como finalidad y obligación primarias, trabajar ante todo para que las necesidades vitales sean procuradas igualmente a todos los habitantes del país." Tal finalidad tiene varias proyecciones. Tratándose del niño —continúa— asegurarle el *mínimum vital* es apenas devolverle el centésimo de lo que es suyo. El obrero que da su trabajo —"palabra que expresa brevemente este hecho complicado e inconmensurable: dar uno la vida acumulada en sí"— también debe tener asegurada su situación... He ahí el vitalismo masferreriano, de origen cosmogónico, teniendo ahora eficacia social, animando éticamente una política obrera y juvenil.

Masferrer nos entrega una sociología de liberación y de paz. No demagogia o tumulto. Su doctrina —lo repetimos— no fue nueva. Pero era suya la fuerza combativa. El anhelo de superación. Masferrer ha *tocado* nuestros problemas para mejorar el medio al volvernos menos injustos.

Podrán hacerse y se hacen objeciones a su vida y a su obra. De todos modos siempre perdurará la intención progresista de sus escritos. Masferrer quiso realizar su concepto de la verdad, ajeno a la lógica corriente, aunque pleno de eficacia formativa, como indica: "¿enalteció tu entendimiento y purificó tu corazón? Entonces *era verdad*."

FRANCISCO GAVIDIA

Si Masferrer fue inquietud, Gavidia ha sido y es serenidad. Quizá su continuo ir y venir entre las letras clásicas lo impregnó de equilibrio. Y le fue comunicando ese universalismo, muchas veces dificultoso a la captación.

Gavidia ostenta múltiples facetas: poeta, dramaturgo, historiador, filólogo... El calificativo de humanista lo precisa con exactitud global, ya que constituye el punto intermedio de una trayectoria que, comenzando con el

Padre Bertis, llega hasta Sarbelio Navarrete.

En nuestro concepto Gavidia no es sólo humanista por su formación y su dominio del conocimiento, a lo clásico. Lo es —con mayor razón— por su convencimiento del hombre, por creer en la humanidad, por vivir, desde las alturas de su saber, la esencia de lo que se entiende por humano. Su humanismo no implica calificativo libresco, convertirlo en motivo bibliográfico o construirle prematuramente una estatua. Por el contrario indica una tarea. . .

Gavidia expresa un "humanismo hispanoamericano". En su obra encontramos multitud de veces el tema de América, adquiriendo conciencia, fuerza y sentido. Ese entenderse ciudadano de un Continente —como Bolívar, como Martí, como del Valle— produce en Gavidia insospechadas visiones. Su obra pudiera compendiarse en un seguir la línea de nuestra América. Sus investigaciones nos legan una "Historia de El Salvador". La epopeya de la Independencia. El cansancio de ciertas formas europeas, definitivamente superadas. Y la cercanía, íntima y vigorosa, de Rubén Darío.

Cuando se escriba nuestra Filosofía de la Historia Gavidia estará entre sus precursores. Tal disciplina, según él, supera a las otras: "Se trata de una ciencia oscura, sin textos didácticos, tan apocalíptica que el primer libro que la anunció y formuló es el mismo Apocalipsis". Y más adelante: "La Filosofía de la Historia estudia las épocas trascendentales." En este panorama vastísimo hay que buscar guías. Gavidia los encuentra en una ampliación del primer principio lógico: las *identidades* significan que "no se trata ya de que una cosa sea ella misma (identidad) sino de que además se multiplique apareciendo en muchas o en todas las cosas del universo (identidades) permaneciendo la misma."

Las identidades múltiples están pendientes de la idealidad suprema, más

allá de la cual se extinguen especies y géneros. Y, en el proceso histórico, esas "identidades" podrían ser períodos o hechos, que permitieran buscar significaciones al curso, nunca repetitivo, de la historia. Por ese camino se formularía una filosofía de nuestra historia. Gavidia no ha llegado del todo a las conclusiones, pero es viable colocar América como eje en torno al que se fueran captando los acontecimientos. Bosquejar una filosofía histórica con propio carácter. Distinguir períodos, no al arbitrio ni por metodología sino por necesidad intrínseca. Sería —y conste que hablo en futuro— entender las cosas hispanoamericanamente. Así haríamos espíritu continental.

Gavidia se plantea el problema de una "filosofía latinoamericana". En "La formación de una Filosofía propia o sea latinoamericana", al borde de un comentario a Vasconcelos, se refiere a un artículo publicado con anterioridad, citando con su modestia habitual, el valiosísimo antecedente de Ingenieros para el tema, subraya la necesidad de América como problema, como nuestro problema, que "debe reflejarse en el poema, en la epopeya, en el teatro. . ."

Gavidia recorre tan variados senderos que semeja esos peregrinos bíblicos, pobres de bienes, ricos en sabiduría. También en otro ángulo persigue la "identidad" de América, después de que su ardor informativo lo introduce en el teatro mundial. Traduce el Misántropo de Molière. Estudia a Lope, y Ruiz de Alarcón le es sobremanera familiar. Aventurando encuentra a Ibsen. Así, entre eminencias, construye su propio teatro. Y en él aparece, pujante, el dato nuestro.

En Lucía Lasso o Los Piratas surge la colonia. Ursino y Júpiter son posteriores, relatando éste incidentes de la lucha por la Independencia, con José Matías Delgado. No interesa, por el momento, la estructura de sus obras, la psicología de sus personajes o la eficacia de sus recursos. Basta con dar a

conocer su preocupación primordial: Su América. Y en ello se unen estudios de distintas latitudes: Gavidia paraleliza a Lope de Vega y Juan Ruiz de Alarcón y lo mismo hacen Pedro Henríquez Ureña y Julio Jiménez Rueda en su prólogo a "Los Pechos Privilegiados."

Gavidia busca animadores en el teatro mundial: "Debido quizá al poco bagaje de los estudios literarios en América —dice— yo me eduqué en un concepto tan estrecho de la originalidad y en tal horror al plagio, que en mis modestos trabajos teatrales he debido abrir brecha en la roca viva, asustadizo de cualquier sombra o lejos de semejanza en el campo trillado y ya exhausto del teatro universal. Y a pesar de que en todos los teatros, latino, italiano, español y francés, se repiten y copian tipos y nombres, argumentos y escenas y hasta versos, no he perdido mi primitiva esperanza en tal asunto: pues adoptar las llamadas "contaminaciones" que eran de buena ley en los teatros sucesivos, me hubiera parecido renunciar a un soporte esencial en las obras originales."

No he transcrito por afán informativo o preceptiva estética. Señalo la tendencia del humanista salvadoreño por crear un teatro *suyo*, hispanoamericano. En sus temas vibra la colonia y la Independencia. Y hay dos rasgos: histórico y filosófico. Esto le resta flexibilidad. Tal los autores obsesionados, como Calderón por ideas teológicas o Tirso. Y Gavidia por la historia de El Salvador o la de Latinoamérica. Reparo que demuestra su preocupación fundamental.

El teatro nos lleva a la estética. Me atrevo a llamarle *clásico*, aunque el Maestro rechaza el calificativo que le asignaran Joaquín Méndez y Román Mayorga Rivas: "Yo no creo que fueran clásicos mis versos. Creo que eran sólo una conciliación entre las formas poéticas reinantes en la América Latina y el Castellano que reclamaba sus de-

rechos después de los odios de las guerras de Independencia." No obstante, tiene de clásico su equilibrio, su sereno dominio, su universalismo... porque no es, como lo romántico, desbordado y unilateral. Pero el asunto no es tan importante al recordar lo que el Maestro dice de Lope: "Sería juzgar pobremente este asunto si todo el efecto, en este caso la creación de un teatro, lo atribuyésemos a las escuelas antiguas o clásicas, a la evolución del idioma, los predecesores y demás causas y concausas exteriores. Esto anularía al individuo. Y aquí lo más importante es la personalidad de Lope..." Lo mismo Gavidia, antes que clásico, romántico o simbolista o arcaísta o parnasiano, será, sencillamente, Francisco Gavidia...

Es más, muchísimo más importante, el análisis de las corrientes literarias latinoamericanas a las que Gavidia pretende conciliar "con una forma estética universal." Cuando inicia sus investigaciones encuentra, consagradas históricamente, pero agotadas en porvenir, las que llama Escuelas poéticas de Heredia, Bello y Olmedo, la Escuela de los seguidores de Zorrilla, la Escuela de Nájera, Peza y Díaz Mirón... Entonces la lectura de versos franceses le marcó nuevos derroteros. El problema no era la cesura del alejandrino francés sino sus acentos. Y así apunta: "Yo recité versos franceses alejandrinos a algunos de mis amigos, entre ellos el ya célebre Rubén Darío..." y prosigue: "El verso alejandrino castellano tiene el mismo corte o cesura que el francés, el cual divide el verso en dos partes; he aquí un alejandrino de Zorrilla:

*¿Qué quieren esas nubes
que con furor se agrupan?*

y el famoso de Acuña:

*Pues bien, yo necesito
decirte que te quiero*

Los acentos eran forzosamente 4: el 1º en la 2ª, el 2º en la 6ª, el tercero

en la 9ª y el 4º en la 13ª sílabas. Esta era una forma tipo, aunque como en toda versificación, hubiese pocas excepciones.” Más adelante viene lo suyo: “El alejandrino imitado del francés puede verse en los versos de la traducción de Stella de Víctor Hugo”, y agrega: “Hice yo esta traducción en la mira de hacer comprender la estructura francesa...”

—*Yo dormía una noche a la orilla del*
Sopló un helado viento que me hizo
[mar
[despertar, etc...]

“La variedad de acentos es muy grande. Sólo en el primer verso, como se ve, los hay en las sílabas 1ª, 3ª, 4ª, 6ª y 13ª. Recítense los alejandrinos de Zorrilla y después la traducción de Stella, y la diferencia de acentuación que hemos significado gráficamente se comprenderá en seguida. Tanto la cesura o corte, como los acentos, fueron por mí descubiertos al oído.”

Luego nos pone en claro la diferencia existente en cuanto al alcance de expresión entre ambas formas, porque el alejandrino de Zorrilla sólo puede dar cabida al himno o al lenguaje ditirámico, mientras que el alejandrino francés puede desarrollar “la tragedia, el drama, la misma comedia...” “Tuve yo sin embargo el escrúpulo de que los acentos en gran número del alejandrino francés, como sus rimas pareadas, sus finalidades agudas del primer hemistiquio, que en las formas idiomáticas del francés, cantadas, aladas, no disuenan o molestan, no fuesen propias de las formas esculturales y definitivas del castellano.” “Entonces hice la adaptación cuyos acentos distintos de los de 2ª, 6ª, 9ª y 13ª sílaba del alejandrino antiguo van a observarse (se habla de una selva):

—*Y más arriba el nido*
que se mece en la rama con pausada
[inquietud
y luego más arriba hojas, aves; y...

Acentos: En el primer verso en las sílabas: segunda, cuarta y sexta. En el segundo verso en las sílabas: tercera, sexta y octava. En el tercer verso en las sílabas: segunda, sexta, octava, décima y décima-tercera.

Las cesuras de estos versos eran completamente inauditas —prosigue— y los que como Juan Ramón Molina que entonces tendría ocho o diez años, ya encontraron el instrumento que él maneja por hábito, se asombrarían del estupor que causaron cesuras como la del verso: “Y luego más arriba, hojas, aves; y luego... en que una h hace las veces de la cesura kilométrica de los antiguos alejandrinos... El primero que adoptó esta forma con las rimas pareadas del alejandrino francés —dice al final— fue Rubén Darío... Y, con su serenidad dé siempre: “Y la proporción en que la adopción del nuevo verso en América y España debe distribuirse entre sus versos y los míos, desaliñados y oscuros, no es a mí a quien toca estudiarla, porque yo siento demasiado en este asunto. Aun el punto de precisar cuáles fueron los versos que primero se escribieron en el ritmo afortunado y si eran de Darío o míos me es difícil de dilucidar y la memoria no me ayuda para ello.”

Tal es uno de los aportes de la llamada Escuela de San Salvador que tuvo a Gavidia como jefe. Este —fiel a su ideal americano— quería construir, llevado por la convicción de que el verso es el molde donde se vacía el lenguaje, nuevos caminos al sentir poético...

Así la personalidad del Maestro cuscatleco. Su eterno soñar y realizar obra científica o artística. A pesar de su relieve indiscutible —quizá por su exagerada modestia— Gavidia no ha tenido la divulgación que merece. Darío le distinguió siempre, escribiéndole alguna vez: “Crea Ud. que es para mí inolvidable nuestra antigua amistad y que soy su constante admirador.” Mistral le felicitó por una adaptación de Mireya.

Y Zumeta: "Gavidia se propone enriquecer la métrica moderna, no con versos amorfos, sino mediante el ensanchamiento morfológico de los metros adoptados." Ricardo Palma, desde el Perú, elogia sus interpretaciones históricas y su teatro. Menéndez Pidal le encarga que preste su concurso a la biblioteca selecta de autores clásicos. . .

Las manifestaciones culturales gavidianas son varias e, independientemente de su valor intrínseco, revelan su preocupación americana. Por ello perfila un *humanismo nuestro*. Así llama a lenguaje suyo "Idioma Salvador" en recuerdo de la patria querida: "A— que el nuevo idioma no pretenda suprimir ni aun sustituir los idiomas nacionales o regionales. —B.— que halague más al sentimiento que a la inteligencia. —C.— Que sea fácil adquisición." Gavidia atribuye el fracaso del esperanto y del volapuk a desobedecer esas reglas. Y, aunque no cabe dentro de los límites de este esbozo, el análisis de tal modalidad, nos señala cómo Gavidia, en su eterno perseguir datos nuestros, llega hasta el "Idioma Salvador".

Gavidia no es un repetidor de culturas lejanas sino un artífice de cosas nuestras. Puede achacársele enciclopedia. A ratos prolijidad. . . Estos defectos siempre harán recordar que forjó toda su obra en Centro-América, en El Salvador, con afares indecibles. Las debilidades ponen de relieve su magnífica calidad humana.

JUAN COTTO

En esta América nuestra, los escogidos ostentan siempre un rasgo de común acercamiento: su preocupación por la belleza. . . Sólo que ese sentirla, comprendido y vivido, camina senderos distintos. Fue cosmogonía en Masferrer y humanismo en Gavidia. Y en Cotto —alma cristalina— dicho así, sencillamente, poesía. . .

Este convencimiento estético fue, en

Cotto, fundamento primordial. Vivió con la poesía como *forma existencial*. Y dedicóse a realizarla, apostólicamente. . . Y, si bien la obra, en virtud del tiempo, se va quedando a la zaga, su inmenso anhelo por lo bello quedará inamovible, en testimonio de su paso por la tierra.

A Cotto le conocíamos en lejanía desde nuestras tierras. . . Pero en México, cuando inicié estudios filosófico-jurídicos, por la conversación, el artículo, la frase del amigo o la nota bibliográfica, fui, desde ángulos disímiles, percatándome de su personalidad. Poco tiempo después leímos sus "Cantos a la Tierra Prometida", cuya edición se debió a auténticos amigos de Cotto y de la cultura: entre ellos a los Maestros —así con mayúscula— José Vasconcelos y Antonio Caso. En esas páginas le rendía homenaje Magdaleno. Vasconcelos lo prologaba, con entusiasmo. Caso decía que estaba "entre los jóvenes escritores más acrisolados y exquisitos de las letras americanas." Fue para mí salvadoreñidad que buceaba en campos culturales mexicanos, esos "Cantos" una primicia, mejor un estímulo. En esos versos encontré reminiscencias nuestras. . . Paisajes salvadoreños. . . Claridades de trópico.

Cotto permanece ajeno a complicaciones. Claro y diáfano preséntase. Sus poemas se desenvuelven rítmicamente, sin estridencia ni rebuscamiento. A ratos adquieren tonalidades ingenuas, como cuando afirma:

—*Me hace sufrir la niña que no quiere
parece una muñeca que sabe*
[jugar
[conversar. . .

Acostumbrados ya a inevitables encrucijadas poético-psicológicas no dejamos de sentirnos, al principio, algo extraños en ese medio expresivo. Pero, poco a poco, esa misma sencillez nos depara perspectivas insospechadas. Revela una temática lírica. Una signología

peculiar. Cumple esa sencillez que Juan Ramón Jiménez —antecedente poético de Cotto— le explicó a García Morente: “Sencillo, entiendo, que es lo conseguido con menos elementos; espontáneo es lo creado sin esfuerzo. Pero es que lo bello conseguido con los menos elementos sólo puede ser fruto de plenitud y lo espontáneo de un espíritu cultivado no puede ser más que lo perfecto.” Tal la sencillez de Cotto.

Por momentos esa claridad expresiva nos hunde —con perdón de Verlaine— en el fondo de las significaciones poéticas. Semejante ingenuo modo de decir trae a la mente la frase aquella, ya casi olvidada, de que los niños y los poetas creen que desde los cielos les están haciendo muecas las estrellas.

Hay otro aspecto en Cotto suavemente nuestro: ese tono melancólico, tenue, que aparece diluido, semi-oculto, que matiza impresiones:

—Cuando la luz se apaga ¿a dónde va
[la luz?
Cuando se acaba el canto ¿qué se
[hace la canción?

Tristeza, atávica, rasgo y símbolo latinoamericano, al que es inútil buscar explicación literaria en la influencia de Bécquer. Hay en nosotros un fondo de raíz indígena, tan frecuente y tan insondable, que sugiere intentar una fenomenología de ese sentimiento a la vez constante y huidizo. Cotto logra controlar sus consecuencias. No llega a extremos ni a monotonía, ni hace surgir yermos o desesperación. Queda en su repertorio estético, perdido entre giros idiomáticos, figura o dibujo.

También hay —en Cotto— misticismo. . . El lo sintió dentro de sí, desintegrándolo. Porque el misticismo constituye una fuerza, aunque ésta tome diversísimas modalidades. De allí Pascal, Dostoiewsky o San Juan de la Cruz. Y Cotto, de religiosidad discreta, pero intensa:

—Porque yo soy un juego de tus manos
lo mismo que una cauda de luceros
¡Gracias te doy, Señor!

Sus convicciones no implican actitudes polémicas. Preferiré argumentar con aquellas razones del corazón que la inteligencia no comprende, a lo Pascal, por momentos con fina ironía:

—¿Qué quieres? aún soy católico
después de leer a Lenin. . .

Finalmente rememoraré un elemento, quizá el más personal, el que permite aclarar algunos de sus ribetes parnasianos: la vivencia de su pueblo natal. Estampa que fue tema de siempre en Cotto. Paisaje salvadoreño que, por explicable proceso psíquico, cambióse de pintoresco escenario en motivo fundamental. Caso nos dice: “A veces un lapso de los crepúsculos del trópico nos recuerda que el autor no nació en nuestro valle”. Cotto irradia paisaje, luminosidad, cual si hubiera querido, siguiendo a Rilke, “como si fuera el primer hombre.” Lo que sus ojos abarcaron en la infancia. Luz e irregularidades de cordillera. Orgía vegetal y humo de volcanes. Frigor de mar y silencios de montaña. Y, en el centro, su pueblo: Suchitoto. Conjunto de casitas pugnando por estar cada vez más cerca de la iglesia. Tal marco se le fue psicologizando gradualmente, quizá porque allí concibió los primeros:

—La torre de la Iglesia en las mañanas
de la Pascua Florida llega al cielo,
cualquier ángel repica las campanas.

—Universo Menor. Claro horizonte
que me enseñas en paz, sencilla-
[mente,
que todos los caminos van al monte. . .

Apostolado estético. Sencillez expresiva. Melancolía ancestral. Suave misticismo. Sentido del paisaje. Esto expresó Juan Cotto. . .

Sin Brújulas y Sin Mapas

Por J. Ricardo DUEÑAS VAN SEVEREN

Este brevísimo estudio no es la obra de un “escritor”. Ni mucho menos la de un “literato”. Por lo menos, no lo es en el sentido que los académicos conceden a estos términos. Es —más bien— la obra de un “explorador”; y los exploradores nunca saben a ciencia cierta lo que buscan. Y menos aún, lo que habrán de encontrar.

Digamos que es “una aventura” que —salvadas las enormes distancias— guarda cierta semejanza con la aventura de Cristóbal Colón, explorador alucinado y visionario —“vidente”, dirían algunos— que salió de España al mando de un “convoy” de tres frágiles carabelas, en busca de una nueva ruta hacia el fabuloso Imperio de las Indias, del cual, por otra parte, no tenía más conocimiento que por los relatos legendarios de “otro EXPLORADOR”: Marco Polo. Un imperio de la plata, del oro, de las “especias” —mirra, sándalo e incienso— de fantásticos templos cubiertos de cúpulas doradas, retorcidas

en forma de cebollas o de elevadas llamas. En busca de este hipotético Imperio creía —él mismo— o se esforzaba por creerlo, haber salido del puerto de Palos. Solamente para descubrir —y acaso sería más exacto, “para darse de bruces”— él visionario y explorador, con lo que menos esperaba —¿o ya lo esperaba?— un NUEVO CONTINENTE.

¡Todo un mundo de cuya existencia nadie sospechaba!

* * *

Y al poner por primera vez sus pies de europeo blanco en las tierras de América... su extraordinaria fantasía se desbordó. Sufrió un inesperado deslumbramiento. Y todo aquel que esté familiarizado con su “Diario de Navegación” —si es un buen lector y no un crítico— tiene la fuertísima sensación de que, si no está faltando deliberadamente a la verdad, está poniendo, en lo que escribe, más imaginación que

realidad. Todo aquel virgen y a la vez lujurante paisaje, el Almirante parece verlo a través de un extraño velo de brumas y embrujos. Sus "apuntes" en el Cuaderno de Bitácora, pierden el orden, la brevedad y la objetividad que presentan sus observaciones sobre los "incidentes del viaje" en sus primeros días de navegación. El lenguaje se le vuelve navegante y ultramarino. Habla con una voz nueva... Nueva, como el mundo que sin sospecharlo aun en aquellos momentos, había descubierto. Deja de hablar el marino, el Capitán. Y habla el poeta esencial que hay en todo auténtico explorador, el hombre alucinado... Cada flor de encendidos colores, nunca antes vista por él, y que se mece y se incendia con el clima tropical del mes de octubre, tiene que ser llamada con algún nombre "inédito". Cada fruta, cada pez que el Almirante, deslumbrado, ve nadar en aquellas aguas transparentes, lo llena de asombro y desconcierto. Se ve llevado a ampliar su lenguaje, a darle nuevas dimensiones a su voz; y su "Cuaderno de Bitácora" o "Diario de la Navegación", se sale del ámbito de todos los diccionarios que él conoce. Se llena, se desborda de poesía. Palabras aborígenes se entremezclan con su viejo Castellano. Han empezado a embrujarlo las brisas suaves —durante el mes de octubre— que recorren el Mar Caribe.

• • •

¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¿Qué acontece?

Ni el mismo don Cristóbal lo sabe, a ciencia cierta, en aquellos momentos. La exactitud desaparece de su lenguaje; se confunde y se enreda su poderosa fantasía. En su imaginación, realiza geniales esfuerzos, pero vanos, por identificar aquel paisaje extraño, aquellas gentes "dulces", todo lo extraordinario que se presenta ante sus ojos, por momentos, con ciertas regiones de la España de la Reina Católica y don Fernando, que habían financiado su

aventura; y, cuando su fantasía cambia de rumbos, pretende armonizar la deslumbrante realidad que tiene a su vista con la idea original de encontrar una nueva ruta hacia las Indias Orientales, hacia el dorado Cipango con sus templos suntuosos, las doradas cúpulas retorcidas como llamas o cebollas, elevándose hacia lo alto. Inquieta todavía por el oro —el oro codiciado en los países de Europa— por el sándalo y la mirra. Interfieren con sus razonamientos, millares de espejismos.

• • •

La realidad es que ya está hablando "como en sueños". Sus frases se llenan de una poderosa fuerza de expresión. Pero la exactitud, la Gramática, lo que con tanto desconocimiento de estas realidades ocultas llaman los retóricos "la exactitud y corrección en el lenguaje"... se han perdido para siempre ante la maravilla de un paisaje nuevo, de un mundo nuevo. Y muchos años antes de que tuviera un nombre el Continente que había descubierto, Colón se siente dominado por la presencia de AMERICA. Es el elemento sorpresivo de todo descubrimiento, que desde aquel momento domina, somete y embruja al Gran Descubridor. En formas diferentes, Colón sufre las mismas maravillosas visiones —visuales y auditivas— del navegante Ulises. Para Colón, no hay Circes ni sirenas que seducen al viajero, pero hay la brumosa visión de un mundo nuevo, fresco, virgen, puro, recién nacido ante sus ojos. El viejo e inmortal Homero no fue ciego por una mera casualidad. Es que los ojos de su cuerpo de humano, de visión tan limitada y pobre, el Gran Ciego NO LOS NECESITABA. Su misión y su destino eran ver, descubrir nuevos mundos de la belleza y del espíritu. Más pegado a la Tierra, el mismo Dante, hubo de ser cegado por aquel río de luz, "como oro rubio", una vez agotada su dolorosa "ascensión". Y solamente así, privado de la vista humana,

pudo o le fue concedida "la Nueva Visión". La "Visión Empírea", necesaria, indispensable, para ver "La Faz de Dios"; para sumergirse en los más ocultos misterios; para comprender el misterio del Dios "trino y uno"; para descifrar otros misterios, insondables para el común de los mortales. La existencia de un mundo material y un mundo espiritual, unidos en UNO SOLO por los más misteriosos lazos. Y para comprender en su absoluta realidad el misterio de la existencia simultánea en Jesús, de la naturaleza DIVINA y la naturaleza humana.

* * *

¡Qué inmensas concepciones de LA VIDA nos dejaron estos ciegos sublimes! No es la vista corporal con que todos, o casi todos, llegamos al mundo, lo que interesa. Ni es, tampoco, la vista perdida para siempre. Es la visión que TODOS perdemos en algún trecho de la vida terrenal, RECUPERADA. La Nueva Visión. La de San Pablo, perdida y recuperada a las puertas de Damasco, y en planos menores, "El Paraíso Perdido", de Milton. Y es durante la realización de este proceso de pérdida y recuperación de la vista... que el hombre empieza a "hablar como en sueños". "Comme sognando", dice Dante.

Y es así —aunque no en igual medida— así como en sueños, que escribe el escritor que no es escritor, sino EXPLORADOR y descubridor de mundos nuevos. El escritor "purista", el "gramático", se cuidan de pulir y dar brillo y esplendor a su lenguaje. ¡No el "escritor-navegante"!... Este no tiene tiempo, ni se empeña en tenerlo, para pulir cada frase y aun cada palabra que habla o escribe. El "explorador" no hace Literatura. Dirige su mensaje para aquellos que, acaso hasta que hayan pasado muchos años, oirán o leerán su palabra... con una "Visión Nueva".

Y lo cierto es que a esta categoría de exploradores, de descubridores de

nuevos mundos espirituales, han pertenecido, siempre, los mejores escritores y los más altos poetas que haya tenido el mundo. Jamás han escrito nada capaz de insuflar una vida nueva aquellos que se preocuparon más por "la corrección gramatical" que por el soplo (inspiración) del Espíritu. El escritor-explorador es parco en sus afirmaciones. Le interesa interrogar, hacer preguntas en cada encrucijada, inquirir, buscar... Y DESCUBRIR las inmensas constelaciones de mundos nuevos que "presiente". A lo largo de su camino, no deja afirmaciones. Va regando "nuevas preguntas, nuevas interrogaciones"... muy a sabiendas de que las respuestas pueden ser aterradoras y aun mortales.

* * *

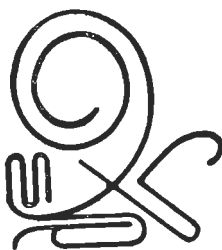
El mundo de nuestros días —y a cada minuto el fenómeno se vuelve más evidente— está PARIENDO UN MUNDO NUEVO. A esta circunstancia se deben las angustias, los dolores, la confusión imperante. Este mundo nuevo no es ya "geográfico", como en alguna medida lo fue el mundo descubierto por Colón. La humanidad está sufriendo los dolores del parto. Tiene que nacer un mundo de dimensiones nuevas, de nuevos conceptos de los valores espirituales. Y andamos todavía en la angustiada búsqueda de las formas nuevas que ha de tener ese mundo que ahora se anuncia mediante griterías, confusiones y monotonías. Y es deber imperioso del escritor-explorador adentrarse sin miedo por todos los caminos que se le señalen; y —durante su recorrido— irse, como Homero, como Dante, regando misterios e interrogaciones. Porque únicamente EXPLORANDO, INTERROGANDO, yéndonos por veredas oscuras, escalando montañas de alturas pavorosas que infunden terror en los espíritus apocados, que los espíritus valientes, libre de todo miedo, alguna vez encontrarán el verdadero camino...

* * *

Hemos de ser tolerantes, desde luego, con los necios que se han empeñado, ya en filas de la izquierda o de la derecha, en sostener que ese mundo nuevo será determinado por los “factores económicos”. El proceso creador ya está demasiado avanzado y no se puede pensar en evitar o retardar “el alumbramiento”. Pero ese alumbramiento, esa Luz Nueva, no puede surgir de la guerra a muerte entre los grandes intereses económicos. Será determinado por fuerzas espirituales aún desconocidas por el hombre de nuestros días, aunque, ciertamente, unos pocos han alcanzado a entrever esas fuerzas... Pequeñas lucecitas, débiles señales,

van surgiendo; pero, también, gran necesidad sería imaginar que estos “iniciados” han sido ya enterados de la forma del proceso que puede conducirnos a un “alumbramiento feliz”.

Un trecho muy largo del camino tendrá que recorrer la humanidad en espera de que El Orden nos señale el camino. Los sufrimientos —las más claras señales así lo indican— irán en aumento. Y en aumento irá la incompreensión, la confusión y la locura sociales. Mientras tanto —y especialmente en nuestra América Latina— habremos de caminar por una selva acaso más oscura que la de Dante. Una selva social y humana... sin brújula y sin mapas.



DISPARATARIO

De José María MENDEZ

Cuando al sabio rey le decían los palaciegos que todo marchaba bien, él entendía inmediatamente que todo marchaba bien para ellos.

* * *

Palaciegos eran los encargados de volver ciegos a los dueños de palacio.

* * *

Las estatuas ecuestres debieran estar hechas de dos piezas separables. Para sustituir en cualquier momento el caballo de arriba.

* * *

Era tan bruto y tan puntilloso que abandonó la Academia de Música cuando le dijeron que tenía que tocar una pieza a cuatro manos.

* * *

La tragedia que acarrea la vejez es que vence; pero no convence.

* * *

La Historia no es tanto lo que ocurrió como lo que se le ocurrió al historiador.

* * *

El duque usaba monóculo de vidrio. El pirata de terciopelo.

* * *

Cuando tocaste dulcemente a Chopin en mi piano, éste hubiera querido ser de cola: para menearla en señal de agradecimiento.

* * *

Hay quienes, al enamorarse, se enamoraron siempre ciegamente: los ciegos.

* * *

Lo más grave que le puede ocurrir a un psicópata es meter la pata en cuestiones de la psiquis.

* * *

Al decir que una mujer nos tienta estamos expresando que tenemos ganas de tentarla.

* * *

Dijo Cristo: si te pegan en una mejilla presenta la otra. Pero no olvides que si presentas la otra te dejan hecho un Cristo.

* * *

Con los años va disminuyendo el temor a la muerte. Y es lógico: va disminuyendo también el apego a la vida.

* * *

Un político, como un alpinista, está expuesto a caer desde grandes alturas. Por eso el político, como el alpinista, tiene que ser un hombre al que no provoquen vértigo las alturas.

* * *

Un empréstito no es un timo hecho a las generaciones venideras, si pensamos que las generaciones venideras pueden hacer uso del mismo timo.

* * *

La plata pesa diez veces más que el agua. Y cien veces más que las leyes.

* * *

La palabra “monarca” puede venir de estas dos: mono y arca. Pienso así revisando la Historia y advirtiendo que muchos monarcas no han sido otra cosa que monos con arca: la del erario público.

* * *

“Las inmutables estrellas que orientan el alma humana: justicia, libertad, no han desaparecido”, escribió Antonio Machado. Y agregamos nosotros: pero siguen siendo estrellas, es decir, astros lejanos e inasibles.

* * *

La mayor parte de los que concurren a los entierros de los grandes hombres van en pose de grandes hombres, creyendo cumplir con un deber de colegas.

* * *

El gobernar es un sacrificio, dicen los que gobiernan. Pero por qué no añaden los verdugos: en ese sacrificio la víctima es el pueblo.

* * *

Lo malo no es que haya ricos y pobres sino que los ricos detenten más derechos que los pobres.

* * *

Los tiranos que dictaran las leyes más tiránicas, si se ciñeran estrictamente a ellas, dejarían de ser tiranos.

* * *

Los altos funcionarios del Estado están obligados a jurar fidelidad a las leyes de la República antes de tomar posesión de sus cargos. A mí se me hace que muchos cuando juran hacen la señal de la cruz con una mano, y con la otra, oculta a la vista del público, hacen una higa.

* * *

Decía Platón que los estados florecerían si reinasen los filósofos o si los reyes practicasen la filosofía. No puede ser. Los filósofos no saben gobernar y si los reyes filosofaran inmediatamente abdicarían.

* * *

No es cierto. Judas no se ahorcó con el “sursum corda”, es decir con su propia cuerda.

* * *

Las glándulas sudoríparas son las que disparan el sudor.

* * *

Las tribus sedentarias son las tribus que ambulan por el desierto muertas de sed.

* * *

Los fantasmas que arrastran cadenas son fantasmas condenados a cadena perpetua.

* * *

Temístocles fue un general de pega... de pega pero escucha.

* * *

Si fuera cierta la famosa frase: “pienso, luego existo”, las asambleas serían cementerios.

* * *

—Eres un príncipe sabio —dijo el palaciego.
—No creo en lisonjas —contestó el príncipe.
—Por eso precisamente eres sabio —repuso el palaciego—, por no creer en lisonjas.
(No se puede con los serviles).

* * *

La pobreza puede ser tanto el resultado de los vicios como el de las virtudes.

* * *

Una mujer va bien vestida cuando todo el mundo, al verla, desea quitarle el vestido.

* * *

Es difícil que un hombre pueda pintar tranquilamente a una mujer en pose de Eva sin antes haber sido su Adán.

* * *

No es cierto que el amor —como alguien dijo— vuelva idiota a los inteligentes e inteligentes a los idiotas. El amor vuelve idiotas a los inteligentes y a los idiotas los vuelve más idiotas. El talento en el amor consiste en no enamorarse.

* * *

Dicen los que beben: fijarse en que Dios, cuando desató el diluvio, decidió salvar a un solo hombre: a Noé, que fue quien inventó el vino.

* * *

Una rueda de borrachos es un círculo vicioso.

* * *

Lo malo después de una “sodoma” es la “gomorra”.

* * *

El dentista es el único animal que come con las muelas de los otros.

* * *

La Venus de Milo es el coco de las niñas que se comen las uñas. Para quitarles la manía les dicen: vas a quedar como la Venus de Milo.

* * *

Mahatma Gandhi no podía creer en la reencarnación. Podía creer a lo sumo en la “re-enhuesación”.

* * *

Si las cartas las escriben los apóstoles se llaman epístolas. Si las escriben las “misis”: misivas.

* * *

Adán y Eva, después de haber sido expulsados del Paraíso, sufrían, es cierto en invierno y en verano por las inclemencias del tiempo. Pero sufrían más en otoño. A la caída de las hojas se les llenaba el alma de recuerdos melancólicos.

* * *

Renoir pintaba rosas y mujeres. Pero él, galante, dijo siempre que únicamente pintaba rosas.

* * *

Si te golpean en una mejilla pon la otra. Puede que así no te sigan golpeando. Pero si te dan en la otra pon pies en polvorosa que si no te hacen polvo.

* * *

Un escritor propone que se combata la guerra con el amor y con la justicia. Son éstas, el amor y la justicia, armas nuevas para combatir la guerra. Hasta ahora se ha usado una sola arma eficaz: la guerra.

* * *

No es cierto que la perversión de un pueblo se mida por las leyes injustas que en él rigen. La perversión se mide por el asentimiento que el pueblo otorga a esas leyes injustas.

* * *

Los pájaros fueron un día reptiles. Recuerden esto algunos políticos y traten de convertirse en pájaros.

* * *

Durante muchos años yo creí que el ornitólogo era un médico especialista en enfermedades del ornitorrinco. Claro está que creía también que el ornitorrinco era el órgano por donde se orinaba.

* * *

Antes un caballero podía usar cabellera. Ahora si un caballero usa cabellera ya no creen que es caballero sino caballera.

* * *

No es cierto como dice una greguería que las gallinas odien a los hombres al pensar en los huevos fritos. Si eso fuera cierto las madres odiarían a los grandes capitanes al pensar en sus hijos muertos en las guerras.

* * *

Hay quienes confiesan que son tontos para revelar la inteligencia que tienen al reconocerlo.

* * *

Si fuera cierto que al que madruga Dios le ayuda, los lecheros serían los hombres más ricos del mundo.

* * *

La más perversa idea que asienta en la mente del diablo es la de dar libertad a todos los condenados a la pena del infierno.

* * *

El diablo sufre por los sufrimientos de los condenados al infierno. El sueña con un infierno placentero, paradisiáco, para trastocar absurdamente la justicia divina.

* * *

Es ridículo llamar sereno a un hombre que tiene los nervios hechos polvo por su trabajo de vigilante nocturno.

* * *

Una sabia medida administrativa en los pueblos que gobiernan codiciosos y rateros podría ser la de crear una especie de dote para los altos funcionarios, pagadera al momento en que éstos contraen nupcias con la hacienda pública. Plutarco decía “que es preciso tenga hacienda propia quien se ha de abstener de la ajena”. Habría que arreglar las cosas de manera que los afortunados funcionarios sólo pudieran sacar la dote.



El Asilo Diplomático como Derecho Esencial del Hombre Americano

Por Mauricio GUZMAN

Pocas instituciones han tenido un ritmo histórico tan variado, como la del Asilo. En su origen fue un acto religioso, después político, luego humanitario y finalmente jurídico en la etapa del conocimiento sistematizado. Puede afirmarse que su curva histórica se inició en los tiempos en que la humanidad forjaba sus primeras civilizaciones.

Lo que antecede se contrae al Asilo en general, pues la institución enfocada en este trabajo —el Asilo Diplomático— tomó existencia histórica a partir de la organización de la diplomacia permanente. A contar de ese tiempo en multitud de situaciones, desde la más dramática representada por el suicidio del Presidente Balmaceda en la Legación argentina con “sede” en Santiago, en 1891, hasta la más pintoresca en que las 300 esposas del Sha Nars-el-Din pidieron protección al Ministro de Inglaterra en Persia, el Asilo Diplomático ha puesto la nota sentimental en las relaciones internacionales. Finalmente, por

bondad del genio de la historia, se ha constituido en una hermosa institución del Derecho Internacional Americano.

En la actualidad, al Asilo Diplomático se le puede definir como el amparo que un Jefe de Misión brinda en el local de la embajada o legación o en su residencia privada, a un perseguido por motivos o delitos políticos, o por delitos comunes concurrentes en que no procede extradición, con el objeto de salvarlo de la aprehensión de las autoridades locales para evitar un mal mayor proveniente del exceso de las pasiones políticas.

Con el fin de justificar el asilo mencionado se dan las mismas razones que se esgrimen para sostener las inmunidades del agente diplomático. Esta es una confusión jurídica deplorable, pues ella ha propiciado conflictos entre los Estados interesados en cuestiones de asilo. Y digo confusión, porque a mi juicio, la inmunidad real del diplomático ha servido de garantía al asilo y no

de fundamento. Lo expresado parece más cierto si se repara en que, después de aludir a las indicadas razones para dar base al Asilo Diplomático, los autores concluyen en que éste es una institución humanitaria.

El Asilo Diplomático se ha hecho valer en múltiples ocasiones y se ha terminado por reconocerlo con el carácter de un derecho, habiendo tenido, según las circunstancias, sucesivamente, como fuentes, la cortesía internacional, la costumbre y las convenciones celebradas entre los Estados. En el primer caso encuentra apoyo en un principio general de Derecho Internacional Público; en el segundo, se manifiesta como un derecho consuetudinario; y en el tercero, como un derecho positivo.

Cuando un agente diplomático concede asilo en el territorio de un Estado que nunca ha confrontado una situación de esa índole, y éste acepta la determinación de aquel agente de prestar albergue a un delincuente político, no hay duda que, en tal caso, el asilo descansa en la cortesía internacional. Esta es, por consiguiente, la fuente del Derecho de Asilo en los países en que no existe costumbre de amparar a los fugitivos políticos en embajadas y legaciones.

Cuando el Asilo Diplomático se presenta como derecho consuetudinario, el Estado asilante, al declarar que otorga protección a un delincuente político, se apoya en las prácticas diplomáticas que privan en el Estado territorial; en tal caso, este Estado no puede menos que plegarse a la fuerza del precedente, y respetar el asilo concedido. Si no actúa así, se hace acreedor al repudio de la conciencia jurídica de las naciones civilizadas.

Ha habido situaciones de asilo consuetudinario que han llegado a conmover la opinión universal. Para ilustración tal vez baste citar el caso de los perseguidos políticos que buscaron albergue en las embajadas y legaciones

con "sede" en Madrid, durante la guerra civil española. Hacia el año 1937, cuando la escasez de alimentación hacía casi imposible el sostenimiento de los *refugiados*, el Cuerpo Diplomático acreditado en España hizo gestiones con el objeto de que se permitiera la evacuación de aquéllos hacia los correspondientes países que los habían asilado. En vista de la negativa del Gobierno republicano, la cuestión fue llevada a conocimiento del Consejo de la Sociedad de las Naciones. En esta oportunidad, tal organismo, con base en el informe del delegado de China, Wellington Koo, a la sazón Presidente de dicho consejo, desconociendo el valor del Asilo Diplomático como derecho consuetudinario, se negó a pronunciarse sobre la demanda planteada, declaró que el asilo es una cuestión humanitaria y que deseaba que la evacuación de los *refugiados* españoles fuera resuelta por la vía de negociaciones directas.

Y como si lo anterior hubiese sido poco, es curioso recordar que durante las discusiones que se produjeron en el seno de aquel ilustre Consejo, antes de resolver la susodicha gestión del Cuerpo Diplomático de Madrid, se oyó una opinión completamente desacorde con los postulados de la disciplina jurídica. Esta opinión fue la de Litvinof, delegado de Rusia, quien adversando la práctica del asilo terminó su discurso diciendo: "Esa práctica que siempre ha dado lugar a protestas y objeciones por parte de los gobiernos interesados, no puede, en modo alguno, crear un *principio* de Derecho Internacional y no puede ser tolerada más que por la buena voluntad y el libre asentimiento del Gobierno interesado."

Por fortuna, el Gobierno republicano terminó reconociendo las prácticas de asilo de la Madre Patria, y los refugiados fueron evacuados con todas las garantías que el caso requería.

En esta ocasión, se impone rememorar el espectáculo hermoso que dieron

las jóvenes repúblicas iberoamericanas, en su defensa denodada en favor del Derecho de Asilo Diplomático.

Queda por considerar este derecho en su aspecto positivo. Esto ocurre cuando tiene asidero en tratados o convenciones que han sido ratificados por los Estados que concurrieron a suscribirlos. El Derecho de Asilo Diplomático, en este sentido, ha encontrado noble acogida en América Latina. Se le refiere, conforme al pensamiento científico de la época, únicamente a la delincuencia política.

Es de suma importancia hacer una breve reseña histórica del esfuerzo latinoamericano encaminado a obtener un reconocimiento y una reglamentación adecuada del Derecho de Asilo Diplomático. Empiezo por decir, salvo insuficiencia de los datos que obran en mi poder, que la tarea comenzó en Lima en el año 1865, con motivo de las dificultades que se produjeron como consecuencia del asilo acordado al General Canseco, por el Ministro de los Estados Unidos de América en el Perú. En el año expresado, el día 19 de mayo, el Cuerpo Diplomático residente en aquella ciudad, se reunió con el objeto de llegar a un acuerdo sobre un reconocimiento expreso del Derecho de Asilo Diplomático, que debía ser ratificado por sus gobiernos respectivos, y los términos en que era preciso conceder aquel derecho. Asistieron a esa reunión, además de los representantes europeos, los Ministros de Bolivia, Brasil, Chile, Estados Unidos de América y Guatemala.

Las reglas establecidas en el mencionado acuerdo, a decir de Pradier Fodéré, eran poco precisas y dejaban mucha libertad a los Jefes de Misión para las interpretaciones individuales. Sin embargo, es digno de encomio el hecho de que se hayan determinado regulaciones tendientes a dar efectividad al Asilo Diplomático.

Por desgracia, no se obtuvo el resultado deseado. En efecto, luego sobrevi-

no un nuevo incidente debido al asilo que concedió en noviembre de 1865, el señor Vion, Cónsul encargado interinamente de la Legación de Francia, al General Manuel Ignacio Vivanco y a los señores Pedro José Calderón, Jorge Soazzo y Pedro José Carrillo, que habían sido Ministros del Gobierno presidido por el General Pezet. El Gobierno del Perú solicitó la entrega de los refugiados, pero el señor Vion la negó. Tal actitud fue aprobada por el Gobierno francés.

Al comunicar al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, en nota de 24 de abril de 1866, la decisión del Gobierno francés contraída a dar protección a las personas indicadas, el Encargado de Negocios señor de Lesseps, sugirió la conveniencia de fijar en forma definitiva las normas a que debía sujetarse el ejercicio del Derecho de Asilo Diplomático. Proponía, con este fin, al Ministro de Relaciones Exteriores señor Pacheco, que convocara al Cuerpo Diplomático para tratar ese punto.

Llevóse a cabo la reunión el 15 de enero de 1867, asistiendo además del Ministro Pacheco, los agentes diplomáticos de Bolivia, Brasil, Chile, Francia, Inglaterra e Italia. "El representante peruano —dice un escritor argentino, en monografía sobre Derecho de Asilo— propuso la abolición del Asilo, a lo que se opuso el Encargado de Negocios francés; el Ministro de los Estados Unidos no asistió, pero mandó una carta en la que recordaba la doctrina de su gobierno contraria al Asilo. Ante tales discrepancias fue levantada la sesión sin llegarse a un resultado concreto. El 29 de enero del mismo año hubo una nueva reunión en la que tampoco pudo llegarse a un resultado favorable, por los mismos motivos. El Ministro Pacheco había preparado un memorándum que fue distribuido entre los diplomáticos, en el que explicaba su oposición al Asilo..."

Los esfuerzos del Cuerpo Diplomá-

tico de Lima no condujeron al objeto deseado y sugerido por el señor de Lesseps, pero sirvieron de precedente saludable para que años más tarde, en el "Congreso Suramericano de Derecho Internacional Privado", reunido en Montevideo a iniciativa de los gobiernos del Uruguay y Argentina, en el año 1888, se estructurara técnicamente la institución jurídica comentada. Asistieron a este Congreso representantes de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay.

Este magno Congreso suscribió un Tratado de Derecho Penal Internacional, y como parte integrante de este documento se incluyeron el reconocimiento y reglamentación del Asilo, en el título II que comprende los artículos del 15 al 18. La clase de asilo que nos ocupa la atención, fue regulada especialmente en el Art. 17, y más que todo, en los incisos 2º y 3º de dicho artículo, que literalmente rezan así: "Dicho Asilo —alude al prestado en la sede de representaciones diplomáticas— será respetado con relación a los perseguidos por delitos políticos, pero el Jefe de la Legación está obligado a poner inmediatamente el hecho en conocimiento del gobierno del Estado ante el cual está acreditado, quien podrá exigir que el perseguido sea puesto fuera del territorio nacional dentro del más breve plazo posible".

"El Jefe de la Legación podrá exigir, a su vez, las garantías necesarias para que el refugiado salga del territorio nacional respetándose la inviolabilidad de su persona".

Posteriormente, la Comisión Internacional de Jurisconsultos Americanos, en su Reunión de Río de Janeiro, en el año 1927, continuó en el anhelo de legislar sobre el Asilo Diplomático a delincuentes políticos. Fiel a este propósito elaboró el proyecto, que bajo el N° 10, en nueve artículos, reglamentaba el derecho analizado.

Y como si lo anterior hubiese sido

poco, en la Sexta Conferencia Panamericana de La Habana, de 1928, y la Séptima Conferencia de la misma naturaleza, desarrollada en Montevideo, en el año 1933, se volvió a la brega encaminada a obtener un ordenamiento jurídico que satisficiera las exigencias del caso, es decir, una reglamentación que al par que garantizara el Derecho de Asilo Diplomático, evitara, en lo posible, todo conflicto entre los Estados que se viesen interesados en una cuestión de aquel derecho. La materia tratada alcanzó grandes progresos, que además de venir a enriquecer los importantes recursos del Derecho Internacional Americano, significan gloria indiscutible para las jóvenes naciones latinas de este continente.

Dando cima al esfuerzo prenotado, nuevamente en Montevideo, en el año 1939, en ocasión del cincuentenario del Congreso Sudamericano de Derecho Internacional Privado, se redactó un "Tratado sobre Asilo y Refugio Políticos, que fue suscrito por Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay. En él se introdujeron innovaciones en el ejercicio del Derecho de Asilo Diplomático, consultando la experiencia de la guerra civil española. Es de suma importancia señalar que en este tratado se le da un contenido más amplio al derecho en comento, pues se autoriza concederlo no sólo en consideración a delitos, sino, además, en el caso de persecuciones por *motivos políticos*.

Esta sucinta relación histórica pone de manifiesto que en América Latina ha sido unánime el deseo de estructurar el Derecho de Asilo Diplomático como un derecho positivo. Es indudable que el derecho de referencia se ha incorporado como una institución de sólida raigambre en el Derecho Internacional Americano. Sin embargo, la cuestión está lejos de agotarse, pues los incidentes por motivos de Asilo Diplomático no han cesado. Para confirmación de este aserto basta con aludir al caso Haya de la Torre, elevado al

conocimiento de la Corte Internacional de Justicia, cuyos fallos son harto conocidos.

El Derecho de Asilo Diplomático ha alcanzado en las naciones latinoamericanas un desarrollo admirable, pues ya se le discute hasta en forma jurisdiccional. Pareciera que la materia en estudio está llegando a su término, si se consulta la minuciosa reglamentación que se le dio al derecho expresado en el convenio del año 1939. Pero ello, permítaseme la expresión, no es así, pues el investigador no ha satisfecho íntegramente las exigencias del pensamiento jurídico. Para demostrar lo anterior haré algunas consideraciones generales sobre esta proposición: *el derecho de asilo diplomático es una institución humanitaria*.

Empiezo por hacer notar que si el Asilo Diplomático es derecho, no es correcto considerarlo como institución humanitaria. Los conocimientos elementales de la ciencia jurídica indican que el derecho se manifiesta como un poder de exigencia, fundado en una norma de conducta de observancia obligatoria; y si el Asilo Diplomático se aviene con el mecanismo jurídico, su esencia no puede ser otra que la de un derecho, y que al ser tal, estará lejos de cualquier consideración humanitaria, propia de la moral. Empero, aunque parezca extraño, los tratadistas de la materia califican el Asilo como un derecho y lo estiman fundamentado en los sentimientos humanitarios. Hay en este razonamiento una aparente contradicción. ¿A qué se debe? Una rápida ojeada del asunto nos pondrá de manifiesto la causa por la cual los autores se expresan en esa forma. La razón es sencilla: ocurre que el titular del Derecho de Asilo Diplomático, en el grado de evolución actual, no es el perseguido o delincuente político, sino el Estado que le da protección a éste. En efecto, es potestativo para el agente diplomático conceder albergue a quien lo solicite, y únicamente los sentimientos humanita-

rios pueden moverle a brindar asilo. El perseguido o delincuente político no tiene bases jurídicas para exigir amparo. En cambio, el Estado que se ha decidido a otorgar asilo, exige al Estado territorial que se respete su pretensión, invocando, según el caso, la cortesía internacional, la costumbre o las convenciones vigentes al respecto. La prestación de asilo del Estado que alberga a un delincuente político, pues, sólo tiene por base y estímulo los sentimientos humanitarios; y en la concepción jurídica dominante, aquella prestación es esencialmente potestativa.

El fondo sentimental del Asilo Diplomático es tan evidente, que se ha dado el caso de Estados que, a pesar de no participar de la opinión de ofrecer asilo, han protegido, sin embargo, por humanidad, a delincuentes políticos. Para ilustración de este punto de vista, es importante recordar el caso en que el Embajador inglés en Madrid, dio amparo a algunos adversarios del Duque de Sotomayor, a raíz de los acontecimientos de la insurrección española de 26 de marzo de 1848. El expresado Duque protestó ante el Gobierno inglés por el asilo aludido y en esta ocasión, al reprocharle su actitud, Lord Palmerston declaró que su Gobierno estaba enteramente dispuesto a reconocer que la práctica del asilo concedido en las moradas de los Ministros extranjeros a los culpables de delitos políticos, era inadmisibles. Pero añadió —y esto es lo interesante en esta circunstancia— que mientras aquella “práctica continúe existiendo, un Ministro extranjero no podrá negarse a proceder de acuerdo con ella sin descrédito para sí mismo y para su Gobierno”.

Igualmente es oportuno traer a memoria, sobre este particular, lo manifestado por el señor Drouyn de Lhuys, Ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón III, al aprobar el asilo que había sido otorgado en Lima, en noviembre de 1865, por el señor Vion,

Cónsul encargado interinamente de la Legación de Francia, como ya se ha explicado en párrafo anterior. En tal ocasión, aquel personaje declaró que “el Derecho de Asilo está demasiado conforme con los sentimientos de humanidad, para que Francia consintiera en abdicarlo”.

La concesión del asilo por parte de los agentes diplomáticos, como queda dicho, es potestativa, y solamente los sentimientos humanitarios pueden impulsarles a dar albergue a un desventurado perseguido político. Por esta particularidad, al prenotado derecho se le califica de institución humanitaria.

El Asilo Diplomático no es, pues, un derecho subjetivo de la persona que se beneficia con él. Su concesión queda a la prudencia y voluntad del agente diplomático. Esta característica del asilo comentado ha sido consagrada en todos los tratados y convenciones que se han celebrado últimamente sobre la materia. Un ligero examen demostrará esta afirmación, pues a partir de la Sexta Conferencia Panamericana, el Asilo Diplomático ha experimentado mengua en cuanto a la forma en que ha sido reconocido por los Estados. De la fase imperativa, que tuvo en el Congreso Sudamericano de 1888-89 y en el Proyecto de Convención N° 10 de la Comisión de Jurisconsultos de 1927, reunida en Río de Janeiro, ha retrocedido al orden facultativo. En el párrafo 2° del Art. 2° de la Convención de Asilo de La Habana, se prescribe lo siguiente: “El Asilo no podrá ser *concedido* sino en casos de urgencia y por el tiempo estrictamente indispensable para que el asilado se ponga de otra manera en seguridad”.

La palabra *concedido*, usada en la disposición transcripta, denota el tratamiento potestativo que se otorga al derecho en estudio.

Posteriormente, en la Conferencia Panamericana de 1933, que tuvo asiento en Montevideo, en el Art. 1° de la Convención sobre Asilo, *a contrario*

sensu, se declara que es *licito dar* amparo diplomático a los delincuentes políticos. Esta forma de reconocer el asilo es discrecional para los Estados interesados. Pero las cosas llegaron a su punto máximo en el “Tratado sobre Asilo y Refugio Políticos”, que se suscribió en Montevideo en el año 1939. Su Art. 1° comienza así: “El asilo puede concederse...” En esta prescripción, tomada del Proyecto de Convención sobre Asilo, del Gobierno argentino, publicado en 1937, con toda claridad se le señala al Asilo Diplomático, el carácter de prestación esencialmente voluntaria.

Es imprescindible recordar, en esta ocasión, que el Proyecto de la delegación uruguaya decía: “El asilo se concederá, etc.” en lugar de “El asilo puede concederse, etc.”, estableciendo una obligación ineludible para el Jefe de Misión; y que ante las explicaciones que fueron dadas durante la discusión, dicha delegación manifestó que estaba de acuerdo con la tesis argentina, siendo la disposición aludida aprobada por unanimidad. Esto ocurría en el seno de la Comisión de Derecho Penal Internacional. En la siguiente sesión de esta Comisión, la delegación uruguaya pidió que se modificara el artículo expresado, diciendo “que pedía la reconsideración de la parte del Art. 1, que transformaba lo que hasta entonces se había considerado como una obligación de los Estados signatarios, en una simple facultad”. Agregó: “que no se concebía siquiera que pudiese existir una convención, en virtud de la cual las partes quedarán en libertad de hacer o no hacer aquello mismo que constituya el objeto del concierto. El Asilo en la forma adoptada es la simple proclamación o enunciación de un principio”.

El punto de vista de la delegación uruguaya fue adversado por los representantes de los otros Estados. El delegado del Perú expresó: “que disienta con la opinión del señor delegado por

el Uruguay. El Asilo debe ser una facultad, pues no se puede imponer a un Jefe de Misión que lo conceda en todos los casos." El representante de Bolivia "manifestó entender que el Asilo siempre era facultativo, porque el Estado que lo acuerda es el que tiene en cuenta las normas para concederle". El delegado de Chile "expresó estar de acuerdo en que el Asilo es una facultad ya que, a su juicio, no se pueden establecer normas rígidas que creen obligaciones tan serias aun contra la voluntad de los Estados." Puesto a votación nuevamente, el artículo se mantuvo tal como había sido aprobado, con el único voto contrario del Uruguay.

*
• •

Hechas las consideraciones anteriores, se presenta este interrogante: ¿Es que el Asilo Diplomático siempre será una gracia humanitaria del Estado que lo presta? La contestación que fluye es negativa, porque dicho asilo está bajo el ritmo de un desarrollo progresivo, buscando una posición de equilibrio que le asegure su esencia y satisfaga los imperativos del conocimiento jurídico de la época.

En la actualidad, se puede afirmar que ha cambiado totalmente el criterio que privaba sobre Asilo en general. Díganlo, no yo, sino los artículos 14 y 27, de las Declaraciones de Derechos del Hombre, la de las Naciones Unidas y la de los Estados Americanos de 1948, respectivamente, en las cuales el Asilo Externo ha sido instituido como un *derecho esencial humano*. Este asilo ha vencido la etapa crítica y se ha incorporado al patrimonio individual con tanta firmeza como el derecho a la vida o a la libertad. Ya nadie discute esta posición tomada por esta clase de asilo; la conciencia jurídica occidental, bajo el signo de las fuerzas democráticas, la ha consagrado.

Mas ¿por qué será que ese trata-

miento se ha circunscrito al Asilo Territorial? ¿Habrá motivo que habilite este distingo con relación al Asilo Diplomático? Para satisfacer los requerimientos de la investigación se precisa hacer algunas consideraciones.

Se dirá tal vez que el Asilo Externo no entorpece la Administración de Justicia local, al contrario de lo que ocurre con el Asilo Diplomático. Este argumento lo estimo pueril, porque tanto en uno como en otro caso, el juzgador del delincuente político, al no estar en contacto con éste, pierde una posible confesión, o por lo menos algunos datos que puedan verter luz en el esclarecimiento de los hechos. Esto sin contar, que en ambos casos se impide el ejercicio de la jurisdicción represiva, pues la sentencia que se pronuncie en el proceso, al ser confirmativa de responsabilidad, quedaría frustrada en cierto modo, en atención a que la condena no se cumple.

Ahondando más el análisis, quizá se piense en esta razón: el Asilo Territorial es una consecuencia del ejercicio pleno de la soberanía del Estado que dispensa el refugio; en cambio, en el caso del Asilo Diplomático, o más propiamente Asilo Interno para comprender el albergue en buques de guerra, campamentos y aeronaves militares, dicha forma de amparo implica una limitación embarazosa para el Estado que demanda la entrega del delincuente político.

Este argumento tampoco es aceptable, porque en toda situación de asilo, sea que se niegue la extradición, sea que se sustraiga del territorio al fugitivo político, el Estado asilante impone, por la fuerza del derecho, una limitación en la potestad política del Estado territorial.

Al término de cualquier análisis sereno se verá que tanto un asilo como el otro, se identifican en sus efectos. No hay entre ellos más que una diferencia de forma, pudiendo aseverarse que ambos son distintas fases de un

mismo fenómeno. Es más: sostener esa diferencia de forma que está en boga equivale a aferrarse en un error, y hasta a dar base a un ridículo. Esto es así porque no es posible aceptar que el asilo, antes de que el delincuente gane la frontera del Estado ofendido, sea una institución humanitaria, y que después, ya cuando aquél está en tierra extraña, como por arte de magia, el mismo asilo cambie su naturaleza transformándose en un derecho humano de valor universal. El límite del territorio de un Estado es una línea inocente que carece del don de hacer milagros.

La verdad sobre este tratamiento distinto y de inferioridad que se ha dado al Asilo Diplomático (mejor, Asilo Interno) con relación al Asilo Territorial, se debe a la reserva que impone la realidad histórica, que se ha permitido el lujo de presentarnos cuadros salvajes en que, por el furor de las pasiones políticas, muchos gobiernos inescrupulosos han allanado embajadas y legaciones, para extraer a los perseguidos políticos y, por consiguiente, provocado incidentes graves que han perturbado la buena armonía en las relaciones internacionales.

El Derecho de Asilo Diplomático, por la generosa actitud de las naciones latinoamericanas, ha avanzado mucho. Pero, preciso es reconocerlo, en consideración a las nuevas directrices que el conocimiento jurídico ha trazado sobre la materia, ya se hace indispensable provocar una corriente de opinión que conduzca a una revisión profunda del derecho mencionado, y le coloque en el sitio que le corresponde en la escala de los valores humanos. Esta revisión no puede consistir en otra cosa que en declarar que el Derecho de Asilo Diplomático, o mejor quizá, Derecho de Asilo Interno, es un *derecho esencial del hombre americano*, igual que el Derecho de Asilo Político, y que los Jefes de Misión o los Comandantes militares están en la *obligación ineludible* de concederlo y garantizarlo. Y

el derecho americano no por un sentimiento de egoísmo continental, sino porque las naciones libres de esta tierra de Colón, salvo los Estados Unidos de América, son las únicas en el planeta, que a pesar de las opiniones adversas de los tratadistas, siempre han endilgado sus esfuerzos en pro de la sagrada institución del Asilo Diplomático.

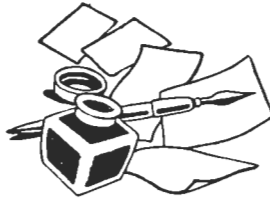
El único inconveniente que se pudiera presentar para hacer una declaración interamericana de esa índole, sería el punto de vista de los Estados Unidos de América. Sin embargo, si se piensa en que la hermana nación del Norte, no obstante la opinión de su Procurador General de 1794, en muchas ocasiones ha prestado Asilo Diplomático; en que las razones que le han llevado a negar aquel asilo ya son anticuadas en referencia a las nuevas ideas sobre tal institución, consignadas en la Declaración de los Derechos del Hombre, de las Naciones Unidas y de los Estados Americanos de 1948; y en que los norteamericanos tienen un respeto casi religioso por los derechos individuales, no hay duda que en esta nueva concepción jurídica del Asilo Interno, los Estados Unidos de América darán su apoyo al bloque de las hermanas naciones latinoamericanas, como una confirmación a sus principios democráticos y como un homenaje a la solidaridad continental.

Concebido así el Derecho de Asilo Diplomático, se pondrá fin a las suspicacias de los Gobiernos comprometidos en cuestiones de asilo, y el infeliz rebelde vencido, muchas veces alzado en ejercicio del derecho de insurrección, que naciones como El Salvador lo establecen en su Carta Magna, al ser objeto de una acechanza política cuyas consecuencias son imprevisibles, tendrá en su patrimonio un poder jurídico indiscutible que le pondrá a salvo la vida, y que podrá ejercer en cualquier lugar protegido por el cielo de América.

Si esta fascinante aspiración pudiera concretar en una hermosa realidad, se fortificaría la fe en el porvenir espiritual de este continente donde caben todos los hombres y todas las esperanzas, y se contribuiría a ennoblecer la historia de la humanidad.

Montevideo, 30 de noviembre de 1951.

NOTA: Este ensayo originalmente fue leído, a guisa de conferencia, en el seno de la Academia Diplomática Internacional, Montevideo, Uruguay, el 30 de noviembre de 1951. En el mes de mayo de 1954 se publicó en la Revista "América", de La Habana, Cuba; y poco después, tomado de esta revista, fue reproducido en "El Universal Gráfico", de la ciudad de México, D. F., en los números del 20 al 23 de julio del mismo año citado. Siempre en 1954 se publicó —el estudio aludido— en la "Revista Internacional y Diplomática", de México, D. F. En 1955, se insertó en "Cultura", revista del Ministerio de Cultura de El Salvador. En 1957, apareció en el Boletín Jurídico de la ODECA.



VIDA CULTURAL

HOMENAJE

El Ateneo de El Salvador ofreció espléndido homenaje a dos de sus distinguidos miembros: doctor H. C. Juan Felipe Toruño y doctor Manuel Vidal, con motivo de que celebraron sus bodas de oro profesionales, el uno en la vida periodística y el otro en el magisterio. Correspondió al Presbítero Vicente Vega, Secretario General del Ateneo, a doña Evita de Palomo y al Presidente de la Institución, profesor Alfredo Betancourt, pronunciar los discursos de rigor y entregar los diplomas correspondientes. Después de la ceremonia, el pianista Omar Mejía interpretó música de Chopin. Más tarde se ofreció a los distinguidos ateneístas una cena en el Club Salvadoreño.

UNIVERSITARIOS NORTEAMERICANOS

Tres estudiantes graduados en la Universidad Católica de Washington, D. C., Estados Unidos, ofrecieron una serie de

programas musicales y dramáticos en nuestro país, del 3 al 11 de julio del año en curso. Mary Jo Cook, Raymond M. De Metteis y Richard Shaplowsky, deleitaron a numerosos salvadoreños con sus canciones folklóricas, selecciones de operetas norteamericanas, programas especiales para niños y actuaciones de prueba para estudiantes de drama.

EN EL COLEGIO MEDICO

Con la inauguración y bendición de su edificio celebró el Colegio Médico de El Salvador veinticinco años de vida. El programa de actos fue variado, sin perder interesante atracción en ningún momento.

MUJER DEL AÑO

La Unión de Mujeres Americanas, Capítulo de El Salvador, eligió a doña Carmen Vilanova de Alfaro "Mujer del Año 1968". Esta elección es justo reconocimiento a una personalidad dinámica, en la que notables virtudes cívicas se juntan

y se manifiestan servicialmente. El 10 de julio, en ceremonia solemne, se le otorgó a la señora de Alfaro la medalla que UMA ha instituido para estos casos.

CONCIERTO

El brillante pianista salvadoreño, Wilfredo Barraza, se presentó en el Teatro Darío el 12 de julio, de las 20:30 horas en adelante, acompañado por la Orquesta Sinfónica de El Salvador, dirigida por el Maestro Esteban Servellón. Barraza, que realizó estudios musicales en Francia, interpretó obras de grandes maestros. El programa fue exclusivamente de música francesa, pues el acto estuvo patrocinado por la Dirección General de Cultura y la Embajada de Francia, para conmemorar el 179 aniversario de la Toma de la Bastilla.

BALLET NACIONAL

La Juventud Musical de El Salvador, en colaboración con la Dirección General de Cultura, presentó al Ballet Nacional de El Salvador el 16 de julio, en actos que tuvieron lugar de las 20:30 horas en adelante, en el Teatro Nacional. Director: George Berard; bailarín huésped, Gracián Castañeda, guatemalteco; acompañamiento de la Orquesta Sinfónica de El Salvador, bajo la batuta del Maestro Esteban Servellón. Programa: *Les sylphides*, de Chopin; *Gala*, de Franz Lehar; *La noche*, de M. Musorgski; *Marcha y adagio*, de Bizet.

VIOLINISTA ISRAELI

El 23 de julio se presentó, en el Teatro Darío, el violinista israelí Zvi Zeitlin, acompañado por la pianista japonesa Tamiko Muramatsu. Patrocinaron el acto la Asociación Pro-Arte de El Salvador y el Instituto Cultural El Salvador-Israel. Obras de Beethoven, Bach, Ysaye, Mozart y Ravel, fueron interpretadas brillantemente por los dos artistas.

SEMANA CULTURAL

Como un evento comprendido dentro

de las Fiestas anuales, que se iniciaron en Santa Ana el 18 de julio, se inauguró el 21 del mismo mes en aquella ciudad, la Semana Cultural Universitaria. La Exposición Científica estuvo a cargo del Rector de la Universidad de El Salvador, doctor Angel Góchez Marín. En ella se pudieron apreciar las muestras que con la biología, la física y la química realizan los estudiantes de Areas Comunes, bajo la dirección de profesores y de científicos.

EXHIBICION DE PINTURAS

Miguel Angel Polanco, joven pintor salvadoreño, inauguró una exposición de pinturas el 22 de julio, en el Centro El Salvador-Estados Unidos. El respetado maestro-pintor Valero Lecha, explicó elogiosamente los trabajos del artista.

CICLO DE CONFERENCIAS

Dictado por un distinguido profesor de la Universidad de Northeast, Luisiana, Estados Unidos, doctor John T. Goorley, se inauguró el 22 de julio, en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional, un interesante ciclo de conferencias. El doctor Goorley es catedrático de Química Farmacéutica y posee amplia experiencia en el campo de la Farmacia Industrial. Durante su estancia de seis semanas en esta República sostuvo interesantes conversaciones con el personal docente del Departamento de Farmacia de la Universidad de El Salvador, y fue consultado por la Industria Farmacéutica Nacional. También se organizaron reuniones, para hablar con él de la utilización de materias primas en nuestro país. El ciclo de conferencias terminó el 31 de julio.

CONCIERTO CONMEMORATIVO

Un gran concierto denominado Concierto Conmemorativo "Alberto Masferrer" se ofreció el 25 de julio en el Teatro Darío, de las 20:30 horas en adelante. Organizado por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, como otro de los muchos actos que

durante el presente año conmemoran el Centenario del Nacimiento del maestro y escritor salvadoreño Alberto Masferrer, formó parte importante de la Semana Masferreriana.

BALLET DE MORENA CELARIE

El Ballet Folklórico, que dirige Morena Celarié, salió para México en estos días, patrocinado por Acción Cívica Militar e Instituto de Colonización Rural. El programa que Morena ha preparado, para desarrollarlo en la capital mexicana, se ciñe estrictamente a nuestro folklore, tanto en las danzas como en la música.

CONCURSO DE TELEVISION

El Departamento de Televisión Educativa del Ministerio de Educación, participará en el concurso "Premio Japonés 1968", atendiendo invitación que recientemente hicieron a la doctora Irma Lanzas de Chávez Velasco, Directora de Televisión Educativa, los señores Seizo Furuya, Ingeniero Takasi Fuyama e Ingeniero Denichi Shirasaki, los tres funcionarios de la T. V. japonesa.

TEATRO ESTUDIANTIL

Bajo el patrocinio de la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, se llevó a cabo el primer Festival de teatro estudiantil. Participaron instituciones de educación secundaria de la República, oficiales y particulares. Los premios a los grupos triunfadores fueron, entre otros, becas para estudios de arte escénico en la Escuela Nacional de Teatro, que comenzará a funcionar el año próximo.

DISTINCION CONCEDIDA POR ESPAÑA

Permiso al Congreso Nacional para recibir la condecoración española "Raimundo de Peñafort", solicitó el 6 de agosto el doctor Mauricio Guzmán, abogado y magistrado de la Corte Suprema de Justicia de El Salvador. Esta distinción la concede España, por méritos jurídicos, a

juristas españoles y extranjeros. El doctor Guzmán la recibirá, especialmente, por su trabajo *Estimaciones sucintas sobre el Código Civil de El Salvador*, que como introducción escribió, por encargo del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, para la edición del Código Civil ya mencionado, que se publicó por cuenta del mismo Instituto en 1959.

INVITACION

La Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación, invitó a dos conciertos extraordinarios de la Orquesta Sinfónica de El Salvador, bajo la batuta del Maestro Hans Jochem Reeps (sueco) como Director Huésped. Los actos tuvieron lugar el 12 y el 13 de agosto, en el Teatro Darío, de las 20:30 horas en adelante. Se interpretó magníficamente música de Rossini, Prokofiev, Alfvén, Shostakovich, Schubert, Larsson y Strauss.

TRIUNFO DE UN POETA

El joven poeta salvadoreño, Uriel Valencia, alcanzó segundo puesto en los Juegos Florales Latinoamericanos, en Arequipa, Perú. Al certamen se presentaron numerosos trabajos de Argentina, México, Bolivia, Chile, Ecuador, Colombia y Venezuela.

BALLET

Alcira Alonso presentó, en una Fiesta de la Danza, a su Ballet Studio, el 23 de agosto de las 18 horas en adelante, en el Teatro Darío. Numeroso público llenó el teatro. El dinero recogido en este acto se destinó a los pacientes atendidos por el Servicio Médico Social del Hospital Rosales de esta ciudad.

HOMENAJE A BARRIOS

El Comité Pro-General Gerardo Barrios, constituido en 1965, rindió el 29 de agosto del corriente año, un solemne homenaje al líder unionista salvadoreño. Las personas que constituyen dicho Comité, son: El coronel Luis Lovo Castelar, que

actúa como presidente del grupo; el profesor Humberto Perla, secretario; el doctor Jesús Alemán Penado, síndico; don Antonio González Medrano, tesorero. Además, los vocales, profesor José F. Figeac, coronel José Asencio Menéndez, don Joaquín E. Cárdenas, coronel Oscar A. Bolaños, don Joaquín Alfaro Brizuela, don Camilo Minero, don Ernesto Milla Nuila, general Marco Antonio Molina y don Félix Blanco.

BALLET DE SAN JUAN

En los días 22, 23 y 24 de agosto se presentó en el Teatro Nacional, bajo el patrocinio de la Dirección General de Cultura y del Patronato Nacional Antituberculoso, el extraordinario conjunto de danza, "Ballet de San Juan". Magníficamente interpretaron *Sonata*, de Jack Delano; *Nocturno*, de José I. Quintón; *Don Quijote* (Pas de Deux) de Minkus; *Balletti*, de Héctor Campos Parsi; *Pas de Trois*, de Adolf Adams, etc., etc.

CONCIERTO DE MUSICA BARROCA

La Embajada de México y la Dirección General de Cultura invitaron a un concierto de música barroca, interpretado con instrumentos de la época por el "Convivium Musicum", de México. El acto tuvo lugar el 23 de agosto, de las 20:30 horas en adelante, en el Auditorium "Francisco Altschul", de la Federación de Cajas de Crédito. El programa se desarrolló así: *Trio sonata fa mayor* Telemann; *Terzetto*, Hook; *Chico de mis ojos*, Jerusalem; *Sonata en sol menor*, Locillet; *Trio*, Vivaldi.

NOE CONJURA EN SU TIERRA

El 26 de agosto regresó a su tierra natal, después de diez años de ausencia, el notable pintor salvadoreño Noé Canjura. Viene de París, lugar de su residencia actual, donde críticos franceses y europeos lo han considerado como uno de los mejores pintores contemporáneos. Expondrá sus obras en México, invitado por el Gobierno mexicano, con motivo de la

Olimpiada Cultural que pronto se llevará a cabo en el hermano país. Canjura regresa a El Salvador, gracias a una feliz idea de la Iniciativa Privada de esta República: que exponga sus últimos cuadros en Galería Forma, de la pintora nacional Julia Díaz.

TRIUNFO DE BALLELISTA

Nuestra primera balletista, Conchita Barraza Estrada, realiza ahora una triunfal jira artística por Grecia, formando parte del Ballet Clásico de México. Según informes, dicho Ballet ha actuado, con gran éxito, en el Teatro al Aire Libre de Atenas, frente al Partenón.

CERTAMEN LITERARIO

El Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos de Nueva York, empeñado en señalar los aportes culturales que enriquecen nuestra lengua, ha convocado para su VIII Certamen Literario Internacional, dedicado en 1968 al escritor guatemalteco Miguel Angel Asturias, Premio Nobel de Literatura 1967. Detalles sobre dicho Certamen pueden encontrarse en la prensa salvadoreña y de todos los países del Continente.

PIEZAS ARQUEOLOGICAS

El 28 de agosto fueron enviadas a México, para participar en la exposición que se realizará en el Museo Nacional de Antropología e Historia de la capital Cultural, durante la próxima Olimpiada Cultural, valiosas piezas de nuestro arte escultórico pre-colombino.

ORQUESTA DE CAMARA

El 29 de agosto, de las 20:30 horas en adelante, se presentó en el Teatro Darío la Orquesta de Cámara "Estudiantes de Tubigen", bajo la dirección de Helmut Calgeer. En tan singular concierto, nítido en sus ejecuciones y en el refinamiento de su arte, el público pudo escuchar música de Vivaldi, Telemann, Bach, y Mozart.

CONCURSO

La Comunidad Latinoamericana de Escritores y la Revista de Poesía "Ecuador 0'0'0" abrieron un Concurso para poetas que escriben en español, estableciendo un premio de 50.000 pesos mexicanos, donados por Alejandro Finisterre, quien editará la obra premiada y, además, la que merezca Mención Honorífica. Por otra parte, la Comunidad Latinoamericana de Escritores aportará la suma de 10.000 pesos mexicanos para gastos de viaje del poeta premiado, cualquiera sea el lugar de su residencia, a quien también se invitará a una estancia en la ciudad de México por ocho días, y a una visita a los principales lugares de interés de la República mexicana. Detalles sobre bases del Concurso se han publicado en periódicos de la América Latina y España.

CONFERENCIA Y CONCIERTO

El Comité de Ex-Alumnas "Alberto Masferrer" y el Comité Central Vitalista Pro-Centenario "Alberto Masferrer", invitaron a una conferencia que dictó el profesor don Francisco Morán y a un concierto del Cuarteto "El Salvador", para conmemorar el 36 aniversario de la muerte del ilustre maestro. El acto tuvo lugar el 4 de septiembre, en el Instituto Nacional "General Francisco Menéndez", de las 19 horas en adelante.

CONDECORACION

Valero Lecha, el pintor español que ha sido maestro de numerosos artistas salvadoreños y que ha hecho de El Salvador su segunda patria, fue condecorado por nuestro Gobierno con la Orden José Matías Delgado. Los méritos del Maestro, consagrado a través de muchos años a la formación de pintores, lo hace merecedor de este homenaje público.

RECITAL DE CANTO

La Alianza Francesa invitó para el recital de canto de Marianne Granat, que tuvo lugar el 5 de septiembre de las 20:30

horas en adelante, en el Auditorium "Francisco Altschul" de Federación de Cajas Crédito. Acompañada por el pianista Francisco Avelar, la artista interpretó música de Gounoud, Bizet, Massanet, Offenbach y Faure. El señor P. Venot habló sobre el Romanticismo en la música y en la poesía. Se proyectó la película "Adage".

CONCIERTO EXTRAORDINARIO

La Embajada del Brasil y la Dirección General de Cultura ofrecieron en el Cine Viéytez, el 17 de septiembre, de las 20:30 horas en adelante, un concierto extraordinario de música de cámara, interpretado por dos notables artistas brasileños: Daisy de Luca, pianista, y Alberto Jaffe, violonista. Se escuchó música de Schumann, Nobre, Manuel de Falla, Najla Jabor, Camargo Guarnieri y César Frank.

CONFERENCIA

El Instituto Cultural El Salvador-Israel invitó a la conferencia que el Rev. doctor Benjamín Núñez, dictó el 11 de septiembre, de las 20:15 horas en adelante en el Centro de la Comunidad Israelita de esta capital. El tema de la conferencia: *Nuestras responsabilidades hacia Israel*.

EXPOSICION CIENTIFICA

Fue inaugurada, en la Ciudad Normal de San Andrés, una exposición científica y tecnológica, con aparatos fabricados por alumnos. El acto estuvo a cargo del profesor Gilberto Aguilar Avilés, director de la Ciudad Normal. En la exposición figuraron aparatos eléctricos, microscopios, cocinas, máquinas de retropropulsión, etc., etc.

TEATRO SALVADOREÑO

Durante el Certamen Centroamericano de Teatro y Danza, organizado en San José de Costa Rica por el Consejo Superior Universitario de Centroamérica, el Teatro Universitario de El Salvador, obtuvo notable triunfo con la representación

de la obra *Luz Negra*, de Alvaro Menéndez Leal (Menén Desleal). Edmundo Barbero, actor y escritor español radicado en nuestro país, y director del grupo artístico que visitó Costa Rica, fue calificado como el mejor director de los grupos que allí se presentaron, y Juan Ramón Montoya (7º año de la Escuela de Derecho de la Universidad de El Salvador), como el mejor actor.

TELEVISION EDUCATIVA

El Presidente Constitucional de El Salvador, Coronel Fidel Sánchez Hernández, asistió el 20 de septiembre, acompañado por altos funcionarios de su Gobierno, a los actos inauguratorios de los estudios de Televisión Educativa. Dichos estudios cuestan un millón de colones, proporcionados por la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) a fin de que sirva para la difusión de enseñanza media y superior, utilizando ese moderno medio de comunicación.

CONFERENCIA

La Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador invitó a profesionales, profesores, alumnos y público en general a la conferencia que dictó el doctor Guillermo Cabanellas, en el auditorium "Miguel Tomás Molina" de la misma Facultad, el 23 de septiembre, de las 20 horas en adelante. El tema escogido por el doctor Cabanellas, fue el siguiente: *Las transformaciones del derecho por el derecho del trabajo*.

SOLEMNE ACTO

En acto solemne, celebrado en la Aca-

demia Salvadoreña de la Lengua, que tuvo lugar en la ODECA el 27 de septiembre de las 19:30 horas en adelante, fue incorporado a la Institución, como Miembro de Número, el doctor Ramón López Jiménez. El destacado escritor, historiador y abogado habló, en su discurso de ingreso, sobre tres hombres de letras de El Salvador: Presbíteros doctor Juan Bertis, Miguel Román Peña y Juan José Bernal.

OTRO ANIVERSARIO DE VIDA

Con una elegante Sesión-Cena, que tuvo lugar en el restaurante "El Greco", el Ateneo de El Salvador conmemoró su LVI aniversario, la noche del domingo 22 de septiembre. Se reunieron allí Miembros Honorarios, Miembros Activos y personas que en breve han de ingresar a la Institución.

ENTREGA DE DIPLOMAS

El 26 de septiembre celebró el Instituto Salvadoreño de Cultura Hispánica una reunión de todos sus Miembros, para recibir a los nuevos Colegiados. Después de las palabras de bienvenida, pronunciadas por el Presidente del Instituto, doctor Salvador Bonilla Sosa, habló el Excmo. Embajador de España en nuestro país, doctor J. Cacho Zabalza y el profesor Alfredo Betancourt, Secretario General del Instituto. Luego, se procedió a la entrega de Diplomas de Miembro. Al final, hablaron algunos de los nuevos colegiados. Terminó el acto con un cocktail acompañado con espléndido buffet.

TINTA FRESCA

HIMNO NACIONAL DE EL SALVADOR.—Ministerio de Educación. Dirección General de Cultura. Dirección de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1968.

Plaquette elegante en su formato y de fina impresión, ofrece las siguientes palabras explicativas: "El Himno Nacional" de El Salvador, que se adoptó popularmente como la Canción Nacional, el 15 de Septiembre de 1879, no tuvo reconocimiento oficial sino hasta el 11 de diciembre de 1953, como consecuencia de una ruidosa polémica de prensa que se suscitó por unas dudas al respecto y después de la cual se demostró que el Himno Nacional reconocido oficialmente era otro.

En efecto, el Himno fue compuesto y escrito por los artistas Juan Aberle, compositor italiano que llegó al país a fines del siglo pasado dirigiendo una Compañía de Opera y el General Juan José Cañas, inspirado poeta y militar

distinguido que hizo armas en la Campaña Nacional contra los filibusteros, allá por el año de 1856. Lo compusieron por recomendación del Presidente doctor Rafael Zaldívar y fue cantado por primera vez en el antiguo Palacio Nacional el 15 de Septiembre de 1879, por los niños y jóvenes de las escuelas y colegios oficiales y particulares de la ciudad capital. Tres meses habían estado los escolares estudiando el Himno, de tal manera que cuando lo cantaron por primera vez, en aquella mañana de septiembre, la impresión fue magnífica: tanto el inspirado poeta, como el ilustre compositor, habían triunfado.

Según cronistas de la época, los espaciosos patios del Palacio Nacional se llenaron con una abigarrada concurrencia, en la que sobresalían los altos funcionarios del Estado, vestidos de gran gala, y distinguidos elementos de la sociedad, así como gente del pueblo. Estaban allí el Presidente de la República, doctor Rafael Zaldívar; el Secretario de

Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, doctor Cruz Ulloa; el Secretario en el Despacho de Educación y encargado de los Despachos de Hacienda y Guerra, doctor Salvador Gallegos; el Secretario en el Despacho del Interior, doctor José C. López, los Subsecretarios de Estado, altos Jefes del Ejército, funcionarios civiles, altos dignatarios del Clero, etc.

Este no fue, sin embargo, el primer Himno Nacional que tuvo El Salvador. El primero fue compuesto, entre septiembre y octubre de 1866, por el doctor Tomás M. Muñoz, quien hizo la letra, y por el compositor don Rafael Orozco, a la sazón Director de la Banda Militar, quien hizo la música. El Himno fue dedicado al Presidente de aquel entonces, doctor Francisco Dueñas, quien lo declaró, con fecha 8 de octubre de aquel año, "Himno Nacional", siendo cantado y ejecutado oficialmente el 24 de enero de 1867, a la hora de la "retreta", frente a la residencia oficial del Mandatario.

Pero este Himno, compuesto expresamente para adular a un Gobernante, tuvo vida efímera, y al dejar la Presidencia el doctor Dueñas, no se volvió a cantar ni a ejecutar en ninguna parte. Mas, como se hacía necesario un canto patrio, fue así como el Presidente Zaldívar, pidió a los artistas Aberle y Cañas que compusieran el canto patriótico que estaba faltando.

El Himno se popularizó muy pronto, y fue reconocido como uno de los cantos patrióticos más bellos e inspirados hasta entonces conocidos. Pero, por una ironía del destino, al gobernante en cuya administración se estrenó, se le olvidó declararlo "Himno Nacional", para que pasara a la categoría de Símbolo Patrio, y se adoptó por el pueblo, sin declaratoria oficial alguna.

A la llegada al Poder, en junio de 1890, del general Carlos Ezeta, el Himno Nacional de Cañas y Aberle se dejó de cantar y aquel gobernante encomendó al músico italiano Césareo Giorgi-Vélez,

la composición de un Himno Guerrero, que exaltara el ánimo popular. Así nació el canto conocido con el nombre de "EL SALVADOR LIBRE", reconocido oficialmente como Himno Nacional por Decreto de 3 de junio de 1891. Pero como ocurriera 20 años antes, a la caída del gobierno de Ezeta nadie volvió a cantar el Himno del maestro Giorgi-Vélez, y de nuevo el pueblo adoptó como canto nacional el compuesto por el maestro Aberle y el poeta Cañas. Y se siguió considerando, por tradición, como Himno Nacional, aquel que no fue consagrado por determinación oficial. Así llegó hasta el año de 1953, en que un diario salvadoreño presentó dudas sobre la "situación legal" del Himno, dudas que provocaron una interesante polémica, de la que se sacó en conclusión que efectivamente, el Himno conocido por Nacional, no tenía el consenso oficial, por lo que intervino la Academia Salvadoreña de la Historia, para que fuera subsanado aquel olvido.

En el ocurso presentado por la Academia a la Asamblea Legislativa, con fecha 10 de julio de 1953, se dice entre otras cosas:

"Al presentar esta solicitud a la consideración del Alto Cuerpo Legislativo, la Academia Salvadoreña de la Historia, espera que los Honorables Señores Representantes se sirvan hacerla suya, a fin de que la Nación pueda cuanto antes ver elevado, por resolución oficial a la calidad de SÍMBOLO NACIONAL, el Himno que ha consagrado así desde hace tantos años; que movió el patriotismo de nuestros abuelos y que mueve también en nosotros las fibras más íntimas de nuestro corazón".

Con base en este ocurso, la Asamblea Legislativa, emitió, con fecha 11 de diciembre de 1953, un Decreto por el cual se reconoce oficialmente como HIMNO NACIONAL, "el que se estrenó en la Capital de la República el 15 de Septiembre de 1879 cuyos autores, de la música y de la letra, fueron el coronel Juan Aberle y el general Juan José Ca-

ñas, respectivamente, y el cual ha sido consagrado como tal por el sentimiento del pueblo salvadoreño desde la fecha de su creación”.

El artículo 5º de este Decreto deja sin ningún valor los himnos de 1866 y 1891, reconocidos como oficiales por acuerdos ejecutivos de 8 de octubre de 1866 y 3 de junio de 1891, respectivamente. En la obra “SIMBOLOS PATRIOS”, se dice acerca del Himno Nacional lo siguiente: “EL HIMNO. 1.— En la letra del Himno Nacional domina el espíritu pacifista. Lo expresa con toda claridad en los versos iniciales de la primera estrofa: “De la paz en la dicha suprema/siempre noble soñó El Salvador”. Y lo repite con énfasis en el verso final de la última estrofa: “Su ventura se encuentra en la paz”.

Ninguno de los diez cuartetos de la composición lleva una palabra de reproche a la Madre Patria. Al hablar de las tiranías, se refiere expresamente a las internas. Su contenido es una exaltación a los méritos de la libertad, la importancia del progreso, la gloria del heroísmo y el respeto a los derechos de las demás naciones del mundo.

Un escritor salvadoreño, al comentar la letra del Himno Nacional, se expresa así:

No encontramos en él “odiosos recuerdos de la noble nación española, madre ubérrima de todas las naciones ibéricas fósil contra España, que no nos enaltece, sino más bien nos niega los títulos de hidalguía que nos legara”.

2.—El coro principia con un saludo a la Patria, exalta después el orgullo de ser salvadoreños y nos dirige un llamamiento a todos para que dediquemos la vida al bien de la Nación.

La primera estrofa enaltece la paz, el progreso y la libertad nacionales. En la segunda alude a las sangrientas luchas sostenidas por El Salvador a través de su historia. Es la última una afirmación del respeto que profesa a las demás naciones para el mantenimiento de la paz.

Hay claridades en los conceptos y soltura en el lenguaje. La adjetivación es precisa y al mismo tiempo sobria. Contiene imágenes brillantes y originales. Son varias sus amplificaciones. El epifonema con que termina es elegante y expresivo.

Sus más bellas imágenes son las siguientes: El Salvador “en su alta bandera con su sangre escribió: libertad”; su historia es “gran lección de espartana altivez”; “en cada hombre hay un héroe inmortal”; y dedica su esfuerzo tenaz “en hacer cruda guerra a la guerra”.

3.—Hay elegancia en la construcción musical de nuestro Himno. Su inspiración es rica, sus melodías expresivas y su armonización perfecta. Alborozados toques de clarín, de notas triunfales, suenan en su introducción. Después entra el tema solemne y marcial de la primera parte, cuyas imponentes armonías despiertan en los corazones el sentimiento del patriotismo.

La segunda parte, formada de sentidas armonías, es como un himno de paz y bendición. Va acompañada de un ritmo noble y elegante.

En la tercera y cuarta partes continúa el mismo aire. Al final las melodías suben, crecen en intensidad y llegan a un clímax de esplendorosa solemnidad.

Luego vuelven los toques de clarín que preceden al Himno triunfal, para entrar de nuevo en la primera parte cuyo final, lleno de potencialidad y unguido de patriotismo, describe en forma resplandeciente el heroísmo salvadoreño.

El General Juan José Cañas

Juan José Cañas nació en San Miguel, el año de 1826. Estudió en Nicaragua y después en Guatemala, donde obtuvo el título de Bachiller. Pasó a la Universidad y cursó tres años de Medicina. En 1848 volvió a El Salvador y luego se marchó a San Francisco, en busca de oro. Después fue a Nicaragua y se incorporó al ejército que luchaba contra el filibustero William Walker.

En Cañas se juntan y armonizan tres personalidades: el poeta, el militar y el diplomático. Su producción literaria, iniciada a los 17 años, comprende versos, prosas literarias, trabajos de crítica, narraciones y artículos varios. En la poesía es el precursor del romanticismo en El Salvador. Su fama de poeta salvó las fronteras nacionales.

Entre los cargos administrativos que desempeñó están el de Gobernador Político Departamental y el de Subsecretario de Relaciones Exteriores. En su carrera diplomática representó a El Salvador en Santiago de Chile, en calidad de Ministro Plenipotenciario, y logró la firma de un tratado que intensificó las relaciones entre ambos países.

Muchos honores literarios le fueron tributados en vida.

En 1882 la Academia Colombiana de Bogotá lo nombró socio honorario extranjero. Fue Presidente de la Academia Salvadoreña de la Lengua correspondiente de la Real Academia Española. Numerosas organizaciones artísticas lo acogieron en su seno.

Falleció el 10 de enero de 1918. Sus poesías, que son abundantes, figuran en la Galería Poética Centroamericana, en la Guirnalda Salvadoreña y en periódicos de su tiempo.

Rubén Darío lo llamó "El Patriarca de la Poesía de Centro América" y José Martí, "Veterano de la Lira y de la Espada".

El Maestro Juan Aberle

De nacionalidad italiana era Juan Aberle, pero convirtió a El Salvador en su segunda patria desde que contrajo matrimonio con una ahuachapaneca. Nació en la ciudad de Nápoles, Italia, el 11 de diciembre de 1846.

A los 11 años de edad, impulsado por su afición a la música, se inscribió en el Conservatorio Napolitano, contra la voluntad de sus padres. Allí adquirió firmes conocimientos sobre el arte musical. Fue después a Nueva York, Estados Unidos, en donde tuvo el cargo

de Director de la Opera por espacio de cinco años.

Después dispuso efectuar una jira artística por los países de la América Latina. A su paso por la ciudad de Guatemala, capital de la República del mismo nombre, fundó el Conservatorio de Música en 1879. Vino a El Salvador y estableció la Escuela de Música.

En vista de sus méritos, el Gobierno lo nombró Director de la Banda de los Altos Poderes, en sustitución del alemán Carlos Malhamann, quien marchó a la primera guerra mundial. Por motivos de su avanzada edad, dejó el cargo en 1922. Su muerte ocurrió el 28 de febrero de 1930.

Su instrumento preferido era el piano. Compuso abundante música de cámara e hizo transposiciones de pasajes de ópera, destinadas al piano. Su marcha "Morazán" fue declarada nacional el 1º de mayo de 1882. Es autor de dos óperas: "Ivanhoe" una de ellas. Escribió también un "Tratado de Armonía, Contrapunto y Fuga".

* * *

Esta es la sucinta historia del Himno Nacional de El Salvador. Como dato complementario, es conveniente que se sepa que los autores no recibieron ningún estipendio o gratificación del Estado, y que hasta 23 años más tarde, en 1902, y siendo Presidente de la República el General Tomás Regalado, el Congreso Legislativo acordó una medalla de oro, para cada uno, que en sentimiento de gratitud nacional, les fue impuesta por el Jefe de la Nación.

El recuerdo de tan ilustres varones, vive en la conciencia del pueblo salvadoreño con caracteres inmarcesibles.

* * *

JARAGUA. — Napoleón Rodríguez Ruiz. Ministerio de Educación. Dirección General de Cultura. Dirección de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1968.—3ª edición.

Palabras del autor: "Esta novela que ahora pongo en tus manos, caro lector, no pretende ser, ni con mucho, una obra de arte. Apenas si aspira a dejarte, si la leyeres, una imagen huyente de la realidad de la campiña salvadoreña, de sus tragedias, y de la angustiosa resignación de sus gentes ante la fatalidad de un destino aciago sin indicio de mutación en el tiempo.

Si por mi buena fortuna, acertara a hacer volver tus ojos hacia esa montonera humana que se muere lentamente en la más hermosa y más rica de las tierras, llamárame dichoso y bienhadado.

Y si trocando mi ambición en osadía, viniere a cuento que la narración te interesa y despertare tus entimientos humanitarios, tendríame por hombre útil y de buen intento.

Recoge pues, el libro con disposición benévola, échate a cuestras la carga de leerle, y al doblar la última página, dedica un buen recuerdo al autor, en cuya ánima estuvo únicamente el deseo de proporcionarte recreación y esparcimiento".

* * *

¡JUSTICIA, SEÑOR GOBERNADOR!

Hugo Lindo. Ministerio de Educación. Dirección General de Cultura. Dirección de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1968.

Esta novela del poeta y prosista Hugo Lindo, con portada de su hijo Ricardo Lindo, se presenta ahora en formato más moderno y atractivo que en la primera edición. Comentarios sobre la misma novela han llenado columnas de periódicos y páginas de las mejores revistas de El Salvador y Centro América, de modo que no la comentaremos de nuevo. Sólo recomendamos su lectura, cautivante y estimulante, a quienes no la conocen todavía.

* * *

LA ENSEÑANZA DE LA LECTURA

POR EL METODO DE ORACIONES COMPLETAS. — Manuel A. Arce, Ministerio de Educación. Dirección General de Cultura. Dirección de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1968.

En el Prefacio Manuel A. Arce dice así: "El propósito de este libro es ayudar a los maestros a comprender el método de oraciones completas como un todo y darles una serie de sugerencias prácticas que pueden usar con sus niños, cuando les están enseñando a leer. En general existen muchos materiales escritos acerca de diferentes aspectos de este método, pero aun cuando esos materiales son buenos aisladamente, por lo general no le dan al maestro una idea clara del método en su totalidad y por lo consiguiente, tiene dificultad para comprender los diferentes pasos de que consta, la relación entre uno y otro y la progresión que debe seguirse al aplicarlos con sus niños.

En el trabajo realizado por el autor en las escuelas primarias de varios países, encontró que los maestros, especialmente los de primer grado, sentían la necesidad de una publicación de esta índole. Es más: ellos sugirieron que se escribiera, y a ellos va dirigida.

El libro se publicó hace cuatro años y desde entonces se ha experimentado y se han recogido experiencias y sugerencias de los maestros y otras autoridades en la materia. Esas sugerencias y un conocimiento más amplio del problema de parte del autor (¡cuánto se puede aprender en cuatro años!) fueron tomados en cuenta para mejorarlo. Esa edición hecha en Guatemala ha sido revisada y ampliada para ponerla al servicio de los maestros salvadoreños.

Es de esperar que este libro sirva de ayuda efectiva a los maestros, siempre que lo usen con sentido crítico. Esto es muy importante, porque con relación al complicado problema de la enseñanza de la lectura, aún no se ha dicho la última palabra".

* * *

GUIÓN LITERARIO Nº 145.—Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, El Salvador, C. A. 1968.

El índice de este cuaderno es el que

sigue: *Alberto Masferrer*, por German Oscar Claros; *Noticiero Cultural*; *La Vivienda*, por Alberto Masferrer; *Bases de los LIII Juegos Florales Centroamericanos de Quezaltenango 1968*; *Libros, Revistas*; *La Asamblea Legislativa de la República de El Salvador*; *Brújula para el Lector*.

